

MAEVE BINCHY

Una semana en invierno



Lectulandia

Stoneybridge está lleno de turistas en verano, sus playas a rebosar de cubos, palas y castillos de arena, pero en invierno es un lugar frío e inhóspito. Pocos salen a pasear por la fina arena, las grandes piedras pulidas y los promontorios rocosos que componen la ventosa costa atlántica. Aquellos que lo hacen no pueden evitar ver Stone House, la gran casa del acantilado; antaño en mal estado, es ahora un precioso hotel especializado en las vacaciones invernales. Su grande y caliente cocina, sus chimeneas y sus elegantes dormitorios proporcionan una cálida acogida a la que pocos pueden resistirse, sean cuales sean sus razones para ir allí.

Henry y Nicola cargan con un terrible secreto en tanto que la alegre enfermera Winnie se encuentra de vacaciones del infierno. John ha llegado por impulso después de perder un vuelo en Shannon; la excéntrica Freda afirma ser una médium y peluquera a tiempo parcial. También está Nora, una anciana callada y observadora que parece dispuesta a mostrar su desaprobación en cualquier momento.

Una semana de invierno es una novela profundamente conmovedora sobre la lealtad, el amor y la capacidad de perdonar.

Lectulandia

Maeve Binchy

Una semana en invierno

ePub r1.4

Titivillus 06.06.15

Título original: *A Week in Winter*
Maeve Binchy, 2013
Traducción: Ana Becciu
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com



2

aniversario

me años libros, me años libres

edición conmemorativa



Para mi querido y generoso Gordon,
por hacer todos los días que la vida
sea maravillosa

CHICKY

En la granja de los Ryan, en Stoneybridge, cada uno tenía asignada una labor. Los muchachos ayudaban a su padre en el campo a reparar las alambradas, traer las vacas para ordeñarlas o abrir surcos para plantar patatas; Mary daba de comer a las terneras, Kathleen horneaba el pan y Geraldine se ocupaba de las gallinas.

Nunca la habían llamado Geraldine; desde que tenían memoria, para todos ella había sido simplemente Chicky. Una niña muy formal que cada día recogía los huevos frescos o echaba el pienso a los polluelos, acariciándoles suavemente las plumas y canturreándoles siempre cloc, cloc, cloc mientras realizaba la tarea. Chicky había puesto nombre a todas las gallinas, y cuando alguien cogía una para la comida de los domingos, nadie se atrevía a decírselo. Fingían que la habían comprado en la pollería, pero Chicky siempre se daba cuenta.

Durante el verano, Stoneybridge, en el oeste de Irlanda, era un paraíso para los niños, pero el verano era corto y la mayor parte del año el clima era crudo, lluvioso y tormentoso en la costa atlántica. No obstante, siempre les quedaba la posibilidad de explorar cuevas, trepar acantilados, descubrir nidos de pájaros y espiar a las cabras montesas de cuernos grandes y retorcidos. Y también estaba Stone House. Chicky disfrutaba mucho jugando en aquel inmenso jardín cubierto de maleza. En ocasiones, las señoritas Sheedy, las tres hermanas ancianas dueñas de aquella casa, la dejaban jugar a disfrazarse con sus trajes y vestidos viejos.

Chicky vio a Kathleen subir a un tren y marcharse para ser enfermera en un importante hospital de Gales, y más tarde Mary consiguió un empleo en una compañía de seguros. Ninguno de esos trabajos tentaba a Chicky, pero algo tendría que hacer. Con lo que la tierra daba no se podía mantener a toda la familia Ryan. Dos de los muchachos ya habían emigrado a las grandes ciudades del Oeste para dedicarse a los negocios. Brian era el único dispuesto a trabajar con su padre.

La madre de Chicky siempre estaba cansada y su padre, siempre preocupado. Sintieron un gran alivio cuando Chicky encontró trabajo en una fábrica de tejidos. No como operaria o tejedora en casa, sino en la oficina. Era la encargada de enviar las prendas terminadas a los clientes y de llevar la contabilidad. No era un empleo magnífico, pero le permitiría quedarse con su familia; justamente lo que ella quería. Tenía un montón de amigos y cada verano se enamoraba de un O'Hara distinto, pero el noviazgo siempre se quedaba en nada.

Un buen día, Walter Starr, un joven norteamericano pasó por la fábrica y entró en la oficina para comprar un jersey de lana de Aran. Ordenaron a Chicky que le explicara que no era un local de venta al público, que ellos fabricaban los jerséis para las tiendas o bien los enviaban por correo.

—Pues estáis perdiendo clientela —dijo Walter Starr—. Las personas que llegan a este lugar remoto necesitan un jersey de Aran, y lo necesitan de inmediato, no al cabo de un par de semanas.

Era muy guapo. Le recordaba a Jack y Bobby Kennedy cuando eran jóvenes, la misma sonrisa espléndida y los dientes perfectos. Estaba moreno y era muy diferente de los muchachos que rondaban por Stoneybridge. No deseaba que se marchara de la fábrica de tejidos y aparentemente él tampoco quería irse.

Chicky se acordó de un jersey que había utilizado para fotografiar y que todavía conservaban en stock. ¿Querría Walter Starr comprarlo? No era nuevo, pero casi.

Dijo que sería perfecto.

La invitó a dar un paseo por la playa y le aseguró que era uno de los lugares más hermosos de la tierra.

¡Increíble! Había estado en California y en Italia y aun así Stoneybridge le parecía hermoso.

Y pensaba que Chicky también era hermosa. Decía que estaba muy guapa con su cabello oscuro ondulado y sus grandes ojos azules. Siempre que podían, pasaban todo el tiempo juntos. Su primera intención había sido quedarse un día o dos, pero ahora le resultaba muy duro tener que marcharse. A menos que ella se fuera con él, claro.

Chicky rompió a reír al imaginar que de buenas a primeras debía renunciar a su puesto en la fábrica textil y anunciar a sus padres que se iba a recorrer Irlanda en autoestop con un norteamericano que acababa de conocer. Lo habrían aceptado mejor si se hubiese tratado de un viaje a la Luna.

A Walter le pareció que su horror ante la propuesta era conmovedor, e incluso adorable.

—Solo tenemos una vida, Chicky. Ellos no pueden vivirla por nosotros. Debemos vivirla nosotros mismos. ¿Crees que mis padres están contentos de que yo esté aquí, en medio de ninguna parte, pasándolo bien? No, ellos quieren verme en el Club de Campo, jugando al tenis con las chicas de buena familia, pero, no temas, aquí es donde yo quiero estar. Así de simple.

Walter Starr vivía en un mundo donde todo era simple. Si se amaban, ¿qué había más natural que hacer el amor? Cada uno sabía que el otro tenía razón; entonces ¿por qué complicarse con lo que los demás fueran a decir, pensar o hacer? Un Dios bondadoso comprendía el amor. El padre Johnson, que había hecho votos de no enamorarse jamás, no. Ellos, en cambio, no precisaban contratos o certificados, nada de esas estupideces, ¿verdad?

Y al cabo de seis magníficas semanas, cuando Walter se preparaba ya para regresar a Estados Unidos, Chicky estaba dispuesta a marcharse con él. Esto supuso numerosas peleas y dramas y un enorme disgusto en el hogar de los Ryan. Pero Walter no era consciente de nada de esto.

El padre de Chicky estaba más preocupado que nunca, pues todo el mundo diría que había criado a una vagabunda que no llegaría a nada en la vida.

La madre de Chicky parecía más cansada y decepcionada que nunca y repetía que solo Dios y su santa madre sabían en qué se había equivocado ella, cuando crio a Chicky, para merecer ese castigo.

Kathleen decía que menos mal que llevaba un anillo de compromiso en el dedo, ya que ningún hombre habría querido saber nada de ella si se hubiera enterado de qué clase de familia provenía.

Mary, que trabajaba en la oficina de seguros y estaba saliendo con uno de los O'Hara, dijo que, gracias a Chicky, los días de su romance estaban contados. La familia O'Hara era muy respetada en el pueblo y encontrarían inadmisibles semejante conducta.

Su hermano Brian mantuvo la cabeza gacha y no dijo una palabra. Cuando Chicky le preguntó qué pensaba, Brian contestó que no pensaba. Que no tenía tiempo para pensar.

Las amigas de Chicky, Peggy, que también trabajaba en la fábrica de tejidos, y Nuala, que era la sirvienta de las señoritas Sheedy, afirmaron que era lo más emocionante e insensato que habían escuchado jamás, y que era extraordinario que tuviera el pasaporte en regla gracias al viaje que habían hecho a Lourdes con el colegio.

Walter Starr dijo que vivirían en Nueva York con sus amigos. Iba a dejar la facultad de derecho; no era lo que más le convenía. Si tuviéramos varias vidas, bueno, entonces quizá sí, pero como tenemos una sola, no valía la pena desperdiciarla estudiando derecho.

La noche antes de su partida, Chicky trató de que sus padres la comprendieran. Tenía veinte años, toda la vida por delante y deseaba amar a su familia y que ellos la correspondieran a pesar de su decepción.

Al ver el rostro tenso y severo de su padre, Chicky comprendió que nunca más sería bien recibida en aquella casa, que todos se sentían avergonzados de ella.

Su madre estaba amargada. Decía que Chicky se comportaba de manera insensata, muy insensata. No duraría, no podía durar. No era amor; más bien un capricho. Si ese Walter realmente la amaba, entonces la esperaría y le daría un hogar, su apellido y un futuro, en lugar de todas esas tonterías.

En el hogar de los Ryan la atmósfera se podía cortar con un cuchillo.

Sus hermanas no la apoyaban. Pero Chicky se mantenía firme. Ellas no habían conocido el verdadero amor. No iba a cambiar sus planes. Tenía su pasaporte. Se marcharía a América.

—Deseadme suerte —les había suplicado la noche antes de partir, pero le volvieron la espalda.

—No dejéis que me vaya con vuestra frialdad como único recuerdo.

Las lágrimas corrían por sus mejillas.

Su madre dio un gran suspiro.

—Frialdad sería si te dijéramos: «Anda, vete, diviértete». Estamos tratando de

hacer lo que es mejor para ti. Ayudarte a decidir lo mejor para tu vida. Esto no es amor, es solo un capricho. No puedes pretender que encima te demos nuestra bendición. No la tendrás. No vale la pena fingir.

De manera que Chicky se marchó sin ella.

En el aeropuerto Shannon había muchísima gente despidiéndose de sus hijos que partían hacia una nueva vida en Estados Unidos. No había nadie para despedir a Chicky, pero a ella y a Walter no les importó. Tenían toda la vida por delante.

Nada de normas, nada de comportarse como es debido para complacer a vecinos y parientes.

Ellos serían libres, libres de trabajar donde quisieran y en lo que les apeteciera.

Nada de tratar de cumplir sueños ajenos, como casarse con un granjero rico en el caso de Chicky, o llegar a ser un abogado exitoso, que era lo que la familia de Walter ambicionaba para él.

Los amigos de Walter eran bien recibidos en el amplio apartamento de Brooklyn. Parecían jóvenes, amables y simpáticos. Trabajaban en librerías o en bares. Algunos eran músicos. Entraban y salían sin problema. Nadie montaba escándalos. Era muy distinto al hogar de Chicky. Una pareja llegó de la costa y una chica, que escribía poesía, de Chicago. Había un muchacho mexicano que tocaba la guitarra en bares latinos.

Todo el mundo era tan fácil de contentar que a Chicky le parecía maravilloso. Nadie tenía exigencias. Eran capaces de preparar chile con carne en abundancia para la cena y todos colaboraban. No existían presiones.

Deseaban que sus familias los comprendieran, soltaban algún suspiro, pero ello no los afligía demasiado. Chicky no tardó en sentir que el recuerdo de Stoneybridge se desdibujaba poco a poco. No obstante, escribía una carta a su familia cada semana. Había decidido desde el principio que no sería ella quien alimentaría la disputa.

Si una de las partes se comportaba con normalidad, la otra, tarde o temprano, tendría que reaccionar y comportarse de la misma forma.

Algunas de sus amigas sí que le escribían, y por ellas se enteró de ciertas cosas. Peggy y Nuala le contaron las novedades del pueblo. No parecía que las cosas hubieran cambiado demasiado. De manera que escribió a su familia para decirles que estaba encantada con los planes para la boda de Kathleen con Mikey, pero no mencionó que había oído decir que el romance de Mary con Sonny O'Hara se había terminado.

Su madre le enviaba escuetas tarjetas preguntando si ya había fijado la fecha de su boda y si había sacerdotes irlandeses en la parroquia.

Chicky no les contaba nada sobre la vida en comunidad que llevaba en el gran apartamento abarrotado de gente que entraba y salía y tocaba la guitarra sin parar. Por mucho que lo intentaran, no serían capaces de entenderlo.

En cambio les contó que acudían a inauguraciones de exposiciones de arte y a estrenos de teatro. Se enteraba de estos eventos por los periódicos y, a veces,

efectivamente, habían ido a matinéas o conseguido, por amigos de amigos deseosos de llenar la sala, localidades a bajo precio para algún preestreno.

Walter tenía un empleo que consistía en ayudar a catalogar la biblioteca de unos viejos amigos de sus padres. Decía que era así como su familia esperaba convencerlo de que volviera a una forma de vida académica, y además no era un mal trabajo. Lo dejaban solo y no lo fastidiaban. Eso era todo lo que la gente deseaba en la vida.

Chicky aprendió que eso era justamente lo que Walter deseaba en la vida. De manera que no le daba la lata con cosas como cuándo conocería a sus padres o cuándo se buscarían un lugar para vivir ellos dos solos o qué harían en el futuro. Estaban juntos en Nueva York. Era suficiente, ¿no?

Y en muchos aspectos sí lo era.

Chicky consiguió trabajo en un *diner*. El horario le convenía. Se levantaba muy temprano y salía del apartamento antes de que los demás se hubieran despertado. Ayudaba a abrir, hacía su turno y servía los desayunos, y estaba de vuelta antes de que para los demás hubiera empezado el día. Chicky les llevaba leche fría y *bagels* que sobraban de los desayunos del *diner*. Se acostumbraron a que llegara todas las mañanas con provisiones.

Seguía teniendo noticias de su casa, aunque cada vez menos.

La boda de Kathleen con Mikey y la noticia de que estaba embarazada; Mary salía con JP, un granjero de quien solían reírse y al que consideraban un viejo penoso. Pero se trataba de un noviazgo en serio. Brian salía con una de las O'Hara; la familia de Chicky creía que era fantástico, pero los O'Hara se mostraban mucho menos entusiasmados con el asunto. El padre Johnson había pronunciado un sermón diciendo que Nuestra Señora lloraba cada vez que se mencionaba el plebiscito sobre el divorcio en Irlanda, y algunos feligreses habían protestado arguyendo que esta vez había ido demasiado lejos.

Faltaron pocos meses para que Stoneybridge se fuera transformando en un mundo totalmente irreal.

Igual que la vida en aquel apartamento, con más personas que llegaban y otras más que se iban, historias de amigos que habían decidido irse a vivir a Grecia o a Italia y de otros que tocaban música toda la noche en los sótanos de Chicago. Para Chicky, la realidad era ese mundo de fantasía basado en una vida llena de ocupaciones, muy activa y exitosa; la vida que llevaban en Manhattan.

Nadie de Stoneybridge vendría nunca a Nueva York, no había peligro de que una visita inesperada descubriera las mentiras y su patética decepción. Desde luego que no podía contarles la verdad: que Walter había abandonado su trabajo de catalogar la biblioteca. Decía que era muy aburrido, y además el viejo matrimonio le repetía constantemente que debía ir un fin de semana a casa de sus padres para verlos un rato al menos.

Chicky no entendía qué podía tener eso de malo, pero como Walter se lo tomaba a la tremenda, asintió comprensiva cuando él dejó el empleo. Entonces ella trabajó

horas extra en el *diner* a fin de costear los gastos del apartamento.

Por otra parte, hacía días que lo notaba bastante inquieto; cualquier cosa, por insignificante que fuera, lo contrariaba. Quería que Chicky estuviera siempre alegre y adorable. Y así se la veía. Aunque por dentro se sentía cansada y ansiosa, no lo exteriorizaba.

Escribía a su familia una vez por semana y creía cada vez más en su propio cuento de hadas. Empezó por llenar un cuaderno de espiral con los pormenores de la supuesta vida que llevaba. No deseaba cometer ningún desliz.

Para consolarse, les escribió contándoles acerca de la boda. Les explicó que Walter y ella se habían casado en una sencilla ceremonia civil. Que habían sido bendecidos por un sacerdote franciscano. Había sido maravilloso y ambos sabían que sus respectivas familias se alegrarían de que hubieran dado este paso. Chicky explicó que los padres de Walter no habían podido asistir a la ceremonia porque se encontraban de viaje en el extranjero, pero que todo el mundo estaba muy contento.

Incluso llegó a creer que todo eso, en muchos sentidos, era cierto. Desde luego, era mejor que admitir que Walter estaba cada día más nervioso y pensaba marcharse.

Cuando Walter y Chicky se separaron, lo hicieron tan deprisa que a todos les pareció algo inevitable. Walter le dijo amablemente que había sido estupendo, pero que se había acabado.

Se había presentado otra oportunidad, otra amiga que tenía un bar en el que Walter podía trabajar. Nuevo escenario. Nuevo comienzo. Nueva ciudad. Se marcharía al final de la semana.

Pero a ella le llevó siglos entender lo que ocurría.

Al principio creyó que era una broma. O una especie de prueba. Una sensación de vacío, de irrealidad, le oprimía el pecho, como una enorme cavidad que se volvía más y más grande.

No podía haberse terminado. No lo que había entre ellos. Suplicaba y prometía; cualquier cosa que estuviera haciendo mal, la corregiría.

Walter le aseguraba, con infinita paciencia, que no era culpa de nadie. Las cosas eran así: el amor florecía, el amor moría. Era triste, desde luego, estas cosas siempre resultaban tristes. Pero seguirían siendo amigos y se acordarían de los buenos tiempos que habían vivido juntos.

No había nada que ella pudiera hacer salvo regresar a Stoneybridge y a sus playas agrestes, las mismas por las que habían paseado juntos y se habían enamorado.

Pero Chicky nunca regresaría.

Era lo único que sabía, la única certeza en un mundo de arenas movedizas donde todo a su alrededor estaba cambiando. No podía seguir viviendo en el apartamento,

aunque los demás se lo pidieran. Lo cierto era que, aparte de ellos, contaba con muy pocos amigos. Vivía demasiado recluida; no tenía nada que contar, ni historias ni opiniones que compartir con sus amigos. Lo que ella necesitaba era la compañía de personas que no le hicieran preguntas ni aventuraran suposiciones.

Y lo que Chicky necesitaba, además, era un empleo.

No podía continuar en el *diner*. A los dueños les complacería mucho que se quedara, pero, una vez que Walter se marchara, no le apetecería seguir viviendo en aquel barrio.

No importaba qué tipo de trabajo. Realmente no le importaba. Tenía que ganarse la vida, hacer algo para subsistir hasta que tuviera las ideas claras.

Chicky no pudo dormir el día que Walter se marchó.

Lo intentaba, pero el sueño no venía. Entonces se sentaba en una silla de la habitación que había compartido con Walter Starr durante aquellos cinco meses estupendos (y aquellos tres meses aborrecibles).

Él dijo que nunca antes se había quedado tanto tiempo en un sitio. Dijo que no había querido lastimarla. E incluso le suplicó que volviera a Irlanda, donde la había conocido.

Ella se limitó a sonreírle entre lágrimas.

Bastaron cuatro días para encontrar otro lugar donde vivir y un nuevo empleo. Uno de los obreros que trabajaba en el edificio contiguo al *diner* se había caído y lo habían llevado allí para que se repusiera.

—No me encuentro tan mal como para ir al hospital —dijo—. Llamad a la señora Cassidy, ella sabrá qué hacer.

—¿Quién es la señora Cassidy? —le había preguntado Chicky a ese hombre con acento irlandés y mucho temor a perder un día de trabajo.

—Es la encargada de Habitaciones Selectas —respondió—. Es una buena persona, muy discreta; es a quien hay que llamar.

El hombre estaba en lo cierto. La señora Cassidy se hizo cargo de la situación.

Era una mujer menuda, activa, con ojos penetrantes y el pelo recogido en un moño, lo cual le daba un aspecto severo. Parecía alguien que no perdía el tiempo.

Chicky la observaba con admiración.

La señora Cassidy organizó el traslado del herido a su casa de huéspedes. Adujo que tenía una vecina enfermera y que, si su estado de salud empeoraba, esta se ocuparía de llevarlo al hospital.

Al día siguiente, Chicky telefoneó al hostel Habitaciones Selectas, de Cassidy.

Primero preguntó por el obrero herido que habían llevado el *diner*. Después solicitó un empleo.

—¿Por qué se dirige a mí? —había preguntado la señora Cassidy.

—Dicen que usted no se entromete en los asuntos de nadie y que además no es

chismosa.

—Estoy demasiado ocupada para eso —admitió ella.

—Podría hacer la limpieza. Soy fuerte y no me canso.

—¿Cuántos años tiene? —preguntó la señora Cassidy.

—Mañana cumpla veintiuno.

Los años que llevaba observando a las personas y diciéndoles lo mínimo indispensable habían convertido a la señora Cassidy en una mujer muy expeditiva.

—¡Feliz cumpleaños! —dijo—. Recoja sus cosas y véngase hoy mismo.

No le llevó mucho tiempo juntar sus pertenencias, todo cabía en un pequeño bolso. Y fue lo único que se llevó de aquel apartamento tan grande donde había vivido, por ser la chica de Walter Starr, acompañada de un grupo de jóvenes inquietos durante algunos meses felices, antes de que el circo abandonara la ciudad sin ella.

Y así comenzó la nueva vida de Chicky. Dormía en un cuartito casi monástico en el último piso de la pensión, y estaba en pie desde muy temprano para limpiar los bronce, fregar los suelos y empezar a preparar el desayuno.

La señora Cassidy tenía ocho inquilinos, todos irlandeses, y no precisamente del tipo de personas que suelen empezar el día con cereales y fruta. Eran hombres que trabajaban en la construcción o en el metro, hombres que precisaban un buen tocino con huevos que les permitiera aguantar hasta la hora de almorzar, cuando daban cuenta del bocadillo de jamón que Chicky les preparaba, envuelto en papel parafinado, y les entregaba a cada uno antes de que se fueran a trabajar.

Acto seguido, había que hacer las camas, lavar y repasar las ventanas y limpiar el salón, y luego Chicky acompañaba a la señora Cassidy a hacer las compras. Aprendió a marinar los filetes de carne barata para que su sabor fuera excelente y cómo transformar el plato más sencillo en una comida para los días de fiesta. Siempre había un jarrón con flores o una planta en su maceta sobre la mesa.

La señora Cassidy se vestía siempre muy bien cuando servía la cena, y los hombres, en cierto modo, seguían el ejemplo. Todos sin excepción se lavaban y se cambiaban de camisa antes de sentarse a la mesa. Cortesías engendran cortesías.

Chicky siempre la llamaba señora Cassidy. No conocía su nombre de pila ni la historia de su vida, tampoco lo que hubiera podido sucederle al señor Cassidy, si es que alguna vez hubo tal señor.

Y a cambio ella tampoco le hacía preguntas a Chicky.

Se trataba de una relación muy tranquila.

La señora Cassidy había subrayado la importancia de obtener para Chicky la tarjeta verde de residente permanente y de registrarse para votar en el concejo municipal a fin de asegurarse de que hubiera el número necesario de funcionarios irlandeses. Le explicó cómo se obtenía un número de apartado de correos para recibir correspondencia sin que nadie supiera dónde vivía o lo que hacía.

Había desistido de intentar convencer a la muchacha para que tuviera una vida social. Era una mujer joven en la ciudad más fascinante del mundo. Había grandes

oportunidades. Pero Chicky era categórica. No quería saber nada de *pubs*, ni de clubes irlandeses, ni tampoco del cuento de que este o aquel inquilino podría ser un buen marido. La señora Cassidy captó el mensaje y tomó nota.

No obstante, aconsejó a Chicky que asistiera a clases para adultos y siguiera cursos de formación. Chicky aprendió a ser una chef pastelera sensacional. En la panadería del barrio le habían ofrecido un empleo a tiempo completo, pero ella no tenía el menor interés en abandonar Habitaciones Selectas, el hostel de la señora Cassidy.

Como Chicky tenía muy pocos gastos, sus ahorros aumentaban. Cuando no estaba trabajando con la señora Cassidy, hacía otras faenas. Cocinaba para bautizos, primeras comuniones, *bar mitzvahs* y fiestas de jubilados.

Todas las noches, la señora Cassidy y ella se sentaban a la cabecera de la mesa de sus huéspedes selectos.

Seguía sin conocer nada sobre la vida de la señora Cassidy y esta tampoco le había preguntado por la suya. De manera que fue una sorpresa que la señora Cassidy le dijera que creía que debía hacer una visita a Stoneybridge.

—Vete ahora, o terminarás por dejarlo para cuando sea demasiado tarde. Y entonces el regreso se convierte en un gran problema. En cambio, si vas este año, y haces solo una visita breve, es mucho más fácil.

Y realmente fue mucho más fácil de lo que había imaginado.

Escribió a Stoneybridge y les contó que Walter estaría una semana en Los Ángeles por un viaje de negocios y que le había sugerido que aprovechara el tiempo para viajar a Irlanda. Le encantaría regresar a casa, aunque fuera por pocos días, para hacerles una visita, y por lo demás esperaba que a todos les pareciera bien.

Habían transcurrido cinco años desde el día en que su padre le había dicho que no volvería a poner los pies en su casa. Sin embargo, todo había cambiado.

Su padre ahora era un hombre distinto. El corazón le había dado varios sustos y se había dado cuenta de que él no gobernaba el mundo, ni siquiera la parte del mundo que le había tocado en suerte.

Su madre ya no temía tanto como antes lo que la gente fuera a pensar.

Su hermana Kathleen, convertida ahora en la esposa de Mikey y la madre de Orla y Rory, había olvidado las duras palabras con las que en su día le había reprochado haber deshonrado a la familia.

Mary, casada para entonces con JP, el viejo granjero loco de la casa en la colina, se había apaciguado.

Brian, herido por el rechazo de la familia O'Hara, vivía enfrascado en su trabajo y apenas se dio cuenta de que su hermana había regresado.

De manera que la visita resultó tan sorprendentemente fácil que, en lo sucesivo, Chicky regresó todos los veranos a casa y al cariño de su familia.

En Stoneybridge acostumbraba a caminar muchos kilómetros durante el día y se detenía a conversar con los vecinos, proporcionándoles detalles de su mítica vida del

otro lado del Atlántico. Eran muy pocos los que alguna vez habían viajado a un país como Estados Unidos, que quedaba tan lejos; sabía que no tendría visitantes inesperados, y eso la tranquilizaba. No había riesgo de que su mascarada se desmoronara a causa de la llegada sorpresiva de alguien de Stoneybridge a un apartamento inexistente.

Muy pronto incluso ella se mimetizó con el paisaje.

Se encontraba con su amiga Peggy y esta le contaba todos los culebrones acaecidos en la fábrica textil. Hacía mucho tiempo que Nuala se había marchado a vivir a Dublín y no habían vuelto a saber de ella.

—Siempre que vemos a Chicky paseando por la playa sabemos que julio ha llegado —le decían las tres hermanas Sheedy.

Y el rostro de Chicky se iluminaba con una enorme sonrisa que las envolvía con su calidez y les decía, a ellas y a quien estuviera presente en aquel momento, que no había en el mundo un lugar tan especial como Stoneybridge, no importaba cuantas cosas maravillosas hubiera visto en el extranjero.

Esto complacía a la gente.

A quién no le gustaba que lo elogiaran por haber sabido no moverse de Stoneybridge, por haber elegido lo correcto.

La familia preguntaba por Walter y se alegraban de sus éxitos y su popularidad. Si estaban avergonzados por haberlo agraviado tanto, nunca lo mencionaron.

Pero de repente todo cambió.

Orla, la mayor de sus sobrinas, era ya una adolescente. Esperaba poder viajar al año siguiente a Norteamérica con su amiga Brigid, una de la tribu de los pelirrojos, los O'Hara. Y preguntaba si podrían quedarse un tiempcito con tía Chicky y tío Walter. No los molestarían para nada.

Chicky no vaciló.

Por supuesto que Orla y Brigid podían visitarlos, sería estupendo. Una idea magnífica; no había ningún problema, les aseguró. La procesión iba por dentro, pero nadie se daría cuenta. Debía conservar la calma. Lo resolvería más tarde. Ahora tocaba aceptar, anticipar la visita y mostrar entusiasmo.

Orla preguntó qué harían al llegar a Nueva York.

—Tío Walter os irá a recoger a Kennedy, vendréis primero a casa a refrescaros y luego os llevaré a dar un paseo en barco por Manhattan con los cruceros Circle Line, para que os familiaricéis con la ciudad. Otro día iremos a Ellis Island y a Chinatown. Lo pasaremos en grande.

Y mientras Chicky aplaudía y se entusiasmaba con todo aquel programa, se imaginaba la visita como si realmente estuviera sucediendo. Podía ver la figura amable y protectora de tío Walter que se reía con tristeza y pesar, lamentándose por las hijas que no habían tenido, por tanto se dedicaría a darles todos los gustos. El

mismo Walter que la había abandonado en Nueva York a los pocos meses de haber llegado y que había partido rumbo al oeste a través del vasto continente americano.

Hacía mucho que lo había superado y el recuerdo de su vida con él se volvía más y más impreciso. Rara vez pensaba en aquello. En cambio, la vida falsa, la existencia de su fantasía, era nítida y cristalina.

Le había permitido sobrevivir. La certeza de que, en Stoneybridge, todos se habían equivocado y que ella, Chicky, con veinte años, había sido más sensata que muchos de ellos. Estaba felizmente casada y llevaba una vida activa y exitosa en Nueva York. Sería estúpido contarles que él la había dejado y que ella estaba fregando suelos, limpiando dormitorios y sirviendo comidas para la señora Cassidy, que había escatimado en gastos y había ahorrado, y que no se había tomado vacaciones en su vida salvo una semana al año para regresar a Irlanda.

Esta vida inventada había sido su recompensa.

¿Cómo recrearla para Orla y su amiga Brigid? Después de años de esmerada construcción, ¿había llegado el momento en que todo se descubriría? Pero no debía preocuparse ahora y dejar que perturbara la paz de sus vacaciones. Pensaría en ello más tarde.

No se le ocurrió nada convincente al regresar a su vida neoyorquina. Era una vida con la que nadie había soñado en Stoneybridge. Chicky no veía solución para el problema de Orla y su amiga Brigid O'Hara. Resultaba exasperante. ¿Por qué no habían elegido Australia, como muchos otros chicos y chicas irlandeses? ¿Por qué tenía que ser Nueva York?

De vuelta a su trabajo en Habitaciones Selectas, Chicky rompió la regla que había existido durante tanto tiempo entre la señora Cassidy y ella.

—Tengo un problema —dijo sin más.

—Habla de problemas después de cenar —replicó ella.

La señora Cassidy sirvió dos copas de un vino que ella llamaba oporto y Chicky la puso al corriente de la historia que nunca antes le había contado. Desde el principio. Iba retirando capas enteras de engaño como pieles de cebolla mientras explicaba que el juego se había terminado: su familia, que creía en el tío Walter, deseaba venir a conocerlo.

—Creo que Walter se murió —dijo la señora Cassidy con mucha calma.

—¿Qué?

—Creo que se mató en la autopista de Long Island, en un choque múltiple; apenas pudieron identificar los cuerpos.

—No funcionará. No lo creerían.

—Sucede todos los días, Chicky.

Y, como siempre, la señora Cassidy tuvo razón.

Funcionó.

Una tragedia terrible, un infierno en la autopista, una vida segada. En Stoneybridge, todos se sintieron muy afligidos por ella. Deseaban viajar a Nueva York para acompañarla en el funeral, pero Chicky les dijo que sería muy íntimo. Como Walter lo hubiera querido.

Su madre lloraba por teléfono.

—Chicky, fuimos tan duros con él. Que Dios nos perdone.

—Estoy segura de que ya lo ha hecho, hace tiempo. —Chicky estaba serena.

—Intentábamos hacer lo que pensábamos que era lo mejor —explicaba su padre—. Creíamos que sabíamos juzgar a la gente, pero ahora es tarde para decirle que estábamos equivocados.

—Creedme, él lo entendía.

—Pero ¿podemos al menos escribir a su familia?

—Yo ya les he enviado vuestras condolencias, papá.

—Pobre gente. Deben de estar destrozados.

—Son muy positivos. Se consuelan pensando que tuvo una buena vida.

Querían saber si debían publicar una esquela en el periódico. Chicky les dijo que no lo hicieran. Arguyó que su manera de afrontar el dolor era terminar su vida allí, tal como la había conocido. Lo mejor que podían hacer era recordar a Walter con afecto y dejarla sola hasta que sus heridas sanaran. Iría a casa el verano próximo, como siempre.

La vida debía continuar.

Esto resultaba bastante misterioso para todos los que leían las cartas que enviaba a su familia. Quizá el dolor la había desquiciado. Al fin y al cabo, ellos se habían equivocado mucho con Walter Starr cuando vivía. Tal vez debieran respetarlo ahora que estaba muerto. Sus amigas comprendían su necesidad de estar sola. Ella esperaba que su familia hiciera lo mismo.

Orla y Brigid, que habían planeado viajar y visitar el apartamento de la Séptima Avenida, estaban desconsoladas.

No solo tío Walter no iría a recibirlas al aeropuerto, sino que tampoco habría siquiera vacaciones. Ni la menor posibilidad de que la tía Chicky las llevara a hacer ese paseo en la Circle Line por la isla de Manhattan. Por lo visto se estaba mudando.

De todos modos, la oportunidad de viajar a Nueva York se había desvanecido. No podía haber sucedido en un momento más inoportuno.

Seguían manteniendo el contacto y le contaban todas las novedades del pueblo. Los O'Hara andaban como locos comprando casas en Stoneybridge para transformarlas en residencias veraniegas. A dos de las ancianas Sheedy se las había llevado la neumonía durante el invierno. La llamaban «la amiga de los viejos»; terminaba con la vida de todos aquellos que se quedaban sin aliento aunque lo hacía de manera apacible.

La señorita Queenie Sheedy seguía allí; rara, desde luego, viviendo en su pequeño mundo. Stone House se estaba viniendo abajo. Corrían rumores de que la dueña apenas tenía dinero para pagar las cuentas. Todos pensaban que se vería obligada a vender la casona sobre el acantilado.

Chicky leía todo aquello como si de noticias de otro planeta se tratara. No obstante, el verano siguiente reservó su vuelo para Irlanda. Se llevó ropa más oscura. No de luto, como a su familia le hubiera gustado, pero faldas con menos amarillos y rojos y blusas más grises y azul marino. Y los mismos zapatos cómodos para caminar.

Andaba como mínimo unos veinte kilómetros diarios por las playas y los acantilados que rodeaban Stoneybridge, por los bosques y las zonas de obras donde los O'Hara estaban ocupados con proyectos de casas de estilo español, con verjas negras de hierro forjado y terrazas abiertas al sol, más apropiadas para climas más cálidos y amables que para los fuertes vientos que asolaban Stoneybridge, aquella región agreste y remota de la costa atlántica.

Durante uno de sus paseos se encontró con la señorita Queenie Sheedy, débil y desamparada sin sus dos hermanas. Se compadecieron mutuamente por sus respectivas pérdidas.

—¿Volverás aquí ahora que tu vida de allá se ha acabado y tu pobre esposo tan querido se ha ido junto al Señor? —preguntó la señorita Queenie.

—No lo creo, señorita Queenie. No podría amoldarme a la vida de aquí. Y ya soy muy mayor para vivir con mis padres.

—Comprendo, querida, las cosas no resultan como uno las espera, ¿verdad? Yo tenía la ilusión de que un día volvieras y vivieras en esta casa. Era mi sueño.

Y así empezó.

La descabellada idea de comprar la gran casa del acantilado. Stone House, en cuyo parque agreste y salvaje había jugado de niña; la misma casa que contemplaba desde el mar cuando salían a nadar, y donde su amiga Nuala había trabajado al servicio de las encantadoras señoritas Sheedy.

Era posible. Walter solía decir que todo lo que nos sucedía dependía de nosotros mismos.

La señora Cassidy siempre decía: ¿por qué no puede sucedernos tanto como a cualquier otro?

La señorita Queenie convino en que era una brillante idea.

—Yo no podría pagarle lo que otros le darían por esta casa —se excusó Chicky.

—¿Y para qué quiero yo dinero a estas alturas de mi vida? —había respondido la señorita Queenie.

—He estado demasiado tiempo fuera —repuso Chicky.

—Pero volverás. Te encanta pasear por aquí, te fortalece; hay tanta luz, y el cielo cambia y se ve distinto a cada hora que pasa. Te sentirás muy sola cuando regreses a Nueva York y no encuentres al hombre que tan bueno ha sido contigo durante todos estos años. Ven a casa ahora mismo, si lo deseas, yo ocuparé el cuarto del desayuno

que está en la planta baja. ¿Sabes? ya no me siento tan segura cuando bajo o subo por esa vieja escalera.

—No diga tonterías, señorita Queenie. Esta es su casa. No puedo aceptarlo. Y ¿qué haría yo con una casa tan grande como esta para mí sola?

—Podrías transformarla en un hotel, ¿no? —Para la señorita Queenie era evidente—. Hace años que los O'Hara quieren comprármela. La tirarán abajo, y no es lo que deseo. Yo te ayudaré a convertirla en un hotel.

—¿Un hotel? ¿En serio? ¿Dirigir un hotel?

—Será algo especial, un lugar para personas como tú.

—No existe nadie como yo, nadie tan raro y complicado.

—Te sorprenderías, Chicky. Hay mucha gente como tú. Y, de todos modos, yo no estaré aquí por mucho tiempo; pronto iré a reunirme con mis hermanas en el cementerio. De manera que debes decidirte ahora; luego podemos pensar en lo que haremos para que Stone House vuelva a ser hermosa como antes.

Chicky no tenía palabras.

—¿Sabes? me encantaría si vinieras a vivir aquí antes de que me vaya. Me haría mucha ilusión participar en el proyecto —suplicó Queenie.

Acto seguido, se sentaron a la mesa de la cocina de Stone House y hablaron del asunto en serio.

Cuando Chicky regresó a Nueva York, la señora Cassidy escuchó los planes mientras movía la cabeza con aprobación.

—¿De veras crees que puedo hacerlo?

—Te echaré de menos, pero tú sabes que esto será la razón de tu vida.

—¿Vendrás a verme? ¿Vendrás a mi hotel?

—Sí. Iré una semana, en invierno. Me encanta la campiña irlandesa en invierno, cuando no hay ruido ni espectáculos ni gente procurando toparse a toda costa con los folclóricos *leprechaunes*, nuestros duendecillos verdes.

La señora Cassidy nunca se había tomado vacaciones. Desde luego, aquello era una novedad.

—Debería ir ahora, supongo, mientras Queenie está viva.

—Tienes que ocuparte enseguida y ponerlo en marcha lo antes posible.

La señora Cassidy detestaba dejar crecer la hierba bajo sus pies.

—¿Cómo se lo explicaré... a todos?

—¿Sabes? la gente no tiene por qué dar tantas explicaciones como crees. Di solamente que la has comprado con el dinero que Walter te dejó. Después de todo, no es más que la verdad.

—¿Cómo puede ser verdad?

—Viniste a Nueva York por Walter. Y ganaste dinero y ahorraste porque te dejó. En cierto modo, es cierto que te lo ha dejado. No veo dónde está la mentira.

Y la señora Cassidy puso una cara que quería decir que no volverían a hablar más del tema.

En las semanas que siguieron, Chicky transfirió sus ahorros a un banco irlandés. Hubo infinidad de negociaciones y reuniones con bancos y abogados. Había que completar formularios para solicitar el permiso de obra, contactar con especialistas en excavaciones, consultar las normas en vigor en materia de hostelería, tener en cuenta los aspectos fiscales. Jamás habría creído que hubiera tantas cuestiones que resolver antes de anunciar a todo el mundo su decisión de abrir un hotel. Ni ella ni la señorita Queenie habían hablado con nadie del asunto.

Y por fin todo estuvo listo.

—No puedo posponerlo más —dijo Chicky a la señora Cassidy después de cenar, mientras retiraban la mesa.

—Se me parte el corazón, pero deberías marcharte mañana mismo.

—¿Mañana?

—La señorita Queenie no puede esperar y tú tendrás que decírselo a tu familia en algún momento. Hazlo antes de que se enteren por otros. Será mejor así.

—Pero ¿apresurarlo todo en un solo día? Quiero decir, debo hacer las maletas y despedirme...

—Puedes empaquetar en veinte minutos. No tienes muchas pertenencias. Los hombres de esta casa no son muy dados a los diplomáticos discursos de despedida, y yo tampoco.

—Creo que estoy algo chalada haciendo esto, señora Cassidy.

—No, Chicky; serías una chalada si no lo hicieras. Siempre fuiste muy buena aprovechando las oportunidades que se te presentaron.

—Mejor habría sido que no hubiera aprovechado la oportunidad de seguir a Walter Starr —dijo Chicky compungida.

—¿Ah, sí? Te habrían promovido en la fábrica textil. Te habrías casado con un granjero loco, tendrías seis hijos y estarías tratando de encontrar un empleo para ellos. No, yo creo que has acertado. Tomaste una decisión, me llamaste para pedirme trabajo y hemos congeniado de maravilla durante veinte años, ¿no es cierto? Hiciste lo mejor que podías hacer viniendo a Nueva York; ahora regresas a tu pueblo a comprar la casa más grande del vecindario. No veo que lo hayas hecho tan mal.

—Te quiero, señora Cassidy —dijo Chicky.

—Si empiezas a hablar así mejor será que te vuelvas a vivir entre las brumas y los crepúsculos celtas —respondió la señora Cassidy, pero la expresión de su rostro se mostró más dulce que de costumbre.

Todos los miembros de la familia Ryan se quedaron con la boca abierta cuando ella les anunció sus planes.

¿Chicky vuelve a casa para siempre? ¿Ha comprado la casona de las hermanas

Sheedy? ¿Un hotel que abrirá en verano y en invierno? La primera reacción fue de absoluta incredulidad.

Al único que le se veía realmente entusiasmado con la idea era a su hermano Brian.

—Con esto los O'Hara perderán las ínfulas —comentó con una amplia sonrisa—. Han estado husmeando el sitio durante años. Querían demolerlo y edificar seis casas de lujo en su lugar.

—¡Pues era precisamente eso lo que la señorita Queenie no quería! —convino Chicky.

—¡Daría lo que fuera por estar presente cuando se enteren! —exclamó Brian.

Nunca había superado el hecho de que los O'Hara no lo hubieran considerado digno de su hija. Ella se había casado con un hombre que se las había arreglado para perder una considerable suma de dinero de los O'Hara con los caballos, y Brian no perdía oportunidad para decirlo con satisfacción.

Su madre no podía creer que Chicky fuera a mudarse al día siguiente con la señorita Queenie.

—Bueno, mi presencia en el lugar va a ser necesaria —explicó Chicky—. Y de todos modos no está mal que haya alguien para alcanzarle una taza de té a la señorita Queenie de vez en cuando.

—Ni tampoco un tazón con gachas y un paquete de bizcochos —dijo Kathleen—. Mikey la vio hace poco cogiendo zarzamoras. Dijo que eran gratis.

—Chicky, ¿estás segura de que eres la dueña de ese lugar? —Su padre, como de costumbre, estaba preocupado—. ¿No irás a trabajar de criada, como Nuala, con la promesa de que un día te legará la casa?

Chicky los tranquilizó y les aseguró que la casa era de su propiedad.

Poco a poco empezaron a darse cuenta de que aquello iba en serio. Chicky había anticipado cada una de las objeciones que le pondrían. Los años transcurridos en Nueva York la habían transformado en una mujer de negocios. Y a ellos, lo ocurrido en el pasado les había enseñado a no subestimarla. No cometerían el mismo error una segunda vez.

Su familia había decidido celebrar otra misa por Walter, dado que Chicky no había podido asistir a la primera, explicaron. Sentada en la pequeña iglesia de Stoneybridge, Chicky se preguntaba si en verdad había un Dios allá arriba observando y escuchando.

Posiblemente no era así.

Pero por lo visto todos creían que sí. La comunidad entera se unió a las plegarias por el descanso del alma de Walter. ¿Se reiría si supiera lo que estaba ocurriendo? ¿O se escandalizaría ante la superstición de los habitantes de un pueblo irlandés a orillas del mar, al que una vez había ido de vacaciones y había tenido un romance de

verano?

Ahora que había regresado, Chicky sabía que tendría que reincorporarse a la iglesia. Sería más sencillo; la señora Cassidy, en Nueva York, no había faltado nunca a la misa del domingo por la mañana. Tampoco habían hablado nunca de esto.

Paseó su mirada por la iglesia donde había sido bautizada, donde había hecho su primera comunión y su confirmación, la iglesia en la que se habían casado sus hermanas y donde la gente ahora rezaba por el reposo del alma de un hombre que no se había muerto. Todo resultaba muy extraño.

No obstante, confiaba en que esas plegarias le harían bien a alguien en alguna parte.

Había una buena cantidad de campos minados por los que había que andar con mucho cuidado. Chicky debía asegurarse de no molestar a los que administraban casas de huéspedes en la zona o arrendaban casitas de campo en el verano. Inició, pues, una perseverante táctica diplomática para explicarles que lo que ella se proponía era crear algo totalmente nuevo, un establecimiento que de ningún modo interferiría en su clientela o perjudicaría su negocio.

Visitó las numerosas hosterías que poblaban el paisaje y los puso al corriente de sus planes. Sus huéspedes querían visitar los acantilados y las montañas que rodeaban Stoneybridge. Ella les recomendaría que, para descubrir la verdadera Irlanda, lo mejor era comer en todos los bares, *pubs* y hosterías tradicionales de los alrededores. De manera que estaba interesada en saber si ellos servirían sopa y comida sencilla para así poder enviarles a sus clientes.

Escogió constructoras de otra parte del país; quería evitar dar preferencia a los O'Hara o a sus principales rivales en el negocio de la construcción. Le resultaba mucho más sencillo que tener que elegir entre unos y otros. Lo mismo hizo cuando se trató de comprar suministros. Se ofenderían si se enteraban de que ella favorecía a un establecimiento en particular.

Chicky procuraba que todos sacaran algún provecho con su proyecto. Era muy buena recabando apoyos y poniendo a la gente de su parte.

Lo principal era lograr que los arquitectos llegaran y se marcharan, y que los obreros se quedaran trabajando. Necesitaría un gerente, pero todavía no. Le gustaría tener a alguien a tiempo completo para que la ayudara con la cocina, pero eso también podía esperar.

Chicky había pensado en Orla para ese puesto. La chica era rápida e inteligente. Amaba Stoneybridge y la calidad de vida que ofrecía. Por lo demás, era una muchacha dinámica y deportista, practicaba windsurf y escalada. Había asistido a un curso de informática en Dublín y había obtenido un diploma en marketing. Chicky podría enseñarle a cocinar. Era alegre y bondadosa con la gente. Tenía talento natural y estaba hecha para Stone House. Pero le irritaba pensar que la muchacha parecía

preferir Londres, donde vivía con un nuevo empleo. Se había marchado por las buenas, sin más explicaciones. Hoy en día las cosas resultaban mucho más fáciles para los jóvenes que en su época, reflexionaba Chicky. Orla no tenía que pedir permiso ni aprobación a su familia. Se daba por sentado que era una adulta y ellos no tenían por qué opinar sobre lo que hiciera o dejara de hacer con su vida.

Los planes avanzaban a paso acelerado. Habría ocho habitaciones y una gran cocina, además de un comedor donde todos los huéspedes podrían cenar juntos. Encontró una mesa antigua lo suficientemente grande, que habría que fregar cada día, pero era auténtica. Su hotel no estaba pensado para caobas sofisticadas, manteles individuales o mantelería de grueso lino irlandés. Tenía que ser genuino.

Encargó a un artesano local la fabricación de catorce sillas y a otro la restauración de un aparador antiguo para la porcelana. Recorrió, en compañía de la señorita Queenie, las subastas y las ventas que tenían lugar en la región y encontró las copas, las fuentes y los tazones apropiados.

Conocieron a personas capaces de restaurar algunas de las viejas alfombras de la familia Sheedy y cambiar el cuero desgastado de las mesitas antiguas.

Esto era lo que a la señorita Queenie más le gustaba. No se cansaba de repetir que se trataba de un milagro volver a ver restaurados aquellos maravillosos tesoros. Sus hermanas se alegrarían cuando vieran lo que estaba sucediendo. La señorita Queenie creía que ellas conocían al dedillo todo lo que ocurría en Stone House, y que lo observaban y lo aprobaban. Era conmovedor que las imaginara instaladas en algún lugar feliz esperando a que el hotel abriera, y controlando las idas y venidas en Stoneybridge.

Más inquietante aún resultó cuando la señorita Queenie comenzó a suponer que Walter Starr acompañaba a las dos señoritas Sheedy en el cielo, y aplaudía todo lo que hacía su valiente y animosa viuda.

Chicky se esmeraba a la hora de informar cada semana a su familia de la marcha de sus planes, de manera de que lo supieran todo antes que los demás. Les hacía sentirse importantes el hecho de conocer de antemano que las solicitudes de permiso de obra habían sido aprobadas, que estaba previsto hacer un huerto donde cultivar las verduras e instalar un sistema de calefacción central a petróleo en toda la casa.

Tal vez fuera necesario también un diseñador profesional. Aunque bien era cierto que tanto la señorita Queenie como ella creían que sabían cómo debía ser exactamente el lugar, estaban dispuestas a escuchar a personas con discernimiento; cobrarían dinero y su obligación sería la de aconsejar bien a sus huéspedes. Podía suceder que lo que resultaba elegante para Chicky, para otros fuera vulgar.

A pesar de que había echado un vistazo a todas las revistas especializadas en hoteles y casas de campo, a la hora de tomar decisiones tenía muy poca experiencia.

Habitaciones Selectas, de la señora Cassidy, no había sido el sitio más adecuado

para formarse en materia de estilo.

Y aún restaba mucho trabajo por delante: tendría que crear un sitio en internet para las reservas online, un mundo prácticamente desconocido para ella. Y, en ese terreno, si se dignara regresar de Londres, la joven Orla sería su mano derecha. La había llamado por teléfono dos veces, pero la muchacha parecía distraída, sin ganas de comprometerse. Kathleen, la hermana de Chicky, decía que Orla estaba siempre malhumorada y que no se podía hablar con ella.

—Tiene la cabeza más dura que tú —dijo Kathleen afligida—, y es todo un problema.

—Al final he resultado eficiente y sensata —bromeó Chicky.

—El lugar no está terminado ni funciona aún. —La voz de Kathleen sonaba cargada de presagios—. Ya veremos cuán eficiente y sensata eres cuando el negocio esté en marcha.

Solo la señora Cassidy, allá en Nueva York, y la señorita Queenie no dudaban de que lo conseguiría y de que sería un gran éxito. Todos los demás le seguían la corriente y esperaban que saliera adelante, del mismo modo que esperaban que el verano fuera largo y caluroso o que la selección irlandesa de fútbol ganara el Mundial.

A veces Chicky salía por la noche a pasear por los acantilados y contemplaba el océano Atlántico. Le daba fuerzas.

Pensaba en la gente que había tenido el valor de subir a bordo de pequeñas embarcaciones inestables y navegar por esas aguas agitadas sin saber qué había más allá. Estaba segura de que no podía ser tan difícil montar una casa de huéspedes. Después volvía a la casona, donde la señorita Queenie preparaba para las dos una jarrita de chocolate caliente y le confesaba que no se había sentido tan feliz desde que era niña, desde la época en que ella y sus hermanas acudían a los bailes que se daban después de las cacerías, en los que esperaban conocer a un joven apuesto con quien casarse. Aquello nunca sucedió, pero esto, en cambio, estaba funcionando. Stone House sería una realidad.

Entonces Chicky le daba una palmadita en la mano y le aseguraba que serían la comidilla de todo el país. Y al decírselo, ella misma lo creía. Todas sus preocupaciones desaparecían. Ya fuera por el viento durante el paseo, o el reconfortante chocolate caliente, o la expresión esperanzada en el rostro de la anciana, o una mezcla de las tres cosas, lo cierto es que cada noche dormía profundamente.

Se despertaba despejada y lista para ponerse con lo que hiciera falta, lo cual era perfecto, pues dentro de pocos meses debía estar preparada para hacer un montón de cosas.

RIGGER

Rigger jamás conoció a su padre: nunca le habían hablado de él. Y Nuala, su madre, era bien difícil de conocer; trabajaba muchísimo y hablaba poco de su vida en el oeste de Irlanda, en un pequeño pueblo llamado Stoneybridge. Rigger sabía que su madre había trabajado como criada para tres ancianas, las señoritas Sheedy, que vivían en una casa muy grande, pero nunca deseaba hablar de ello ni de la familia que había dejado atrás, en aquel pueblo.

Se encogió de hombros: parecía imposible entender a los adultos.

Nuala nunca había tenido nada propio. Era la menor de la familia, de manera que incluso la ropa que vestía era la que habían usado antes los demás. No había dinero para lujos, ni siquiera para el vestido de la primera comunión. Y cuando cumplió los quince, la colocaron para trabajar con las señoritas Sheedy, en Stone House. Eran muy amables; unas verdaderas damas, las tres.

El trabajo era duro: fregar los suelos de piedra y las mesas de madera, lustrar los muebles antiguos. Tenía un cuarto pequeñito con una camita de hierro. Pero era suyo, más de lo que nunca había tenido en su propia casa. En realidad, las señoritas Sheedy apenas tenían un centavo, de manera que siempre había discusiones entre ellas a causa de la humedad y las goteras y nunca había dinero para calentar la casa como correspondía o darle una buena mano de pintura, que falta le hacía. Comían bastante poco, pero Nuala estaba acostumbrada a eso. Parecían tres gorriones sentados a la mesa.

Nuala las observaba maravillada: era preciso que sus servilletas estuvieran cada una en el aro correspondiente, y tocaban un pequeño gong para anunciar la hora de la comida. Parecía una obra de teatro.

A veces la señorita Queenie le preguntaba a Nuala por sus novios, pero las demás hermanas chasqueaban la lengua en señal de desaprobación, como si no fuera un tema para tratar con una criada.

No era que hubiera mucho que contar al respecto. Los candidatos en Stoneybridge escaseaban. Los amigos de sus hermanos se habían marchado a Londres o a Norteamérica a buscar trabajo. Y los O'Hara, o cualquiera que perteneciera a una de las grandes familias del pueblo, no considerarían ni remotamente la posibilidad de que Nuala pudiera ser una buena esposa para sus hijos. Tenía la esperanza de conocer un día a un turista, como los que visitaban el pueblo en verano, que se enamorara de ella, como le había pasado a Chicky, y no le importara su trabajo de empleada de servicio doméstico.

Y lo conoció. Se trataba de un veraneante llamado Drew, el diminutivo de Andrew. Era amigo de los O'Hara y habían estado todos jugando a la pelota en la

playa. Nuala estaba por allí, sentada, observando a las chicas que lucían elegantes bañadores. Qué maravilloso debía de ser poder ir a la ciudad y comprarse bañadores como esos y bonitas cestas y toallas de colores.

Drew se acercó y le pidió que jugara con ellos. Al cabo de una semana se enamoró de él. Y dos semanas después ya eran amantes. Todo parecía tan natural y normal que no podía entender por qué las demás chicas se reían de ella como unas tontas en el colegio. Drew afirmaba que la adoraba y que, cuando regresara a Dublín, le escribiría cada día sin falta.

Le escribió una sola vez para decirle que había sido un verano mágico y que jamás la olvidaría. No le dio su dirección. Nuala se abstuvo de preguntárselo a los O'Hara. Ni siquiera cuando se dio cuenta de que se le había atrasado el periodo y que muy probablemente estuviera embarazada.

En cuanto aquello fue una evidencia, se encontró completamente perdida y sin saber qué hacer. A su madre se le partiría el corazón. Nuala nunca se había sentido tan sola en su vida.

Decidió contárselo a las señoritas Sheedy.

Esperó hasta que hubo retirado la mesa y lavado los platos de la cena antes de dar comienzo a su historia. Para evitar sus miradas mientras les explicaba lo sucedido, Nuala mantenía los ojos clavados en el suelo de piedra de la cocina.

Las hermanas Sheedy estaban escandalizadas. Apenas encontraban palabras para expresar lo horrorizadas que se sentían de que algo así hubiera sucedido mientras Nuala vivía bajo su mismo techo.

—¿Qué diablos vas a hacer ahora? —preguntó la señorita Queenie con los ojos llenos de lágrimas.

La señorita Jessica y la señorita Beatrice se mostraban menos compasivas pero igualmente incapaces de dar con una solución.

¿Qué había creído Nuala que ellas harían? ¿Que le permitirían criar a su bebé allí, con ellas? ¿Que le dirían que un niño en la casa las haría sentirse jóvenes otra vez?

No, no había esperado tanto, pero necesitaba un poco de consuelo, la ínfima esperanza de que el mundo no se acabaría como consecuencia de todo eso.

Dijeron que harían sus averiguaciones. Habían oído hablar de un lugar donde ella podría vivir hasta que naciera el bebé y luego darlo en adopción.

—¡No, no voy a entregar mi bebé a nadie! —exclamó Nuala.

—Pero no puedes quedártelo, Nuala —explicó la señorita Queenie.

—Nunca en mi vida he tenido nada mío, aparte del cuarto que ustedes me han dado y la cama de aquí.

Las hermanas se miraron entre sí. La muchacha no se daba cuenta de lo que estaba a punto de asumir. La responsabilidad, el escándalo, el oprobio.

—Estamos en 1990 —dijo Nuala—, no en la Edad Media.

—Sí, pero el padre Johnson sigue siendo el padre Johnson —aseveró la señorita Queenie.

—El joven en cuestión, quizá... —empezó a decir cautelosa la señorita Jessica.

—Y si es un amigo de los O'Hara, tal vez sea una persona honorable y cumpla con su deber... —añadió la señorita Beatrice.

—No, no lo hará. Me ha escrito para despedirse, y me ha dicho que había sido un verano mágico.

—Estoy segura de que lo fue, querida.

La señorita Queenie lo dijo en un tono maternal y muy dulce, sin tener en cuenta el disgusto de sus hermanas.

—No puedo contárselo a mis padres —confesó la joven.

—Entonces te llevaremos a Dublín lo antes posible. Allá sabrán lo que hay que hacer.

La señorita Jessica deseaba sacarla de su casa cuanto antes.

—Haré mis averiguaciones.

La señorita Beatrice era la hermana de las buenas relaciones.

El hermano mayor de Nuala, Nasey, vivía en Dublín. Era la oveja negra de la familia, muy tranquilo, muy reservado, lo describían todos siempre suspirando. Estaba empleado en una carnicería y parecía gozar de una posición estable.

Seguía soltero y tenía casa propia, pero no era alguien en quien ella pudiera confiar. Hacía demasiado tiempo que se había marchado de casa como para conocerla lo suficiente y preocuparse por ella. Le había dado su dirección para recurrir a él en caso de urgencia, desde luego, pero sería lo último que ella haría.

Las Sheedy habían encontrado un lugar donde Nuala podía quedarse. Se trataba de un hostel en el que se alojaban varias chicas, todas ellas embarazadas.

Muchas trabajaban en supermercados o limpiando casas. Nuala estaba acostumbrada a hacer trabajos duros y le resultó bastante fácil comparado con la faena interminable y agotadora en Stone House. Conseguía trabajo porque la recomendaban. Unos a otros se pasaban la voz de que la chica era muy agradable y que nada parecía un problema para ella. Ahorró lo suficiente como para alquilar una habitación para cuando naciera el bebé.

Escribía cartas a su familia contándoles acerca de su vida en Dublín y de las personas para quienes trabajaba, pero sin mencionar las visitas a la maternidad del hospital. También enviaba cartas a las señoritas Sheedy, pero a ellas les contaba la verdad, y cuando llegó el momento, les envió una con la noticia de que Richard Anthony había nacido con dos kilos setecientos gramos de peso y que era un bebé perfecto en todos los sentidos. Le enviaron por correo un billete de cinco libras para ayudarla y la señorita Queenie le mandó un traje de bautismo.

Richard Anthony lo vistió el día de su bautizo, que se celebró en una iglesia junto al río Liffey, en una ceremonia en que fueron bautizados otros dieciséis niños.

«Qué lástima que nadie de tu familia pueda estar contigo en este momento»,

escribió la señorita Queenie. «A tu hermano quizá le complacería verte y conocer a su nuevo sobrino».

Nuala no estaba tan segura. Nasey, tal como ella lo recordaba, había sido siempre retraído y distante.

—Esperaré a que el niño sea más grandecito —dijo.

Ahora Nuala no podía separarse del niño y no tenía más remedio que trabajar en casas donde le permitieran llevarlo consigo. Al principio no fue fácil, pero en cuanto vieron la cantidad de horas que hacía y lo poco que estorbaba el niño, encontró muchísimos clientes.

Veía de todo en los hogares donde trabajaba: mujeres ansiosas que vivían pendientes de nimiedades, como si la vida fuera un examen permanente que ellas jamás lograrían aprobar; hogares en los que el esposo y la esposa se faltaban al respeto de continuo; familias en las que malcriaban a los niños comprándoles todo lo que pedían y, sin embargo, nunca estaban satisfechos.

Pero también conoció a gente buena y amable, que les brindaban un trato afectuoso y se mostraban agradecidos cuando trabajaba más de lo que le pedían, cocinaba pasteles de patatas y lustraba los bronce hasta dejarlos como nuevos.

Cuando Richard cumplió tres años fue más difícil llevarlo con ella. El niño quería explorar la casa y corretear por todos lados. Una de las patronas preferidas de Nuala era una mujer a quien todos llamaban Signora, que daba clases de italiano. No se trataba de una mujer convencional: nada materialista, se ponía siempre ropa muy holgada y llevaba el pelo largo, entre gris, rojo y castaño oscuro, sujeto atrás con un lazo.

No tenía asistenta, pero contrató a Nuala para que fuera a limpiar dos tardes por semana a casa de su madre, una persona muy difícil de complacer que apenas si decía nada amable de Signora salvo que siempre había sido atolondrada y cabeza dura, y que nada bueno resultaría de ello.

Pero Signora, si lo sabía, no lo tenía en cuenta. Le habló a Nuala de una pequeña guardería maravillosa que llevaban unos amigos suyos.

—Ha de ser muy cara, yo no podría... —dijo Nuala con tristeza.

—Creo que les complacerá mucho aceptarlo a cambio de unas horas de limpieza.

—Pero puede que a los otros padres nos les guste. El hijo de la criada con sus hijos.

—No lo sospecharán y de todos modos tampoco lo sabrán. —Signora fue muy categórica—. Te gustaría ir a la guardería, ¿verdad, Richard? —Signora tenía la estupenda costumbre de hablar con los niños como si fueran adultos. Nunca ponía voz de niña pequeña.

—Soy Rigger —dijo.

Y así fue como lo llamaron desde entonces.

A Rigger le encantaba la guardería, y nadie supo nunca que dos horas antes de que llegaran los demás niños él ya estaba allí mientras su madre fregaba y lustraba y lo preparaba todo para comenzar la jornada.

Gracias a Signora, Nuala dio con varios lugares donde trabajar en el vecindario. Hacía la limpieza en una peluquería, donde todos procuraban que se sintiera una más, e incluso le hacían gratis reflejos carísimos. Trabajaba dos horas por semana en Ennio's, un restaurante situado en los muelles, y también allí la apreciaban y la invitaban siempre a probar un plato de pasta a la hora del almuerzo. Luego pasaba a recoger a Rigger y se lo llevaba a otra casa, donde cuidaba a otros niños; después paseaban todos juntos por el parque de St. Stephen y daban de comer a los patos.

La familia de Nuala desconocía por completo la existencia de Rigger. De esta manera parecía más sencillo.

Como sucede en muchas familias numerosas, los hijos que se han marchado acaban desvinculándose de sus antiguos hogares. A veces, en las Navidades, Nuala añoraba Stoneybridge, sobre todo el momento en que decoraba el árbol en casa de las señoritas Sheedy y estas le contaban la historia de cada uno de los adornos. Pensaba en su madre y en su padre, y en el pavo que comerían en Navidad y en las oraciones que rezarían por todos los emigrantes, especialmente por sus dos hermanas que vivían en Estados Unidos, su hermano que vivía en Birmingham, y Nasey y Nuala, en Dublín. Pero no estaba sola. ¿Quién podía estar solo con Rigger? Vivían el uno para el otro.

No sabía muy bien por qué se había decidido a ponerse en contacto con su hermano Nasey. Quizá hubiera influido una carta de la señorita Queenie, que siempre veía las cosas con mucho optimismo. La señorita Queenie dijo que probablemente Nasey llevara una vida muy solitaria en Dublín y que tal vez quisiera disfrutar de la compañía de alguien de la familia.

Nuala apenas si se acordaba de él. Nasey era el mayor de una familia numerosa, y ella la menor. No se iba a escandalizar ni asombrar cuando supiera que su hermana tenía un hijo en edad de ir al colegio.

Valía la pena intentarlo.

Entró en la carnicería donde trabajaba Nasey con Rigger de la mano. Lo reconoció enseguida: llevaba una bata blanca y cortaba con gran habilidad unas costillas de cordero con un cuchillo de carnicero.

—Soy Nuala, tu hermana —le dijo con naturalidad—, y este es Rigger.

Rigger lo miró con temor y Nuala observó detenidamente la cara de su hermano. Y entonces distinguió su gran sonrisa. Estaba encantado de ver a su hermana, no había duda. Qué lástima haber perdido cinco años, y todo porque había tenido miedo de que él no quisiera saber nada de ella.

—Tomaré un descanso dentro de diez minutos. Podemos encontrarnos en el café de enfrente. Señor Malone, le presento a mi hermana y a su hijito Rigger.

—Vete ahora mismo, Nasey. Seguro que tenéis mucho de que hablar.

El señor Malone era muy amable. Y resultó que, efectivamente, tenían muchísimas cosas que contarse.

Nasey era de trato fácil. No hizo preguntas acerca del padre de Rigger ni de los motivos por los que había tardado tanto en dar con él. Se mostró interesado en saber dónde trabajaba y dijo que los Malone, que eran una familia muy decente, estaban buscando a alguien que los ayudara con la casa. En otros sitios podría ser peor. Mantenía el contacto con otro sobrino, Dingo, un buen muchacho, con la cabeza llena de sueños y tonterías. Tenía una furgoneta y hacía repartos a domicilio. Vivía solo, pero decía que las personas para quienes trabajaba formaban parte de su vida y le agradaba mucho saber cómo les iba. Estaría encantado cuando se enterara de que tenía un primo nuevo.

Nasey preguntó por la familia y ella se mostró evasiva. No quería entrar en detalles.

—No saben nada de Rigger —dijo.

No era necesario decírselo. Él lo entendió.

—No tiene sentido cargar a las personas con demasiada información —afirmó convencido.

Le dijo que aún no había conocido a la mujer adecuada para él, pero que no perdía la esperanza de encontrarla algún día. No le gustaba ligar con las chicas en los *pubs*, pero ¿dónde si no? Ya estaba demasiado viejo para las discotecas o los bares que frecuentan los críos.

Y a partir de ese día entró a formar parte de la vida de Nuala y Rigger.

Era el tío soñado, el que conocía al cuidador del zoo, el que enseñó al niño a montar en bici, el que lo llevó al primer partido de fútbol. Y cuando Rigger cumplió once años, fue Nasey quien puso al corriente a su hermano de que, en el colegio, el chico se juntaba con una pandilla de matones, y que ya los habían echado a patadas de varias tiendas por robar.

Nuala estaba horrorizada, pero Rigger ni se inmutó. Todos los chicos lo hacían, y en las tiendas lo sabían. Así era el sistema.

Después se vio involucrado en un asunto peor: estos chicos amenazaban a personas ancianas y les obligaban a entregarles sus pensiones semanales. Acabaron todos en el tribunal de menores y con libertad condicional.

Por último cogieron a Rigger robando televisores en un almacén y esta vez el castigo fue el reformatorio.

Nuala ignoraba que uno pudiera llorar tanto. Estaba completamente conmocionada. ¿Qué le había ocurrido a su niño? ¿Y cuándo? Ya nada tenía sentido. Sus trabajos solo eran eso: trabajos.

Apenas escuchaba la conversación en Katie's, la peluquería, en Ennio's, el restaurante, o en St. Jarlath's Crescent, lugares donde antes se había sentido tan feliz y donde había compartido agradables momentos.

Decidió escribirle una carta semanal, pero no tenía ni idea de qué podía

interesarle al chico.

Fútbol, probablemente; de modo que echaba un vistazo al periódico de la tarde para ponerse al día sobre cuál era el equipo que jugaba y saber si había alguna película que a Rigger le pudiera gustar. El chico a veces respondía a sus cartas, a veces no, pero su madre no dejó nunca de escribirle una vez por semana.

Le contó que su padre había enfermado y había muerto, y que había vuelto a Stoneybridge para asistir al funeral. Le dijo que le resultaba muy raro, pero que el pueblo le parecía ahora pequeño después de tantos años de ausencia. No conocía prácticamente a nadie y sus hermanas y hermanos eran como extraños. Vio a su madre muy pequeñita y bastante anciana. Todo había cambiado lo suficiente como para sentirse en un lugar diferente.

Rigger contestó a esa carta.

Siento mucho que tu papá haya muerto. ¿Por qué nunca lo vimos ni fuimos a ese lugar? Aquí los compañeros están siempre hablando de sus abuelas y abuelos.

Nuala contestó:

Cuando vuelvas a casa te llevaré en tren a Stoneybridge y lo verás con tus propios ojos. Es una larga historia, pero será mucho más fácil contártela que escribirla.

Cuando salió del reformatorio tenía dieciséis años y la madre de Nuala había muerto.

Nasey fue solo al funeral. Nuala no asistió. La última vez que había estado en el pueblo, para el entierro de su padre, no se había sentido cómoda. Le pareció que algunos vecinos la miraban raro y que sus hermanas, que habían regresado de Norteamérica, estaban enfadadas con ella porque no venía a Stoneybridge con más frecuencia. Su hermano de Birmingham le había soltado una reprimenda diciéndole que ya era hora de sentar cabeza y formar una familia en vez de divertirse en Dublín.

Nasey les contó que efectivamente veía a Nuala de vez en cuando, pero no añadió nada más. Se mantuvo fiel a su teoría de que no había que agobiar a la gente con demasiada información. Le trajo las últimas novedades del pueblo. Dos de las señoritas Sheedy habían muerto. Ahora solo quedaba la señorita Queenie.

Después llegó la noticia de que Chicky Starr había regresado de Estados Unidos con planes de comprar Stone House. La señorita Queenie viviría allí el resto de su vida y entre las dos convertirían la casa en un hotel.

Nuala recordaba a Chicky con simpatía. Habían ido juntas al colegio. Chicky se había casado con un norteamericano llamado Walter Starr y se había marchado a vivir a Nueva York. Nuala le escribía. Su pobre esposo había fallecido en un terrible

accidente de automóvil.

Desde luego que debía de ser muy habilidosa y capaz si se proponía convertir aquella casa enorme y con tanto espacio desaprovechado en un hotel donde la gente pagaría para alojarse.

Rigger apenas hablaba del reformatorio. Había aprendido un poco de todo, dijo. Pero no se había especializado en nada. En la escuela les habían enseñado algo de construcción: una semana a encalar, otra a cavar. Nasey aseguró que intentaría que el señor Malone contratara a Rigger en la carnicería. Pero eran tiempos difíciles. La gente se estaba acostumbrando a comprar carne empaquetada en los supermercados.

Signora le preguntó a Nuala si creía que Rigger volvería al colegio. Ella podría darle clases particulares para que se pusiera al día. Pero él no quiso.

Dijo que ya había tenido suficiente colegio.

Nuala no perdía la esperanza de que el chico fuera abandonando poco a poco sus viejos hábitos y encontrara nuevos amigos y una forma diferente de vivir.

Pero hacía apenas unas semanas que Rigger había vuelto a casa cuando Nuala se dio cuenta de que su hijo se había puesto en contacto con los mismos chavales. Los que pudo encontrar, porque dos estaban presos, uno se había fugado —posiblemente a Inglaterra— y los demás estaban bajo vigilancia constante de los gendarmes.

No faltaron las advertencias que avisaban al muchacho del riesgo de quedar con antecedentes penales si delinquía nuevamente.

Salía de casa temprano y regresaba tarde, sin dar explicaciones sobre cómo pasaba el tiempo. Una noche, Nuala escuchó gritos, carreras y portazos, pero permaneció acostada temblando en la oscuridad, aguardando a que llegaran los gendarmes con las sirenas ululando. Pero no ocurrió nada de eso.

A la mañana siguiente, demacrada y angustiada, comprobó que Rigger había dormido bien y no parecía preocupado. Respiró aliviada cuando le dijo que salía a buscar trabajo.

Nasey se mostró sorprendido al ver entrar a Rigger en la carnicería, en compañía de dos amigos. Sorprendido, pero no complacido.

Rigger había ido a preguntar si no tenían algún trabajito para ellos, como limpiar el patio trasero, por ejemplo.

Nasey, satisfecho de que su sobrino mostrara interés por un trabajo honrado, se apresuró a preguntar al señor Malone si podían hacer algo durante un par de horas. Y, para agradecérselo, lo hicieron bien. Nasey, muy complacido, puso al corriente a su madre. Los chicos habían hecho su trabajo, habían ganado unos euros y se habían marchado bastante satisfechos.

Nuala volvió a respirar algo más tranquila. Tal vez no había motivos para estar tan preocupada.

Dos noches más tarde, Nasey, que había salido a dar su habitual paseo nocturno, pasó por delante de la carnicería. Con un gesto automático, dirigió su mirada a la alarma y comprobó asombrado que no estaba activada. Nunca se marchaba sin antes

accionar el interruptor. Horrorizado, entró y oyó algunos ruidos en la trastienda que provenían de la cámara frigorífica.

Al aproximarse distinguió a tres hombres que cargaban medias reses en una furgoneta aparcada en el patio trasero.

Corrió hacia ellos; uno de los hombres dejó caer la pieza de carne y se le abalanzó con una barra de hierro en la mano.

—¿Qué estáis haciendo? —gritó Nasey.

Cuando el hombre iba a golpearlo, se oyó una voz que gritó:

—¡Déjalo, déjalo, por Dios!

Nasey se zafó del golpe y reconoció a su protector: su sobrino Rigger.

—¡Rigger, no puedo creerlo! —Nasey estaba al borde de las lágrimas—. Te han pagado por tu trabajo y has venido a robarles la carne.

—Calla, Nasey, pedazo de imbécil. ¡Vete! Nunca has estado aquí, ¿me has oído? Vete a casa y no hables. Tranquilo, no ha pasado nada.

—No puedo. No puedo permitir que os llevéis lo que es propiedad del señor Malone.

—Malone tiene un buen seguro, Nasey. Piensa un poco, tío.

—No puedes hacer esto. ¿Qué vais a hacer con las medias reses?

—Cortes. Los venderemos en los Mountainview. La gente de allá quiere carne barata. Nasey, sal de aquí, hazme el favor.

—Oye, Rigger, o lo haces callar tú o lo haré yo —dijo uno de ellos.

Alguien lo empujó hacia la puerta y Nasey sintió el aliento caliente de Rigger en la cara.

—Jesús, Nasey, piensa un poco, ¿no te das cuenta? Te partirán la cabeza a golpes. Vete de aquí. Corre. ¡CORRE!

Nasey echó a correr y no se detuvo hasta llegar al apartamento de Nuala. Le contó lo ocurrido y luego, blancos como el papel, se sentaron a hablar mientras bebían una taza de té tras otra.

—Aunque yo no se lo diga, el señor Malone se dará cuenta. No es ningún tonto. ¿Quiénes si no esos tres iban a poder entrar conociendo el lugar? Y sabe que Rigger es mi sobrino.

—Lo siento mucho, Nasey. —Nuala lloraba.

—Debemos pensar en lo que vamos a hacer con él. Esto le costará la cárcel —dijo Nasey.

—Es mi culpa. No he sabido controlarlo. Estoy demasiado ocupada ganando dinero para él. Ahorrando para una educación que nunca tendrá.

—No digas eso. Tú no tienes nada que ver.

—Pero si la culpa no es mía, ¿de quién va a ser?

—No hay tiempo para hablar ahora de eso. Debemos esconderlo. Los gendarmes vendrán a buscarlo aquí.

—¿Y si lo mandamos a Stoneybridge?

La desesperación se reflejaba en su rostro.

—Pero ¿quién podría hacerse cargo de él? Yo creía que no querías que nadie supiera de su existencia.

—Tampoco quiero que vaya a la cárcel. Ya no me importa que lo sepan.

—Ninguno de ellos será capaz de controlarlo —afirmó Nasey—. Si hubiera un lugar donde pudiera vivir y trabajar...

Nuala trató de pensar en un sitio.

—¿Y si trabajara para Chicky en Stone House? No hace mucho me escribió la señorita Queenie para contarme que Chicky está buscando a alguien que la ayude.

—Rigger no lo aguantará —dijo Nasey sacudiendo la cabeza.

—Lo hará si sabe que es eso o la cárcel.

—Llama a Chicky —dijo Nasey.

Nasey no escuchó la conversación telefónica. Había salido a la calle, a esperar a Rigger. Vio llegar al chico corriendo por la calle. Rigger había vuelto a casa. Estaba muy pálido y le temblaban las manos. Pretendía echarle la culpa a todos menos a él.

—Si yo caigo, Nasey, será por tu culpa. Los demás me han dejado a un lado. No me darán mi parte. Es muy injusto. Fui yo quien los ayudó a entrar.

—Sí, fuiste tú —repuso Nasey muy serio.

—Les dije que no te chivarías, pero no me creyeron. Dicen que ya has ido a la policía. ¿Es cierto?

—No —respondió Nasey.

—Bien, gracias a Dios, por eso al menos. ¿Por qué no te marchaste cuando te lo pedí?

—Lo hice. Corrí como me dijiste.

—No se lo contarás a nadie, ¿verdad? —Rigger lo miraba como un niño.

—No será necesario que lo haga, Rigger. El señor Malone lo sabrá.

—¡Santo Dios! ¡El señor Malone esto, el señor Malone aquello! ¿Te oyes cuando hablas? —La voz de Rigger estaba cargada de desprecio—. ¿No te parece que ya eres bastante mayorcito y hasta viejo como para ser tu propio amo en lugar de estar diciendo todo el día sí, señor, sí, señor, como las cabras de Glenkill?

—Te descubrirán, aunque yo me quede mudo y no pueda volver a hablar —dijo Nasey.

—Cierra la boca, Rigger, y escucha con atención —intervino Nuala.

Él la miró azorado. El rostro de su madre era duro e implacable.

—Vamos a sacarte de Dublín esta misma noche. Y no volverás.

—¿Qué?

—Un transportista regresa esta noche en su camión a Stoneybridge. Irás con él. Te llevará a Stone House.

—¿Qué es Stone House? ¿Un colegio? —Rigger estaba asustado.

—Es donde trabajaba tu madre cuando era joven. Se fue de allí para tenerte a ti, hace años. Con toda la felicidad y el orgullo que supuestamente tú le darías.

El tono de voz de Nasey nunca había sido tan amargo.

Rigger quiso hablar, pero su tío no se lo permitió:

—Ve a coger tus cosas, dame tu móvil, no digas a nadie adónde vas. Cuando abra la carnicería de Malone, mañana por la mañana, tú ya habrás llegado a Stoneybridge.

—Pero has dicho que los gendarmes van a encontrarme de todos modos.

—No, si no estás aquí, no pueden. No, si nadie sabe dónde estás.

—Mami, ¿es cierto?

—Chicky me está haciendo un favor. Ella me ha hablado del camionero, y te admitirá a prueba durante una semana. Si vuelves a las andadas, llamará inmediatamente a los gendarmes, y serán ellos quienes te traigan aquí y te pongan entre rejas.

—¡Mami!

—Nada de mami. No me he comportado contigo como debe hacerlo una madre. Esta familia era un simulacro, nada más, y esto se acaba esta misma noche.

—¿Nasey?

—¿Qué?

—¿Tendrás problemas? —preguntó Rigger.

Por primera vez parecía preocuparse por alguien que no fuera él mismo.

—No lo sé. Ya veremos. Le diré al señor Malone que lamento mucho lo ocurrido, haberle pedido que te dejara trabajar en el patio. Lo cual es cierto; estoy completamente arrepentido.

—No te despedirá, ¿verdad?

—¿Quién sabe? Espero que no. Son años de trabajo. Un solo error.

—Y los otros chavales...

—Como tú mismo has dicho, te echaron, te han plantado. No están pensando en ti. Tampoco tú tienes por qué pensar en ellos.

—Pero ¿y si los cogen?

—Los cogerán, pero estarás lejos, y trabajando —dijo Nasey con calma y frialdad.

A partir de ese momento las cosas se precipitaron. Prepararon el bolso de Rigger en silencio. Llegó el hombre con el camión vacío. El chófer, sin decir palabra, le indicó con un gesto el asiento delantero. Conversarían lo justo durante todo el viaje por carretera a través de Irlanda.

Cuando él quiso despedirse, su madre le dio la espalda. Los ojos de Rigger se llenaron de lágrimas.

—Lo siento, mami —dijo.

—Sí —contestó Nuala.

Y Rigger se marchó. No tenía ni idea de que un viaje pudiera durar tanto. Tampoco imaginaba lo que le depararía el futuro. Le habían dado instrucciones de que no debía conversar con el conductor. Miró por la ventanilla y vio desfilar oscuras parcelas de tierra a ambos lados de la carretera. ¿Cómo se podía vivir en un lugar

como ese? De vez en cuando se cruzaban con conejos y zorros muertos en el asfalto. Le hubiera gustado preguntar por qué esos animales cruzaban en mitad del tráfico, pero, como la conversación estaba prohibida, se limitó a escuchar interminables canciones típicas del oeste, todas sobre perdedores, borrachos y gente traicionada.

Cuando llegaron a Stoneybridge, Rigger se sentía tan deprimido como nunca antes en toda su vida.

El chófer se detuvo delante de la verja de Stone House. Su madre había trabajado en ese lugar. Había vivido allí. No era de extrañarse que no hubiera querido volver. Se preguntaba si tendría parientes o amigos. ¿Vivía aquí su padre? ¿Casado con otra mujer? Era una posibilidad.

Rigger se preguntó por qué nunca había indagado en su pasado. ¿Qué rayos iba a hacer allí hasta que las cosas se olvidaran en Dublín, si es que aquello sucedía alguna vez?

Entró y llamó a la puerta. Una mujer de cabello corto y rizado abrió enseguida y colocó su dedo índice en los labios.

—Entra calladito y no despiertes a la señorita Queenie —dijo en voz baja, con un leve acento norteamericano.

¿Quiénes serían estas personas llamadas Chicky y Queenie?

¿Qué estaba haciendo él en ese granero helado? Entró en una cocina cochambrosa donde había una estufa medio rota y un gatito sentado delante, calentándose. Era blanco con una pequeña cola triangular negra y orejitas oscuras. Al verlo, maulló lastimero.

Rigger lo cogió y le acarició la cabeza.

—¿Cómo se llama?

—Ha llegado hoy, como tú. Hace una hora.

—¿Se quedará? —preguntó.

—Depende.

Chicky Starr no soltaba prenda.

—¿De qué depende? —preguntó.

—De si está dispuesto a trabajar mucho, a atrapar ratones, de si no crea problemas y se porta bien con la señorita Queenie. Esa clase de cosas.

—Entiendo —dijo Rigger. Y comprendió—. ¿Qué debo hacer en primer lugar? —preguntó.

—Creo que debes desayunar —contestó Chicky.

Y así comenzó. Su nueva vida.

Transformar esa casa en un hotel era una idea disparatada. ¿Qué clase de gente pensaban que querría venir a un lugar como ese? No obstante, era lo único divertido que se podía hacer en el pueblo.

Fue la señorita Queenie quien había traído el gatito a la casa. El último de una

camada nacida en una de las granjas de la colina; nadie creía que pudiera sobrevivir hasta que la señorita Queenie zanjó la cuestión metiéndose en el bolsillo a la diminuta criatura y llevándosela a su casa. La sostenía en la palma de la mano y le hablaba con dulzura mientras el minino la miraba solemne con sus enormes ojos verdigrises. Había decidido, le contó a Rigger, llamarla Gloria. Rigger se dio cuenta rápidamente de que la señorita Queenie era algo así como una película vieja en blanco y negro; le gustaba mantener las tradiciones de la casa como antaño, con un pequeño gong que sonaba para anunciar la hora de las comidas y unas mesas bien puestas. Jamás salía de casa sin antes ponerse un bonito sombrero y guantes.

Por lo visto pensaba que Rigger era un amigo, además de una persona sumamente útil que se había presentado justo en el momento que más lo necesitaban. Le contaba largas historias confusas de unas personas llamadas Jessica y Beatrice y de otras que habían muerto hacía mucho tiempo. Era totalmente inofensiva, pero estaba algo loca.

Teniendo presente el consejo de Chicky, Rigger se dio cuenta de la importancia que tenía el hecho de ser amable con la señorita Queenie. Le preparaba un taza de té por las mañanas y se lo servía en lo que ellas llamaban el saloncito de las mañanas. Y al mismo tiempo le daba de comer a Gloria.

La señorita Queenie sabía que a los gatos no había que darles leche, solamente mucha agua y un poco de comida para gatos. Y no cabía duda de que Gloria crecía muy bien. Dormía la mayor parte del día y parecía no tener mucho cerebro: aparentemente le daban ataques de ansiedad pues se había empeñado en creer que su cola era otro animal que la perseguía. La señorita Queenie decía que eso no era totalmente culpa de Gloria. Al fin y al cabo su cola era de otro color. La señorita Queenie había confeccionado una pequeña cama para la gatita en una esquina de la cocina, junto a la estufa. Mientras Gloria dormía, la señorita Queenie la contemplaba feliz durante horas.

En cambio, Chicky era menos sociable. Trabajaba muchísimo y esperaba que él hiciera lo propio. No tenía tiempo para charlar.

Había mucho que hacer en aquella casa.

Cavaba la tierra del jardín de Stone House, del que nadie se había ocupado en mucho tiempo, hasta que le dolía la espalda y la piel se le reseca por el polvo y el aire salino proveniente del mar. El terreno era duro y pedregoso y estaba repleto de espinos y zarzas. Aunque trataba de protegerse, estaba cubierto de arañazos y cortes. Le gustaba más cuando Gloria decidía acompañarlo con su pequeña cola triangular bien alta en el aire mientras olfateaba la tierra que él cavaba. Saltaba sobre las hojas y mordisqueaba las ramas, y más de una vez, mientras Rigger pugnaba por arrancar unas zarzas con la pala, se salvó por un pelo de morir decapitada. Su curiosidad era infinita e insaciable; mientras él trabajaba, ella no paraba de explorar. Y cuando Rigger hacía una pausa, apoyado sobre su pala, entonces ella, con aire solemne, se echaba sobre el lomo y lo observaba de arriba abajo.

Los días en que las tormentas del Atlántico azotaban la casa y entraba la lluvia,

había que limpiar desvanes, cambiar muebles de lugar, pintar el artesonado. De las viejas dependencias se ocupaban dos albañiles. Rigger trabajaba para ellos cargando ladrillos y piedras y transportando tablas de madera. Cortaba leña para las estufas y limpiaba las rejillas cada mañana, luego le ponía a Gloria un poco de agua fresca y su desayuno, y preparaba el té para la señorita Queenie.

Era una viejecita muy simpática, que vivía en su mundo de hadas, por supuesto, pero que no hacía mal a nadie. Todo le interesaba y le contaba a Rigger historias de cuando sus hermanas vivían. Les hubiera encantado tener una pista de tenis, pero nunca hubo dinero para eso.

—Tu madre era maravillosa cuando estuvo aquí. La echamos mucho de menos cuando se marchó —decía la señorita Queenie—. Nadie cocinaba el pastel de patatas como Nuala.

Una auténtica novedad para Rigger. No recordaba haber comido pastel de patatas en su casa.

Rigger disponía de un dormitorio detrás de la cocina, donde dormía, extenuado, siete horas todas las noches. Los sábados, Chicky le daba dinero que le alcanzaba para el autobús, una entrada de cine y una hamburguesa en el pueblo vecino.

Nadie quiso conocer las razones por las que se encontraba allí, ni oyó mencionar nunca que hubiera venido a esconderse. Tenía poco tiempo para hacer amistades, y estaba bien que fuera así, pensaba Rigger. Cuanta menos gente supiera de su existencia, mejor.

Y entonces llegaron noticias de las que tanto quería saber.

Nasey llamó por teléfono para darle la información. Dos jóvenes habían sido detenidos por el robo en la carnicería. Habían sido juzgados y condenados a seis meses de prisión.

Los gendarmes habían vigilado el domicilio de Nuala durante semanas, pero al comprobar que no había señales de Rigger ni nadie sabía adónde se había ido, se olvidaron del asunto.

—¿Cómo los cogieron? —preguntó Rigger con un hilo de voz.

—Alguien puso sobre aviso a los gendarmes de la zona de Mountainview Estates y allá los encontraron, muy confiados, yendo de casa en casa para vender la carne.

Rigger suponía que ese alguien debía de haber sido Nasey, pero se lo calló.

—¿Y tu empleo, Nasey?

—Sigo allí. El señor Malone se compadece de mí a veces, porque has huido. Llegó incluso a decirme que lo mejor que podías hacer era no aparecer más por Dublín.

—Ya veo.

—Tal vez tenga razón, Rigger.

—Gracias, Nasey. Y mami, ¿cómo está?

—En estado de *shock*, todavía. Esperé mucho hasta que tú salieras del reformatorio, contaba los días que faltaban; tenía tantos planes para ti, y ahora todo eso se ha acabado para siempre.

—Todo no. No para siempre, de ninguna manera. Puedo regresar, ahora que los otros ya no están en la calle, ¿verdad?

—No, Rigger, esos tipejos tienen amigos. Forman una banda. Yo te aconsejo que no vuelvas por una buena temporada.

—Pero no puedo quedarme aquí para siempre —protestó Rigger.

—Debes quedarte, de momento —advirtió Nasey.

—Echo en falta las cartas de mamá, como las que me escribía cuando estaba en el reformatorio.

—No creo que vaya a escribirte. Aún no. Pero, claro, podrías hacerlo tú —dijo Nasey.

—Supongo que sí, podría...

—Bien, bien.

Y Nasey colgó.

Tal vez la señorita Queenie le ayudaría a escribir a su madre.

Y fue de gran ayuda, pues le contaba un montón de cosas que podían interesarle a Nuala: cómo habían vendido el garaje, las casas nuevas de los O'Hara —que en teoría los harían millonarios— habían perdido valor y no encontraban compradores; eran como elefantes blancos. El padre Johnson tenía un coadjutor nuevo que hacía la mayor parte del trabajo en la parroquia.

Rigger no sabía si a su madre estas noticias le parecían interesantes, pues nunca contestaba a sus cartas.

—¿Usted qué opina? ¿Por qué no me contesta? —le preguntó a la señorita Queenie.

La anciana no tenía la menor idea. Sus pálidos ojos azules reflejaban preocupación y tristeza por él mientras acariciaba a Gloria recostada en su regazo. Era extraño, decía, Nuala había estado siempre muy orgullosa de él, hasta les había enviado las fotos del bautizo y la primera comunión. Tal vez Chicky supiera algo.

Nervioso, le preguntó a Chicky, pero ella le respondió con aspereza que debía de tener una visión demasiado optimista de la vida si creía que su madre ya lo había superado todo.

—No fue fácil para ella llamarme por teléfono en plena noche. Hacía veinte años que no sabíamos nada una de la otra y se vio obligada a decirme que yo era la única persona en el mundo capaz de ayudarla. Estoy segura de que no le gustó tener que hacerlo. Yo lo habría odiado.

—Sí, lo sé, pero ¿no podrías decirle que he cambiado? —suplicó.

—Se lo he dicho.

—Entonces, ¿por qué no contesta mis cartas?

—Porque cree que es ella quien tiene la culpa. La verdad es que no quiere saber

nada más de ti. Siento ser tan dura, pero tú me has preguntado.

—Sí, es verdad —admitió. Estaba temblando.

A estas alturas, Rigger ya estaba sumamente interesado en aquel descabellado plan de transformar la vieja casona en una elegante casa de huéspedes. El trabajo duro y la limpieza del terreno estaban hechos; había llegado el momento de reconstruir. Vendrían contratistas de verdad para hacer las obras. Asombrado, miraba los planos de los cuartos de baño y de la calefacción central desplegados sobre la mesa de la cocina mientras Gloria caminaba por encima. Sabía que había reuniones con banqueros y compañías de seguros, y que en el futuro vendrían decoradores.

La decisión de Chicky de cambiar los términos de su contratación le cogió desprevenido.

—Llevas seis meses aquí y has sido de gran ayuda, Rigger —dijo una noche después de que la señorita Queenie se hubo acostado. El muchacho estaba muy contento con el cumplido. No había recibido demasiados en los últimos tiempos. Se dispuso a escucharla.

—Cuando entren los contratistas, dentro de unas semanas, necesitaré a alguien que lleve a la señorita Queenie al centro de salud y a la consulta del doctor Dai, y la traiga de vuelta a casa. ¿Sabes conducir?

—Sí —respondió Rigger.

—Pero ¿tienes el permiso? ¿Has pasado un examen o algo por el estilo?

—Me temo que no —admitió Rigger.

—Entonces, es lo primero que debes hacer: tomar clases de conducir con Dinny en el garaje y aprobar el examen. ¿Sabes cultivar cosas?

—¿Qué clase de cosas?

—Hemos de tener nuestra propia producción: patatas, verduras, fruta. También tendremos gallinas.

—¿Hablas en serio?

Rigger tenía a veces la impresión de que Chicky estaba loca de atar.

—Muy en serio. Debemos ofrecer algo especial a nuestros visitantes; que sepan que todo lo que se les sirve se produce aquí, y no se compra en el supermercado del pueblo.

—Ya veo —repuso Rigger, aunque no veía nada de nada.

—De manera que he pensado que si te nombro mi encargado y te pago un buen sueldo, podrías sentir cierto interés. Stone House no será solo el sitio adonde has venido a esconderte. Se tratará de un auténtico trabajo, con futuro.

—¿Aquí? ¿En Stoneybridge?

Rigger estaba estupefacto de que alguien pudiera ver su futuro en aquella comarca.

—Sí, aquí, en Stoneybridge. Lo más probable es que de momento, y durante un

buen tiempo, no puedas regresar a Dublín. Esperaba que desearas echar raíces aquí, convertirte en alguien.

—Estoy muy agradecido, pero...

—Pero ¿qué, Rigger? ¿Acaso ves un brillante porvenir para ti en Dublín robando medias reses y golpeando a los carniceros decentes que tratan de proteger sus negocios?

—Yo no he golpeado a nadie —respondió indignado.

—Lo sé. ¿Por qué crees que acepté que vinieras? Le salvaste la vida a Nasey, fue él quien lo dijo. Quiso darte la oportunidad de empezar de nuevo. Estoy tratando de brindarte esa oportunidad. Pero no es fácil.

—¿Tú me aprecias, Chicky?

—Sí, en realidad, sí. No pensé que lo haría, pero sí. Eres amable con Queenie, agradable con la gatita, tienes muchas buenas condiciones. Además eres muy joven. Pretendía que te capacitaras en algunas cosas y que tuvieras algo así como una vida propia. Pero me lo echas en cara y dices que vivir aquí no vale nada. Me dejas un poco confusa, la verdad.

—Es que no es como yo pensaba que sería mi vida —dijo Rigger.

—Tampoco es como yo imaginé la mía, pero en alguna parte del camino hemos de recoger lo que hemos sembrado y hacernos cargo.

—Al menos tu mala suerte no fue culpa tuya —dijo Rigger.

—En cierto modo, probablemente sí lo fue. —Chicky apartó la mirada.

—Pero que tu marido se muriera y todo eso... no tienes que culparte por ello.

—No, es cierto.

—Me encantaría ser tu encargado, si todavía me aceptas —dijo, tras una pausa.

—Empezaremos a preparar el terreno para la huerta mañana por la mañana y tu primera clase de conducir con Dinny será por la tarde. Comenzarás a estudiar las normas del código de circulación mañana por la noche. La señorita Queenie se encargará de ello.

—Estoy dispuesto —dijo Rigger.

—Y abriré una cuenta en la caja de ahorros a tu nombre, en la que depositaré la mitad de tu salario semanal y te entregaré la otra mitad en efectivo. Así podrás comprarte ropa bonita y llevar a una chica a bailar cuando te apetezca.

—¿Puedo contárselo a mi madre y a Nasey?

—Sí, claro que puedes. Pero yo no me haría muchas ilusiones con tu madre.

—Será la primera buena noticia que habrá escuchado de mí en su vida —comentó él.

—No creas, estaba feliz cuando tú naciste. Le escribía a Queenie y se lo contaba todo. Por lo visto pesabas casi tres kilos. Pero ahora las cosas son diferentes. Nasey dice que ella necesita ver a un médico. Se trata de una especie de depresión, pero no quiere ni oír hablar de ello.

Chicky creyó ver lágrimas en los ojos de Rigger, pero no estaba segura.

Las clases de conducir iban bien. Dinny dijo que Rigger era valiente pero temerario, que tenía reflejos, pero que era impaciente. Las normas de tráfico resultaban un incordio, pero a la señorita Queenie le encantaba examinarlo todas las noches.

—¿Qué significa una señal como un círculo cruzado en las afueras de una ciudad? —le preguntó.

—¿Que puedes conducir tan rápido como quieras? —sugirió Rigger.

—No, error; significa que puedes ir a la velocidad máxima nacional autorizada —exclamó triunfante la señorita Queenie.

—Es lo que he querido decir.

—Tú has dicho conducir tan rápido como quieras —explicó la señorita Queenie—. No habrías aprobado.

Aprobó el examen sin dificultad.

Llevaba a la señorita Queenie a todas partes: a sus visitas con el doctor Dai, al hospital para los chequeos, al veterinario para esterilizar a Gloria.

—Es una pena que no vaya a tener gatitos propios —había dicho la señorita Queenie mientras acariciaba a la gata sobre su regazo.

—Lo único que nos falta es tener que encontrar un hogar para cada uno de ellos, señorita Queenie. No podemos tener la casa llena de gatos cuando lleguen los huéspedes.

Se dio cuenta de que empezaba a creer que formaba parte de aquel proyecto.

—Dime, Rigger, ¿te gustaría tener hijos algún día? —Siempre hacía preguntas directas, extrañas, que nadie haría.

—Para ser sincero, no lo creo. Por lo visto dan más problemas que alegrías. Acaban decepcionándote.

Sabía que sus palabras sonaban amargas y trató de reír y de suavizar el tono. En realidad, la señorita Queenie no lo había notado.

—Nos habría encantado tener niños, a Jessica, a Beatrice y a mí. Siempre nos imaginábamos a nuestros niños jugando en Stone House, lo cual era estúpido, pues de habernos casado no hubiéramos podido seguir viviendo aquí. Solo era un sueño.

—¿Y alguna vez hubo alguien en particular con quien a usted le habría gustado casarse, señorita Queenie?

Rigger se sorprendió de haberse atrevido a hacerle semejante pregunta.

—Hubo un joven... ah, me habría encantado casarme con él, pero por desgracia había tuberculosis en su familia, así que no se podía casar aunque lo hubiera querido.

—¿Por qué no?

—Porque era una enfermedad de los pulmones y la gente podía contagiarla a los niños. Murió en un sanatorio, el pobre, pobre muchacho. Aún conservo las cartas que me enviaba.

Rigger palmeó suavemente la mano de la señorita Queenie y, turbado, acarició también la cabeza de Gloria. Se mantuvieron callados durante el resto del viaje a la

clínica veterinaria.

—No te preocupes, Gloria. No sentirás nada, cariño. Al fin y al cabo hay más cosas en la vida que sexo y gatitos —dijo la señorita Queenie para tranquilizar a la gatita que ronroneaba mientras ella la entregaba.

El veterinario y Rigger intercambiaron miradas. No era el tipo de conversación habitual en la consulta.

Mientras operaban a Gloria, Rigger y la señorita Queenie cogieron el coche y se fueron a comprar todo lo de la lista que les había dado Chicky. Rigger se quedó asombrado al comprobar cuánta gente lo llamaba por su nombre, en Stoneybridge y en la comarca de los alrededores. A su madre le gustaría saber que era muy bien aceptado en el lugar donde ella se había criado.

Pero ella no respondía sus cartas.

Le había escrito a su madre para contarle que habían comprado pollitos recién nacidos, y que debían protegerlos de una Gloria deseosa de practicar sus dotes de cazadora, y de lo duro que era cavar los surcos para plantar patatas. Le contó acerca del contratista que pretendía cobrar una fortuna por levantar la tapia en el jardín, de manera que Rigger la había edificado él solo, colocando piedra sobre piedra, y que había preparado los canteros para las plantas. Que cada vez que hacía un agujero para plantar algo, llegaba Gloria, se sentaba encima, y lo miraba muy seria. Pese a ello, habían crecido arbustos y plantas contra la pared, una forma de cultivo que se denominaba «en espaldera». Tenían judías pintas y calabacines, y canteros enteros de lechugas y hierbas.

Sin embargo, no le dijo nada a su madre acerca de una muchacha adorable, Carmel Hickey, que estudiaba mucho para aprobar su examen de bachillerato, pero que a veces se dejaba convencer e iba al cine o a dar una vuelta en coche por la costa con Rigger.

A algunos vecinos, y a la familia de la joven, les preocupaba que Rigger viviera en Stone House con dos mujeres.

Chicky se rio. La gente decía que les parecía raro, eso era todo. Pero no le dio importancia y la vida siguió sin mayores dificultades para los tres, trabajando muchas horas y soportando a la gente que no aparecía cuando debía o incluso cuando no daba señales de vida. Le enseñó a Rigger a preparar los platos que le gustaban a la señorita Queenie: pequeños *scones* y tortillas. Aprendió muy rápido. Era una cosa más que debía saber.

A veces Rigger pedía consejo a Chicky sobre qué podía agradarle a una chica. Deseaba hacerle un regalo a Carmel. ¿Qué le sugería?

Chicky pensó que a Carmel le gustaría ir a la feria que se instalaba cada año en un pueblo situado no muy lejos de allí. Habría fuegos artificiales y autos de choque, una noria enorme; sería muy divertido.

Y a Carmel, por lo visto, le encantó.

Resultaba enternecedor ver a Rigger vestirse para salir con su chica en la vieja

furgoneta. Chicky suspiró mientras los miraba alejarse por el camino de los acantilados. Como Rigger no bebía, no tenía motivos para preocuparse. No podía prever la conversación que tendrían pocos meses más tarde.

Carmel estaba embarazada.

Carmel Hickey, con diecisiete años y a punto de aprobar su examen de bachillerato, iba a tener un hijo de Rigger, que tenía dieciocho. Se amaban, de manera que se fugarían a Inglaterra y allí se casarían. Rigger sentía muchísimo dejar a Chicky de esa manera tan intempestiva, pero no podía hacer otra cosa. Un aborto estaba descartado; los padres de Carmel los matarían a ambos. No habría la menor tolerancia por parte de la familia Hickey.

Para su sorpresa, Chicky lo escuchaba con la mayor serenidad.

Lo primero que dijo fue que no debían hablarlo con nadie. Absolutamente con nadie.

Carmel se examinaría con normalidad. Luego, una vez finalizados los exámenes, se podrían casar allí, en Stoneybridge, y marcharse.

Rigger la miró como si estuviera loca.

—Chicky, no tienes idea de cómo son, me desollarán vivo. Han puesto todas sus esperanzas en ella: su carrera, su vida y un buen partido para la boda. No quieren ni oír hablar de que se vaya a casar con un tipo sin futuro como yo. No lo tolerarían, ni en millones de años. Debemos huir.

—Ya hemos tenido bastante con las huidas —dijo Chicky—. Tu madre huyó de aquí. Yo huí. Tú huyes. Tiene que acabarse de una vez por todas. Acabemos ahora.

—Pero ¿qué puedo ofrecerle a Carmel?

—Tienes un empleo, un buen empleo; dispones de ahorros en la cuenta. Te dejaré la casita que está pegada a la tapia del jardín. Puedes convertirla en tu hogar. Podrás vender lo que produzcas a Stone House y a otros hostales también. Eres un auténtico hombre de negocios, por el amor de Dios. Hoy por hoy, no les resultará fácil encontrar a alguien tan bien dispuesto y capaz de ofrecerle un hogar a su hija.

—No, Chicky. Tú no sabes cómo son.

—Sí lo sé. Conozco a los Hickey de toda la vida. No digo que se pondrán contentos, pero es mejor eso a que los gendarmes vayan a buscarte a Inglaterra o le pidan ayuda al Ejército de Salvación para localizarte.

—¿Casado? ¿En Stoneybridge?

—Si eso es lo que quieres, sí. Creo que ambos sois muy jóvenes. Os podríais casar mucho más tarde, pero si deseáis hacerlo ahora, deja que yo me ocupe de hablar con el padre Johnson.

—No funcionará.

—Sí, si mantienes la boca cerrada y terminas de una vez esa casa. Has de tenerla lista para enseñársela a los Hickey el día que les anuncies que Carmel está embarazada.

—Chicky, sé razonable. No podemos terminar todo en tres semanas, ni en un mes.

—Si les digo a los contratistas que la prioridad es Stone Cottage, la casita, entonces sí, podemos. Y puedes llevarte algunos de los muebles que tenemos almacenados.

La miró; una pequeña luz de esperanza brilló en sus ojos.

—¿Realmente piensas que...?

—No tenemos ni un minuto que perder. Y no se lo digas ni a tu madre. Aún no.

—Dios mío, se pondrá como loca. Más malas noticias.

—No lo serán cuando las reciba todas juntas en un solo paquete. Cuando sepa que tienes una casa, un buen empleo y una novia. ¿Por qué van a ser malas noticias? ¿Acaso no es lo que siempre ha deseado para ti?

Carmel Hickey demostró ser asombrosamente práctica. Juró que se concentraría en sus exámenes, y que quería aprender contabilidad y estudiar empresariales. Insistía en que Rigger dedicara todo su tiempo a poner en condiciones Stone Cottage. Parecía muy aliviada de no tener que marcharse en un barco de emigrantes a vivir del aire en Inglaterra.

Carmel tenía absoluta confianza en Chicky, incluso en eso de lograr que el padre Johnson los apoyara.

Y Carmel tenía razón en confiar en Chicky. Para cuando los exámenes finales hubieron terminado, el padre Johnson ya estaba convencido de que la consagración de un buen matrimonio cristiano entre dos personas muy jóvenes, aunque ella estuviera embarazada, era algo bueno y no algo malo.

Y cuando los Hickey empezaron a sollozar y a protestar, el padre Johnson los reconvino diciéndoles que no pusieran obstáculos en la senda del Señor.

Los Hickey se ablandaron un poco después de su primera visita a Stone Cottage y tuvieron la prueba manifiesta de que Rigger era su propio patrón y no un simple peón de Chicky. Tuvieron que admitir que el lugar parecía muy confortable, «una casa bien puesta», como ellos decían.

Gloria había decidido dar un toque de elegancia al decorado. Se sentó a acicalarse junto a la pequeña estufa, dándole un aspecto de hogar al ambiente. Viejas lámparas, antaño muy apreciadas por las señoritas Sheedy, habían salido de sus armarios y brillaban relucientes; había alfombras, hechas con los mejores retazos de las viejas; y todo estaba pintado a la perfección.

La boda sería íntima y tranquila. No querían nada espectacular.

Nuala escribió una sola carta, breve, e hizo una llamada telefónica para desearles felicidad, y decir que no podría acudir a la ceremonia.

—Ay, mami, me encantaría que estuvieras aquí, y conocieras a Carmel y nuestra nueva casa.

Rigger no podía creer que se negara a venir a su boda.

—No me siento capaz, Rigger. No funcionaría. Os deseo a ambos lo mejor y

confío en vuestro futuro. Estoy segura de que un día iré; os haré una visita en otro momento.

—Pero, mami, solo me casaré una vez.

—Es más de lo que yo he tenido —contestó Nuala.

—Pero, mami, ¿por qué sigues enfadada conmigo? Hice lo que tú y Nasey dijisteis que debía hacer. He hecho mi vida aquí. He trabajado duro. Dejé toda esa estúpida vida de antes. ¿Por qué no vienes a vernos el día de nuestra boda?

—Te he fallado, Rigger. No te di ninguna educación. No podía vigilarte o guiarte. Dejé que hicieras de tu vida un desastre. No tengo nada que ver con lo que tú eres hoy. Lo has hecho todo sin mí.

—No hables así, mami. Yo no sería nada de no haber sido por ti. Era el imbécil que no quería escuchar. Ven, mami, por favor.

—Esta vez no, Rigger. Pero un día, tal vez, sí.

—Y el niño... si es una niña, le pondremos Nuala.

—¡No! Por favor, no hagas eso. Yo sé que piensas que me gustaría, pero no quiero, sinceramente.

—¿Por qué, mami? ¿Por qué dices eso?

—Porque no lo merezco. Dime, ¿cuándo he hecho algo bueno por ti, Rigger? ¿Algo útil? Me lo pregunto una y otra vez y no puedo encontrar la respuesta.

Envió como regalo de bodas un vaso de cristal muy caro con una tarjeta en la que decía que lamentaba mucho no poder asistir.

Carmel comprendió.

—Deberíamos esperar a que ella esté preparada. Cuando el niño haya nacido, vendrá disparada y le enseñaremos el buen trabajo que hizo contigo.

El día de la boda salió mejor de lo que ellos mismos esperaban. Nasey vino de Dublín con Dingo, el primo de Rigger.

Su tío suavizó las cosas con los Hickey. La madre de Rigger hubiera asistido con toda seguridad de haber podido, pero lamentablemente no se sentía lo bastante fuerte como para viajar. Enviaba sus deseos de felicidad para todos.

Cuando estuvieron a solas, le contó a Chicky que su hermana se recluía cada vez más.

No era necesario inquietar al chico con esas cosas, pero al parecer se había desvinculado por completo de su hijo.

La señorita Queenie estaba absolutamente resplandeciente el día de la boda, con un vestido de brocado rosa oscuro. La última vez que se lo había puesto había sido hacía treinta y cinco años. Llevaba también un sombrero a conjunto con flores en el ala. Chicky se compró un elegante vestido de seda azul marino con casaca. Encontró un sencillo sombrero de paja y lo adornó con flores de seda azules y blancas en el ala. Los Hickey se iban a quedar boquiabiertos con esta boda.

Chicky sirvió un delicioso cordero asado a la hora del almuerzo en Stone Cottage. Habían preparado un pastel de boda que no podía compararse con nada que los Hickey pudieran haber visto en un hotel de cinco estrellas, si es que alguna vez habían estado en uno. No hubo luna de miel; la pareja tenía mucha faena pendiente, como terminar de construir los gallineros y el cobertizo para ordeñar las vacas. Las habían comprado en el mercado de ganado, y ahora pastaban en el campo. Stone Cottage produciría la leche para los huéspedes de Stone House, así como yogur y mantequilla ecológica. Quedaba mucho por hacer.

Carmel ayudaba a Chicky a elegir las combinaciones de colores para las habitaciones. Tenía buen ojo y descubrió dónde conseguir telas y géneros. No dejaba de señalar con mucho cinismo lo caros que eran los consejos y gustos de los decoradores de interiores a quienes consultaban.

—Para ser sincera, Chicky, diría que no saben más de lo que nosotras sabemos. En realidad, saben menos, pues tú te acuerdas de esta casa tal como era antes. Lo único que ellos quieren es estampar su sello en este lugar.

Pero Chicky respondía que la inversión era tan grande ya, que el costo de un decorador no significaría una enorme diferencia. Al menos sabrían si estaban yendo en la buena dirección.

Orla, la sobrina de Chicky, seguía sin estar segura, pero aceptó. Terminó de convencerla que hubiera tantos decoradores. Orla había regresado de Londres después de haber hablado con Chicky una vez más. Hacía pocas semanas que se había comprometido a formar parte de su equipo.

—No podría volver a Stoneybridge —había dicho Orla—, no después de Londres, y encima mi madre me está volviendo loca. Chicky, ¿puedo quedarme contigo en Stone House? Tienes mucho sitio.

—No, ya di muchos problemas a la familia en el pasado. No deseo que ahora me acusen de raptarte. Ve con ellos y duerme en casa de tu madre.

—No puedo. No para de acosarme: ¿por qué no me he comprometido con un banquero, como Brigid O'Hara? ¿Qué he estado haciendo en Londres en lugar de encontrar a un idiota rico como hizo Brigid?

—Yo tampoco quiero tener a Kathleen detrás todo el día criticándome. Ponte las pilas, Orla. Y si te decides a venir a trabajar conmigo, ya nos ocuparemos de encontrar un lugar para ti. Hay muchas casitas por aquí que se están desmoronando. Podemos reconstruir alguna.

—¿Eso significaría que me quedaré en Stoneybridge para siempre?

—No, claro que no. Podremos alquilarla o venderla después. Te daré una buena formación. Acabarás cocinando como una diosa. Pero no te quedes a vivir en esta casa. Necesitarás un lugar adonde ir después de la jornada de trabajo.

—Eres un milagro, eso es lo que eres.

—No, solo tengo mucha experiencia —repuso Chicky.

La decisión estaba tomada. Rigger y Carmel, empeñados en demostrar su capacidad a todo el mundo, trabajaban el día entero para hacer realidad sus planes. Rigger se proponía vender sus productos a granjas alejadas, situadas en las cercanías de Rocky Ridge, pero Carmel le advirtió de que sus primos regentaban tiendas de comestibles en aquella zona y no les parecería bien, los acusarían de quitarles el pan de la boca. De manera que se pusieron a elaborar mermeladas y dulces, y hallaron unos pequeños botes muy bonitos para envasarlos, con un dibujo de Stone Cottage pintado en cada uno.

Como había hecho Chicky antes que ellos, tuvieron que encontrar la forma de desarrollar su negocio sin enemistarse con los comerciantes de la zona. Debían suministrar un nuevo servicio y no reemplazar los existentes.

Muy pronto los hoteles y las tiendas turísticas les compraron sus productos y luego renovaron sus pedidos.

Carmel encontró viejos libros de cocina y aprendió a preparar *chutney*, pepinillos en vinagre y un musgo de Irlanda, o *carrageen*, particularmente sabroso, a partir de un alga entre parda y rojiza que el mar arrojaba a sus costas. Chicky recordaba que en la época de su juventud la gente la mezclaba con leche y preparaba una suerte de budín no muy apetitoso, pero el de Carmel era un plato completamente distinto. Con huevos, limón y azúcar resultaba tan liviano como una pluma; lo servía con nata, a la que echaba un poco de *whisky* irlandés.

La señorita Queenie mostraba mucho interés por el nuevo bebé y fue la primera en saber, después de que Carmel y Rigger regresaran del hospital atónitos, que no era un bebé sino dos: mellizos.

El doctor Dai Morgan, un galés que había llegado a Stoneybridge como interino hacía treinta años, estaba muy complacido.

—Doble placer y la mitad de esfuerzo —dijo a los jóvenes, a quienes les costaba aceptar la idea.

—¡Qué maravilla! Una familia completa de una sola vez, y serán una gran compañía el uno para el otro.

La señorita Queenie aplaudía.

Era justo lo que Rigger y Carmel necesitaban oír después de haber reaccionado como lo habían hecho: si ya era difícil con un bebé, con dos sería imposible.

Costó lo suyo que Carmel se tomara las cosas con más calma. Pero entre todos lograron que se diera cuenta de que esa era la prioridad.

Las semanas transcurrían con lentitud. Carmel tenía su maleta preparada. Rigger daba un salto cada vez que ella respiraba profundo.

Sucedió en plena noche. Rigger conservó la calma. Telefonó al doctor Morgan, quien le dijo que fuera a despertar a Chicky de inmediato y que le pidiera que tuviera todo listo. Tenía la impresión de que era demasiado tarde para ir al hospital. Estaría

allí dentro de diez minutos. Y llamó a la puerta de Stone Cottage antes de que se hubieran dado cuenta de lo que estaba pasando.

Chicky también había llegado, con toallas y un control de la situación que tranquilizó a todos. La niña y el niño nacieron y estuvieron en los brazos de Carmel mucho antes del amanecer.

Cuando la señorita Queenie entró a tomar su desayuno, halló a Chicky y al doctor Morgan bebiendo un *brandy* con el café.

—Me lo he perdido —dijo decepcionada.

—Puede pasar a verlos dentro de media hora. La enfermera está con ellos. Todos están muy bien —explicó el médico.

—Dios sea loado. Creo que yo también voy a coger una copita de *brandy*, para humedecer las cabezas de los bebés.

Todo el día estuvieron entrando y saliendo para ver a los recién nacidos.

Pese a que tenían pocas horas de vida, la señorita Queenie ya notaba parecidos con los miembros de la familia. El pequeño era el retrato de Rigger; la pequeña tenía los ojos de Carmel. Se moría por saber qué nombres les pondrían.

Chicky estaba a punto de decir que quizá los padres necesitaban tiempo para decidirlo; pero no, ya lo sabían. El niño se llamaría Macken, como el padre de Carmel, y la niña Rosemary. O tal vez Rosie.

—¿De dónde has sacado ese nombre? —preguntó Chicky.

—Es el nombre de la señorita Queenie. Fue bautizada Rosemary —repuso Rigger.

Chicky le sonrió mientras le caían las lágrimas. Parecía increíble: Rigger, el mismo chico enfurruñado y rebelde que había llegado a la puerta de su casa, tenía la bondad de honrar a la anciana dama. Sintió una oleada de tristeza pues Nuala no podía compartir estas emociones. Era como si ella hubiera asumido el papel de Nuala, como una segunda abuela para los bebés. Nuala debería estar ahí, disputándole el poder a la abuela Hickey, en lugar de vivir en medio de una insensata bruma culpable, en Dublín, y matándose a trabajar para nada.

En cambio, observar a la señorita Queenie era un verdadero placer. No conocía a nadie que se entregara con tanto gusto como ella al cuidado de los niños.

—Bueno, ¡nunca pensé que fuera a suceder! —La señorita Queenie lo decía maravillada—. ¿Ves? nuestros hijos no se hicieron realidad y no tuve sobrinas, de manera que nadie iba a llamarse nunca como yo, y ahora... ya ves.

Los allí presentes carraspearon y respiraron inquietos, y entonces, de repente, la señorita Queenie preguntó:

—¿No está Nuala loca de alegría con los bebés que han llegado?

Nuala.

Ninguno se lo había dicho aún.

—Si lo deseas, puedo... —empezó a decir Chicky.

—No, se lo diré yo mismo —dijo Rigger.

Se apartó del grupo y marcó el número de teléfono de su madre.

—Ah, ¿Rigger?

Su voz sonaba cansada, y probablemente lo estaba. Quién sabe cuánta faena había estado haciendo durante esos días.

—Pensé que querrías saberlo. Los bebés están aquí: un niño y una niña.

—¡Qué buena noticia! ¿Carmel está bien?

—Sí, muy bien. Todo sucedió muy rápido y los niños se encuentran perfectamente. Cada uno pesa dos kilos y medio. Son hermosos, mami.

—Estoy segura de que lo son.

Su tono de voz era más átono que entusiasmado.

—Mami, cuando yo nací, ¿fue rápido o llevó mucho tiempo?

—Llevó mucho tiempo.

—¿Y estabas sola en un hospital?

—Bueno, había enfermeras y otras madres dando a luz.

—Pero ¿no había nadie contigo?

—No. ¿Qué importancia tiene eso ahora? Fue hace mucho tiempo.

—Debió de ser terrible para ti.

Se produjo un silencio.

—Los llamaremos Rosie y Macken —dijo Rigger.

—Qué bonito.

—Dijiste que no querías que le pusiéramos Nuala.

—Sí, Rigger, eso dije, y lo dije en serio. Deja de disculparte. Rosie está muy bien.

—Dirigirán el mundo, mami. Ella y su hermano.

—Sí, claro.

Y entonces colgó.

¿Qué clase de mujer tenía que ser para que le importara tan poco el nacimiento de sus nietos? No parecía normal. Pero desde la noche del episodio en la carnicería de Malone, mami había dejado de ser normal. ¿Acaso se habría vuelto loca por su culpa?

Rigger no iba a permitir que eso lo preocupara ahora. Se trataba del mejor día de su vida; nada ni nadie se lo arruinaría.

Nunca faltaba gente para echarles una mano con los mellizos y, tanto en su propia casa como en la casa grande, los pequeños se sentían en su hogar. Dormían en su cochecito mientras Chicky y Carmel se sumergían en los catálogos y las muestras de géneros desplegados sobre la mesa de la cocina. Y cuando todos habían salido y no quedaba nadie en casa, la señorita Queenie se sentaba a contemplar aquellas dos caritas, y a veces, para que Gloria no se pusiera celosa, la cogía y la cobijaba en su regazo.

Nasey anunció que se casaría en Dublín con una mujer realmente hermosa llamada

Irene. Esperaba que Rigger y Carmel acudieran a su boda.

Plantearon la cuestión: no deseaban alejarse de casa, pero querían ir, para apoyar a Nasey como él los había apoyado a ellos. Además, se morían por conocer a Irene. Habían creído que Nasey no iba a enamorarse nunca. Sería la oportunidad ideal de encontrarse con Nuala en un territorio neutral.

—Cuando vea a los niños, alucinará —dijo Rigger.

—No podemos llevar a Rosie y a Macken.

—Tampoco podemos dejarlos.

—Sí, eso sí. Por una noche. Chicky y la señorita Queenie los cuidarán. Mi madre también. Hay un montón de gente que se ofrecerá a cuidarlos.

—Pero quiero que ella los conozca —atinó a decir Rigger como un niño de seis años.

—Sí, cuando ella esté preparada, los conocerá. Pero aún no lo está. Y, ¿sabes? si los lleváramos, nos convertiríamos en el centro de atención de la boda con nuestros mellizos. Y es la fiesta de Nasey e Irene.

A Rigger le pareció razonable, pero lo sentía mucho por su madre, pues de momento cualquier esfuerzo que hacía por tener un acercamiento resultaba imposible. Sabía que Carmel llevaba razón. No podría ser en esta ocasión; sería suficiente con volver a ver a su madre. Había que hacer las cosas paso a paso.

Cuando Rigger vio a su madre, a punto estuvo de no reconocerla. Había envejecido muchísimo. Tenía arrugas en la cara que él no recordaba y hasta caminaba encorvada.

¿Cómo había ocurrido en tan poco tiempo?

Nuala fue muy cortés con Carmel, pero la manera en que procuraba guardar las distancias asustaba un poco. En el *pub*, durante la fiesta, Rigger llamó aparte a su primo Dingo.

—Dime si le sucede algo malo a mamá. No es la misma.

—Hace bastante tiempo que está así —repuso Dingo.

—¿Cómo? ¿Escuchando lo que le dices solo a medias?

—Como si no estuviera. Nasey dice que se debe al estado de *shock* que le produjo... Bueno, lo que haya sido que ocurrió entonces.

Dingo no deseaba evocar malos recuerdos.

—Pero debería haberlo superado —musitó Rigger—. Las cosas han cambiado. Ahora todo es distinto.

—Cree que se equivocó completamente en la forma como te crio. Es lo que dice Nasey. No ha podido convencerla de que es una bobada.

—¿Qué puedo hacer?

—Todo depende de cómo se siente ella en su interior. Ya sabes, como esas personas que piensan que son gordas y se matan de hambre. No tienen una buena imagen de sí mismas. Probablemente lo que ella necesite sea un psicólogo —dijo Dingo.

—¡Dios Todopoderoso! ¡No puede ser tan grave! —exclamó Rigger, horrorizado.

—Oye, no deseo que te deprimas con todo esto. Es el día de Irene y Nasey. Sonríe un poco, ¿quieres?

Y Rigger sonrió y hasta pudo cantar «The Ballad of Joe Hill», que fue muy aplaudida.

Y mientras Nasey pronunciaba su discurso rodeó con cada brazo los hombros de Rigger y Dingo y dijo que tenía los dos sobrinos más estupendos del mundo occidental.

Rigger miró a su madre. El rostro de Nuala parecía completamente inexpresivo.

Carmel se daba cuenta de todo y comprendía la mayor parte de las cosas sin que hubiera necesidad de explicárselas. No le llevó mucho tiempo hacerse una composición del lugar. Había conversado con su suegra de temas que nada tenían que ver con Rigger y la familia. Uno tras otro, sin embargo, los temas de conversación se agotaban al poco de empezar. Inútil preguntar por los programas de televisión, Nuala no tenía televisor. Casi nunca iba al cine. No tenía tiempo para leer. Admitió que, a causa de la recesión, resultaba más difícil conseguir buenos trabajos. Nadie pagaba más del salario mínimo. Las mujeres ya no regalaban la ropa que no usaban; la vendían por internet.

Respondía a las preguntas como si se tratara de una entrevista en una comisaría efectuada por agentes de la policía nacional. Ni rastro de una conversación normal. Salvo decirle que esperaba que todo estuviera bien a su regreso a Stoneybridge, no preguntó ni por su nieto ni por su nieta.

—¿Le apetece beber algo, Nuala? —preguntó Carmel.

—No, no, no tengo costumbre.

—Rigger tampoco bebe, algo raro en nuestra parte del mundo, pero a mí sí me gusta beber una copa de vino de vez en cuando. ¿Puedo traerle una?

—Si quieres, sí —repuso Nuala.

Carmel trajo dos copas de vino blanco a la mesita donde estaban sentadas.

—Buena suerte al novio y a la novia —dijo.

—Claro.

Nuala levantó su copa mecánicamente.

—Voy a decirle algo aunque se enfade conmigo. Amo a Rigger con todo mi corazón. Es el marido ideal y un padre perfecto. Usted no puede saberlo porque no lo ha visto en ese papel. Trabaja todas las horas que Dios le da. Hay una sola cosa que no es: un hijo. Es el hijo de nadie. Ahora que él es padre, le encantaría saber algo acerca de su propio padre, aunque ni en un millón de años le haría a usted preguntas al respecto. Pero, por encima de todo, lo más importante para él sería volver a tener a su madre. Anhela muchísimo compartir con usted la vida que ahora tiene.

Nuala la miró atónita.

—No me he ido a ninguna parte —dijo.

—Por favor, déjeme terminar y le prometo que no volveré a mencionarlo. Es solo

que él no se siente completo. Usted es la única pieza del rompecabezas que falta. Él no piensa, nunca lo ha pensado, que usted haya sido una mala madre. Cada vez que habla de usted es para alabarla. Me moriría feliz si supiera que mi hijo Macken hablará un día tan bien de mí. No tiene que hacer nada, Nuala. Puede olvidarse de que se lo he dicho. Yo no se lo contaré. Él quería venir con los niños para que usted los conociera, pero le pedí que no lo hiciera. Le dije que un día los niños conocerán a su abuela Nuala, pero no antes de que ella esté preparada. Usted dice que se siente culpable por haber permitido que se descarriara. Ahora él se siente culpable de que eso haya terminado por desequilibrarla y haya arruinado su vida.

—¿Desequilibrarme?

—Bueno, ¿acaso no es así? Usted ha perdido el equilibrio. Necesita que alguien la ayude a equilibrar sus pasos. Como si se hubiera fracturado una pierna. Una pierna no se cura sin el tratamiento apropiado.

—No necesito un médico.

—Todos necesitamos un médico en algún momento de nuestra vida. ¿Por qué no prueba? Si no funciona, pues no funciona, pero al menos lo habrá intentado.

Nuala no respondió.

Entonces Carmel decidió acabar.

—Siempre estaremos a su disposición. Y él necesita volver a ser un hijo. Es todo lo que quería decirle, de verdad.

No se atrevía a mirar a Nuala a los ojos. Había ido demasiado lejos.

La mujer no estaba bien. Vivía en su mundo. Lo que Carmel había conseguido era irritarla y acongojarla aún más.

Pero creyó ver que ese rostro arrugado y tenso se había alterado un poco. Nuala seguía callada, pero visiblemente menos tensa; sus manos no se aferraban con tanta fuerza al borde de la mesa.

¿Se lo estaba imaginando o era real?

Carmel sabía que había dicho más de lo conveniente. No agregaría nada más. A su alrededor la boda continuaba y todos cantaban «Stand By Your Man».

Rigger se acercó.

—Se marcharán dentro de unos minutos, ¿queréis un poco de confeti para despedirles? —preguntó.

En ese momento Carmel se dio cuenta de que la expresión de Nuala había cambiado. Estaba mirando la cara entusiasmada y feliz de su hijo con distintos ojos, sin duda. Parecía como si estuviera viendo no a alguien que ella hubiera destruido, sino a un hombre orgulloso, feliz, seguro y firme como una roca.

—Siéntate un minuto, Rigger; conociendo a Nasey, faltan horas antes de que se marchen.

—Claro que sí —contestó sorprendido y contento.

—Me preguntaba quién está cuidando de Rosie y de Macken esta noche —dijo.

—Chicky y la señorita Queenie. Tienen nuestro número de móvil. Chicky ha

llamado hace una hora y ha dicho que, excepto ella, todos están durmiendo: la señorita Queenie, los mellizos, Gloria...

—¿Gloria?

—La gata. Es muy dormilona.

—¿No estará la gata durmiendo en el cochecito? —preguntó Nuala con ansiedad.

—No, Gloria es demasiado perezosa para subir tan alto. De cualquier forma, los vigilan constantemente.

—Bien, bien.

—Chicky quería saber cómo iba todo por aquí —dijo Rigger.

—¿Y qué le has dicho?

En realidad, con esa pregunta su madre pedía información.

—Le he dicho que es una boda estupenda —contestó Rigger.

—¿Hablarás otra vez con ella esta noche? —inquirió Nuala.

—Seguro que sí. Es la primera noche que los hemos dejado solos —intervino Carmel.

—¿Podrías decirle que mantenga los ojos bien abiertos y los vigile, y que les diga que muy pronto iré a conocerlos? Debo arreglar algunas cosillas de índole médica, pero luego iré.

Rigger se esforzaba por encontrar las palabras. No quería romper el clima. No era momento de abrazos y lágrimas.

—Y estarán contentísimos de saberlo, mami —dijo—. Muy contentos.

Justo en ese momento los invitados se dirigieron apresurados hacia la puerta. La novia y el novio se marchaban.

Carmel miró a Nuala. Deseaba decirle que con sus palabras había logrado que su hijo se sintiera un hombre realizado.

Pero no era necesario. Nuala lo sabía.

ORLA

Cuando Orla tenía diez años, una maestra nueva llegó al convento de San Antonio. Era la señorita Daly, una pelirroja de pelo largo a la que no atemorizaban lo más mínimo ni las monjas, ni el padre Johnson ni los padres que exigían que sus hijas aprobaran con matrícula de honor y que obtuvieran becas para entrar en la universidad. Les enseñaba inglés e historia y sus clases eran siempre interesantes. Las niñas estaban locas por la pelirroja y de mayores querían ser como ella.

La señorita Daly tenía una bicicleta de carreras con la que era frecuente verla pasar a toda velocidad por los caminos que bordeaban los acantilados, pedaleando sin cesar. Debían hacer ejercicio, les decía, o acabarían como esas ancianitas apergaminadas que arrastran los pies al andar. Si estaban en buena forma física, lo pasarían mucho mejor. Y de la noche a la mañana las chicas del San Antonio se volvieron fanáticas de la gimnasia y la educación física. La señorita Daly les daba una clase de danza por la mañana, muy temprano, y descubrieron que les gustaba mucho incorporar nuevas rutinas.

La señorita Daly les dijo que no fueran tontas y asistieran a clases de informática, que eso era el futuro, el pasaporte para librarse de una vida monótona. Y alumnas rebeldes y díscolas como Orla y su amiga Brigid O'Hara tomaron nota y colaboraron activamente en la campaña de recaudación de los fondos destinados a la compra de ordenadores para el colegio.

Entre los padres de las alumnas prevalecía cierta ambivalencia con respecto a la señorita Daly. Estaban contentos y ciertamente impresionados de que ella ejerciera semejante influencia sobre las niñas y fuera capaz de controlarlas como ninguna maestra antes que ella. Pero la señorita Daly usaba unos *shorts* muy cortos cuando circulaba en su bicicleta de carreras; siempre tenía un aspecto demasiado saludable con su pelo húmedo, y eso en cualquier época del año, como si acabara de salir del mar. Bebía pintas en los *pubs*, algo que las mujeres por lo general no hacían.

Se decía que el dueño de un bar, un hombre bastante mayor, había dudado antes de servirle una cerveza a presión, y que le había explicado que no era costumbre servir pintas a las damas. Al parecer, la señorita Daly le había contestado muy educadamente que podía elegir entre servirle la pinta o hacer frente a una queja ante la Comisión de Igualdad, lo que él prefiriera. Y el hombre se la sirvió.

No veían que la señorita Daly asistiera con regularidad a la misa del domingo, en cambio trabajaba en el colegio más horas que los demás profesores en toda su vida. Llegaba media hora antes de sus clases para impartir los ejercicios de baile, y después de que sonara la campana, a las cuatro de la tarde, se la veía en el aula de informática ayudando y animando a las niñas. Una generación de alumnas del San Antonio

tuvieron como modelo a la señorita Daly. Les dijo que no había nada que no pudieran hacer y ellas le creyeron a pie juntillas.

Cuando Orla estaba cursando el último año, la señorita Daly anunció que dejaba el San Antonio, que se marchaba de Stoneybridge. Les contó a todas, incluso a las monjas, que había conocido a un muchacho fabuloso llamado Shane, de Kerry. Tenía treinta y un años y quería montar un vivero. Era espléndido, doce años más joven y estaba loco por ella. Pensaba que podría ayudar a Shane a que su vivero se convirtiera en el mejor del país.

Las monjas, muy sorprendidas, lamentaron muchísimo que se fuera.

La Madre Superiora cometió el error de insinuar que casarse con un hombre mucho más joven podría tener sus inconvenientes. La señorita Daly la tranquilizó diciéndole que en lo último en que estaba pensando era en casarse y que, de todos modos, el matrimonio tradicional estaba pasado de moda.

La Madre Superiora se escandalizó, pero la señorita Daly era incorregible.

—Pero usted, Reverenda Madre, ¿no se ha dado cuenta? Quiero decir, usted misma se adelantó a su tiempo e hizo lo que le vino en gana...

Las chicas organizaron un *picnic* de despedida para la señorita Daly: una fogata nocturna en la playa. Les mostró fotografías de Shane, el muchacho de Kerry, y les suplicó a todas que no dejaran de viajar y vieran mundo. Les dijo que leyeran un poema todos los días y reflexionaran sobre lo que habían leído, y que, cada vez que llegaran a un lugar desconocido, averiguaran su historia y cómo se había transformado en lo que era.

Les recomendó que aprendieran toda clase de cosas mientras aún eran jóvenes, como jugar al *bridge*, cambiar la rueda del coche y secarse bien el pelo con el secador. No eran cosas excesivamente importantes, pero más tarde podían evitarles perder tiempo y dinero.

Les dio su dirección de correo electrónico y les dijo que quería tener noticias de cada una de ellas al menos dos o tres veces al año para el resto de su vida. Esperaba que hicieran grandes cosas. Se emocionaron y le rogaron que no se fuera, pero ella las instó a que volvieran a mirar la foto de Shane y se preguntaran seriamente si una mujer en su sano juicio lo dejaría escapar.

Orla escribió a la señorita Daly para contarle acerca del curso que había seguido en Dublín, y que le habían dado una medalla al final del año. Le explicó que su madre estaba cada vez más insoportable, con innumerables actitudes mezquinas y pueblerinas hacia ella, y que apenas tres días después de haber regresado de Dublín, habían reñido por algo absolutamente insignificante como la ropa de Orla o la hora a la que había vuelto a casa por la noche. Su padre le había suplicado que no causara problemas. No era una situación como para facilitarle la vida. Su tía Chicky, que había regresado de Estados Unidos, era muy distinta; un verdadero espíritu libre, y Orla tenía la esperanza de viajar a Nueva York con Brigid durante las vacaciones para hacerle una visita. La joven preguntaba siempre por Shane y por el vivero, pero no

recibía respuestas al respecto. La señorita Daly solo mostraba interés en la vida de sus alumnas, no en contarles la suya.

Tiempo después Orla volvió a escribirle y le dijo que el viaje a Nueva York se había cancelado porque tío Walter había sufrido un horrible accidente en la autopista. La señorita Daly le recordó a Orla que estaba en sus manos qué hacer con su vida. Que debía tomar sus propias decisiones.

¿Por qué no conseguir un trabajo lejos de casa y regresar cada tanto durante unos pocos días? El mundo era grande ahí fuera; había otros horizontes más allá de Dublín.

Así pues, Orla la informó de que Brigid y ella se marchaban a Londres.

Brigid consiguió un empleo en una agencia de relaciones públicas que llevaba la publicidad de un club de rugby, entre otros clientes. Conocería a una asombrosa cantidad de gente. Orla encontró trabajo en una empresa que organizaba exposiciones y ferias comerciales. Era muy variado; podía tratarse tanto de comida orgánica como de coches de época. James y Simon, los directores de la empresa, eran adictos al trabajo y enseñaron a Orla a ser tenaz y a trabajar bajo presión. Al cabo de un mes se sorprendió de que pudiera ser capaz de hablar con firmeza y mucha autoridad a personas que en circunstancias normales la hubieran aterrado.

Para sorpresa de Orla, tanto James como Simon la encontraban muy atractiva y ambos se le insinuaron. A punto estuvo de reírseles en la cara: nunca se hubiera imaginado dos pretendientes más insólitos. Hombres casados que apenas veían a sus familias y cuyo único interés estaba enfocado en superar a las empresas rivales. Lo único que querían era una distracción para pasar el rato.

Se tomaron su rechazo con buen humor. Orla no le dio mayor importancia, como si se hubiera tratado de una equivocación infantil, y se dedicó a aprender cada día más.

Escribió a su profesora, la señorita Daly, diciéndole que podía sentirse orgullosa de ella. El empleo era en sí mismo una fuente inagotable de aprendizaje y se estaba convirtiendo en una experta en fiscalidad, páginas web y la creación de redes de contactos, así como en la organización e instalación de exposiciones.

Orla y Brigid compartían un apartamento en Hammersmith. Gozaban de una fabulosa libertad comparado con su hogar. Y había tanto por hacer... Iban juntas a clases de claqué en Covent Garden los martes por la noche. Orla, por su parte, también asistía a clases de caligrafía los lunes a la hora del almuerzo.

Al principio, James y Simon protestaron. Si insistía en aprender por su cuenta esa caligrafía extravagante quería decir que no estaba totalmente entregada a su empleo. Orla no les hizo caso. Si debía ganarse la vida en el mundo de los negocios, exigente y obsesivo hasta lo insospechado, era absolutamente necesario que tuviera una válvula de escape, alguna pequeña dosis artística que le ayudara a comenzar la semana. A partir de entonces, no se atrevieron a volver a mencionar el tema.

Por la noche acudían al teatro o a las recepciones que la misma Orla organizaba, o a las diversas reuniones y fiestas que tenían lugar en los salones de las exposiciones.

Eran jóvenes, alegres y no se dejaban impresionar fácilmente, y todos se mostraban encantados con ellas. Hasta el momento, no había nadie especial en sus vidas, pero tampoco tenían demasiada prisa por sentar la cabeza.

Hasta que apareció Foxy Farrell.

Foxy era la clase de hombre que ambas detestaban. Gritón y hortera, confiado, con un coche grande, una llamativa chaqueta de piel de oveja, un puesto importante en un banco mercantil, una excelente opinión de sí mismo. Se había obsesionado con Brigid. Y Brigid, curiosamente, empezó a ver la situación menos graciosa y bochornosa de lo que le había parecido al principio.

—En lo esencial es un tipo decente, Orla —dijo, como a la defensiva.

—Lo sé. —Orla hablaba sin pensar—. Pero ¿puedes soportarlo? Quiero decir, imagínate despertarte una mañana a su lado.

—Ya lo he hecho —repuso Brigid.

—¡Nunca lo has hecho! ¿Cuándo?

—El fin de semana pasado, cuando estuve en Harrogate. Viajó hasta allí en coche para verme.

—Y tú lo recompensaste.

Orla seguía sin asimilar la noticia.

—Es muy simpático, de veras. Todo ese exhibicionismo se debe a que, en su mundillo profesional, todos actúan así.

—Estoy segura de que lo es, cuando lo conozcas mejor...

Orla empezó a retractarse, deseando que no fuera demasiado tarde.

—Sí, bueno, voy a conocerlo de una manera indecente el próximo fin de semana. Iremos a París —dijo Brigid riéndose con cierto nerviosismo.

—¡Pero si íbamos a pasar el puente en Stoneybridge! —protestó Orla.

—Ya lo sé. Tendrás que cubrirme.

—¿No puedes dejarlo para otro fin de semana?

—No, este es especial.

—Entonces, ¿tengo que cubrirte y dar explicaciones por ti? ¿Y qué es lo que debo decir?

Orla estaba estupefacta. Regresaban juntas a sus casas como buenas chicas tres o cuatro veces al año. Era el precio que pagaban por su libertad. Solo los pocos días de un fin de semana largo.

—Bueno, de momento, lo menos posible. —Brigid sonó despreocupada—. No quiero que se hagan demasiadas ilusiones.

—¿Ilusiones? ¿Con Foxy?

Orla dejó traslucir una incredulidad muy poco halagadora en su tono de voz.

—Claro —contestó Brigid—. Está absolutamente forrado. Nunca me lo perdonaría si dejo que Foxy se me escape de las manos.

Así que Orla viajó sola a Stoneybridge y contó, sin entrar en demasiados detalles, que Brigid no había podido ir porque tenía mucho trabajo.

Las cosas no solían cambiar demasiado en Stoneybridge, excepto que Orla había olvidado lo hermoso que era, y se le cortaba la respiración mientras paseaba por los senderos de los acantilados y contemplaba las playas de arena y las pendientes oscuras de las escarpadas rocas.

Su tía Chicky estaba atareadísima renovando Stone House con la señorita Queenie, que iba de un lado a otro de la casa charlando y aplaudiendo complacida. Rigger, que ayudaba a Chicky, se había vuelto menos hosco. Había aprendido a conducir y hasta se detenía a recoger a Orla cuando la veía por la carretera. Le preguntó si recordaba a su madre, aunque Orla no podía ayudarlo. Había oído hablar de Nuala, pero se había marchado a Dublín antes de que ella naciera.

—Seguro que Chicky sabe todo de ella —sugirió Orla.

—No le hago preguntas a Chicky —dijo Rigger—, y ella tampoco me las hace a mí. Está muy bien así.

Orla lo entendió sin más. Estaba a punto de pedirle a Rigger que le hablara un poco de él y su respuesta la detuvo a tiempo.

Hablaron en cambio de la reforma de Stone House, del nuevo jardín vallado, de los planos. Él estaba convencido de que todo estaba previsto para que fuera un éxito y se mostraba entusiasmado por haber podido participar en ese proyecto desde el principio.

La madre de Orla, sin embargo, no dejaba de echar jarros de agua fría sobre la empresa. Chicky era siempre la misma, dejándose llevar por ideas locas, como cuando huyó a Norteamérica sin permiso.

—Bueno, aquello le salió bien, ¿no? —Orla defendía a su tía, que siempre la había tratado como a una persona adulta—. Se casó con un buen partido y él le dejó dinero suficiente como para comprar Stone House.

—Es curioso que él nunca viniera por aquí, ¿no te parece?

Kathleen era incapaz de sentirse totalmente a gusto con ninguna situación.

—Ay, mami, déjalo, ¿quieres? Siempre le encuentras peros a todo.

—Cierto —admitió Kathleen, y prosiguió—: Otra cosa: la gente habla, y circulan algunos comentarios sobre Chicky, que está viviendo con un muchacho muy joven y una anciana bajo el mismo techo. No es correcto, no es como debe ser.

—¡Mamá! —Orla se desternillaba de risa—. ¡En qué mundo fantástico vives! ¿Piensas que Rigger complace a tía Chicky detrás del muro del jardín? ¡Quizá hasta se lo montan en un trío, también con la señorita Queenie!

Su madre se puso roja de indignación.

—¡No seas tan grosera, Orla, por favor! Solo estoy repitiendo lo que andan diciendo por ahí, eso es todo.

—¿Quiénes?

—Los O'Hara, por ejemplo.

—Porque están furiosos de que la señorita Sheedy no les vendiera la casa a ellos.

—Eres tan mala como tu tío Brian, ¡siempre atacándolos! ¿No es Brigid tu mejor

amiga?

—Lo es, pero sus tíos son unos especuladores codiciosos. Y ella lo sabe.

—A propósito, ¿dónde está, que no se ha molestado en venir a ver a su familia?

—Trabaja mucho para ganarse la vida, mami. Como yo, solo que tú tienes más suerte que los O'Hara, pues siempre te doy prioridad, ¿no es cierto?

Su madre se quedó sin respuesta.

Orla pasaba la mayor parte del tiempo con Chicky. A pesar de la intensa actividad y la gente que entraba y salía de Stone House, Chicky no perdía la calma. Nunca preguntó si Orla tenía novios en Londres o si pensaba quedarse a vivir allí para siempre. No decía que la gente pensaría esto o aquello si Orla se ponía faldas muy cortas o faldas largas, o tejanos rasgados o lo que se le ocurriera. Su tía no estaba ni remotamente enterada de lo que la gente decía, pensaba o se imaginaba. Chicky nunca le dijo lo que debería hacer con su vida.

Por eso mismo fue toda una sorpresa la vez que le preguntó si era buena cocinera.

—Razonablemente, supongo. Brigid y yo cocinamos dos o tres veces por semana siguiendo un recetario. Ella prepara platos muy ricos con pescado. Allí es diferente, no están llenos de espinas ni saben a aceite de hígado de bacalao, como aquí.

Chicky se rio.

—Ya no es así. ¿Sabes hacer pasteles?

—No, es muy difícil, demasiado trabajo.

—Puedo enseñarte a ser una gran cocinera —propuso Chicky.

—Y tú, ¿eres una gran cocinera?

—Parece que sí. Era lo último que hubiera querido ser, pero me gusta.

—Y tío Walter, ¿también cocinaba?

—No, esa parte me la dejaba a mí. Él siempre estaba muy ocupado, ¿sabes?

—Lo sé. —Orla no lo sabía, pero era capaz de darse cuenta cuando Chicky daba por terminada una conversación—. ¿Y por qué quieres enseñarme a cocinar? —preguntó.

—Tengo la esperanza de que un día, no ahora, pero un día, se te ocurra regresar y me ayudes a llevar este lugar...

—No creo que pueda volver nunca a Stoneybridge —repuso Orla.

—Lo sé. —Chicky daba la impresión de pensar que lo que decía su sobrina era razonable—. También yo me decía que nunca regresaría, pero aquí me tienes.

De manera que ese día le enseñó a Orla a hacer pan negro, que resultó sumamente sencillo, y sopa de manzana y nabo blanco. No les supuso ningún esfuerzo y fue el menú que comieron a mediodía. La señorita Queenie comentó que en su vida había degustado unos platos tan ricos hasta la llegada de Chicky a esa casa.

—Imagínate, Orla, los nabos blancos crecen aquí mismo, en nuestro huerto, y las manzanas provienen del viejo pomar. ¡Y tienen ese sabor tan delicioso gracias a Chicky!

—¡Desde luego, ella es realmente genial! —exclamó Orla con una sonrisa.

—Lo es, sin la menor duda. ¿No te parece que hemos tenido suerte de que regresara con nosotros y no se quedara a vivir en Estados Unidos? Dime, ¿lo estás pasando bien en Londres?

—No me va mal, señorita Queenie; mucho trabajo, por supuesto, y resulta agotador, pero es magnífico.

—Ojalá yo hubiera viajado más —dijo la señorita Queenie—. Pero, aunque lo hubiera hecho, creo que habría terminado volviendo a casa.

—¿Qué es lo que más le gusta de este lugar, señorita Queenie?

—El mar, la paz, los recuerdos. En cierto modo, todo aquí es perfecto. Una vez fuimos a París, y a Oxford. Hermosos lugares. Jessica, Beatrice y yo hablábamos mucho de ello. Fue estupendo, pero no era real, no sé si sabes a qué me refiero. Era como si hubiéramos estado actuando en una obra de teatro. Aquí no haces eso.

—Entiendo, señorita Queenie, sé a qué se refiere.

Vio que Chicky la miraba con gratitud. Orla no tenía la menor idea de lo que la señorita Queenie había querido decir, pero se alegraba de haber dado la respuesta adecuada.

De vuelta en Londres, hizo un pan integral y preparó una sopa de nabo blanco para darle la bienvenida a Brigid, que llegaba de París.

—¡Dios, te has domesticado! —comentó Brigid.

—Y tú tienes algo que contarme —repuso Orla.

—Voy a casarme con él —dijo Brigid.

—¡Fantástico! ¿Cuándo?

—En el verano. Aunque depende, claro está, de si aceptas ser mi dama de honor.

—Eso depende, claro está, de si no tengo que llevar tafetán color ciruela o gasa verde limón.

—¿Estás contenta por mí?

—Anda, mírate, se te ve tan feliz... Estoy muy ilusionada por ti, completamente emocionada.

Orla esperaba haber puesto bastante entusiasmo en su voz.

—¿Ya no crees que Foxy sea un idiota?

—¿Qué dices? Claro que no. Creo que es el suertudo de Foxy. Dime dónde y cuándo te propuso matrimonio.

—Lo amo, ¿sabes? —declaró Brigid.

—Estoy segura —mintió Orla, mirando de frente a su amiga, quien, por alguna inexplicable razón, iba a conformarse con un Foxy Farrell.

A partir de ese momento, las cosas sucedieron a toda velocidad.

Brigid dejó su empleo y pasaba mucho tiempo con la familia de Foxy, en

Berkshire. La boda se celebraría en Stoneybridge.

—Es una lástima que el hotel de Chicky no esté terminado para entonces. Habría sido fantástico que los Farrell lo hubieran alquilado para la boda. Quedarán maravillados con Stoneybridge —comentó Brigid.

—Estoy pensando en volver a vivir allí —dijo de repente Orla.

—¿No hablarás en serio? —Brigid se había quedado de piedra—. Acuérdate de lo difícil que fue salir de allí.

—No sé... Es solo una idea.

—Ni se te ocurra. —Brigid era muy categórica—. No pasarían ni veinte minutos hasta darte cuenta de que harías lo imposible por volver a salir de allí. ¿Y dónde trabajarías, por Dios? ¿En la fábrica de tejidos?

—No, podría trabajar con Chicky.

—Ese lugar está condenado al fracaso, te lo digo yo. No durará más de dos temporadas. Entonces, tendrá que vender y habrá perdido un montón de dinero. Todo el mundo lo sabe.

—Chicky no lo sabe. Yo no lo sé. Son tus tíos los únicos que dicen eso, porque querían comprarlo ellos.

—Está bien, lo último que quiero es pelearme con mi dama de honor —dijo Brigid.

—Júrame que no estás pensando en tafetán violeta —suplicó Orla, y la disputa quedó atrás.

Aunque Orla persistía en su incredulidad: ¿cómo era posible que alguien quisiera casarse con Foxy Farrell?

Como solía hacer en los momentos en que estaba a punto de haber algún cambio importante en su vida, Orla escribió a la señorita Daly para pedirle consejo.

¿Me estoy volviendo loca o qué? Estoy pensando en regresar a Stoneybridge. ¿Será una reacción inconsciente al hecho de que Brigid haya decidido casarse con ese estúpido? ¿Se aburría usted como una ostra cuando vivía allí?

La señorita Daly contestó a su correo:

Amaba mi trabajo. Eras unas niñas estupendas en aquel colegio. Y adoraba el lugar. Aún lo recuerdo gratamente. Ahora vivo en la montaña. Es maravilloso, y puedo conducir hasta el mar, pero no es lo mismo que Stoneybridge, donde lo tienes a tus pies. ¿Por qué no pruebas a vivir allí un año? Dile a tu tía que no deseas firmar un contrato para toda la vida. Gracias por no preguntarme por Shane. Está pasando una temporada fuera

con alguien un poquito más interesante que yo, pero regresará. Y lo aceptaré otra vez. Resulta curioso este viejo mundo. Una vez que te das cuenta, ya has hecho la mitad del camino.

En la oficina de Orla, a James y Simon se los veía últimamente muy callados. Los negocios no iban bien. La economía estaba estancada, no importaba lo que dijeran los políticos. Ellos sabían. La gente no reservaba estands en las exposiciones como antes. Los salones comerciales eran más modestos que los del año anterior. Las perspectivas eran malas. Ponían todas sus esperanzas en Marty Green, un tipo muy importante en el negocio de las conferencias. Lo invitarían a unas copas en la oficina para impresionarlo.

—Pídele a esa amiga tuya, la pelirroja tan sexy, que venga y nos ayude a animar la reunión —le sugirió James.

—Brigid acaba de comprometerse. No querrá actuar de chica de compañía.

—Bueno, dile que venga con su prometido. ¿Es presentable?

—¡Eres peor que mi madre y su madre juntas! Muy presentable, más rico que Dios —repuso Orla.

Brigid y Foxy pensaron que sería divertido y aparecieron por la oficina de buen grado. Marty Green estaba encantado con ellos y parecía que aceptaría la charla promocional. También se mostró muy interesado en Orla, que estaba impresionante con un vestido de seda rojo escarlata que había encontrado en una tienda de segunda mano y unos tacones altos rojos y negros de precio exorbitante. Se paseaba entre ellos ofreciendo vino blanco y una bandeja con canapés.

—Están muy ricos —dijo Marty Green, agradecido—. ¿Con qué empresa de catering trabajáis?

—Los preparé yo misma. —Orla le sonrió.

—¿Ah, sí? Entonces ¿no se trata solo de una cara bonita?

Estaba de veras impresionado, aunque precisamente era esa la finalidad de la reunión. Pero Orla tuvo la impresión de que estaba deslumbrado con ella y no lo suficiente con la empresa.

—Es usted muy amable, señor Green, pero no me han contratado para hacer canapés y sonreír. Todos trabajamos muchísimo y, como estaban diciendo James y Simon, ha sido rentable. Conocemos perfectamente el mercado y cuál es la situación. Es maravilloso tener la oportunidad de contárselo en persona.

—Y para mí es maravilloso oírlo de su boca.

La mirada del señor Green no se apartaba del rostro de la muchacha.

Orla se alejó, pero sabía que él no le quitaba los ojos de encima. Ni siquiera cuando James hablaba de estadísticas, o Simon de las tendencias, o Foxy casi a gritos de los estupendos restaurantes nuevos, ni tampoco cuando Brigid le estaba preguntando si le interesaba el rugby, pues le podía conseguir entradas.

Marty Green quiso saber si a Orla le gustaría salir a cenar con él.

Percibió que James y Simon se miraban y sonreían aliviados, y de repente sintió un gran rencor. La estaban ofreciendo a Marty Green. Se había vestido con elegancia, había pasado su hora del almuerzo preparando delicados y originales canapés salados, enrollando tallos de espárragos en la masa y sirviéndolos con salsa de soja y sésamo, emplatando con esmero los huevos de codorniz con apio y sal sobre un lecho de hojas de lechuga, y ahora querían enviarla, cual cordero del sacrificio, a que Marty Green la manoseara.

—Muchas gracias, pero lamentablemente tengo otros planes para esta noche, señor Green —contestó.

Era un hombre amable y refinado, había que reconocerlo.

—Estoy seguro de que tiene otros planes. ¿Tal vez en otra ocasión?

Y todos sonrieron, aunque con sonrisas dispares: la de Orla clavada en su cara, las de James y Simon como máscaras de terror. La sonrisa de Brigid ocultaba la incredulidad de que Orla fuera a perderse una cita con un tipo tan rico y encantador como Marty Green. La sonrisa de Foxy era vaga y boba, como de costumbre.

Marty Green se despidió asegurando que se mantendría en contacto con ellos. Orla se sirvió un buen trago.

—¿Por qué has tenido que ser tan descortés con él? —preguntó Simon.

—No he sido en absoluto descortés. Le he dado las gracias y le he dicho que ya tengo planes.

—Justamente. Tú no tienes ningún plan para esta noche.

—Claro que sí. Mi plan es no salir con ningún hombre de negocios como si fuera una señorita de compañía o una puta.

—Anda, vamos, no era ni remotamente esa la intención —respondió James.

—Estaba escrito con mayúsculas. —Orla se había enfurecido—. Sal con este hombre simpático, besuquéate un rato con él y haz que firme un contrato.

—Estamos juntos en esto. Damos por supuesto que...

—¿Por qué no habéis traído una barra a la oficina? Podría haberme desnudado y bailar contoneándome alrededor. Eso también habría ayudado, ¿no es cierto?

—Solo era una cena —dijo Simon.

—Sí, y al final de una cena carísima, ¿crees que sería capaz de levantarme de la mesa y decir adiós y gracias, señor Green? ¿En qué mundo vivís? Si fuera a cenar con él y luego no lo acompañara a su hotel, sería una calientapollas. Le habría dado falsas esperanzas. Se habría quedado más perplejo todavía. Al menos así todos hemos guardado las apariencias. Bueno, casi todos.

—Oye, Orla, te estás pasando un poco —dijo Foxy.

Brigid lo fulminó con la mirada, pero él no se percató.

—Quiero decir, era de lo que se trataba esta noche.

—Nunca en tu vida has dicho algo tan cierto, Foxy —dijo Orla.

Al día siguiente, James y Simon estaban dispuestos a mostrarse generosos. Lo habían hablado, pudieron haber dado una impresión equivocada. Lo último que querían hacer era... bueno, lo que Orla había insinuado.

Orla escuchó educadamente hasta que hubieron terminado. Luego habló con claridad.

—No se trata de una rabieta. He estado pensando en marcharme por un tiempo. Mi tía está a punto de abrir un hotel en el oeste de Irlanda. Necesito algo en qué ocupar la mente, y el proyecto me viene que ni pintado. Por favor, no lo toméis como un simple capricho o como parte de una campaña para humillaros. No tiene nada que ver. Os lo comunico con el preceptivo mes de antelación, con mi agradecimiento por todo lo que he aprendido aquí.

Nada de lo que dijeron cambió las cosas. Al final tuvieron que aceptar que se marchara.

Orla se comprometió con Chicky solo durante un año, el tiempo necesario para poner en marcha el establecimiento.

—Tal vez no merezca la pena que me enseñes a cocinar como los dioses.

—Siempre merece la pena enseñar a cocinar.

—Podrías montar una escuela de cocina para personas que estén interesadas de verdad —sugirió Orla.

—Nuestro principal atractivo es el paisaje. Ellos podrían aprender a cocinar en cualquier parte —dijo Chicky—. De todos modos, deberíamos guardar la magia para nosotras.

—¿Cómo me las arreglaré para que mi madre no se meta en mi vida cuando regrese?

—No vivas en tu casa —le aconsejó Chicky.

—¿Puedo vivir contigo?

—No. Eso no haría más que complicar las cosas. Encontraremos un sitio donde puedas vivir. Rigger se encargará. Tu propio nidito. Déjame a mí. ¿Cuándo llegarás?

—En cualquier momento a partir de ahora. No me necesitan durante el mes del aviso. Van a contratar a alguien a tiempo parcial para sustituirme. ¿Estoy loca de remate haciendo esto, Chicky?

—Como has dicho, es solo por un año. Pasará rápido.

Cuando Orla llegó, Rigger estaba muy atareado reformando, para su propia familia, una antigua casita de campo junto al jardín vallado. Le habló de una vieja cabaña de

jardinero con el tejado en buen estado, por lo que no tenía problemas de humedad. No haría falta más que una buena limpieza para hacerla habitable.

El nuevo hogar de Orla estaba listo.

—Espero que no tengas los mismos valores morales que la señorita Daly y seas la comidilla del pueblo —le advirtió su madre la primera noche que Orla dormiría en su casa.

—Uy, mami, espero que no —asintió Orla poniendo cara de niña piadosa. Pudo ver que Chicky disimulaba una sonrisa.

—Tu padre y yo no entendemos por qué tienes que irte a vivir a una cabaña vieja y húmeda como esa. Aquí estás en tu casa. La gente pensará que es muy raro.

—¿Sabes, mami? no lo pensarán. Ni siquiera lo notarán —contestó Orla automáticamente.

Qué sabías habían sido la señorita Daly y Chicky al insistir en aquello de ser independiente. Esperaba que su instinto la hubiera guiado bien al regresar a Stoneybridge, que no resultara una estupidez.

Aunque no tuvo mucho tiempo de averiguarlo. Se pusieron a trabajar de inmediato. Orla recordaba ahora las jornadas de intenso trabajo en la oficina, con James y Simon, como si de unas largas vacaciones se tratara. Si le hubieran dicho que había tanto que organizar, no lo habría creído.

La contabilidad de Chicky dejaba mucho que desear. Era un sistema honrado y minucioso, y los libros se llevaban, sí, pero de aquella manera. No estaba informatizado. Chicky nunca había recurrido a programas de contabilidad, trabajaba con libros y fichas de cartón. Como se hacía cincuenta años atrás. Así pues, lo primero que hizo Orla fue escoger un cuarto para destinarlo como despacho. Un sitio donde ella y Chicky pudieran instalar el ordenador, la impresora y todos los libros de consulta, un armario para documentos y planos, y un archivador.

Chicky sugirió una de las grandes despensas que comunicaban con la cocina. Orla consiguió que Rigger se distrajera unas horas de la reforma de su casa, con la que pretendía impresionar a la familia de su mujer, y fuera a colocar las estanterías en la oficina para, finalmente, pintarla.

—Valdrá la pena, ya lo verás —insistió—. Así no incordiamos a nadie desparramándolo todo sobre la mesa de la cocina para tener que quitarlo después.

Consiguió un ordenador e instaló los programas que necesitaba. Después insistió para que Chicky aprendiera a usarlo.

—No, no, es tu área —protestó Chicky.

—Perdona, pero yo anoche me pasé dos horas aprendiendo a hacer un pastel de coliflor. Y no te dije que era tu sector. Hoy vas a aprender a usar un programa de teneduría de libros. Si te concentras, no te llevará más de cuarenta y cinco minutos.

Chicky se concentró.

—No ha estado tan mal —aprobo Orla—. Mañana, entonces, instalaremos un sistema para las reservas, y luego, al día siguiente, aprenderás a comprar y a vender.

—¿Estás segura de que necesitamos que yo...?

Chicky temía perder demasiado tiempo en la oficina en vez de ocuparse de los problemas cotidianos.

—Segurísima. Supón que necesitas comprar un aparato de cocina. Esto te evitará perder tiempo con llamadas telefónicas y visitas a las tiendas.

—Supongo que sí —asintió Chicky, a pesar de sus dudas.

Al final reconoció que era fantástico tener todo al alcance de la mano. Y cuando Orla, a modo de prueba, le preguntó cómo haría para localizar una reserva para el mes siguiente que se quería prolongar durante una semana más, Chicky fue capaz de visualizar enseguida el sistema de reservas en la pantalla. Y Orla, por su parte, aprendió a preparar salsas para acompañar los platos de carne, y a limpiar, filetear y servir el pescado fresco de tal forma que habría sido la envidia de un pescadero experimentado.

Iban superando los obstáculos uno a uno.

Un ejemplo fue la tentativa, patética, de los tíos O'Hara de vetar el permiso de obra y reforma de la casa. Chicky consiguió salvar el escollo sin enemistarse con ninguno: un verdadero milagro. Tuvieron además que lidiar con los grupos de presión ecologistas, quienes temían que el nuevo hotel perturbara el hábitat de las aves y otras especies de la fauna y flora local. Sirvieron un té con *scones* a los investigadores y luego los llevaron a dar un paseo para mostrarles cómo protegían la naturaleza en todos sus aspectos.

Se marcharon muy satisfechos.

Los contratistas se esforzaban cada día en su trabajo alentados por la estupenda comida casera que les esperaba a mediodía. Chicky la servía en la mesa de la cocina a la una en punto y a la una y media todo el mundo estaba de vuelta al trabajo. Para la mayoría de los hombres, acostumbrados a traerse su bocadillo de casa, aquella comida en abundancia era el mejor momento del día. Regresaban a sus hogares y les contaban a sus esposas que el estofado irlandés o el tocino con repollo era muy diferente en casa de la señora Starr a como lo preparaban ellas, lo cual, como es lógico, provocaba rencores.

Los resultados empezaban a notarse y la anciana señorita Queenie decía que la casa lucía ahora tal como había sido cuando ella era niña, antes de que faltara el dinero.

Y, algo apartada de Stone House, podían ver que Stone Cottage estaba ya casi terminada. A todas les complacía amueblarla para Rigger. Orla sabía que estaba muy nervioso pues tenía que lidiar con los Hickey cuando les anunciara su plan, pero de Chicky aprendió que estas cosas, sencillamente, no eran tema de conversación.

Era muy diferente de cuando vivía con Brigid: ellas hablaban de todo y lo analizaban hasta sus últimos detalles. Se trataba, desde luego, de los viejos tiempos. Brigid ya no era la misma. Estaba obsesionada con la ceremonia, la lista de invitados

y la distribución de los sitios en las mesas, y esperaba que Orla fuera algo así como la organizadora de la boda, puesto que se encontraba allí mismo, en Stoneybridge.

¿Podía Orla ocuparse de ir a la iglesia y ver cuántos ramos se podían colgar en el extremo de cada banco junto a la nave central? Fue en vano que Orla le dijera que ninguno había visto jamás semejante cosa en Stoneybridge. Brigid se había puesto en modo Novia Chiflada y nadie podía detenerla.

Orla, desesperada, le pidió consejo a Chicky. Su tía, después de reflexionar, dijo:

—Pues dile que su familia desea participar en la organización y que son ellos quienes deberían ocuparse de esta clase de cosas.

—Pero no se fía de ellos, los considera unos paletos.

—Quizá tenga razón, pero hazle notar que su familia es abiertamente hostil a todo lo que esté relacionado con Stone House y que sería poco elegante que tú te metieras en esto. Te librarás, ya lo verás.

—Aquí desperdicias tu talento; deberías estar en las Naciones Unidas —sentenció Orla, llena de admiración.

Brigid hizo dos visitas antes de la boda; se la notaba bastante tensa y ansiosa.

—¿Puedo quedarme en tu casita? —le rogó a Orla—. Si voy a casa, mi madre se convertirá en la difunta madre de la novia.

A Orla no le apetecía la compañía de Brigid en casa. La familia O'Hara se lo tomaría a mal y Orla quedaría atrapada en medio de todos esos preparativos infernales.

—No puedo invitarte, Brigid. Espero a la señorita Daly.

—¿La señorita Daly? ¿Nuestra señorita Daly? ¿La del colegio?

—Sí, está todo previsto.

—Santo Dios, te comportas de una manera muy rara desde que has vuelto a Stoneybridge.

—Ya lo sé. Es el aire de mar.

—¿Desde cuándo eres tan amiga de la señorita Daly?

—Desde siempre.

—Creo que trabajar con la señorita Queenie es malo para ti, Orla. Te has convertido en una excéntrica.

—Pero no estoy tan loca como para vestirme de amarillo canario. ¿Has escogido el color de mi traje de dama de honor?

—¡Bah, ponte lo que más te guste! De todos modos es lo que harás.

—Está bien. Tengo lo que necesitamos: dorado oscuro con algo de encaje color crema. Sobrio pero elegante.

—¿Es largo?

—Sí, por supuesto.

—Bueno, ¿dónde está? ¿Iremos a verlo cuando yo esté allí?

—Ya lo tengo.

—¿Ya lo has comprado? —Brigid estaba indignada.

—No es obligatorio que me lo ponga para la boda. Ven a verlo.

—Pero ¿qué harás si no es apropiado? ¿Puedes devolverlo?

—Siempre puede venir bien.

—¿Venir bien? ¿Para lavar cacharros en una pensión? Dios Todopoderoso, Orla, ¿qué va a ser de ti?

—Sabe Dios —coincidió ella.

Lo principal era que Brigid viera el vestido sin que supiera que había pertenecido a la señorita Queenie. Sesenta años atrás, la anciana se lo había puesto para acudir a un baile de gala en el que había sido el centro de todas las miradas. A Orla le sentaba como un guante.

La señorita Daly tenía el mismo aspecto de siempre. Había traído dos maletas y su bicicleta.

—Ha sido usted muy buena aceptando venir con tan poca antelación.

Orla estaba agradecida a su profesora por haber respondido a su llamada urgente.

—Me viene que ni pintado. La fantasía pasajera de Shane parece ser más permanente de lo que habíamos pensado.

—Lo siento —dijo Orla.

—Yo no, la verdad. La relación no daba para más. Lo que necesitaba era un leve seísmo.

—¿Y lo hubo?

—Sí, una muchacha de dieciocho años, embarazada hasta las cejas, y todo eso de estamos-encantados-con-el-bebé. Era el momento de que me tomara unos días para pensar.

—¿Es lo que hará aquí?

—Sí, este es un buen sitio para pensar. Junto al océano te sientes más pequeña, menos importante en cierto modo, te permite relativizar las cosas.

—Ojalá le hiciera el mismo efecto a Brigid —suspiró Orla.

—Sientes que la has perdido, ¿verdad? —dijo la señorita Daly, comprensiva.

—Para serle franca, sí. Hemos sido íntimas amigas desde los diez años. Es como atravesar una fase. Ya sabe, como cuando ella y yo íbamos a bailar claqué y nos poníamos mallas, y practicábamos los pasos una y otra vez. Pero esto es para toda la vida. ¡Y con Foxy!

—Tal vez lo ame.

—No. Si lo amara, no se pondría como loca tratando de impresionar a su familia.

—O tal vez solo necesita seguridad.

—¿Brigid? Es perfectamente capaz de cuidar de sí misma.

—Orla, ¿has amado a alguien alguna vez?

—No, amado no. Pero encaprichada sí que estuve.

—Bueno, al menos distingues la diferencia, que es más de lo que muchas

hacemos. Déjame echarte una mano plantando especies más resistentes en Stone House. La mitad de las que has puesto morirán en el invierno.

La señorita Daly recorrió la comarca en bicicleta y bebió una pinta en cada uno de los *pubs* locales, como para marcar territorio. Y cuando Brigid regresó, le hizo todas las preguntas que Orla no se atrevía a hacerle. Por ejemplo, a qué se dedicaría todo el día a su regreso de la luna de miel, si trabajaría; si tenía pensado tener niños de inmediato; si vería con asiduidad a su familia política. Las respuestas fueron bastante imprecisas, y todo parecía gravitar en torno a ir al hipódromo o viajar a España, a casa de la hermana de Foxy. Aunque hubo algo positivo. A Brigid le encantó el vestido de la señorita Queenie y lo aprobó empleando la expresión «muy *vintage*», refiriéndose a que era un vestido de otra época. La hermana de Foxy también se pondría un vestido *vintage*. Sería lo adecuado.

La boda resultó tan deprimente como Orla había temido. Todo parecía desmesurado, excesivo, con aquella marquesina gigantesca y esa ostentación de riqueza a más no poder.

Los O'Hara habían tirado la casa por la ventana, incluso habían reformado unos adosados que habían comprado durante el período de prosperidad, pero que seguían vacíos a causa de la recesión. Les habían dado una mano de pintura y los habían amueblado para que la familia Farrell pudiera ocuparlos, hecho que mereció gran aprobación.

Conor, el padrino de Foxy, otro payaso que se había olvidado de sus raíces irlandesas y de su acento característico, pronunció un discurso sumamente vulgar en el que afirmó que una de las ventajas de ser padrino era que podía tirarse a la novia, lo cual no resultaría una dura prueba esa noche. Foxy se moría de risa. Orla miraba hacia delante, impasible, procurando no cruzarse con la mirada de Chicky.

Esta comentó a su hermano Brian en voz baja que de buena se había librado, pero Brian, quien aún se sentía dolido por el desaire de la familia O'Hara, estaba resentido con Sheila O'Hara —actualmente separada de su marido jugador—, antes considerada un buen partido.

Cuando la novia y el novio se hubieron marchado al aeropuerto Shannon, Conor se acercó a Orla.

—Me han dicho que vives sola —le dijo.

—¡Mira qué guapo eres! —repuso ella con admiración—. Apuesto a que le gustas a todas.

—No estamos hablando de todas las chicas, estamos hablando de ti, y de esta noche. ¿Qué te parece? —le preguntó tomando como un elogio lo que ella acababa de decirle.

Orla lo miró estupefacta. No se había dado cuenta de que se había burlado de él. Si Conor y Foxy eran banqueros, no era de extrañar que la economía occidental

estuviera así.

—No me acostaría con un gilipollas como tú, Conor, aunque me fuera a morir sin saber qué es el sexo —dijo con una gran sonrisa.

—Lesbiana —le escupió él.

—Eso no estaría nada mal.

Orla estaba de muy buen humor.

—Bueno, una castradora, entonces. Te lo he preguntado porque se supone que debo hacerlo.

—Claro, Conor —convino Orla en un tono más relajado.

La señorita Daly se había marchado de excursión a la montaña para no tener que asistir a la boda. Había conocido a dos dentistas franceses que estaban de vacaciones. Pensaban salir rumbo a Donegal al día siguiente. La señorita Daly iría con ellos. Tenían un coche con portaequipajes en el techo, perfecto para su bicicleta.

Orla se sentó y la miró boquiabierta.

—Lo sé, Orla, el mundo se divide entre gente como yo y gente como Brigid. Tienes suerte de ser un término medio.

No tenía mucho tiempo para pensar en ello. La próxima boda era la de Rigger. Que sería un evento mucho más convencional.

Chicky serviría cordero asado en Stone Cottage; y prepararon un magnífico pastel para Rigger y Carmel. Comparado con la tontería de la carpa y las poses afectadas de los Farrell y los O'Hara, esta boda fue mucho más relajada e incluso con más encanto.

Cuando todo acabó y los Hickey se marcharon felices a su casa, Chicky, Orla y la señorita Queenie se sentaron y se felicitaron mutuamente.

Las obras del edificio principal de Stone House estaban prácticamente terminadas; solo quedaba por decidir la distribución y la decoración. Chicky insistía en contratar a profesionales, pero Orla decía que no debía pagar a nadie hasta que no demostrara que podía hacer el trabajo. Orla pensaba que Chicky era perfectamente capaz de realizarlo ella misma. A fin de cuentas, contaba con el material original. La señorita Queenie podía indicarles cómo había sido la casa en los viejos tiempos.

Chicky entendía mucho de confort y estilo, pero no confiaba en sus propias ideas.

—Vamos a cobrarles un buen dinero a la gente que venga a alojarse aquí. No queremos que luego digan que este lugar no es auténtico, que es cutre o cualquier otra cosa.

—He conocido a muchos de estos decoradores en Londres —dijo Orla—. Algunos brillantes, es verdad, pero la mayoría cantamañanas. Como el emperador del cuento de Andersen, que al final resultó que iba desnudo.

Se decidieron por una pareja, Howard y Barbara. Venían recomendados por Brigid, quien los había conocido con Foxy Farrell en una fiesta, en Dublín.

Orla los detestó en cuanto los vio. Tenían cuarenta y pocos años, pronunciaban las palabras de una manera muy afectada y abusaban de los «cariño», los «tan» y los «muy», sobre todo cuando se trataba de algo que no era de su agrado.

—Cariño, ni se te ocurra poner ese reloj de abuelo en el vestíbulo. Va a ser «tan» molesto, «tan» perturbador para los ritmos del sueño...

—El reloj del abuelo siempre estuvo en el vestíbulo —intervino amablemente la pobre señorita Queenie.

—Disculpad, pero estamos pensando en cómo transformarlo en un lugar acogedor, ¿verdad? Por eso estamos aquí, cariño.

Instalaron a Howard y Barbara en una de las mejores habitaciones de la casa, la que tenía grandes ventanas y un balcón con vistas al mar. No dejaban de resoplar mientras inspeccionaban la habitación. Cuando bajaron se miraron entre ellos. Se estremecían levemente ante las cosas que no les gustaban, como el suelo de piedra de la cocina. Había que quitarlo y reemplazarlo por uno de madera maciza de muy buena calidad. Orla dijo que el suelo de piedra era original y que estaba allí desde la construcción de la casa, allá por 1820.

—Más a mi favor —dijo Howard—. Es hora de levantarlo.

Pero Orla ganó la batalla. El suelo de piedra no era negociable.

Barbara y Howard no querían saber nada del saloncito de las mañanas, bautizado como el Salón Miss Sheedy. Argüían que era demasiado cursi y, cariño, si había algo que podía bajar la categoría de un hotel eran esos toques sospechosos de cursilería. Dejaron su habitación hecha un desastre, las toallas húmedas tiradas en el cuarto de baño y una increíble cantidad de tazas de café, vasos y ceniceros sucios, a pesar de la normativa antitabaco, de la que se había hablado varias veces.

Ni se fijaron en el jardín vallado; adujeron que era un trabajo de aficionados; los clientes estarían habituados a jardines mucho más espectaculares y mejor cuidados. Fruncieron el ceño en cuanto vieron a Gloria y dijeron que era antihigiénico tener un gato rondando cerca de la comida. La señorita Queenie, Chicky y Orla trataron en vano de convencerlos de que Gloria era una gata educadísima que jamás se acercaría a la mesa cuando todos estuvieran comiendo. Gloria, era verdad, había confundido la pierna de Howard con un poste donde frotarse y, asustada por su chillido, intentó trepar por la pernera del pantalón. Barbara gritaba y agitaba los brazos para ahuyentar a la pobre gata, que se escapó corriendo y se escondió detrás del sofá, temblando, hasta que la señorita Queenie la rescató. Para entonces Orla ya no era la única que detestaba a los decoradores.

Derrotados por el lobby pro Gloria, dirigieron sus hostilidades a Carmel, que estaba «tan» embarazada. Confiaban en que la mantendrían apartada de las actividades cuando naciera el niño. Lo último que deseaban los clientes, cariño, era oír chillar a un crío. Habría «tan» malas vibraciones.

Nunca elogiaron la deliciosa comida que Chicky y Orla les servían. En cambio, sugirieron la conveniencia de que Stone House dispusiera de una bodega de vinos. Después de cenar se servían generosas copas de coñac.

Fue entonces cuando Orla se puso firme. Al segundo día, después del desayuno, les dijo que esperaba que ya estuvieran en condiciones de proporcionar algunos consejos prácticos sobre la decoración, las telas y los colores que pensaban proponerles, y los sitios donde recomendaban comprarlas.

Barbara y Howard se mostraron un poco sorprendidos. Tenían pensado quedarse algunos días disfrutando del lugar para sentirlo, explicaron. Y precisamente era eso lo que Orla había sospechado. Después del desayuno, llevó una cafetera eléctrica al despacho y tomó asiento junto al ordenador.

—Es una casa georgiana muy tardía, claro —dijo Orla con aplomo—. He buscado en internet imágenes de este tipo de casas en esa época y he impreso algunas para que intercambiamos opiniones. Me preguntaba qué referencias aportaríais vosotros, para que pudiéramos comparar.

La miraron alarmados.

—Bueno, todos conocemos, desde luego, las mansiones georgianas clásicas... —empezó a decir Barbara.

Orla podía oler a un fanfarrón a kilómetros de distancia.

—Desde luego, pero esta casa no es una mansión. Es la pequeña residencia de un caballero y, en realidad, es más bien victoriana, no tanto georgiana. Nos preguntábamos en qué colores habéis pensado.

—Depende mucho de dónde viene uno, cariño, ¿no te parece? Es como preguntar por el largo de una cuerda. Preguntar solo por los colores... —empezó a decir Howard con cierta pomposidad.

—¿Y dónde creéis que podríamos comprar las telas?

Orla estaba revolviendo una pila de listados impresos. Vio que Howard y Barbara se miraban.

—No sabía que fueras tan entendida en ordenadores —le dijo Barbara a Orla con frialdad.

—Te refieres a mi generación, supongo. —Orla sonrió—. A propósito, me preguntaba cómo es que no tenéis una página web.

—Nunca la hemos necesitado —repuso Barbara con aires de suficiencia.

—Entonces, ¿cómo os encuentra la gente? —preguntó Orla con expresión inocente.

—Recomendación personal.

—Sí, así es como dan con vuestros nombres. Pero ¿cómo pueden ver lo que habéis hecho en concreto?

Otra vez había puesto cara de cordero degollado, pero era evidente que estaba desafiándolos.

Cuando terminó la reunión no quedaban dudas de que sus caminos debían

separarse.

Barbara mencionó un pago por el tiempo y por sus aportaciones. Chicky y Orla se miraron perplejas. Howard sugirió que se separaran como amigos, sin rencores. Les desearon éxito en la empresa. Dijeron, en un tono entre arrepentido e incrédulo, que Stone House no duraría más que una semana abierto, si es que abría alguna vez.

Rigger los condujo a la estación.

Contó después que habían viajado todo el trayecto en completo silencio. Cuando les preguntó si volverían para supervisar la decoración, respondieron que eso no estaba previsto.

—Bueno, espero que lo hayáis pasado bien —les había dicho Rigger.

—Pasarlo bien es una expresión «tan» pero «tan» fuerte, cariño —contestaron mientras él les acercaba el equipaje hasta el tren.

Esa misma noche, Chicky, Carmel y Orla escogieron por su cuenta los colores y las telas, y al día siguiente se pusieron manos a la obra. Habían aprendido la lección. Tal vez hubiera muchísimos diseñadores excelentes allá afuera, pero ellas no los habían encontrado. Y ya no había tiempo para hacer más pruebas. No tenían más remedio que confiar en sí mismas.

Poco a poco el hotel iba tomando forma.

La página web funcionaba a la perfección, con fotografías de las vistas de Stone House y descripciones detalladas de las ofertas. Habían recibido muchos pedidos de información, pero reservas en firme aún no.

Orla preparó un comunicado de prensa, que envió a todos los periódicos, revistas y programas de radio. Ofreció una Semana de Invierno en Stone House como premio en varios certámenes; decía que eso les daría publicidad. Compró un gran álbum de recortes y le pidió a la señorita Queenie que lo llenara con todos los artículos que salieran publicados. Se puso en contacto con los aeropuertos y las agencias de viajes, los círculos de lectores, los grupos de observación de aves y los clubes deportivos. Abrió una página en Facebook y una cuenta en Twitter.

A Chicky le encantaba acceder a todo ese mundo desde su pequeña oficina en Stone House. Habían perfeccionado las cartas del restaurante y las habían subido a la página web. Ahora las tareas obedecían a una rutina cotidiana, pues habían resuelto la cuestión de los proveedores y la periodicidad de las entregas. Poco a poco las reservas comenzaron a llegar. Estaban a punto de recibir a sus primeros huéspedes cuando Carmel dio a luz a los mellizos.

La señorita Queenie le dijo a Orla que nunca en su vida había sido tan feliz.

Tantas cosas sucedían en Stone House y todas giraban en torno a ella. El saloncito de las mañanas se llamaba ahora, oficialmente, Salón Miss Sheedy. Lo habían decorado con fotografías restauradas de Beatrice, Jessica y la señorita Queenie de cuando eran niñas. Ahora conocía a todo el mundo en Stoneybridge, no solo a unos pocos. Comía platos deliciosos y vivía en una casa confortable. ¿Quién le hubiera dicho que de vieja viviría mejor?

—Sin embargo, estoy preocupada por Chicky; trabaja demasiado —le confió la señorita Queenie a Orla, sacudiendo la cabeza—. Todavía es joven; bueno, para mí lo es. Tiene muchos admiradores, pero nunca se fija en nadie como futuro esposo.

—¿Y yo, señorita Queenie? ¿No está preocupada también por mí?

—No, Orla, ni por asomo. Trabajarás aquí con Chicky, como has prometido, hasta que se cumpla tu año, y luego te marcharás a conquistar el mundo. Lo llevas escrito.

En lugar de sentirse complacida con semejante voto de confianza, Orla de repente se sintió muy sola. No deseaba marcharse a conquistar el mundo. Quería quedarse y ver aquel proyecto hecho realidad.

—De momento no tengo prisa por marcharme de aquí, señorita Queenie.

—Es peligroso quedarse mucho tiempo en Stoneybridge. No podemos casarnos con las gaviotas o los alcatraces, ¿sabes? —le contestó la anciana.

—Pero ¿no dijo usted misma que nunca había sido tan feliz como ahora?

—Ha sido mi mejor elección. Y he tenido suerte, mucha suerte —afirmó la señorita Queenie.

A la mañana siguiente, cuando Orla entró en el dormitorio de la anciana con el té, con solo echar un vistazo a la cama supo que la señorita Queenie había muerto mientras dormía. Sus manos estaban plegadas. Su rostro sereno. Parecía veinte años más joven, como si la artritis y los achaques hubieran desaparecido.

Orla nunca había visto antes a un muerto. Le resultaba aterrador.

Llevó la taza de té al cuarto de Chicky.

Ella ya estaba despierta. En cuanto vio a Orla supo lo que había ocurrido.

—No puede haber un Dios. No dejaría que Queenie muriera antes de la inauguración del hotel. Es tan injusto... —Chicky lloraba.

—¿Sabes? tal vez haya sido mejor así —dijo Orla.

—¿Cómo puedes decir eso, Orla? Lo que más deseaba ella era participar en todo esto.

—No, estaba nerviosa. Me preguntó más de una vez si se sentaría a comer con los huéspedes o no.

—Por supuesto que sí.

—Tenía miedo de ser demasiado vieja, delicada... Son sus palabras, no las mías.

—¿Cómo puedes estar tan tranquila? Pobre Queenie. Mi querida Queenie. No tuvo ninguna clase de vida.

Orla le tendió la mano.

—Ven a verla, Chicky. Mira su cara. Sabrás que tuvo una vida y que tú se la diste.

Entraron en la habitación donde la señorita Queenie había dormido durante más de ochenta años. Desde la década de 1930, cuando Irlanda era un estado que apenas si había cumplido diez años.

También entró Gloria, la gata. No subió a la cama sino que miró respetuosamente desde la puerta, como si supiera que algo iba mal. Permanecieron de pie, contemplando el rostro de la señorita Queenie. Chicky se inclinó y acarició la mano fría de la anciana.

—Se sentirá orgullosa de nosotras, Queenie —dijo.

Cerraron la puerta tras ellas y fueron a decírselo a Rigger y a Carmel, y al doctor Dai.

Todo Stoneybridge despidió a la señorita Queenie Sheedy. Una multitud se reunió delante de Stone House para seguir el coche fúnebre que la trasladó lentamente hasta la iglesia.

El padre Johnson dijo que el siguiente sería el primer domingo en varias décadas en el que habría una Sheedy presente en la iglesia. Les refirió que la señorita Sheedy había ido a verlo la semana anterior y le había preguntado si sería posible cantar «Lord of the Dance» en su funeral, cuando llegara el momento. El padre Johnson le había contestado que todos habríamos subido a nuestra morada celestial mucho antes de que ella estuviera siquiera lista para partir, pero el Señor era misterioso y ahora era la señorita Queenie quien se había reunido con sus queridas hermanas, dejándonos el recuerdo de una vida bien vivida.

Los feligreses allí reunidos cantaron «Lord of the Dance». Se sonaban la nariz y enjugaban sus lágrimas pensando en la señorita Queenie, que los había mirado siempre con bondad, a ellos y a sus hijos, desde que tenían memoria.

Rigger fue uno de los cuatro que cargaron el pequeño ataúd hasta el cementerio. Se le veía triste, pues recordaba cómo la anciana lo había acogido en su casa, y cómo se entusiasmaba con todo, con el jardín vallado, con la renovación de Stone Cottage, con los viajes en su furgoneta y con la llegada de los mellizos.

Lamentaba que Rosie y Macken no pudieran disfrutar de la presencia de una abuela tan adorable. Les hablaría siempre de ella. Un día, cuando le tocara a él llegar al mismo cementerio, sus hijos le contarían a sus propios hijos la vida de la extraordinaria señorita Queenie, una reliquia bondadosa del pasado a menudo tormentoso de Irlanda.

Como no había más familiares Sheedy, le pidieron a Rigger que echara en la tumba la primera palada de tierra. Lo siguieron Chicky y Orla. La multitud permanecía silenciosa, hasta que, de pronto, el doctor Dai, dueño de una potente voz de barítono galés, cantó «Abide With Me», y todos descendieron la colina en hilera.

Se sirvió té con bocadillos en Stone House.

Gloria la buscaba por todas partes y, confundida, se había sentado afuera, delante del portal, lamiéndose con frenesí.

Orla, que pasaba entre todos ofreciendo los bocadillos, se había recuperado lo suficiente para darse cuenta de la cantidad de gente que había asistido al funeral. Brigid y Foxy habían viajado desde Londres. Alguien se lo había dicho a la señorita Daly, que llegó en compañía de uno de los dentistas franceses, convertido ahora en su íntimo amigo. Incluso estaba allí la familia O'Hara en pleno, olvidados ya los rencores del pasado; todos los contratistas, proveedores, granjeros de la zona, el personal de la fábrica textil y Aidan, un abogado de una ciudad vecina, a quien, según decían, le gustaba Chicky.

La señorita Queenie habría aplaudido y dicho: «¡Y han venido todos por mí! ¡Qué amables!».

Aidan llamó a Orla aparte y le dijo que la señorita Queenie había hecho testamento la semana anterior. Dejaba todo lo que poseía a Chicky, menos dos pequeños legados, uno para Rigger y otro para ella.

También quiso saber si creía que Chicky aceptaría salir con él a cenar si se lo pedía cortésmente.

Orla contestó que mejor sería aguardar un poco, esperar a que Stone House estuviera abierto al público. Chicky estaba tan metida en el proyecto en ese momento... Pero le aseguró que no había nadie más en el horizonte.

—No causaré ninguna molestia —afirmó.

—¡Caray, eso está muy bien! —exclamó Orla fijando su intensa mirada en ciertos tios suyos y en el horrible Foxy.

—Debo decir que Barbara y Howard han hecho un trabajo excelente —dijo Foxy con aprobación.

—Sí, ¿verdad? —intervino Chicky asintiendo.

Rigger estuvo a punto de abrir la boca para decirle que no eran más que dos inútiles, pero Orla lo detuvo con una mirada. La vida era corta. Chicky había decidido eliminar aristas. Déjalo estar.

Faltaban pocos días para que llegaran los primeros huéspedes. Estaban casi al completo. Quedaba una sola habitación libre. Al final de la jornada, Orla y Chicky se sentaron a repasar la lista de las personas que vendrían. Llegarían de Suecia, Inglaterra y Dublín. Algunos en coche, otros en tren. Rigger estaba prevenido de los horarios de llegada de cada uno de ellos.

Revisaron las diferentes cartas una y otra vez para asegurarse de que disponían de todos los ingredientes. Trataron de imaginarse a todas aquellas personas sentadas a la mesa a la hora de cenar, y cada mañana a la hora del desayuno. Habían dejado una selección de revistas y novelas en el Salón Miss Sheedy. Tendrían a su disposición

libros sobre aves y guías turísticas, y en el cuarto destinado a los zapatos podrían encontrar botas Wellington, paraguas y chubasqueros.

Gloria había superado su breve período de duelo por la señorita Queenie y había vuelto a sentarse junto al fuego con un ronroneo capaz de aliviar al más atribulado corazón.

—Ahora tienes tu propio dinero, Orla —dijo Chicky la última noche.

—Siempre he tenido mi propio dinero —repuso Orla.

—Es solo que no quiero retenerte. Has cumplido de sobra con todo lo que prometiste.

—¿Por qué queréis deshaceros de mí? —preguntó Orla—. Queenie era igual. La noche antes de morir me dijo que no podía casarme con las gaviotas o los alcatraces de Stoneybridge.

—Y tenía razón —aprobo Chicky.

—Pero ¿y tú? Aidan ha preguntado por ti.

—¡Déjalo ya, Orla!

—Estoy segura de que a Walter le hubiera gustado que te casaras otra vez.

—Sí, seguramente.

—¿Entonces?

—Entonces, ¿qué? ¿Separar al doctor Dai de su esposa? ¿Hacer que el padre Johnson deje la iglesia? ¿Poner un aviso en internet: «Viuda rica con negocio propio»? —Chicky rio—. Estamos hablando de ti. Tienes una sola vida, Orla.

—¿Y qué tiene de malo quedarme a vivir aquí un tiempo? —preguntó Orla—.irme antes de que hayamos cumplido un año dirigiendo este lugar sería ridículo para cualquiera...

Chicky se recostó contra el respaldo de su silla. Gloria se estiró en señal de aprobación.

El reloj del abuelo, en el vestíbulo, dio la medianoche.

Comenzaba el día en que Stone House abriría sus puertas al público. En las noches venideras, y por mucho tiempo, no volverían a estar sentadas las dos solas en aquella cocina.

Alzaron sus copas para brindar. Afuera, las olas rompían en la playa y el viento ululaba entre los árboles.

WINNIE

A la señorita Winnie le habría gustado casarse. O haber tenido una pareja estable. ¿A quién no?

Tener a alguien a tu lado, que vele por ti. Alguien con quien vivir y tener hijos. Era evidente que lo deseaba. Pero no a cualquier precio.

Nunca se habría casado con un borracho, como el marido de una de sus amigas, un tipo que se había comportado de manera tan grosera en la boda que años más tarde aún lo recordaba.

Tampoco lo habría hecho con alguno obsesionado por controlarlo todo o con un avaro. Aunque muchos de los hombres con quienes se habían casado sus amigas eran personas alegres, corteses y buenas, que les habían dado una vida plena.

Si existiera alguien así...

Y si existía, ¿cómo encontrarlo? se preguntaba Winnie. Había probado con las citas por internet, las citas rápidas y las discotecas. Cero resultado.

A los treinta y pocos años, Winnie, en cierto modo, se había dado por vencida. Llevaba una vida muy activa: era enfermera contratada a través de agencias de empleo, y trabajaba un día aquí, una noche allá, en los hospitales de Dublín. Iba al teatro, salía con amigos, acudía a clases de cocina y leía mucho.

No podía decir que su vida fuera triste y solitaria. Todo lo contrario, pero le habría encantado conocer a alguien y saber que ese era su hombre. Saberlo, nada más.

Winnie era una optimista. En los hospitales siempre decían que era fantástico trabajar con ella pues siempre veía alguna cosa positiva. Los pacientes la apreciaban, ya que nunca dejaba de reconfortarlos y de decirles que estaban mejor y que la medicina moderna había avanzado mucho. No perdía el tiempo en la cafetería del hospital despotricando de los hombres de Irlanda, diciendo que eran un hatajo de desgraciados. Lo aceptaba, qué remedio.

Pero, en el fondo, no perdía la esperanza de que existiera el amor en alguna parte, aunque no estuviera tan segura de poder encontrarlo.

El día que cumplió treinta y cuatro años conoció a Teddy.

Había ido a cenar con tres amigas —todas casadas, todas enfermeras— al Ennio's, un restaurante situado en los muelles, junto el río Liffey. Se había puesto una chaqueta nueva, negra y plateada. Se había dejado convencer por su peluquera y se había hecho una permanente muy cara. Las chicas coincidían en que le quedaba estupenda, siempre le decían lo mismo, y por lo visto eso había servido para atraer al hombre de su vida.

Fue una velada deliciosa; todo el personal se había arrimado a la mesa para cantar el «Feliz cumpleaños» y luego habían bebido un licor italiano cortesía de la casa. Desde la mesa de al lado, dos hombres las observaban con admiración. Cantaron el «Feliz cumpleaños» con tanta energía que el restaurante los invitó también a tragos extra. Se mostraban corteses y no deseaban importunarlas en lo más mínimo.

Peter dijo que era hotelero, de Rossmore, y que su amigo, Teddy Hennessy, era productor de quesos en ese rincón del mundo. Venían a Dublín una vez por semana, ya que a la esposa de Peter y a la madre de Teddy les gustaba ver algún espectáculo. Los hombres, en cambio, preferían ir de restaurantes y probar uno distinto cada vez. Era la primera que cenaban en Ennio's.

—¿Y su esposa también viene a Dublín? —preguntó Fiona a Teddy intencionadamente.

Winnie sintió que se ruborizaba. Su amiga estaba tanteando el terreno, tratando de saber si Teddy estaba disponible. Él no pareció darse cuenta.

—No, no tengo esposa. La elaboración de quesos me tiene demasiado ocupado, todo el mundo me lo dice. Estoy libre.

Era perspicaz y tenía un aspecto aniñado; su pelo rubio y suave le caía sobre los ojos.

A Winnie le pareció que la estaba mirando.

Pero no debía ser ingenua ni demasiado optimista. A lo mejor solo había notado que, de las cuatro mujeres, era la única que no llevaba alianza. Quizá eran imaginaciones suyas.

Conversaron distendidamente. Peter les habló de su hotel. Fiona les contó historias de la clínica cardiológica donde trabajaba. Barbara describió algunos de los desastres que había tenido que afrontar su marido mientras trabajaba en sus piezas de cerámica. Ania, la muchacha polaca, que acababa de obtener el título de enfermera, les mostró fotos de su niño pequeño.

Teddy y Winnie hablaban poco, pero se miraban complacidos; no sabían nada uno del otro salvo que se sentían muy a gusto. Llegó el momento en que los hombres debían marcharse a recoger a las señoras a la salida del teatro. El viaje de regreso a Rossmore les llevaría dos horas.

—Espero que volvamos a vernos —le dijo Teddy.

Las otras tres mujeres estaban muy ocupadas despidiéndose efusivamente de Peter.

—Así lo espero —contestó Winnie.

Ninguno de los dos hizo nada por darle al otro su número de teléfono o su dirección.

Pero Peter lo hizo por ellos.

—Señoras, ¿me permitís que os deje mi tarjeta de visita? Si conocéis otros restaurantes tan buenos como este, por favor, avisadnos —dijo.

—Fantástico, Peter. Winnie, ¿llevas alguna tarjeta encima? —preguntó Fiona

mirándola con intensidad.

Winnie anotó su e-mail y su número de teléfono al dorso de una tarjeta de publicidad de los mejores vinos del Ennio's. Y los hombres se marcharon.

—La verdad, Fiona, te ha faltado pegarme en la frente un cartel de «Soltera desesperada» en letras de neón —protestó Winnie.

Su amiga se encogió de hombros.

—Era simpático. ¿Qué iba a hacer, dejarlo escapar?

—¡Un productor de quesos! —reflexionó Barbara—. Muy relajado, diría yo.

—Señora Hennessy... Suena bonito, ¿no os parece? —intervino Ania sonriendo.

Winnie suspiró. Parecía simpático, no cabía duda, pero había dejado de creer en los encuentros fortuitos.

Teddy llamó a Winnie al día siguiente. Iría nuevamente a Dublín ese fin de semana. ¿Le apetecería encontrarse con él para tomar un café o alguna otra cosa?

Conversaron toda la tarde en un café muy amplio y soleado. Había tanto de lo que charlar. Ella le habló de su familia, tres hermanas y dos hermanos, desperdigados por el mundo. Le contó que hubo muchas despedidas en el aeropuerto, y lágrimas y promesas de visitarlos, pero Winnie nunca había querido viajar a Australia o a Norteamérica. Lo que más le gustaba era quedarse en casa.

Teddy asintió con la cabeza. Él era igual. Nunca había querido alejarse demasiado de Rossmore.

Cuando Winnie tenía doce años, su madre había muerto y con ella se había ido la luz de la casa. Cinco años después, su padre volvió a casarse con una mujer agradable y reservada llamada Olive, una orfebre que vendía sus joyas en los mercados y las ferias de todo el país. Era difícil decir si Olive le gustaba o no. Se trataba de una mujer muy distante que parecía vivir en otro mundo.

Teddy era hijo único y su madre, viuda. Su padre había muerto hacía muchos años en un accidente en la granja. Entonces su madre se había puesto a trabajar en la lechería del pueblo para ganar dinero y poder enviarlo a un buen colegio. El colegio le había gustado, pero él no quiso seguir estudiando, cosa que desilusionó a su madre, pues habría preferido que fuera médico o abogado. La habría recompensado por aquellas largas y arduas jornadas de trabajo.

Le encantaba hacer quesos. Había obtenido varios premios; era un buen negocio, pequeño y sin altibajos. Conocía a un montón de gente estupenda, e incluso podía dar trabajo en Rossmore a muchos que de otro modo se habrían marchado al extranjero. Su madre, quien, después de trabajar durante años en la lechería, se había convertido en una extraordinaria mujer de negocios, llevaba la contabilidad y estaba bastante involucrada en la empresa.

Winnie le habló de su vida de enfermera y le explicó lo que implicaba estar registrada en una agencia. Nunca sabes adónde irás mañana. Podía ser uno de esos

grandes hospitales privados nuevos, como otro muy concurrido del centro de la ciudad, una sala de maternidad o una residencia de ancianos. Era estupendo en muchos sentidos, ya que resultaba muy variado, pero nunca llegabas a conocer bien a los pacientes, no podías implicarte demasiado.

Los dos habían estado en Turquía de vacaciones, les gustaba leer novelas policíacas y de suspense, y ambos eran víctimas de sus amigos bienintencionados que se empeñaban en arreglar citas para que encontraran con quien casarse. Eso era algo que podía suceder o no, comentaron en plan de buenos amigos. Pero los dos tenían claro que volverían a verse muy pronto.

—He disfrutado mucho el día de hoy —dijo Teddy.

—La próxima vez podría preparar yo la comida, ¿te parece?

El rostro de Teddy se iluminó.

Y a partir de esa tarde, Teddy pasó a formar parte de su vida. No la mayor parte, pero sí al menos dos veces por semana.

Cuando iba a verla a su apartamento, se marchaba antes de medianoche y volvía en coche a Rossmore. Pero una vez le preguntó si le parecía bien que él se quedara a pasar la noche. Winnie contestó que le encantaría.

En una o dos ocasiones llegaron incluso a irse juntos de fin de semana, pero solo un par de días, no más. Supo enseguida que nada alteraría los planes de su madre. Teddy no se podía tomar el viernes libre porque ese día la llevaba a cenar al hotel de Peter.

Sí, todos los viernes, dijo con pesar. Era poca cosa y a mamá le gustaba tanto. No había más que pensar en todo lo que ella había hecho por él a lo largo de los años...

Winnie pensó para sus adentros: no parecía un niño de mamá, pero tenía la impresión de que la perspectiva de presentarle a su madre lo ponía nervioso. Como si temiera que ella no pasara la prueba. Tal vez no fueran más que fantasías. Era un hombre adulto. No precipitaría las cosas.

En cambio, se concentró en la idea de tomar juntos unas pequeñas vacaciones.

Winnie había oído hablar de un hostel que había abierto en el oeste hacía poco, el Stone House. Un lugar muy bonito a juzgar por la fotografía del folleto. Se veía una mesa grande que los huéspedes compartirían por la noche y un gatito blanco y negro monísimo junto a una chimenea encendida; prometían excelentes comidas caseras y confort, paseos, avistamientos de aves y la ocasión de explorar esa costa tan espectacular.

¡Un lugar estupendo para ir con Teddy! si ella pudiera arrancarlo de sus obligaciones y romper el yugo de esos benditos viernes a la noche con su madre.

¡Su madre!

¡Lo mejor sería terminar cuanto antes con ese asunto así luego podría proponerle a ese niño mimado una romántica escapada al oeste de Irlanda! Aunque, por otro lado, daba la impresión de que podía tratarse de un sitio demasiado frecuentado por los turistas. Estaba segura de que a Teddy le entusiasmaría la idea en cuanto se lo contara, y, en cualquier caso, si a él no le apetecía, Winnie podría cancelar la reserva...

Por fin llegó el momento de conocerla, de conocer a esa madre que tanto se había sacrificado por su hijo, la madre para quien reservaba esos sagrados viernes por la noche. Le había pedido a Teddy que invitara a cenar a su amiga Winnie de Dublín el viernes en el hotel y a almorzar con ellos al día siguiente.

Winnie pensó en la ropa que iba a ponerse, algo que pudiera agradar a la señora Hennessy.

La anciana salía rara vez de Rossmore. Podría llevarse una mala impresión si se vestía con ropa muy llamativa.

La chaqueta negra y plateada sería demasiado elegante. Optó por un cómodo traje pantalón azul marino.

—Estoy muy nerviosa —le confió a Teddy.

—Tonterías. Os entenderéis de maravilla —dijo.

Ella cogería el tren nocturno con su bolso de fin de semana. Peter y su esposa Gretta la habían invitado al hotel. Les pareció más práctico no decírselo a la señora Hennessy.

—Te daremos nuestra mejor habitación. Necesitarás todas las comodidades después de conocer a la vieja arpía —había dicho Peter.

—Pero ¡yo creía que ella te caía bien! —exclamó Winnie con sorpresa.

—Es una gran dama, no cabe duda, y una amiga estupenda, pero estoy seguro de que no existe en todo el mundo animal una hembra que proteja tanto a sus crías como Lillian. Las ahuyenta. Una tras otra —le contó Peter riéndose.

Winnie simuló no darse por enterada. No habría divergencias con Teddy. Era un hombre adulto, capaz de tomar sus propias decisiones.

Y la esperaba en la estación.

—Mamá ha preparado una excelente lista de invitados para el almuerzo de mañana —le comentó encantado—. Dice que haremos todo lo posible para que tu viaje valga la pena.

—Es muy amable de su parte —susurró Winnie—. Y yo estoy deseosa por conocer tu casa.

Estaba muy satisfecha consigo misma por haber pensado en meter en el bolso un pequeño obsequio para la señora Hennessy. Todo saldría bien.

Peter y Gretta la esperaban en el hotel, en un estado de completa excitación.

—¿Deseas ver tu cuarto ahora mismo y cambiarte para cenar? —preguntó Gretta.

—No, no, estoy bien, iré así como estoy —dijo Winnie.

Sabía que la señora Hennessy era sumamente rigurosa con la puntualidad y no le

gustaba que la hicieran esperar.

—Como quieras —repuso Gretta, no del todo convencida.

Winnie se dirigió resuelta al bar y luego al comedor del hotel Rossmore. Tranquilizaría a la anciana y así la conquistaría. Se trataba de convencerla de que ella no representaba una amenaza, de que no era su rival. Ambas estaban en el mismo bando.

No distinguía a ninguna persona mayor sentada en los grandes sillones. Quizá habían exagerado con su legendaria puntualidad. Entonces vio que Teddy saludaba con la mano a una mujer muy elegante y atractiva que estaba sentada en el bar.

—¡Estabas aquí, mamá! ¡Te nos has adelantado, como de costumbre! Mamá, te presento a mi amiga Winnie.

Winnie la miraba incrédula. No era una vieja frágil y achacosa, sino una mujer de cincuenta y pocos años, bien arreglada, maquillada y divinamente vestida. Lucía una casaca de brocado dorada encima de un vestido de seda color vino. Parecía recién llegada de la peluquería. Su bolso y sus zapatos, de piel fina, debían de valer una fortuna. Además, se adornaba con joyas de estilo clásico.

Tenía que haber un error.

Winnie abrió la boca y, de inmediato, la cerró. Ella, a quien nunca le faltaban las palabras, esta vez no sabía qué decir.

La señora, sin embargo, fue capaz de superar su propia sorpresa con más dignidad.

—¡Winnie, es un placer conocerte! Teddy me ha contado todo sobre ti.

Mientras tanto, le hizo un repaso de pies a cabeza.

Winnie recordó de golpe los cómodos zapatones que llevaba puestos. ¿Cómo se le había ocurrido ponerse ese deprimente traje pantalón azul marino? Parecía alguien que acaba de entrar para cambiar de lugar los muebles del hotel, no alguien que se ha vestido de punta en blanco para cenar con un icono de la moda.

Teddy las miraba henchido de orgullo al ser testigo de lo que siempre había soñado: un feliz encuentro entre su madre y su chica. Y siguió complacido durante toda la comida mientras su madre trataba a Winnie como a un ser inferior, menospreciándola y poco menos que riéndose en su cara. Teddy Hennessy no percibía nada de todo esto. Lo único que veía era a tres personas que acaban de formar una buena familia.

La señora Hennessy dijo que por supuesto que Winnie debía llamarla Lillian, ya que ahora eran amigas.

—Eres tan distinta de cómo te imaginaba... —le dijo mirándola con admiración.

—¿De veras?

La pobre Winnie se preguntaba si alguna vez se había sentido tan torpe e incómoda.

—Claro que sí. Cuando Teddy me contó que había conocido a una enfermerita en Dublín, supongo que pensé en alguien mucho más joven, más tontita, creo. Es

maravilloso encontrarme con una persona tan madura y sensible.

—Ah, ¿así es como usted me ve?

Comprendió el significado de cada una de aquellas palabras: «madura y sensible» quería decir «grandota, aburrida, ordinaria y vieja». Podía oír el suspiro de alivio, como el silbido de una serpiente, que Lillian Hennessy dejaba escapar de sus labios perfectamente pintados. Esa Winnie no era una amenaza. A su hijo mimado, a su Teddy, no podía gustarle una mujer tan poco atractiva como esa.

—Y es bueno que Teddy conozca gente correcta y formal con quien salir cuando está en Dublín. —Lillian siguió hablando en un tono no desprovisto de sentimentalismo—: Alguien que lo proteja de los peligros, de tener relaciones con gente inapropiada.

—Soy muy buena en eso, por cierto —dijo Winnie.

—¿Lo eres?

La mirada de Lillian resultaba dura.

Teddy pareció desconcertado.

—Bueno, tengo treinta y cuatro años y hasta ahora me he librado de las relaciones inapropiadas —respondió Winnie.

Lillian gritó alborozada.

—¡Eres maravillosa! Bueno, claro, Teddy tiene solo treinta y dos, así que debemos vigilarlo —dijo con retintín.

Lillian conocía a todos en el comedor y saludaba a cada uno con un movimiento de cabeza o con la mano. Y a veces incluso se permitió presentar a Winnie como «una vieja, muy vieja amiga nuestra de Dublín». Eligió el vino, se quejó porque los quesos Hennessy no estaban bien presentados en la bandeja y dio finalmente por terminada la velada hablando de su invitación a almorzar al día siguiente.

—He estado muy preocupada pues no sabía a quién invitar para comer contigo, pero ahora que te conozco me doy cuenta de que te sentirás muy cómoda con todos. Conocerás, pues, a un grupo de fósiles locales. Todos muy pueblerinos, me temo, en comparación con la gente de Dublín, pero estoy segura de que encontrarás algunas almas gemelas.

Luego esperó en el vestíbulo, dando golpecitos con la punta de su pie elegantemente calzado, a que Teddy hubiera acompañado a Winnie a la puerta del ascensor.

—Sabía que sería maravilloso —dijo.

Luego le dio un beso rápido en la mejilla y se marchó corriendo a llevar a su madre en coche a casa.

Winnie, ya en su habitación, lloró hasta que se le agotaron las lágrimas. Vio su cara con manchas reflejada en el espejo. Una cara vieja, inexpresiva; el rostro de una mujer ideal para unos viejos dinosaurios. Nadie perdería la cabeza por alguien así. ¿De dónde sacaba esas frases esta mujer?

Lloró por Teddy. ¿Qué clase de hombre era capaz de plantarla delante del

ascensor y correr tras esa madre emperifollada, posesiva y delirante? ¿O era una marioneta que no tenía la menor intención de mantener con ella una relación seria?

No acudiría mañana a ese horrendo almuerzo. Se disculparía, inventaría cualquier excusa y cogería el tren de vuelta a Dublín. Que se las arreglen. Los últimos meses había vivido en el limbo. A su edad, Winnie tendría que haber sido más lista.

Y hablando de edades, Lillian había mencionado que Teddy tenía treinta y dos, como si fuera un adolescente. Cumpliría treinta y tres dentro de quince días. Era catorce meses más joven que Winnie. Ella y Teddy se habían reído mucho de su diferencia de edad. Para ellos no tenía la menor importancia. ¿Cómo se las había ingeniado Lillian para cambiarlo todo y que ahora ella apareciera transformada en una especie de puma al acecho del pequeño e indefenso Teddy?

Bueno, no tenía importancia. No volvería a verlos, a ninguno de los dos.

Durmió mal, con un sueño agitado, y cuando se despertó le dolía la cabeza.

Gretta estaba junto a su cama con una bandeja de desayuno en las manos.

—¿Qué? No he pedido...

—Por Dios, Winnie, has cenado con Lillian. Es probable que necesites una transfusión de sangre o un tratamiento de choque, pero te he traído café, cruasanes y un Bloody Mary para que puedas ponerte en pie.

—Esa mujer me trae sin cuidado. Me marchó a Dublín en el próximo tren. Créeme, yo sé cuándo debo abandonar el escenario.

—Bebe primero el Bloody Mary. Anda, vamos, Winnie, bébetelo. Está lleno de cosas buenas como jugo de limón, apio y tabasco.

—Y vodka —añadió Winnie.

—A grandes males, grandes remedios. —Gretta le alcanzó la copa y Winnie se la bebió.

—¿Por qué me odia?

Ahora Winnie quería saber y hasta casi suplicaba.

—No te odia. Solo teme perder a su hijo. Saca las garras cada vez que aparece alguien que podría llevárselo. Se comporta así cuando siente pánico. Pero esta vez no se saldrá con la suya.

Mientras tomaban el café, Gretta le explicó que ese día había una boda en el hotel y que tendrían a mano a una peluquera. Podría subir a la habitación y peinarla deprisa; además, era una artista en cuestión de maquillaje.

—Es demasiado tarde para sesiones de maquillaje y peluquería —se lamentó Winnie—. Me vio tal como soy. No me puse ropa elegante a propósito para no deslumbrarla. ¿Deslumbrarla yo? ¿A ella? ¡Qué loca he sido!

—Tengo una blusa magnífica, voy a prestártela. Ella no la ha visto. Perfecta para un almuerzo... es de Missoni. Lo mejor de lo mejor, ya lo verás. La conseguí en una de esas tiendas de segunda mano. La impresionarás.

—No quiero impresionarla. No me interesa, ni ella ni su hijo.

—A ninguno de nosotros nos interesa ella; todos queremos a Teddy. Tú eres la

única que puede salvarlo. Anda, Winnie, una comida, nada más. Puedes hacerlo. Créeme, en el fondo Lillian es muy buena persona.

Y casi sin darse cuenta, Winnie se sorprendió metida en la ducha y, poco después, en manos de la peluquera, que le depiló las cejas y le puso colorete en las mejillas. Y sombra en los párpados para combinar con los hermosos colores lila y aguamarina de la blusa del diseñador italiano.

—Si vas a abandonar el escenario, hazlo peleando —le advirtió Gretta admirando los resultados.

—Vete, Gretta, tienes que ocuparte de la boda. Es tu fuente de ingresos. Tú vives de eso.

—Al diablo con la boda. Lo único que deseo es arrancar a Teddy de las garras de esa mujer. Mira, Winnie, ella es nuestra amiga, pero Teddy tiene derecho a vivir su vida, y tú lo conseguirás. No sé cómo, pero ya se te ocurrirá algo.

—No voy a darle un ultimátum. Es cosa de Teddy: o quiere estar conmigo o no quiere.

—Ay, Winnie, si la vida fuera tan sencilla... Se nota que no asistes a una boda cada semana, como hacemos nosotros durante todo el año; no sabes lo escabrosos que son los caminos que llevan al altar.

—Prefiero los caminos sin piedras, un sendero agradable por donde andar sola —dijo Winnie.

—Puedes hacerlo, Winnie. ¡A por ello! —suplicó Gretta.

Lillian había invitado a más de doce personas. El plato principal fue salmón fresco con patatas nuevas y guisantes con hierbabuena. Había apetitosas ensaladas de espárragos y aguacate, nueces y queso azul.

Winnie miró a su alrededor. La casa era muy agradable, confortable, con suelos de madera alfombrados, amplios sofás y sillones de cretona, y una mesa baja repleta de fotografías enmarcadas de familiares.

El invernadero, donde había una mesa con refrescos, daba a un jardín muy bien cuidado. Eran los dominios de Lillian.

Winnie estaba impresionada pero dispuesta a no hacer el menor comentario, ni alabanzas ni muestras de admiración ni nada parecido. Se concentró, en cambio, en los demás invitados. Muy a su pesar, descubrió que los amigos de Lillian le agradaban.

Estaba sentada junto al abogado local, quien le explicaba cómo Irlanda se había convertido en un país de continuos contenciosos, en el que la gente buscaba siempre obtener alguna compensación; se le daba de maravilla contar historias graciosísimas de algunos casos que conocía de oídas. Al otro lado estaban Hannah y Chester Kovac, gerentes y propietarios de un centro de salud en Rossmore; le hablaron de los problemas del servicio sanitario. Enfrente tenía a un caballero llamado Neddy, que

dirigía una residencia de ancianos, y su esposa Clare, la directora de la escuela; sus amigos, Judy y Sebastian, le contaron que habían comenzado con un pequeño quiosco de periódicos y revistas, pero que ahora eran dueños de una tienda muy grande en la avenida principal de Rossmore. Se había producido un gran alboroto con la construcción de la carretera de circunvalación, porque la gente creyó que el comercio del centro de la ciudad terminaría desapareciendo, pero al final todos hicieron grandes negocios vendiendo segundas residencias a los dublineses en la zona de los bosques de Whitethorn.

Parecían personas normales, muy cordiales, y daban la impresión de sentirse a gusto en compañía de Lillian Hennessy. Esa mujer tenía más cualidades de las que dejaba ver.

Se percató de que Lillian la miraba de vez en cuando con cara de estar pensando en algo. Como si se hubiera dado cuenta de que la amiga de su hijo había cambiado desde la noche anterior, y no solo su apariencia. Sin embargo, Winnie no reparó en que el abogado le llenaba constantemente la copa con un vino que, según sus palabras, era un Chablis excelente. Para cuando sirvieron las fresas, ya no podía pensar con la claridad que hubiera deseado.

Se descubrió observando el rostro de Teddy y pensando en lo bondadoso y afable que era. Admiraba su cortesía con los amigos de su madre y su empeño en que cada uno de los presentes pasara un momento agradable. Cada vez que la miraba, le sonreía, como si el sueño de su vida se hubiera hecho realidad y por fin ella hubiera llegado a su hogar.

Lillian era una excelente anfitriona. Winnie no podía menos que reconocerlo.

Conseguía que sus invitados no permanecieran solo en un sitio para que todos conversaran con todos. Winnie se dio cuenta de aquella danza sutil y, para evitar verse demasiado cerca de Lillian, optó por levantarse e ir al cuarto de baño.

Pero no se movió a tiempo.

—¡Qué divina la Missoni que llevas! —exclamó Lillian con admiración.

—Gracias —repuso Winnie.

—¿Puedo preguntarte dónde la has conseguido?

—Es un regalo.

Winnie concluyó así el interrogatorio.

—Espero que no te hayas aburrido. Estoy segura de que piensas que es una reunión de auténticos paletos.

Lillian, con su chaqueta y su vestido de lino color crema, parecía haberse vestido para asistir a una boda de la alta sociedad.

—Me encanta, Lillian. Son unos amigos maravillosos.

—Seguro que tienes un montón de buenos amigos en Dublín.

—Pues sí, ya lo creo. Como a ti, a mí también me gusta la gente, y supongo que tengo muchos amigos.

Winnie oyó que su voz sonaba metálica y lejana. Probablemente estaba un poco

borracha. Debía tener cuidado.

Le pareció que Lillian entrecerraba los ojos, pero su penetrante mirada seguía allí. Entonces, impresionada, le pareció que era posible que Lillian la odiara. Una fuerte impresión. Se trataba de una cuestión de territorios. Winnie no se apropiaría del niño mimado. Su madre pelearía por él. Y ella estaba demasiado cansada como para hacerle frente. La noche de lágrimas, los agotadores preparativos de la mañana, el Bloody Mary del desayuno y todo ese vino que no tenía costumbre de beber a la hora del almuerzo le habían pasado factura. ¿Para qué lidiar una batalla que nunca podría ganar?

Entonces vio a Teddy que le sonreía orgulloso desde el otro extremo de la mesa. La amaba. No pensaba que ella fuera vieja y aburrida. Era un tipo demasiado bueno como para renunciar sin luchar.

—Tu casa es muy elegante, Lillian. Teddy ha tenido la suerte de criarse en un lugar precioso.

—Gracias.

La mirada de Lillian era tan dura como la de la noche anterior. Ya ni se molestaba en ocultar su hostilidad.

—Ahora comprendo por qué no necesitas vacaciones. Aquí tienes todo.

Winnie esperaba que la sonrisa no se le hubiera borrado de la cara.

—Sí, pero también me gusta mucho viajar y ver cosas, visitar lugares. ¿Y a ti, Winnie? Quiero decir, ¿cuáles son tus planes para las vacaciones de este año?

Teddy se había acercado a ellas. Les sonreía. Las cosas estaban saliendo mejor de lo que podía haber soñado. De repente, Winnie se oyó describiendo Stone House a la madre y al hijo.

Lillian mostraba interés.

—Tiene buena pinta, de verdad; una suerte de retiro. ¿Y con quién piensas ir? Estoy segura de que encontrarás a alguien, si está tan bien como dices. Es la clase de lugar adonde me gustaría ir, y me parece a mí que está pensado para una clientela sofisticada. ¿Conoces a alguien a quien le gustaría acompañarte? ¿Alguna enfermera amiga tuya? ¿O son todas adoradoras del sol?

No aflojaba.

—Muchas lo son, pero no todas quieren tostarse cuando aquí empieza el frío. —Winnie trastabilló—. Yo, cuando el lugar es hermoso, prefiero el viento y la lluvia; sobre todo cuando existe la posibilidad de darse un baño caliente y comer una buena cena al final del día. Estoy segura de que muchos coincidirán con mis gustos.

—Seguro que encontrarás a alguien —dijo Lillian en tono condescendiente.

—Estaba pensando en Teddy... —añadió Winnie, animada por la bebida y valiente como una leona.

—¡Teddy!

Lillian parecía tan alarmada como si acabara de escuchar el nombre de un criminal de guerra internacional.

—¡Qué estupenda idea! —exclamó Teddy, complacido—. Esa parte del país sigue bastante preservada, y en invierno debe de ser mucho mejor que en verano, que estará a reventar. ¿Crees que podríamos conseguir una reserva?

—No habrá problema —repuso Winnie.

Teddy parecía tan feliz como si ese fuera el día de su cumpleaños.

—¿Por qué no vamos todos? —preguntó—. Suena tan maravilloso, y ahora que os conocéis, ¿no sería fantástico que fuéramos los tres?

Miraba a su madre y a su chica encantado por la manera en que habían sucedido las cosas.

¿Cómo era posible que no se hubiera percatado del frío silencio con que había sido recibida su propuesta? Parecía que estuviese en la luna.

—Me gustaría muchísimo, más que nada en el mundo —agregó mirando nuevamente a las dos mujeres.

Lillian fue la primera que atinó a hablar.

—Por supuesto, aunque, como bien has dicho, en realidad no es tan fácil encontrar habitaciones... —empezó a decir.

Ahora dependía de Winnie. No daba con una respuesta inteligente. Lo único que acertó a decir fue la verdad:

—Ya he hecho una reserva, no en firme, claro.

Winnie clavó la vista en el suelo.

—Pues ¡fantástico! —Teddy exultaba de alegría—. Ya está resuelto. ¿Cuándo?

Winnie, titubeando, dio una fecha. No podía creer lo que estaba sucediendo. No podía ser que él quisiera llevar a su madre de vacaciones con ellos. Si algún día se casaban, ¿la invitaría también a la luna de miel? Dios mío, haz que no pueda venir.

Vio que el rostro de Teddy se había nublado.

—¡Oh, no! ¡Es justamente la semana de la conferencia de los queseros! Es la única semana del año que no puedo.

Winnie dio las gracias a Dios de todo corazón y le prometió que en adelante se acordaría más a menudo de Él.

—Vaya, qué tonta he sido al reservar sin consultarte, pero era un plan que se me había ocurrido sin más, nada concreto. Los llamaré y les diré algo... —Winnie sonaba compungida y esperaba que el alivio que sentía no se notara.

—Puede que haga mucho frío, y que sea muy húmedo —intervino Lillian de inmediato.

Pero Teddy no quería saber nada.

—Deberíais ir las dos juntas.

Lillian tosió, pero daba la impresión de pensarlo.

—No, cariño, esperaremos a ir en otro momento.

—Sería como *Hamlet* sin el Príncipe —apuntó Winnie con una sonrisa, tan forzada que temió verse como una calavera.

—Habrá otros fines de semana, otros lugares —insistió Lillian.

—Ir sin ti, ni pensarlo. —Winnie casi estaba haciendo jirones la servilleta de finísimo lino del juego de mesa.

—Pero ¿qué podría complacerme más que pensar en vosotras dos pasando juntas unas vacaciones? Y aprovecharlas para conoceros mejor. Las dos personas que amo.

Lo decía con toda sinceridad. Las dos mujeres estaban acorraladas.

—Bueno, claro que nos conoceremos cada día mejor, Teddy, es solo que no está bien que tú te pierdas unas vacaciones —empezó a decir Lillian.

—Tu madre puede venir a Dublín; yo la acompañaría durante el día mientras tú estás fuera. —Winnie detectó como un gemido en su propia voz.

—Ese lugar me parece muy apropiado para vosotras, y la reserva está hecha. Debéis ir —señaló él.

—Puede que no sea un lugar para personas de nuestra edad. Podríamos encontrarnos con una casa llena de gente joven —dijo Lillian aferrándose a un clavo ardiendo, pero añadió—: También es verdad que no es un lugar como para que vayan los jóvenes.

—Sí, podríamos sentirnos fuera de lugar. —Winnie asintió con tal energía que tuvo miedo de que su pobre cabeza confundida y cansada se le cayera.

Pero no eran más que los estertores de un pez moribundo. Se miraron entre ellas. Ambas sabían que negarse significaría perderlo. Y ninguna de las dos iba a dar ese paso. Iniciaron la retirada.

Lillian fue la primera en ceder.

—Si es lo que realmente quieres... Sí, en definitiva, tiene muchas ventajas. Desde luego que me alegraría muchísimo ir contigo, Winnie.

—¿Qué?

Winnie sintió como si le hubieran pegado un tiro.

—Teddy tiene razón. Necesitamos conocernos mejor. Yo podría acompañarte. Y, ¿sabes? creo que voy a disfrutarlo.

Winnie sintió que la habitación se movía y se inclinaba hacia un costado.

Debía decir algo, ahora mismo, o parecería que había aceptado irse una semana de vacaciones con esta mujer odiosa. Pero tenía la garganta seca y no le salía la voz. Tuvo la sensación de que decía que sí con la cabeza. Era evidente que estaba con el agua al cuello, pero no podía evitarlo. Se dio cuenta de que si no hablaba acabaría yendo al oeste con Lillian Hennessy.

Tenía su pequeño rostro maligno muy cerca del suyo. Estaba planeando esa semana en el oeste como la mejor manera de destruir lo que pudiera haber entre los dos.

Winnie se enderezó.

Se dijo para sus adentros: «De acuerdo, vayamos, veremos quién gana», pero, en voz alta, sus palabras fueron:

—Es una idea genial, Lillian. Estoy segura de que lo pasaremos en grande. Confirmaré la reserva.

Llegó el momento de que el almuerzo acabara y de que Teddy llevara a Winnie en su coche a la estación.

—Estaremos en contacto —le dijo Lillian desde la puerta.

—¿Qué te dije? —preguntó Teddy—. Sabía que vosotras os entenderíais de maravilla.

—Sí, ha sido muy amable, muy cordial.

—Y os marcháis juntas de vacaciones, ¿no es mágico?

—Sí, ha dicho que le gustaba la idea de ir a ese lugar, en Stoneybridge.

—¿Sabes? mamá no sale de vacaciones con nadie. Es muy selectiva. Estoy seguro de que le caíste muy bien.

—Genial, ¿no? —dijo Winnie.

Se sentía sin fuerzas, derrotada, y como si empezara a tener resaca. Le sirvió como advertencia para ser prudente con el vino en las comidas el resto de su vida. Una advertencia que había llegado demasiado tarde.

Winnie miraba por la ventanilla mientras el tren cruzaba a toda velocidad la campiña irlandesa. ¿Qué clase de gente trabajaba arreando ganado por esos campos verdes o sembrando en esa tierra dura? Personas que nunca bebían demasiado vino a la hora del almuerzo o a ninguna hora. Que no habrían aceptado pasar una semana de vacaciones con la mujer más detestable de Irlanda. Trató de dormirse, pero justo cuando el movimiento del tren empezaba a arrullarla y sumirla en una suerte de reposo recibió un mensaje de texto en su móvil.

Era de Teddy.

Te echo mucho de menos. Eras tú la que iluminabas el almuerzo. Estaban todos locos por ti. Como lo estoy yo. Pero nunca sabrás lo maravillosa que has sido con mi madre. No ha hablado de otra cosa que de sus vacaciones contigo. Eres brillante. Te amo.

No se alegró. Se sintió todavía peor que antes. Era una mujer adulta, no una colegiala. Lo había arruinado todo. Dentro de diez semanas se marcharía a Stone House con Lillian Hennessy. Era como la fiesta del té del Sombrero Loco. Como uno de esos sueños terribles, a la vez tontos y aterradores.

Sus amigos la notaron cambiada. Cuando le preguntaron por su visita a Rossmore, se limitó a encogerse de hombros. No se animaron a preguntarle si seguía viendo a Teddy. Aunque a las sugerencias de pasar las vacaciones con ellos, Winnie respondía

que no.

Fiona y Declan le habían suplicado que los acompañara unos días en la casa que habían alquilado en Wexford para las vacaciones. Habría sitio de sobra y estarían encantados de recibirla. Pero Winnie ni siquiera lo consideró. Tampoco aceptó la propuesta de un viaje en bus turístico a Italia con Barbara y David. Y las fotografías que Ania había tomado del barco que iban a alquilar para navegar por el río Shannon no despertaron en ella el menor interés.

—Tienes que tomarte unas vacaciones —insistía Fiona, bastante preocupada.

—Sí, sí, me las tomaré. Me voy al oeste, a pasar una semana de invierno. Será estupendo.

Lo dijo como si estuviera explicando que el dentista iba a matarle un nervio.

—¿Irás con Teddy? —le preguntó Barbara, que a veces era muy directa.

—¿Teddy? No, coincide con la semana de reunión de los queseros, a la que va cada año.

—¿Y no podías haber elegido otra? —preguntó Fiona.

Winnie simuló no haberla escuchado.

Teddy seguía viniendo a Dublín y dormía en el pequeño apartamento de Winnie una o dos veces por semana. Estaba alegre y feliz, como siempre, y al parecer daba por sentado que el plan de las vacaciones era la consecuencia natural de la amistad instantánea surgida entre las dos mujeres. Siempre había pensado que en algún momento acabaría ocurriendo, pero no podía creer que hubiera sido tan espectacular. Desde luego que era un tipo entrañable, además de ser el amigo, amante y compañero perfecto. Ya estaba hablando de la boda.

—Bueno, bueno, ¡para eso falta mucho! —bromeaba Winnie.

—Lo tengo todo pensado. En cualquier caso, necesitamos una oficina en Dublín, y podríamos vivir la mitad del año en Rossmore y la otra aquí.

—No hay prisa, Teddy.

—Sí que la hay. Me encantaría que nos casáramos en Rossmore, con gran pompa, y presumir de ti.

Winnie no dijo nada.

—O si prefieres, podríamos casarnos aquí, en Dublín, con todos tus amigos, desde luego. Es tu día. Y tú eliges, Winnie.

—¿No crees que estamos bien así?

Winnie sabía que dejaría de haber futuro para ellos en cuanto su madre y ella regresaran de esas desventuradas vacaciones en Stone House.

Las dos mujeres intercambiaron varias cartas, mensajes de texto y llamadas telefónicas. Winnie tenía que contenerse y recurrir a toda su habilidad para no gritarle por teléfono que todo había sido una terrible equivocación.

Llegó el momento y Teddy se marchó a su reunión con los queseros. A la mañana

siguiente, Winnie salía de Dublín en coche y se dirigía al oeste, mientras Lillian Hennessy cogía la dirección noroeste desde Rossmore.

Se encontraron directamente en Stone House. Llegaron, por casualidad, al mismo tiempo y aparcaron sus coches. El de Winnie era una cafetera vieja y bastante estropeada que le había comprado a uno de los camilleros del hospital donde trabajaba. Lillian conducía un flamante Mercedes Benz nuevo.

El equipaje de Winnie consistía en un gran bolso de lona que cargó ella misma. Lillian traía dos maletas de la misma marca y color, que dejó junto a su coche.

La señora Starr las esperaba en el portal. Era una mujer baja, posiblemente de unos cuarenta y cinco años. Tenía el pelo corto y rizado, una gran sonrisa y acento ligeramente norteamericano. Las recibió con amabilidad. Se apresuró a coger las maletas de Lillian y luego condujo a las dos mujeres a una cocina amplia y muy acogedora. Sobre la mesa había *scones* calientes, mantequilla y mermelada. En un extremo ardía un hogar de leña y en el otro había una estufa de gasóleo. Tal como aparecía en la fotografía del folleto.

Las hizo pasar y las invitó a tomar asiento.

—Son ustedes mis primeras huéspedes —dijo la señora Starr—. Los demás llegarán dentro de una hora, aproximadamente. ¿Les apetece un té, un café?

En un abrir y cerrar de ojos, la señora Starr había descubierto mucho más sobre Lillian y Winnie de lo que cualquiera de las dos podía saber de la otra. Lillian contó que su esposo había fallecido en un accidente cuando su hijo era muy pequeño y lo terrible que había sido para ella tener que darle la noticia. Winnie explicó que su padre estaba casado con una mujer muy simpática que fabricaba joyas, y que todos sus hermanos y hermanas vivían en el extranjero.

Si la señora Starr pensó que era poco probable que aquellas dos mujeres, que venían a pasar juntas una semana de vacaciones, fueran amigas, no dejó que se notara.

Winnie había insistido en que Lillian se quedara con la habitación con vistas al mar. Era un cuarto muy silencioso y cálido, con una gran ventana mirador. Decorada en distintos tonos de verde, no disponía de televisor, pero tenía un cuarto para la ducha. Había sido remodelada con muy buen gusto. La habitación de Winnie era similar, pero más pequeña, y daba al aparcamiento del hotel.

Winnie se dio cuenta de que estaba muy cansada. El viaje había sido largo, el tiempo lluvioso y las carreteras, a medida que se aproximaba a Stoneybridge, estrechas y sinuosas. Se tumbaría un rato a descansar. En el cuarto había una cama de matrimonio y otra más pequeña. Si hubieran sido tan amigas como Lillian hacía ver, habrían podido compartir esa habitación. Y se habrían hecho un té con el pequeño hervidor eléctrico y habrían degustado el tarro de galletas colocado en la bandeja, y después habrían mirado juntas los libros, mapas y folletos dispuestos sobre el tocador.

Pero Winnie estaba lejos de preocuparse por lo que pensarán los demás. La señora Starr era una hotelera, la patrona y una mujer de negocios. Tenía poco tiempo para

hacer conjeturas sobre la extraña pareja que acababa de llegar, sus primeros clientes.

Winnie sintió que el sueño se apoderaba de ella. Oyó el murmullo de las conversaciones en la planta baja a medida que llegaban los huéspedes. De alguna manera, eso la tranquilizaba. Parecía un lugar seguro, como antaño lo había sido su hogar. Muchísimos años atrás, cuando la madre de Winnie vivía, la casa estaba llena de hermanos y hermanas que entraban y salían.

La señora Starr había dicho que sonaría el gong de las Sheedy veinte minutos antes de la cena. Al parecer, las tres hermanas Sheedy, que habían vivido en esa casa durante muchos años, eran pobres pero muy refinadas y lo hacían sonar cada noche. La cena de esas damas solía consistir en sardinas o alubias en salsa de tomate sobre una tostada, pero aun así la anunciaban con el gong para que se oyera en toda la casa. Era lo que a su mamá y a su papá les hubiera gustado.

Winnie se despertó con el delicado sonido del gong. ¡Dios! Ahora tenía que hacer el esfuerzo de soportar una cena con Lillian, quien trataría a todos dándose aires de superioridad, y todavía quedaban seis noches más en este sitio agreste y alejado de todo. Debía de estar loca para permitir que las cosas llegaran tan lejos. Era la única explicación.

Antes de salir de su habitación recibió un mensaje de texto.

Que lo pases muy bien esta noche. Ojalá pudiera estar con vosotras y no aquí. Antes estas reuniones me divertían, pero ahora me siento solo y os echo de menos. Cuéntame cómo es el hotel. Te quiero mucho. Teddy.

Todos los huéspedes se encontraban reunidos en la cocina. La señora Starr les había pedido que se presentaran unos a otros puesto que ella debía concentrarse en preparar la comida. Tenía una sobrina, una joven llamada Orla, que la ayudaría a servir.

Winnie vio que Lillian estaba magníficamente vestida y fascinante, como era de esperar. Le estaba explicando a un joven sueco que Winnie y ella eran tan, pero tan amigas que, como hacía tiempo que no se veían, estaban deseosas de caminar kilómetros juntas para ponerse al día.

Luego se puso a conversar con una maestra jubilada llamada Nell. Este viaje era un regalo del personal de su colegio. Habían pensado que le gustaría. Nell no estaba muy segura. Lillian bajó la voz y dijo que también ella había dudado al principio, pero que su vieja, «vieja» amiga Winnie había insistido para que viniera. Hasta el momento, tenía que admitir Lillian, todo parecía muy agradable.

Winnie conversaba con Henry y Nicola, un médico y su esposa que venían de Inglaterra. Se habían puesto a buscar un lugar tranquilo en el que pasar unos días y habían descubierto este sitio por internet. Winnie pensó que probablemente venían de sufrir una desgracia. Parecían estar algo pálidos y un poco alterados, pero tal vez se lo estaba imaginando. Había otra pareja algo descontenta y no hablaba mucho. Y otros

que ya estaban sentados a la mesa y que Winnie conocería más tarde.

El entrante consistió en trucha ahumada con salsa de rábano picante y pan irlandés integral casero, y después comieron un cordero asado trinchado por las manos expertas de la señora Starr. Había también platos vegetarianos y un enorme pastel de manzana. El vino se había servido en unas jarras de cristal tallado. Las hermanas Sheedy solían servir sus zumos de naranja exprimida y sus limonadas en esas mismas jarras. Eran piezas antiguas muy hermosas y uno tenía la impresión de que siempre habían estado en aquella casa.

Winnie no pudo sino admirar la forma en que todo transcurría. Los huéspedes conversaban distendidamente entre sí. La señora Starr había acertado en no hacer las presentaciones. Habían retirado la mesa sin que ninguno lo notara. A continuación, la joven Orla había llenado un enorme lavavajillas y se había marchado a su casa. Luego la señora Starr se reunió con ellos para tomar el café.

Les explicó que el desayuno consistiría en un bufet, pero los que prefirieran una comida caliente debían bajar a las nueve. Habría viandas preparadas para todos, en caso de que las necesitaran, y también les daría una lista de los *pubs* de la zona donde podrían comer algo. Afuera había bicicletas, por si alguno deseaba usarlas, y también prismáticos, paraguas y una selección de botas Wellington. Les habló de los senderos por donde podrían andar y los lugares que valía la pena visitar. Había calas muy bonitas ideales para explorar si hacía buen tiempo. También podían subir a los acantilados, aunque debían tener cuidado con los senderos que bajaban al mar. Había cuevas dignas de ser visitadas, pero antes debían informarse del estado de las mareas. La cueva de Majella era muy interesante. Les contó que en su época había sido un sitio muy frecuentado por los amantes en verano. Pero como la marea la cubría rápidamente, el chico y la chica que se aventuraran a entrar debían permanecer encerrados allí durante horas hasta que las aguas se retiraban y les devolvían su libertad...

Después de cenar, Winnie envió a Teddy un mensaje de texto diciéndole que el hotel era un lugar encantador, muy diferente, que la acogida había sido espléndida y que se sentían muy a gusto. Añadió que también ella lo quería mucho. Pero se preguntaba si sería cierto.

A lo mejor estaba viviendo en el país de Nunca Jamás. Actuando, interpretando el papel que le habían asignado, acaso para siempre, de la vieja, «vieja» amiga de su futura suegra. Se durmió profundamente y no se despertó hasta que oyó que llamaban a su puerta.

Era Lillian, ya vestida, maquillada y lista para salir.

—He pensado que no querrías perderte el desayuno caliente —dijo—. A nuestra edad necesitamos empezar el día comiendo bien.

Winnie sintió que la rabia se apoderaba de ella. ¿En serio creía Lillian que tenían la misma edad?

—Bajaré en diez minutos —contestó frotándose los ojos.

—Pero, querida, no tienes vista al mar —comentó Lillian.

—Tengo bonitas montañas; adoro las montañas —dijo Winnie apretando los dientes.

—Perfecto. Lo bueno de ti, Winnie, es que es muy fácil complacerte. Nos vemos abajo, pues.

Mientras se duchaba, Winnie pensó que la semana sería interminable y que no podía culpar de ello a nadie más que a sí misma.

El joven sueco se había marchado con Freda, una mujer menuda y entusiasta. Henry, el médico inglés, y su esposa estaban pidiendo caballa a la parrilla. Otros huéspedes estudiaban el mapa que les había proporcionado la señora Starr y comentaban entusiasmados los sitios que visitarían. Había entre ellos un norteamericano llamado John que sufría por el desfase horario y a quien se veía muy cansado.

Era un día radiante, no hacían falta paraguas ni botas Wellington. Las viandas, para quienes las habían solicitado, ya estaban preparadas y envueltas en papel de parafina. Otros se habían hecho con la lista de *pubs*.

A las diez de la mañana todos los clientes se habían marchado de Stone House y la señora Starr y Orla, su sobrina, se disponían a hacer las habitaciones. Se había establecido una rutina. Como si el hotel funcionara desde hacía años en lugar de estar haciéndolo todo por primera vez.

Winnie y Lillian habían optado por el paseo de los acantilados. Algo más de seis kilómetros de paisajes espectaculares y, al final del recorrido, la llegada a West Harbour. Una vez allí irían al bar Brady's. Y, después de almorzar, cogerían el autobús que salía a Stoneybridge cada hora.

Winnie miró atrás añorando Stone House.

Qué bueno sería regresar y sentarse con la señora Starr a beber más té con pan irlandés y charlar sobre las cosas del mundo. Pero no era posible, le esperaban horas de escuchar las burlas y las frasecitas insidiosas de Lillian Hennessy. Sin embargo, cuando llegaron al Brady's, Winnie sentía los músculos de sus hombros más relajados. El paisaje, tal como les habían prometido, era magnífico. Por fortuna Lillian casi no había abierto la boca durante el paseo.

Pero ahora volvía a ser tan pedante y presuntuosa como de costumbre.

—Ha sido un paseo agradable, y nada peligroso, por cierto —declaró.

—Un paisaje hermoso. Podría contemplar este cielo toda la vida —dijo Winnie.

—Claro, pero mañana deberíamos ir en sentido contrario, coger el camino hacia el sur. Hay mucho más que ver, según ha dicho la señora Starr. Pequeñas ensenadas, calas; podríamos visitar las cuevas.

—El camino parece más difícil. Preguntemos si alguno de los otros huéspedes ya lo ha hecho. —Winnie se mostró prudente.

—¡Son todos como ovejas! No saldrán a correr aventuras. Pero es a lo que

nosotras hemos venido, ¿no, Winnie? Una última demostración de nuestra fuerza para luchar contra los elementos antes de instalarnos en la edad madura.

—Tú no vas a instalarte en ninguna parte —dijo Winnie.

—No, pero veo en ti signos peligrosos de estar convirtiéndote en una mujer bastante madura. ¿Dónde está tu ánimo, Winnie? Mañana nos llevaremos la comida del hotel y andaremos hacia el sur de Stoneybridge.

Winnie sonrió como si estuviera de acuerdo. No pensaba ponerse en peligro por más que Lillian la azuzara. Pero ya vería qué hacer mañana por la mañana. Mientras tanto se mostraría encantadora, agradable y serena. El premio era Teddy.

Por favor, Dios mío querido, haz que él merezca la pena.

Regresaron a Stone House en el autobús igual que los demás, que volvían de sus excursiones. Un gran leño ardía en la chimenea. Todos estaban bebiendo té y comiendo *scones*. Como si llevaran esa vida desde siempre.

Durante la cena, Winnie se sentó enfrente de Freda, una auxiliar bibliotecaria. Winnie le dijo que era enfermera.

—¿Y estás establecida? —preguntó Freda.

—No, trabajo por agencia; un hospital diferente cada día.

—Me refería a si tienes novio.

Lillian estaba escuchando.

—A nuestra edad estamos todas un poco viejas para seguir pensando en el príncipe azul —terció Lillian con retintín.

—No sé... —Freda se quedó pensativa—. Yo no.

—Es un poco rara esa mujer —comentó Lillian más tarde, en voz baja.

—A mí me ha parecido divertida —repuso Winnie.

—Como he dicho antes, Winnie, no eres nada exigente. ¡Es increíble lo poco que le pides a la vida!

Los labios de Winnie esbozaron una sonrisa.

—Así es. —Sonreía como una tonta—. Como tú dices, fácil de complacer.

Los demás hablaban del tiempo previsto para la mañana siguiente. Se anunciaban tormentas del sur, dijo la señora Starr; había que ser muy precavidos. El mar cubría de prisa las ensenadas y las calas; incluso los lugareños se habían dejado engañar alguna vez por la fuerza de los vientos y las mareas. Winnie suspiró aliviada. El estúpido plan de Lillian de jugar a las exploradoras tendría que cancelarse.

Pero a la mañana siguiente, después de coger la comida preparada, Lillian se dirigió directamente hacia donde les habían recomendado que no fueran. Winnie se detuvo un instante. Podía negarse. Pero tal vez Lillian tuviera razón y la señora Starr hubiera exagerado con tantas advertencias solo para cubrirse las espaldas.

Winnie estaba en condiciones de hacerlo. Tenía treinta y cuatro años, santo Dios. Lillian, como mínimo, cincuenta y tres. Ya había tolerado bastante, invertido

demasiado tiempo y paciencia, no iba a abandonar justo ahora.

Al principio resultó muy emocionante. La espuma era salada y las rocas enormes, oscuras y amenazadoras. Los chillidos de las aves y los embates del mar impedían cualquier conversación. Avanzaban, deteniéndose de vez en cuando a contemplar el Atlántico y darse cuenta de que al otro lado, a más de cuatro mil kilómetros de distancia, había otro país, Estados Unidos.

No tardaron en encontrar la entrada de la cueva de Majella, de la que les había hablado la señora Starr. Parecía un sitio resguardado y no entraba tanto viento. Se sentaron sobre un saliente de piedra para sacar el pan, el queso y el termo de sopa que les habían preparado. Les ardían los ojos, tenían las mejillas rojas por el azote del viento y el aire de mar. Ambas se sentían en forma, llenas de vida y con mucha hambre.

—Estoy contenta de haber venido, aunque nos haya costado un poco —dijo Winnie—, realmente vale la pena.

—Lo cierto es que tú no querías —replicó Lillian con suficiencia—. Pensaste que soy una temeraria.

—Bueno, si lo pensé, estaba equivocada. Está bien ser exigente con una misma.

Mientras decía esto, Winnie notó una gran salpicadura de agua en la cara: una ola había entrado hasta el fondo de la cueva. Pero lo extraño era que no se retiraba nuevamente hacia el mar como ellas pensaron que sería lógico. En cambio, entraron más olas, que les mojaron los pies. Las dos mujeres se apartaron retrocediendo de prisa. Pero las olas frías y oscuras seguían entrando sucesivamente, sin dar tiempo a que se retirasen las primeras. Mudadas, treparon a un saliente algo más alto. Ahí, por encima del nivel del agua, estarían a salvo.

Las olas seguían entrando y, al trepar a otra roca más elevada, Lillian golpeó con el pie los dos bolsos de lona en los que llevaban la merienda, los móviles y los calcetines de lana secos. Se quedaron mirando cómo las olas los arrastraban al mar.

—¿Cuánto tarda en cambiar la marea? —preguntó Lillian.

—Seis horas, creo —respondió Winnie secamente.

—Entonces vendrán a buscarnos —dijo Lillian.

—No saben dónde estamos —replicó Winnie.

Dejaron de hablar. Solo el sonido del viento y las olas llenaba la cueva de Majella.

—Me pregunto quién sería Majella —dijo Winnie al cabo de un buen rato.

—Hubo un san Gerardo Majella —repuso Lillian sin mucha convicción.

Era la primera vez que decía algo sin afirmarlo como una verdad absoluta.

—Es posible que se trate de él —admitió Winnie—. Quienquiera que haya sido, esperemos que se haya destacado por sacar a la gente del atolladero.

—Tú aceptaste venir. Dijiste que estabas contenta de haberlo hecho.

—Lo estaba. Hace un rato.

—¿Rezas? —preguntó Lillian.

—No, no mucho. ¿Y tú?

—Antes rezaba. Ahora no.

No tenían mucho más que decirse; se sentaron en silencio oyendo el estruendo de las olas y el bramido del viento huracanado. En la pared de la roca quedaba aún otro saliente, mucho más arriba, adonde tendrían que trepar si las cosas se ponían peor.

Tenían frío y estaban empapadas y asustadas.

Y ninguna de las dos podía ayudar a la otra.

Winnie se preguntaba si morirían allí. Pensó en Teddy y en cómo haría la señora Starr para darle la noticia. Nunca sabría que había vivido sus últimas horas con un sentimiento de frío odio por su madre y un gran arrepentimiento por haberse dejado enredar en ese estúpido juego de simulación que solo podía acabar mal. Pero, para ser sincera, ¿cómo podía estar segura de que acabaría tan mal?

No podía ver el rostro de Lillian, pero advirtió que le temblaban los hombros y le castañeteaban los dientes. Debía de estar asustada ella también. Y todo por su maldita culpa. Sin embargo, qué importaba de quién fuera la culpa; ahora las dos estaban en la misma situación.

Al cabo de una eternidad, dijo:

—En realidad no importa demasiado, pero ¿por qué estamos aquí las dos juntas? En Stoneybridge, quiero decir. Me odiaste en cuanto me viste. Las dos amamos a Teddy, eso debería unirnos, ¿no?

Era la primera vez que mencionaba el amor por Teddy. Ahí, en la cueva de Majella, enfrentadas a la posibilidad de morir ahogadas o por hipotermia. Hasta ese momento Winnie no había sido otra cosa para Lillian que una vieja imbécil menopáusica que vigilaba a Teddy por las dos.

—Amo a Teddy —dijo Winnie con voz clara y fuerte—. Y él te quiere. Por eso he tratado de conocerte y he procurado agradarte. Eso es todo.

—Pero no ha servido de nada, ¿verdad? —dijo Lillian con gravedad—. Estamos aquí por accidente. Yo no quería estar aquí contigo, como tampoco tú querías estar conmigo. Pero descubriste este lugar, Stone House, y aceptaste venir conmigo aquí hoy. Y ahora, míranos.

Hubo un largo silencio.

—Di algo, pregunta algo —suplicó Lillian.

—¿Cuántos años tienes, Lillian?

—Cincuenta y cinco.

—Pareces mucho más joven.

—Gracias.

—¿Por qué finges que tú y yo tenemos la misma edad? Tenías veintiuno cuando

yo nací.

—Porque quería que te alejaras, que dejaras a Teddy en paz, conmigo.

Otro silencio.

Winnie, por fin, dijo:

—Bueno, al final ninguna de las dos se quedará con él.

—¿Crees que saldremos de aquí?

Su voz había envejecido. Ya no era la Lillian de las Certezas.

Cierta compasión comenzó a filtrarse a través del inconsciente de Winnie. Trató de reprimirla, pero ahí estaba.

—Dicen que hay que ser positivos y mantenerse en actividad —dijo y empezó a moverse.

—¿En actividad? ¿Aquí? ¿Cómo podemos ser positivas en una situación como esta?

—Lo sé. No podemos movernos. Podríamos cantar, supongo.

—¿Cantar? ¿Te has vuelto loca, Winnie?

—Tú me has preguntado.

—De acuerdo, empieza tú.

Winnie pensó en algo. La canción favorita de su madre había sido «Carrickfergus».

*Ojalá te tuviera en Carrickfergus
a tres millas de Ballygrand.
Cruzaría a nado el hondo océano
pensando en los días en Ballygrand.*

Se detuvo. Ante su asombro, Lillian prosiguió:

*Son aguas profundas y nadar no puedo,
tampoco tengo alas para volar.
Ojalá encontrara un barquero
que a mi amor y a mí nos pudiera llevar.*

Dejaron de pensar en la letra de la canción que acababan de cantar.

—No se me podía haber ocurrido una canción más inoportuna —se disculpó Winnie.

Y, por primera vez, oyó reír a Lillian con una risa sincera. No sonó con retintín, o desprecio o burla. Le había parecido gracioso de veras.

—Podrías haber elegido «Cool Clear Water», supongo —dijo.

—Te toca a ti —le dijo Winnie.

Lillian cantó «The Way You Look Tonight». Le contó que el padre de Teddy se la había cantado la noche antes de que la cosechadora lo matara.

Winnie cantó «Only The Lonely». Había encontrado el disco poco después de que su padre se casara con esa mujer extraña y reservada, su madrastra, que fabricaba joyas. A continuación, Lillian cantó «True Love» y confesó que siempre había querido conocer a otro hombre después de la muerte del padre de Teddy, pero no pudo. Había trabajado horas y horas, haciendo un esfuerzo considerable por conseguir que ella y su hijo fueran personas respetables e importantes en Rossmore. No había tenido tiempo para el amor.

Entonces Winnie cantó «St. Louis Blues». En una ocasión había ganado un concurso de jóvenes talentos con esa canción. La cantó en un *pub* y la premiaron con una pierna de cordero.

—¿No estaremos desperdiciando nuestras voces? lo digo en caso de que debamos pedir ayuda a gritos —preguntó Lillian, como si realmente quisiera escuchar lo que Winnie diría.

—No creo que nadie pudiera oírnos. Nuestra única esperanza es ser positivas —explicó Winnie—. ¿Conoces alguna de los Beatles?

Cantaron «Hey Jude».

Lillian recordó que su madre decía que los Beatles eran unos depravados porque llevaban el pelo largo. Winnie contó que su madrastra no sabía quiénes eran y que su padre solo tenía una vaga idea de quiénes podían ser. Era muy difícil mantener con ellos una conversación de verdad sobre algo.

—¿Saben que estás aquí? —preguntó Lillian.

—El problema es que nadie sabe que estamos aquí —suspiró Winnie.

—No. Quiero decir en el oeste de Irlanda. ¿Les has hablado de Teddy?

—No. No conocen a ninguno de mis amigos.

—Tal vez debieras llevarlo a que los conozca. Me dijo que todavía no había conocido a tus padres.

—Bueno, ya sabes...

Winnie se encogió de hombros, como restando importancia al asunto.

—Él te trajo a mi casa, para que me conocieras.

—Sí, ¿verdad?

El recuerdo de aquel encuentro no le resultaba agradable, y Winnie maldijo lo tonta que había sido al tratar de competir con esa endemoniada suegra, perdiendo tiempo en discutir con ella y simulando que eran amigas, todo por conseguir a su hijo. Y habían acabado así, en esa cueva, donde, en el peor de los casos, morirían ahogadas de una muerte lenta o, en el mejor, de fiebre reumática.

—Yo no estaba muy contenta que digamos al principio —admitió Lillian tras una pausa—. Tú tampoco, pero fuiste tú quien propuso estas vacaciones.

—Yo no te propuse que vinieras de vacaciones. Te conté acerca de Stone House y dije que quería venir aquí con Teddy, eso es todo. Tú te invitaste sola.

—Él me invitó. Y tú aceptaste.

—Ya no importa —contestó Winnie, derrotada.

—No te desmorones ahora, por favor. Estoy asustada. Me gustaba más cuando eras fuerte. ¿No se te ocurre otra canción?

—No.

Winnie era obstinada.

—Seguro que te sabes otras.

—¿Qué te parece «By The Rivers of Babylon»? —propuso Winnie.

Resultó que Lillian había asistido a una boda en la iglesia de San Agustín, en Rossmore, y el novio y la novia la habían elegido como himno nupcial. El cura polaco creyó que debía de tratarse de una antigua tradición irlandesa y la cantó él también.

Winnie contó que un año, en uno de sus turnos de noche en el hospital, se pusieron a bailar todos juntos la conga y recorrieron las salas cantando esa canción para alegrar a los pacientes, y hasta la monja que estaba a cargo de las salas, y que era una amargada, admitió que había dado resultado.

Lillian opinó que no había ninguna que pudiera compararse a «Heartbreak Hotel», y la cantaron. Winnie dijo entonces que en realidad ella prefería la versión de Elvis de «Suspicious Minds», pero ninguna de las dos se la sabía; solamente recordaban un verso relacionado con haber caído en una trampa. No obstante, la cantaron repitiéndola una y otra vez hasta que terminó sonando hueca.

Mientras se esforzaban por recordar y entonar «Sitting On The Dock of the Bay», de Otis Redding, notaron que el nivel del agua había bajado. No se atrevían a decirlo en voz alta, temerosas de que otra ola enorme entrara con fuerza. Pero cuando ambas tuvieron la certeza de que la marea había remitido y sentían la garganta seca de tanto cantar y tanta sal, se tendieron los brazos y se cogieron de las manos. Mojadas y temblando de frío, se quedaron así, cogidas de la mano, durante unos instantes. Cualquier palabra habría destruido la frágil esperanza y la precaria paz que habían conseguido alcanzar.

Ahora solo era cuestión de esperar.

Cuando ya no hubo dudas de que sus dos huéspedes se habían perdido, la señora Starr llamó a Rigger. El muchacho formó una partida de búsqueda, a la cual se incorporaron también los cuñados de Chicky.

—Les advertí que era peligroso explorar los acantilados del sur. Puedes estar seguro de que están allí —dijo ella con voz entrecortada.

Rigger le preguntó si les había hablado de un lugar en particular y, después de pensarlo, Chicky comprendió con claridad lo que había sucedido. Había visto la expresión desafiante en el rostro de Lillian la noche anterior, sin darle importancia a las alertas por mal tiempo. Y se había fijado en que Lillian se había marchado esa mañana sin decir adónde iba.

Los hombres dijeron que se dirigirían a la cueva de Majella y que telefonarían en

cuanto supieran algo.

Pero antes de tener noticia alguna, Chicky recibió una llamada de Teddy Hennessy, que se presentó como el hijo de Lillian y que le dijo que llamaba desde Inglaterra. Se disculpó por haberla molestado, pero no podía localizar a su madre ni a Winnie en sus teléfonos móviles. Seguramente los tenían desconectados.

Chicky Starr era toda una profesional y una mujer sagaz. No tenía sentido alarmarlo hasta que ella no supiera a ciencia cierta si realmente había motivos para preocuparse. Tomó nota de su número de teléfono.

—Han salido a caminar por el paseo de los acantilados y no tardarán mucho en volver, señor Hennessy.

—¿Y se encuentran bien? ¿Lo están pasando bien?

Parecía deseoso de oír que todo iba de maravilla.

—Sí. Lamento que no estén aquí para que se lo cuenten ellas mismas. Sentirán mucho no haber podido hablar con usted.

—Anoche recibí un mensaje de texto de Winnie. Me dijo que el lugar es precioso.

—Me complace que estén satisfechas. —La señora Starr sintió un nudo en la garganta—. Es muy agradable ver a dos viejas amigas divertirse juntas...

Que Dios no permita que dentro de unas horas tenga que decirle algo completamente distinto.

—Lillian es mi madre, como acabo de decirle. ¿Sabe? se han tomado estos días de vacaciones con la idea de conocerse mejor. Me alegro mucho de que todo vaya tan bien.

Sonaba esperanzado y entusiasmado. ¿Cómo iba a decirle que esa mujer exigente y quisquillosa, que encima era su madre, no se llevaba nada bien con Winnie, que al parecer era su novia? Ni siquiera habían mencionado la existencia de esa relación. Si sucedía lo peor, ¿cómo se reescribiría la historia?

Se quedó ahí, inmóvil, con la mano apoyada en la garganta, hasta que Orla le dio un tirón en la manga para preguntarle si servían o no la comida. Recobró la compostura y pidió a los huéspedes que se sentaran a la mesa. Todos estaban ansiosos por tener noticias de las mujeres desaparecidas. Una atmósfera de inquietud reinaba en Stone House.

—Se encuentran bien —dijo Freda de pronto—, muy bien. No hay motivos para preocuparse. Tendrán frío y hambre, pero estarán bien.

Lo dijo con absoluta seguridad, pero parecía que todo se moviera a cámara lenta hasta que sonó el teléfono.

Estaban a salvo. El equipo de búsqueda las había llevado primero a casa del doctor Dai, pero no parecían haber sufrido más que frío y un gran susto. Sin dejar traslucir el enorme alivio que sentía, Chicky explicó a sus huéspedes que Winnie y Lillian habían quedado atrapadas por la marea y, como sin duda necesitarían darse antes un baño caliente, comenzarían a cenar sin ellas.

Cuando se abrió la puerta de la cocina y por fin entraron, blancas como el papel

de fumar y envueltas en mantas, todos aplaudieron.

Lillian distendió la atmósfera.

—¡No me repondré de esta, ahora que me habéis visto sin maquillaje! —exclamó riendo.

—¿Os pilló la marea? —preguntó Freda, ansiosa por saber lo que había ocurrido.

—Sí, pero sabíamos que la marea volvería a bajar y el agua se retiraría —contestó Winnie. Estaba temblando, pero no diría nada que pudiera empeorar las cosas.

—¿Os asustasteis mucho? —preguntaron el médico inglés y su esposa, muy preocupados.

—No, en realidad no. Winnie estuvo fantástica. Cantó todo el tiempo para darnos ánimo. Por cierto, canta divinamente «St. Louis Blues». Quizá nos ofrezca un recital una de estas noches.

—Solo si tú cantas «Heartbreak Hotel» —añadió Winnie.

La señora Starr las interrumpió.

—Llamó su hijo, Lillian, desde Inglaterra. Le he dicho que usted lo llamaría al volver del paseo.

—Vayamos a tomar un buen baño primero —dijo Lillian.

—¿Usted le ha dicho que...? —preguntó Winnie.

—Le he dicho que os habíais retrasado, eso es todo.

La dos la miraron agradecidas.

Lillian quedó pensativa.

—Winnie, ¿por qué no lo llamas tú? Es tu chico. Después de todo, era contigo con quien quería hablar. Dile que ya le llamaré en otro momento.

Y se retiró a tomar su baño.

Las únicas en comprender la importancia de aquellas palabras fueron la señora Starr y Freda O'Donovan. Ambas se dieron cuenta de que un gran cambio se había producido durante las largas horas que habían pasado juntas esperando a que bajara la marea del Atlántico. Tal vez lo que tenían por delante no fuera un camino de rosas, pero desde luego que no solo era el tiempo el que parecía más sereno, menos turbulento que esa mañana.

JOHN

John tenía que acordarse de que era a él a quien se dirigían cuando alguien pronunciaba su nombre. Hacía muchísimo tiempo que nadie lo llamaba John, que era, en realidad, su verdadero nombre, o por lo menos el nombre que le habían puesto en el orfanato, hacía años.

Los demás lo conocían como Corry.

Corry era el nombre del personaje de uno de los libros infantiles que las monjas solían leer a la hora de dormir. Un niño muy pequeño, como un querubín, al que todos adoraban. Por eso le pareció que era un bonito nombre y las monjas le siguieron la corriente.

En el orfanato trabajaba un jardinero, un anciano que había llegado de un lugar llamado Salinas. Acostumbraba a contarles que Salinas era de veras un gran sitio y que un día, cuando él tuviera el suficiente dinero, regresaría y se compraría una casita.

Corry solía repetir el nombre Salinas una y otra vez. Le gustaba.

No tenía apellido. Este sería el suyo.

Era Corry Salinas. Y a los dieciséis años consiguió su primer empleo en un bar de bocadillos.

Habían conseguido un contrato para preparar comidas para los equipos de filmación. Corry llamó la atención de todos. No solo por sus ojos negros, la nariz aguileña, el cabello levemente rizado a la altura de las sienes o su mirada inteligente, que siempre parecía sonreír con complicidad, sino porque podía acordarse de a quién le gustaba la mantequilla de cacahuete y a quién el queso descremado. Nada era un problema para él; incluso las actrices jóvenes, las más pesadas y egocéntricas, esas que cambiaban constantemente de idea y luego le reprochaban que se hubiera equivocado de bocadillo, hasta ellas estaban impresionadas.

—No sé de dónde sacas tanta paciencia.

Monica, que trabajaba con él, se cabreaba con facilidad.

—Hay muchos bares de bocadillos. Si queremos ser su preferido, debemos hacer un esfuerzo sobre todo al principio.

Corry era un muchacho alegre. No le temía al trabajo duro. Vivía en un cuarto situado en la planta superior de una lavandería y, para pagarse el alquiler, limpiaba el local todas las mañanas.

No precisaba gastar dinero en comida, pues siempre había algo para picar en un negocio de bocadillos. Su cuenta de ahorros aumentaba y destinaba cada céntimo a tomar clases de teatro.

Es difícil vivir en Los Ángeles y no querer formar parte de la industria.

Monica y él se consideraban parte de ella.

Corry, con lo guapo que era, no habría tenido dificultades para trabajar como extra. Pero no era una opción real. Sería como holgazanear el día entero por muchísimo menos dinero que el que ganaba vendiendo bocadillos. Debía esperar hasta conseguir un papel con texto y tal vez un agente.

Era parte del mismo sueño.

En cambio, el sueño de Monica era distinto. Pensaba que debían mudarse a un sitio que fuera suyo y montar su propia empresa de comida rápida. ¿Por qué trabajar jornadas enteras para que su jefe se hiciera cada vez más rico?

Pero Corry era inflexible. Su sueño se circunscribía a ser actor. No podía dedicarse al catering a tiempo completo.

A Monica, esa idea la contrariaba. Había visto cómo muchas personas habían arruinado sus vidas persiguiendo el sueño de Hollywood. Su padre fue uno de ellos. Aunque Corry, ese chico guapo de cara tan expresiva y convencido de que triunfaría en el cine, era el amor de su vida. No deseaba presionarlo y correr el riesgo de perderlo.

Por otra parte, Monica estaba embarazada y no sabía cómo confesárselo. Tenía mucho miedo de que le dijera que no podría asumirlo. Ella era la responsable de tomar las debidas precauciones. Y Monica no se había olvidado de tomar la píldora a propósito. Pasó días preguntándose cómo decírselo sin que se disgustara demasiado. Al final no tuvo que hacerlo; Corry lo adivinó.

—¿Por qué no me lo has dicho antes?

Parecía más enamorado que nunca.

—No quería destruir tu sueño.

—Ahora tengo dos sueños: una familia y una carrera en el cine —afirmó.

Se casaron tres semanas después y Monica se mudó al cuarto de encima de la lavandería. Buscaron más trabajo para poder sufragar los gastos. Las clases de teatro eran bastante caras y la gente les dijo que tener un bebé tampoco era barato.

Cuando nació Maria Rosa, Corry Salinas ya tenía agente y le habían dado el papel de uno de los tres camareros cantantes en una importante comedia musical. No era gran cosa, le había explicado su agente, pero sí una excelente oportunidad para hacerse una carrera. Se trataba de acompañar a una actriz cada vez más vieja y complicada que les iba a hacer la vida imposible a todos durante el rodaje. Pero si les gustaba, ¿quién sabe lo que obtendría después?

Corry puso todo su empeño en agradecerles. Fue atento e infinitamente paciente durante las largas, larguísimas jornadas de trabajo. Trataba al primer ayudante de dirección como si fuera Dios. Preparaba zumos de fruta para aquella estrella temperamental. Ella les decía a todos que él era guapísimo.

Los otros dos camareros cantantes no ocultaban su irritación, pero Corry no, jamás. Su sempiterna sonrisa y su voluntad de agradar dieron fruto. Aún no había terminado el rodaje que ya le habían ofrecido un papel en otra película.

Maria Rosa era la niña más hermosa del mundo.

La familia de Monica ayudaba cuanto podía mientras esperaban que su marido consiguiera un empleo serio, con un buen sueldo. Corry no tenía familia que pudiera echarles una mano, pero a menudo llevaba a la bebé al orfanato donde él se había criado y lo recibían con los brazos abiertos. No olvidaba preguntar si sabían algo de sus padres biológicos, pero las monjas siempre decían que no. Lo habían abandonado delante del portal del orfanato con apenas tres semanas de vida y una carta escrita en italiano suplicándoles que se hicieran cargo de él y le dieran una vida feliz.

—Y vosotras me la disteis —les decía Corry.

Las monjas del orfanato lo adoraban. Muchos internos se habían marchado tristes y llenos de amargura, resentidos por haber pasado su juventud en una institución. Los tiempos habían cambiado, ahora las monjas podían salir al cine y al teatro. Prometieron a Corry que irían a ver todas las películas en las que él actuara y que se ocuparían de organizar un club de fans.

Monica advirtió que sería cada vez más complicado subir y bajar el cochecito de la niña por las escaleras de la lavandería, pero Corry dijo que de momento no podían mudarse. La carrera de actor era arriesgada. Un día tendrían una hermosa casa para la niña, estaba seguro, pero no ahora.

En su segundo trabajo, Corry interpretó el papel de un adolescente atormentado y la actriz vieja y temperamental, el de su madrastra. La crítica consideró que la diva no estaba a la altura del filme. Estaba acabada, sentenciaron. Pero el muchacho, ¡qué talento! Y le empezaron a llover ofertas.

Corry compró la casa que Monica tanto anhelaba. Pero todo empezó a desmoronarse cuando Maria Rosa cumplió tres años. El joven pasaba cada vez más tiempo en el apartamento de soltero que el estudio había puesto a su disposición. No podía dejar de asistir a fiestas y galas benéficas y tenía que dejarse ver asiduamente en los clubes nocturnos.

Monica leyó que asociaban su nombre con el de Heidi, la actriz que había coprotagonizado con él la última película. El fin de semana siguiente, cuando Corry volvió a casa, Monica le preguntó sin rodeos si había algo de cierto en los chismes que publicaban las revistas del corazón.

Él trató de explicarle que los que se ocupaban de la publicidad exigían esa clase de circo.

—Pero ¿hay algo? —preguntó.

—Bueno, me acuesto con ella, pero no es importante, no lo es comparado contigo y Maria Rosa —aseguró.

El divorcio fue rápido; él podía ver a Maria Rosa todos los sábados y durante diez días de vacaciones al año.

Corry Salinas no se casó con Heidi, contra todas las predicciones de la prensa rosa. Heidi se comportó fatal con él: consiguió muchísima publicidad haciéndose pasar por la víctima de un canalla.

Monica guardó silencio y no concedió entrevistas. Nunca estaba en casa los sábados cuando Corry llegaba a recoger a la niña; era su padre o su madre quien se la entregaba, con muy pocas palabras y una mirada de reproche y decepción.

Corry a veces se sentía solo e intentaba que Monica lo reconsiderara. La respuesta era siempre la misma.

—No te guardo rencor, pero, por favor, comunícate conmigo solo a través de los abogados.

Le ofrecían papeles cada vez mejores. Y pasaron los años.

A los veintiocho se casó con Sylvia. Fue una boda completamente distinta de la primera. Sylvia provenía de una familia acomodada, que había amasado una fortuna con el negocio de la hostelería. Era hermosa y consentida, y nunca le habían negado nada, y cuando pidió como regalo para sus veintiún años una desmedida y lujosa celebración de boda, también se la concedieron.

Corry estaba aturdido, no podía creer que aquella deslumbrante muchacha lo deseara tanto. Accedió a todas las sugerencias de la familia de Sylvia. Salvo a una cosa que rechazó de plano: que Maria Rosa, su hija de diez años, fuera una de las damas de honor. Lo hizo con tal firmeza que no volvió a mencionarlo.

Los abogados de Sylvia concertaron una serie de acuerdos prematrimoniales con los abogados de Corry. Se hizo una enorme difusión de la boda y hubo reñidas disputas por obtener la exclusiva de las fotos de la ceremonia.

Aunque el dichoso día pasó muy deprisa. Si Corry se acordó, con algo de nostalgia, de la pequeña fiesta, cuando él y Monica tenían dieciocho años y muchas esperanzas, aparcó el pensamiento en un rincón de su mente. Eso fue entonces; esto era ahora.

Lo cierto es que no duró mucho. El estudio absorbía a Corry durante horas, para las pruebas y los arreglos de vestuario, las giras de promoción, los festivales de cine en el extranjero. Sylvia se aburría. Jugaba mucho al tenis y se dedicaba a recolectar dinero para obras de caridad.

Cuando Corry cumplió los treinta, a Sylvia se le ocurrió celebrarlo con otro lujoso evento. En aquel momento, gracias a su última película, en la que interpretaba a un médico atormentado por una difícil encrucijada de orden moral, se hablaba mucho de él. Había pósters por todas partes con su expresivo rostro cavilando la decisión. Las mujeres anhelaban conocerlo y que esa mirada torturada desapareciera de sus ojos.

Repasó la lista de invitados. En ella figuraban los grandes de Hollywood y los más reputados representantes de la industria hotelera. Pero el nombre de su hija no estaba.

Esta vez insistió.

—Tiene doce años. Leerá sobre esto. Tiene que asistir.

—Es mi fiesta y no me apetece que venga. Forma parte de tu pasado, no de tu presente, ni de tu futuro, por cierto. Y, dicho sea de paso, estaba pensando que ya es hora de que tengamos nuestro propio hijo.

Sylvia era muy terca. Había aceptado ver a Maria Rosa, su hijastra, una media docena de veces desde que estaban casados, excusándose de que no se le daban bien las jovencitas: eran demasiado tontas y se reían por cualquier cosa.

Había algo despectivo en su manera de decirlo, como si el mensaje fuera que Sylvia obtenía siempre todo lo que quería. La sonrisa de botón de rosa, con la que antes lo había fascinado, era ahora un mohín de rabieta.

Se animó a preguntar si podía incluir en la lista a algunas de las personas del orfanato que lo habían criado.

—Pero, Corry, cariño, estarían tan fuera de lugar... Lo comprendes, ¿verdad?

—Nunca estarán fuera de lugar en mi vida. Ellas me educaron, soy quien soy gracias a ellas.

—Bueno, envíales dinero, cariño, ayúdales con la colecta de fondos, eso las reconfortará mucho más que invitarlas a una fiesta espléndida en la que se sentirán como pez fuera del agua.

Hacía tiempo que Corry enviaba dinero al orfanato. Era miembro de la comisión encargada de la colecta de fondos. Pero no se trataba de eso. A tres de aquellas bondadosas monjas, que iban vestidas de civil, les encantaría que las invitaran a una fiesta como esta.

¿Cómo podían estar fuera de lugar aquellas mujeres que lo habían cuidado desde el día que lo encontraron delante del portal?

Le pareció que se le hinchaba la vena de la frente, la sensación de un latido. Se sintió incluso ligeramente mareado. Podía oír su propia voz, como si llegara de muy lejos. Porque no parecía venir de su interior.

—No deseo una fiesta si no puedo tener a mi lado a mi hija y a las personas que me educaron, me alimentaron y me vistieron.

—Estás muy cansado, Corry. Trabajas demasiado —repuso Sylvia.

—Es verdad, trabajo muchísimo. Pero hablo en serio. Nunca he hablado tan en serio en toda mi vida.

Sylvia contestó que sería preferible que dejaran la cuestión para otro momento.

—Si tú envías esas invitaciones, entonces podemos dejar la cuestión.

—No voy a permitir que me chantajees o que me obligues a hacer algo que no me apetece.

—Muy bien —dijo Corry.

Y el matrimonio llegó a su fin.

Bien mirado, no resultó demasiado doloroso. Los abogados de Corry trataron con los abogados de Sylvia. Llegaron a un acuerdo. Pero después a Sylvia le pareció que la vida social sin Corry Salinas ya no era tan brillante como antes. Cayó en la tentación de dar entrevistas sobre su tempestuoso matrimonio.

Corry no podía creer lo que leía. No había sido así, en absoluto.

Trató de explicarle a Maria Rosa, su hija, que la vida con Sylvia había consistido en una serie de puestas en escena, todas montadas en una vitrina con la finalidad de suscitar la admiración y la envidia de los demás. Jamás habían tenido lugar esas discusiones violentas a las que aludía en sus entrevistas. Corry siempre se había rendido a sus deseos. La verdad era que Sylvia y él se conocían muy poco.

—Entonces ¿por qué te casaste con ella, papá? —preguntó Maria Rosa.

—Supongo que porque me sentía halagado —dijo sin más.

Como Maria Rosa era una niña bastante madura para su edad, le creyó, puesto que había oído la misma explicación en boca de su madre.

Durante las dos décadas siguientes, Corry Salinas se convirtió en un actor de renombre, no solo en Estados Unidos, sino en el mundo entero. Podía recaudar el dinero necesario para cualquier clase de película en la que participara. Siempre se le veía en compañía de elegantes mujeres en todas las grandes ocasiones, estrenos cinematográficos y teatrales, galas de Broadway, inauguraciones de arte y en el Mediterráneo, a bordo de los yates más grandes y lujosos. Los cronistas del corazón no cesaban de atribuirle casamientos: con alguna estrella de cine, una rica heredera o alguien de la nobleza. Pero nada en concreto.

Maria Rosa tenía los ojos oscuros y una mirada romántica, como Corry, y era práctica y de buen carácter, como Monica. Había heredado la ética de sus padres con respecto al trabajo, había estudiado para ser maestra y hacía el voluntariado en el extranjero. El estilo de vida de su padre, una celebridad de primera categoría, no le atraía lo más mínimo. Cuando ella era adolescente, había sido el principal obstáculo de una vida en familia.

Había pasado la mayor parte de su juventud huyendo de los paparazzi, negándose a hablar con la gente, no fuera a ser que citaran mal sus palabras en los periódicos. Tenía todas las puertas abiertas por el simple hecho de ser la hija de Corry Salinas, pero nunca quiso utilizar esos medios.

Nunca agravió a su padre ni le guardó rencor. Cada vez que regresaba a Los Ángeles lo llamaba y le proponía comer una pizza o cenar en un restaurante mexicano del barrio, donde podrían sentarse tranquilos en un reservado sin todos esos paparazzi que seguían a Corry Salinas a todas partes.

Se enteró por su hija de que Monica se había casado de nuevo, con Harvey, un tipo agradable, dueño de una floristería. Su madre nunca había sido feliz, le explicó Maria Rosa; el único nubarrón en el cielo era que no había señales a la vista de una futura boda suya, y tal vez nietos. Pero Maria Rosa suspiró: todavía no había conocido a nadie y, por Dios, ¿no era esa ciudad una muestra fehaciente de que el matrimonio podía ser una terrible equivocación?

La gente decía con frecuencia que era injusto que los hombres se pusieran más guapos con la edad; Corry podía seguir interpretando apasionados papeles

protagonistas mientras que las mujeres de cincuenta años se veían en aprietos para conseguir papeles como actrices principales. Pero él sabía que no duraría eternamente.

Cuando Corry estaba por cumplir los sesenta, fue consciente de que necesitaba interpretar un papel absolutamente inolvidable. Algo importante, solemne, con sensibilidad. Un papel que estuviera asociado a su nombre para siempre. Pero la oportunidad no aparecía.

Su agente, más conocido como el Infatigable Trevor, había intentado orientarlo hacia las series de televisión, pero Corry no quería saber nada. Cuando él había comenzado, todos pensaban que solo los actores fracasados y viejos actuaban en televisión. El ámbito para un verdadero actor era el cine; lo demás no contaba.

Trevor suspiró.

Corry estaba algo desfasado, dijo. Habían llegado a la época de oro de la televisión, insistió. Había escritores fabulosos creando sus mejores obras para las series televisivas. Ofrecían un papel que precisamente tenía toda la solemnidad y la seriedad que estaba buscando: ¡nada menos que el presidente de Estados Unidos! Corry podía poner sus condiciones. La única regla para llegar al éxito era ser capaz de adaptarse, repetía. Pero Corry no parecía estar de acuerdo.

Tampoco era cuestión de cambiar de agente. No a estas alturas. Lo cierto era que Trevor trabajaba sin descanso intentando encontrar el papel perfecto para su cliente más famoso. Y Corry conocía el viejo dicho de que cambiar de agente era parecido a cambiar de tumbona a bordo del *Titanic*.

Corry siempre había sido un tipo tranquilo y afable. De repente se había vuelto testarudo, y presumía de estar seguro de que él sabía más que los agentes, los estudios y toda la industria cinematográfica.

Corry tampoco había escuchado a las monjas, que hubieran hecho de él un sacerdote, ni al hombre que regentaba el bar de bocadillos y que le había ofrecido un contrato indefinido. Había hecho oídos sordos a todos los que le decían que las clases de teatro eran muy caras y que él no podría pagarlas. Nunca se dejaba llevar por los consejos de los demás.

Pronto cumpliría sesenta años. Trevor deseaba poder anunciarle algo suficientemente prometedor el día de su cumpleaños, pero lo único que consiguió fue otra oferta para la televisión.

—¡Es un chollo! —exclamó Trevor, suplicante—. Interpretarás a un italiano convencido de que tiene una enfermedad mortal y que regresa a Italia para encontrarse con sus raíces antes de morir. Entonces conoce a una mujer. Ya están pensando en la actriz, en el supuesto de que seas tú el protagonista. ¡No vas a creer los nombres que tenemos!

—Nada de televisión —dijo Corry.

—Ha cambiado mucho, créeme. ¡Mira los premios! Ahora se los llevan las estrellas de televisión.

—No, Trevor.

Y así siguieron las cosas durante semanas.

Corry se lo contó a Maria Rosa.

—¿Por qué no lo haces, papá? Mis amigos no tienen tiempo para ir al cine. Todos miran televisión y descargan series en sus ordenadores. El mundo ha cambiado.

Ella tenía más razón de lo que Corry y Trevor suponían.

Su gestor, que siempre lo había asesorado bien, se encontraba en una situación bastante incierta a causa de la recesión. Como las inversiones no habían dado buenos resultados, se había arriesgado con otras, aún más precipitadas e imprudentes. Todo estalló el día en que el gestor se mató en un accidente de automóvil.

Había chocado frontalmente contra un muro, dejando tras de sí un caos financiero que llevaría un siglo resolver.

Ahora, por primera vez en décadas, Corry debía tomar una decisión profesional únicamente en función de sus necesidades económicas. Tuvo que poner en venta una a una la mayor parte de sus propiedades.

Trevor, como de costumbre, no escatimó esfuerzos para que los medios no se enteraran de los problemas financieros de Corry. Y se aclaró la garganta varias veces antes de volver a mencionar las series de televisión. Esta vez Corry tuvo que escucharlo.

Los inversores iban a reunirse en Frankfurt. Querían que Corry acudiera para confirmar su interés. Eso ayudaría a reunir los fondos. Sería genial, dijo Trevor; Corry recuperaría sus bienes.

—Mi único deseo es que mi hija disponga de dinero suficiente para vivir como corresponde —dijo Corry con tristeza mientras hacía las maletas para el viaje a Alemania.

Cuando viajaba en avión, solía embarcar muy discretamente instantes antes del despegue. Corry se sentó en su butaca de primera clase tratando en lo posible de no llamar la atención. Si los demás pasajeros lo reconocieron, no lo demostraron. Sobre las rodillas tenía la sinopsis y varias versiones del guión para la nueva serie de televisión, y los abrió de mala gana. No tenía el menor interés en ese proyecto que, según el Infatigable Trevor, volvería a darle seguridad financiera y lo haría aún más famoso de lo que ya era. Cuando llegara a Frankfurt, se ducharía, se cambiaría de ropa y no se movería del hotel; solo entonces tomaría una decisión. Como estaba cansado, al cabo de unos minutos se quedó profundamente dormido en su comfortable butaca.

Se despertó y se dio cuenta de que el avión todavía no había despegado. El auxiliar de vuelo le estaba ofreciendo zumo de naranja. Llevaban retraso, le informó, un control técnico rutinario, pero todo parecía en orden y el comandante había dicho que despegarían pronto.

Corry miró su reloj. Acto seguido, una voz anunció que ese avión no despegaría. El vuelo se había cancelado. Se habían tomado las medidas necesarias para que cada uno de los pasajeros pudiera viajar en el vuelo del día siguiente. Si alguno no deseaba esperar, sería transferido a otra compañía, aunque ya no sería un vuelo directo. Un día más era demasiado tarde, se perdería la reunión. Tanto lío para que pudiera llegar con suficiente tiempo a su hotel, relajado. Trevor no se lo creería. Jamás le perdonaría.

El aeropuerto era un caos con tanta gente tratando de reubicarse en otras compañías. Al final, el único vuelo de que disponía para llegar a tiempo era uno con escala en el aeropuerto de Shannon, en Irlanda. Tenía el tiempo justo para llamar a Trevor, quien le dijo que iría a buscarlo. Llamaría a los periodistas para que fueran a fotografiarlo al salir del aeropuerto. Haría un numerito con lo del vuelo cancelado, daría algunas entrevistas y luego lo llevaría directamente a la reunión. Pasara lo que pasara, debía estar allí. Todos contaban con él.

Todos contaban con él, ¿era cierto? Bueno, bueno. En fin, llegaría tarde, pero al menos llegaría. Era consciente de que por mucho que se preocupara no podía hacer que el avión volara más rápido o que el vuelo fuera más corto, de manera que, mientras el avión volaba hacia el este en medio de la noche, durmió hasta que aterrizaron en Irlanda.

Miró por la ventanilla y distinguió a lo lejos los pequeños campos verdes cuadriculados. También veía la costa. Maria Rosa había estado una vez en Irlanda, años atrás, con un grupo de estudiantes. Todas las personas que conoció tenían una historia para contarle. Pensó en lo bonito que sería irse de vacaciones con su hija. De cuarenta y pocos años, era una mujer muy guapa completamente dedicada a su trabajo de maestra y que se sentía tan cómoda en la floristería con su madre y Harvey como bebiendo copas con su padre en los lujosos hoteles de Hollywood.

No había indicios de un amor en su vida, pero ella decía, riéndose, que no le importaba, y Corry dejó de preguntar. A lo mejor le gustaría tomarse más vacaciones con él. En cuanto volviera a casa, la llamaría y se lo propondría.

Volvió a mirar su reloj de pulsera. El tiempo sería bastante justo. Tendría que correr para coger su enlace a Alemania.

Y, en efecto, fue demasiado justo. Corry se quedó mirando el vuelo a Frankfurt que despegaba sin él.

El Infatigable Trevor estaría esperándole en el aeropuerto; toda la maquinaria publicitaria se encontraría con un avión en el cual él no viajaba. Llamó a Trevor a su móvil y apartó el auricular de la oreja mientras su agente echaba pestes enfurecido al oír la noticia. Al final se quedó sin adjetivos e improprios y su voz denotó simplemente cansancio.

—Entonces ¿qué harás? —preguntó.

—Estoy cansado, muy cansado —repuso Corry.

—¿Cansado, tú? —Trevor había elevado peligrosamente la voz—. No tienes motivos para estar cansado. Somos los demás los que nos cansamos haciendo tus

cosas, como tratar de justificar lo que no tiene justificación posible.

—Ha sido la compañía aérea... —apuntó Corry.

—No me hables de la compañía. Si hubieras querido estar aquí, habrías llegado.

—¿No pueden reunirse esta noche o mañana?

—Claro que no pueden. ¿Quién te crees que son? Han volado expresamente. Cogieron aviones que no los dejaron plantados en tierra —rugió Trevor.

—Entonces, me quedaré aquí una semana. Si es tarde para la reunión, al diablo con ellos. Voy a estar fuera unos días.

—Oye, no es momento... Lo he organizado todo.

—Y yo he tratado de llegar, pero la compañía aérea me dejó plantado. Adiós, Trevor, hablaremos dentro de una semana.

—Pero ¿adónde vas? ¿Qué estás haciendo? No puedes marcharte sin más.

—Soy un hombre adulto. Un viejo, como no te cansas de insinuar. Puedo tomarme una semana de vacaciones aquí, si quiero. Nos veremos en Los Ángeles.

Corry apagó su móvil y lo puso en modo mensajes.

Fue a buscar otro café. Esta clase de libertad era nueva para él. Se había zafado de la reunión que tanto temía. Ahora podía hacer lo que le viniera en gana sin consultar con ningún encargado, gestor o agente. Era realmente libre.

La compañía aérea acababa de hacerle un favor.

Pero ¿adónde iría? Tal vez convendría que comprara una guía turística o buscara una agencia de viajes. Sobre las mesas que veía a su alrededor se acumulaban los folletos con información de lo que podía hacerse en la región. Había un banquete medieval en un castillo. Una excursión a la espectacular pared de un acantilado llamado Moher, considerado una de las maravillas del mundo. Había posibilidades de jugar al golf. Nada de eso le apetecía.

Pero descubrió una hojita que ofertaba «Una semana en invierno» y prometía una casa acogedora y cálida y kilómetros de arena, acantilados y aves salvajes. Llamó al número que allí figuraba para saber si había una habitación libre.

Una mujer de voz agradable le dijo que, efectivamente, disponía de una habitación; le sugirió que alquilara un coche y se dirigiera al norte. Y le pidió que, cuando llegara a Stoneybridge, volviera a llamarla para indicarle cómo llegar a la casa.

—¿Y en cuanto al pago? —preguntó Corry.

Prefería no dar su apellido, y hasta existía la posibilidad de que tuviera que estar allí de incógnito, lo cual sería un placer, claro.

—Lo resolveremos cuando esté usted aquí —dijo con brusquedad la señora Starr—. ¿Y su nombre es...?

—John —contestó Corry sin pensarlo dos veces.

—Bien, John, no venga con prisas y tenga mucho cuidado con los conductores irlandeses, son propensos a adelantar sin señalizarlo. Anticipe usted lo que van a hacer y todo irá bien.

Sintió que sus hombros estaban menos tensos. Era un turista común y corriente de vacaciones. No había periodistas esperándolo ni escritores del mundo del espectáculo persiguiéndolo.

Era una mañana radiante y fría. Corry Salinas metió su bolso en el maletero del coche alquilado y se dirigió, como le habían dicho, al norte.

No debía olvidar que a partir de ahora se llamaba John.

Tuvo la impresión de que los demás huéspedes estaban ya instalados. La casa era tal como se veía en el folleto. John se subió el cuello del abrigo para ocultar parcialmente su rostro.

Estaba muy acostumbrado a que la gente lo mirara dos veces cuando se cruzaban con él y empezaran a gritar: «¡Dios mío, eres Corry Salinas!». Pero en Stone House nadie lo reconoció. Quizá Infatigable Trevor tenía razón cuando decía que la marca Corry Salinas corría grave peligro de ser olvidada.

Cuando le preguntaron les dijo que era un hombre de negocios de Los Ángeles que se tomaba unas bien merecidas vacaciones. Y entonces empezó a sentir que ya no había necesidad de tener el cuello levantado. Si lo reconocían, no dirían una palabra. Aunque era probable que no tuvieran la menor idea de quién era.

La comida era buena y la conversación, agradable, pero él se sentía muy cansado. Estaba acostumbrado a fingir ser otro, a actuar. Aquí nadie se lo exigía, lo cual resultaba un alivio, pero en cierto modo se sentía un poco perdido. ¿Cuál era su papel?

Fue el primero en retirarse. Se disculpó con los huéspedes y les rogó que le creyeran cuando afirmaba que no había sido él quien había inventado la línea internacional del cambio de fecha. Todos rieron y le desearon que durmiera bien.

Y, en efecto, John descansó muy bien esa noche. Se durmió de inmediato en su comodísima cama, pero a causa del *jet lag* no lo hizo durante toda la noche. Todavía con el horario de California, se despertó a las tres de la mañana, despejado y listo para comenzar el día.

Se preparó un té y miró por la ventana las olas que rompían en la playa. Le apetecía llamar a Maria Rosa. Eran unas ocho o nueve horas menos en casa. Tal vez ya habría regresado a su apartamento después de una larga jornada dando clases.

Cogió su móvil, pero se detuvo antes de marcar el número. ¿Estaba seguro de que a ella iba a interesarle saber que su padre había cogido una habitación para pasar unas vacaciones en ese hotel tan extraño? Maria Rosa siempre era cortés, aunque distante, como si todo lo que él hacía sucediera en un laberinto irreal e infantil de índices de audiencia y del tamaño de los espacios reservados para la publicidad. Para Maria Rosa todo aquello tenía poco que ver con el mundo real.

Se dijo entonces que debía dejar de analizar todos sus actos.

Marcó el número.

—¿Maria Rosa? Soy papá.

—Hola, papi. ¿Cómo te va?

—Bien. Me encuentro en Irlanda, nada menos, ¿puedes creerlo? Perdí el vuelo de enlace con Alemania.

—Irlanda está bien, papi, podrías haber caído en un lugar peor.

—Lo sé. Es bonito. Bastante salvaje aquí donde me encuentro, justo sobre el Atlántico.

—Y frío, supongo.

—Sí, pero es un hotel con buena calefacción. Me quedaré una semana.

—¡Qué bien, papi!

¿Le interesaba? ¿Le aburría oírlo? Era tan difícil darse cuenta a diez mil kilómetros de distancia.

—Se me ocurrió llamarte para saludarte.

—Me alegra mucho saber de ti.

Hizo una pausa. ¿Había dado por terminada la conversación?

—¿Y tú? —No quería dejarla ir—. ¿Oyes las olas afuera? Son realmente grandes. Como un redoble de tambores.

—¿Qué hora es ahí? —preguntó Maria Rosa.

—Pasadas las tres de la mañana.

—Oye, papi, necesitas dormir —dijo su única hija.

Corry le dio las buenas noches y luego se sintió más solo y perdido de lo que nunca había estado en toda su vida.

Echó alguna cabezada después de hablar con su hija, y cuando bajó a desayunar se sentía flojo y como atontado. Varias personas estaban sentadas a la mesa, y lo compadecieron por su *jet lag*. Una mujer joven, llamada Winnie, que era enfermera, le dio un consejo sensato y práctico, pero, aunque prometió que lo seguiría, se dejó persuadir y tomó un desayuno irlandés completo como remedio alternativo. La señora Starr colocó una cafetera delante de él y le dijo que se sirviera a gusto.

Después del desayuno se demoró bebiendo una última taza de café mientras Orla retiraba la mesa y la señora Starr se afanaba reuniendo mapas, prismáticos y bolsas con comida para los clientes que se disponían a salir a pasear. Cuando los últimos se marcharon, observó que los hombros de Chicky Starr se relajaban y entonces entendió cuántos nervios y ansiedad había estado conteniendo.

Cuando se giró vio que él la estaba mirando.

—Es nuestra primera semana —explicó.

—Pero usted tiene experiencia en este negocio, podría jurarlo.

—Tiene razón —dijo—, aunque el otro no era mío. Trabajaba para otra persona. Ahora todo depende de mí. Entonces, John, ¿qué le gustaría hacer hoy? ¿Le apetecería otra taza de café mientras le cuento lo que se puede visitar por aquí?

Charlaron amigablemente entre café y café. Y así, despejado, John salió a dar su primer paseo en aquel día soleado y frío.

Siguiendo el consejo de Chicky, decidió dirigirse tierra adentro. Anduvo por una carretera solitaria, vio ovejas grandes con caras negras y cuernos retorcidos. ¿O eran cabras salvajes? En su juventud no había dispuesto de demasiado tiempo para estudiar la naturaleza. Tenía tantas lagunas, había tantas cosas que no sabía ni entendía.

Encontró un pequeño *pub* y, de la luz del sol brillante y fría, pasó a la oscuridad de un interior donde ardía un fuego de turba en una pequeña chimenea. Media docena de hombres levantaron la vista de sus pintas para echarle un vistazo a ese extranjero que acababa de entrar.

John saludó cordialmente. Era norteamericano, explicó aunque nadie se lo había pedido, y se alojaba en Stone House. La señora Starr le había dicho que valía la pena visitar este *pub*.

—Una mujer respetable, Chicky Starr.

El patrón, complacido con el elogio, limpió los vasos con acrecentado vigor.

—Vivió la mayor parte de su vida en Estados Unidos. ¿Usted la conoció allí? —preguntó un anciano.

—No, en absoluto. Ayer vi un folleto en el aeropuerto de Shannon, ¡y aquí estoy!

¿Había sido ayer? Lo cierto era que ya se sentía completamente desconectado de su otra vida.

Un hombre gordo, con una gorra en la cabeza, clavó la mirada en John. Tenía una cara ancha, enrojecida, y unos ojos pequeños e inquisitivos.

—Su cara me resulta familiar. ¿Está seguro de que nunca ha venido por aquí?

—Nunca. Es mi primera visita. Qué dichosos son ustedes por vivir en esta parte del mundo; es una maravilla.

Se contentaron con su respuesta. John había perfeccionado una de sus tácticas que consistía en desviar la atención de su persona haciendo ver que envidiaba la suerte que les había tocado por vivir allí.

—Chicky Starr estuvo casada con un yanqui. El pobre se mató en un accidente de tráfico, algo horrible —dijo el hombre de la cara roja.

—Dios tenga misericordia de él —corearon los demás.

—Eso es terrible —convino John.

—Sí, quedó destrozada. Pero tiene agallas, ¿sabe? volvió aquí, a vivir con su gente, y compró la vieja casona de las Sheedy. Le llevó su tiempo dejarla en condiciones. Usted no podría creer todo el trabajo que han hecho en esa casa.

—Desde luego que es muy comfortable —repuso John.

—Cuando vuelva a su país, ¿la recomendará a sus amigos norteamericanos?

—¡Claro que sí!

John se preguntó si conocía a alguien en Los Ángeles realmente capaz de venir a un lugar remoto como ese.

Lo dejaron tranquilo con su sopa y su pinta de Guinness. Para su sorpresa, se sentía cómodo en compañía de aquellos hombres. Escuchó la historia del viejo Frank Hanratty, que por lo visto había pintado su vetusta furgoneta de rosa brillante para poder encontrarla sin dificultad. Frank seguía conduciendo, fingiendo que veía algo con sus gafas, pero no veía nada, ni adelante ni atrás. Nunca había tenido un accidente. De momento.

Frank, al parecer, no se había casado, pero tenía más vida social que ellos. Visitaba a unos y a otros y era muy bien recibido en todas partes. Era un fanático del cine, y era capaz de recorrer cincuenta kilómetros cada semana con su furgoneta rosa con tal de no perderse los dos últimos estrenos en la ciudad...

John se dejó llevar por la conversación. Se había quedado con una imagen de la vida que llevaba ese hombre llamado Hanratty, apacible y sencilla, feliz con lo que le había tocado en suerte. Se preguntó si debía invitarlos a todos a un trago. Eso es lo que hubiera sucedido en una película. Pero la vida no era una película. Estos hombres podrían ofenderse. Les dedicó su característica sonrisa envolvente y les prometió que volvería.

—¡Una sopa estupenda, y con trozos de pollo! —exclamó.

No podía haber dicho algo que complaciera más al dueño.

—Ese pollo correteaba ayer por la mañana en el corral que tenemos detrás —afirmó con orgullo.

El paseo de aquel día le sentó de maravilla para su *jet lag* y esa noche durmió profundamente. Se despertó a las seis de la mañana, pero se sentía feliz en la cama acompañado por el rumor del viento y el mar. Sonaba más fuerte que el día anterior, estaba convencido. El viento había cambiado de dirección y golpeaba contra las ventanas. Cuando por fin se levantó, descubrió oscuridad y furia en las olas.

En efecto, la señora Starr estaba informando a cada una de las personas sentadas a la mesa del desayuno sobre las alertas por tempestad. John había pensado que podría bajar andando hasta la costa a contemplar las pequeñas calas formadas entre las rocas, pero, siguiendo el consejo de Chicky, descartó la idea. Como no sabía muy bien qué otro camino tomar, se quedó un rato haciendo sobremesa, bebiendo una última taza de café, mientras los demás huéspedes se apiñaban bulliciosos en el umbral. Cuando se hubo marchado el último, sonrió a Chicky Starr y, alzando una ceja, la invitó a beber un café con él.

—He oído decir que usted vivió un tiempo en Nueva York —dijo.

Comenzó a esperar con ilusión el momento de poder charlar con ella un rato. Era agradable mantener una conversación normal con personas que no tenían ideas preconcebidas acerca de él, que no sabían ni esperaban nada de su persona. A la

mañana siguiente, John se demoró una vez más con su desayuno y fue el último en marcharse. Observaba a Orla mientras retiraba las bandejas y los platos.

—Es afortunada por tener una familia que la ayude —le dijo John.

—Sí. Orla tenía otros planes, pero no resultaron; creo que está contenta aquí, aunque por un tiempo, seguramente.

Por lo general, la señora Starr no parecía tener prisa, pero esa mañana la notó algo preocupada.

—¿Estoy quitándole su tiempo, señora Starr?

—Lo siento, John, estoy un poco distraída, es cierto. El coche se me ha estropeado y Dinny, el mecánico del garaje, no lo tendrá listo hasta esta noche. Rigger, nuestro encargado, tiene que llevar a sus bebés al médico para vacunarlos. Orla y yo necesitamos hacer algunas compras. Estoy tratando de pensar la manera en que podríamos...

—¿Y por qué no os llevo? —sugirió de inmediato.

—No, ni hablar. Usted está de vacaciones.

Orla estaba sentada a la mesa y escuchaba la conversación.

—Vamos, Chicky, a John no le importa. Y son solo quince minutos de carretera. Iré con él y ya me espabilaré para volver.

No había más que hablar.

Se marcharon al pueblo en el coche como dos viejos amigos. Orla era una muchacha bonita, de trato agradable.

—Es un poco inadecuado pedirle esto cuando está usted de vacaciones, pero es la primera semana de Chicky al frente del hotel. Tiene muchas cosas en que pensar. Supuse que a usted no le importaría.

—No, es un placer ayudarlos. Y, ¿sabes? te acompañaré. Me encanta ir de compras —dijo John.

Lo cierto era que estaba fascinado con las conversaciones de Orla con el carnicero, el quesero y su manera de inspeccionar las verduras. No tardó en tenerlo todo empaquetado y pagado.

Orla estaba muy agradecida.

—Muchísimas gracias. Le pediré a uno de los O'Hara que me acerque en coche al hotel. Ahora márchese y disfrute del día.

—Voy a tomar otro café —admitió John—. Hay un sitio cerca de aquí. ¿Por qué no dejas la compra en el coche y descansamos diez minutos?

Charlaron distendidamente. Orla le contó que había estado a punto de viajar a Nueva York a ver al tío Walter y a Chicky, pero ocurrió aquel accidente. Y el pobre tío Walter había fallecido.

Le habló del curso que había hecho en Dublín y que luego se había instalado en Londres con su amiga Brigid para trabajar. Lo había pasado muy bien durante un tiempo, pero después su amiga había conocido a un tipo medio loco y se habían casado. De cualquier modo, no se sentía satisfecha y añoraba el mar y los acantilados

de Stoneybridge. No habría conseguido trabajo de no ser por Chicky. Había algo reparador en ese lugar. Ayudaba a quitarse las penas del corazón.

—Creo que sé a qué te refieres cuando dices que este lugar es terapéutico —convino John—. No llevo mucho tiempo aquí y ya empiezo a sentir sus efectos.

—Debe de ser muy diferente de la vida a la que estás acostumbrado.

—Mucho —repuso él, sin entrar en detalles.

—Supongo que no podrías sentarte a beber una taza de café en un lugar como este allí donde vives...

La miró fijamente.

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

—John, nosotras sabemos que eres Corry Salinas. Chicky y yo lo supimos en cuanto te vimos.

—Pero no habéis dicho nada.

Estaba anonadado.

—Te registraste como John. Querías presentarte como una persona común y corriente. ¿Por qué íbamos a decirlo?

—¿Y los demás, los huéspedes? ¿Lo saben?

—Sí. El sueco se dio cuenta la primera noche y la pareja de ingleses, Henry y Nicola, le preguntaron discretamente a Chicky si estabas de incógnito.

—Lo que dije era cierto. Me dirigía a una reunión de negocios en Alemania y, en efecto, tomé la decisión de venir aquí a última hora.

—Claro. Y puedes llamarte como más te guste, John; es tu vida, son tus vacaciones.

—Pero si todos lo saben... —dijo sin mayor convicción.

—Sinceramente, todos ellos respetan tu deseo de aparentar ser una persona del montón. De cualquier modo, están concentrados en sus propias vidas.

—Desde luego que si ya lo saben, todo es más fácil. Yo solo pretendía olvidarme de ese mundo, al menos por unos días, disfrutar de un poco de tiempo para mí, sin todo ese lastre.

—Debe de ser desesperante tener que dar explicaciones y que te pregunten constantemente si conoces a Tom Cruise o a Brad Pitt.

—No es tanto eso como las expectativas que tienen de mí. Piensan que soy como los tipos que interpreto en las películas. Siempre me parece que los decepciono.

—Lo dudo. Aquí todos piensan que tienes mucho encanto. También yo. Suelo pasar de los hombres en cierto modo, pero tú me has devuelto el deseo de volver a mirarlos.

—Estás de broma. Si soy un viejo —dijo riéndose.

—No, no bromeo, créeme. Pero supongo que me gustaría que eso de ser mundialmente famoso, tener éxito y ser amado por todos te hiciera más feliz. Si yo hubiera hecho lo que tú, estaría encantada conmigo misma y andaría por todas partes radiante y satisfecha.

—Se trata de actuar, nada más —explicó—. Es mi trabajo. No me apetece tener que hacerlo también en la vida real.

Orla pensó en ello un momento.

—Pero puedes ser tú mismo con tu familia, ¿verdad? —preguntó.

—No tengo familia, aparte de mi hija. La llamé a California la otra noche.

—¿Le has hablado de Stone House? ¿Vendrá con su familia un día?

—Ella tampoco tiene familia. Es maestra.

—Estoy segura de que está muy orgullosa de ti. ¿Has ido a su escuela a conversar con los niños?

—No, Dios mío, nunca he hecho eso.

—¿Crees que no les gustaría conocer a una estrella de cine? —preguntó Orla, sorprendida.

—Bueno, Maria Rosa no querría —dijo.

—Apuesto a que sí. ¿Se lo has preguntado?

—No. No deseo imponerme ni imponerle mi vida.

—Dios mío, eres un padre maravilloso. ¿Por qué no he tenido yo un padre como tú?

Corry se dispuso a escuchar, que era como más cómodo se sentía.

—¿Son complicados tus padres? —preguntó solícito.

—Bueno, para ser sincera, sí. Supongo que quieren que yo sea diferente. Piensan que es demasiado pronto para que viva sola. Piensan que estoy desperdiciando mi vida lavando platos para Chicky, como ellos dicen. Quieren que me case con uno de esos horrendos O'Hara y tenga una casa grande y vulgar con columnas a la entrada y tres cuartos de baño.

—¿Eso dicen?

—No es necesario que lo digan, flota en el aire como una nube tóxica.

—Seguramente porque quieren lo mejor para ti y no saben cómo expresarlo.

—Oh, no, mi madre siempre sabe cómo decírmelo, por lo general de cuatro maneras distintas que vienen a ser lo mismo: que estoy desperdiciando mi vida.

—Y dejando a un lado a esos que tú llamas horrendos O'Hara, ¿hay alguien que de veras te guste?

Era amable, no indiscreto; mostraba interés.

—No. Ya te he dicho; creo que, en lo que a hombres se refiere, he tirado la toalla, por ahora.

—Es una lástima. Algunos son muy buena gente.

Tenía una sonrisa maravillosa, ligeramente irónica, cómplice y divertida.

—No deseo correr riesgos. Estoy segura de que tú sabes por qué lo digo.

—Lo sé. Me he casado dos veces y me he relacionado con muchísimas mujeres. La verdad es que no las entiendo, pero nunca he podido renunciar a ellas.

—En tu caso es diferente, John, puedes elegir entre las mujeres del mundo entero.

—Orla, me parece que tú eres una muchacha que tiene muchas posibilidades de

elegir.

—No. Es un quebradero de cabeza. En el mejor de los casos, es una suerte de compromiso; en el peor, una pesadilla.

—¿Has estado enamorada alguna vez?

—A decir verdad, no. ¿Y tú?

—De Monica, mi primera esposa, sí, estoy seguro. Tal vez porque éramos jóvenes y todo resultaba novedoso y apasionante, y porque tuvimos a Maria Rosa. Pero creo que era amor...

—Entonces has tenido más que yo.

—¿Te propones huir del amor?

—No, pero tampoco quiero hacer el ridículo y no comprometerme. Ya he visto demasiado al respecto. Mi madre y mi padre no tienen mucho de qué hablar, suponiendo que alguna vez hayan... Mi tía Mary está casada con un hombre que tiene como cien años, pero es dueño de una importante propiedad, aunque en realidad no sabe ni en qué día vive. En cuanto a Chicky, ella sí se casó por amor, pero él desapareció de la faz de la tierra a causa de un accidente de coche. ¡Nada de esto habla mucho en favor del amor!

—A lo mejor te has puesto una armadura antes de que tengan la oportunidad de conocerte —sugirió.

—Tal vez. No quiero ser una sargento ni nada de eso. Que es lo que suele suceder, por lo visto.

—No, no he querido decir que...

—Supongo que mi verdadera irritación es con mis padres. Se meten demasiado en mi vida. Cada vez me resulta más difícil hacerles ver que me incordian.

—Bueno, los padres siempre se equivocan, Orla; tiene que ver con el territorio —dijo John con tristeza.

—Al parecer tú lo has resuelto con tu hija.

—No lo creas. Es tanto lo que ambiciono para ella. Quiero que tenga lo mejor, pero sé que no se lo estoy dando. Lo hago muy mal.

—Y tú, ¿qué clase de padres has tenido?

—Ninguno. No tengo idea de quién era mi padre, y mi madre nunca regresó a buscarme.

—Ah, pues... lo siento. —Orla estiró su mano y la posó en la suya—. Soy una idiota. No sabía. Perdóname.

—No, no tiene importancia. Solo trato de explicarte por qué estoy tan apegado a la familia y la defiendo tanto —explicó John—. Yo jamás he sabido nada sobre mi madre, salvo que hablaba en italiano y que me abandonó, envuelto en una manta, en el portal de un orfanato hace unos sesenta años. He pasado horas, semanas, años preguntándome por ella, esperando siempre que se encontrara bien y tratando de entender por qué me había abandonado.

Orla no había retirado su mano. Apretaba la de él en señal de solidaridad.

—Apuesto a que ella también pensaba en ti todo el tiempo. Apuesto a que sí. ¡Y mira lo que has hecho con tu vida! Habría estado tan orgullosa.

—¿Crees? De acuerdo. He conseguido la fama, pero, como tú dices, no lo disfruto lo suficiente, no me divierto. Tal vez a ella le habría gustado que yo lo pasara mejor, que fuera más feliz, menos impaciente.

—Hagamos un trato —propuso Orla—. Voy a ser menos exigente con los hombres. No presupondré que son todos unos pelmas gritones. Haré como los norteamericanos, para quienes un desconocido es un amigo que aún no conocen.

—No creo que los norteamericanos sean los únicos —dijo John en tono defensivo.

—Puede que no. Pero no vomitaré ante la sola idea de salir con uno de los espantosos hermanos o tíos de Brigid O'Hara. Les daré una oportunidad. ¿Te parece razonable?

—Muy razonable.

La vehemencia de Orla provocó en él una sonrisa.

—Tú, en cambio, vas a disfrutar siendo el que eres. La gente adora codearse con un famoso. Les hace bien, John. Nuestras vidas son aburridas. Es genial conocer a una estrella de cine. Ten la generosidad de comprenderlo.

—Lo prometo. No se me había ocurrido pensarlo de ese modo.

—Y en cuanto a tu hija, tal vez deberías decirle las mismas cosas que me has contado a mí acerca del amor. Me encantaría tener un padre capaz de hablar así.

—Nunca lo había hecho antes —confesó.

—No, pero puedes empezar ahora y también decirle que te gustaría mucho verla y conocer a sus amigos, si no le molesta a ella, o a ellos, desde luego. Apuesto a que se pondrá muy contenta.

—Supongo que tengo miedo de que me rechace.

—Yo voy a enfrentarme con hombres que tal vez me rechacen. Esto es un trato, ¿o no?

—De acuerdo. ¿Y les darás también una oportunidad a tus padres? Puede que te vuelvan loca, pero estoy seguro de que desean lo mejor para ti.

—Sí, lo intentaré. Probablemente terminarán por canonizarme en vida, pero lo intentaré. —Se rio con ganas.

Sellaron el trato con un apretón de manos y emprendieron el viaje de regreso a Stone House.

En el trayecto pasaron por delante del Club de Golf de Stoneybridge. Unos pocos golfistas osados se habían aventurado a salir al campo. Afuera, en el portal, estaba aparcada una furgoneta rosa.

—¡Santo Dios! Frank ya le está dando al *whisky* caliente —suspiró Orla.

John frenó de golpe.

—A mí también me apetecería un *whisky* caliente —dijo.

—No puedes, no eres miembro del club. Y, además, hace poco que has

desayunado.

Pero John había aparcado el coche y a grandes zancadas se dirigía a la entrada.

Orla corrió tras él, alarmada.

Solo en el bar, sentado en un taburete, mirando un periódico con una lupa, había un anciano con el cabello alborotado. Levantó la vista cuando la puerta se abrió con estrépito. Un desconocido cruzó el salón, un hombre de unos cincuenta años con una cara chaqueta de piel.

—¡Bueno, bueno, si es Frank Hanratty, como que estoy vivo y respiro! —dijo el extraño.

—Hum... ¿Sí?

Rara vez se acercaban a Frank las personas que lo conocían y casi nunca los que no lo conocían.

—¿Cómo estás, Frank, viejo amigo?

Frank lo miró con sus ojos nublados.

—Tú eres Corry Salinas —dijo incrédulo.

—Claro que sí. ¿Quién podría ser si no?

—Pero ¿cómo me conoces?

—Ayer estuvimos hablando de ti en el *pub*. Sé que eres un gran aficionado al cine, ¡y hoy te encuentro aquí!

—Pero ¿cómo sabías que estaba aquí?

El pobre Frank estaba anonadado.

—¿No es tuya la furgoneta que está afuera? —preguntó John como si fuera lo más natural.

Frank asintió con mucha seriedad. Tenía sentido, claro.

—¿Te apetece un *whisky* caliente, eh, Corry? —propuso Frank.

—No me sienta bien beber por la mañana. Pero me apetecería mucho una taza de café. Oye, ¿conoces a mi amiga Orla?

Se sentaron y se pusieron a charlar sobre películas. El chico que atendía el bar les llevó los cafés a la mesa.

—No puedo creer que hayas entrado para verme a mí.

Frank estaba más contento que nunca en toda su vida.

John y Orla se miraron.

Habían hecho un trato.

HENRY Y NICOLA

Cuando Henry se graduó en medicina, sus padres albergaban la esperanza de que siguiera estudiando y se especializara, tal vez en cirugía. Su madre y su padre, ambos médicos, lamentaban que no hubiera sido así. «¡Mira las oportunidades que has perdido!», le decían con pesar.

Pero Henry ya había tomado una decisión: sería médico clínico. No había lugar para él en la consulta de sus padres, pero ya encontraría un pueblo pequeño donde, junto a Nicola, llegarían a conocer a todos muy pronto. Tendrían hijos y formarían parte de la comunidad.

Henry había conocido a Nicola en la facultad de Medicina, durante la primera semana. Por muy jóvenes que fueran, los dos supieron en cuestión de semanas que estaban hechos el uno para el otro. Los padres de ambos les rogaron que no se precipitasen, que fueran novios un tiempo antes de casarse. Cuatro años después les anunciaron que no esperarían más.

Fue una boda íntima y alegre, que celebraron en la ciudad donde vivía la familia de Nicola. Todos los invitados coincidieron en afirmar que en un mundo complicado, lleno de confusión e incomprensión, Henry y Nicola parecían dos rocas en un mar tempestuoso.

Adquirieron experiencia en la especialidad de medicina general haciendo prácticas de seis meses en un hospital maternoinfantil, una clínica de cardiología y un centro de pediatría. No tardaron en sentir que ya podían colgar su placa en la puerta. Y mientras buscaban el lugar perfecto donde instalarse, decidieron probar a tener un hijo. Parecía un buen momento.

Si resultaba difícil encontrar el lugar ideal para vivir, lo era aún más concebir un hijo. No podían entenderlo. Eran médicos y conocían perfectamente todo lo relacionado con los períodos de fertilidad. Las pruebas médicas no revelaron problema alguno. En su entorno los alentaron a que siguieran probando. Y así lo hicieron. Un año después lo intentaron con la fecundación *in vitro*, pero tampoco dio resultado.

Soportaron los comentarios bienintencionados, aunque irritantes, de sus padres, que no veían la hora de convertirse en abuelos, y de amigos que ofrecían sus servicios de canguro.

Podría ocurrir o no. Henry y Nicola se sabían capaces de aguantar cualquier cosa. Habían sobrevivido incluso a una tragedia que había tenido lugar ante sus propios ojos en un servicio hospitalario de Accidentes y Urgencias. Un hombre joven, trastornado, bastante colocado, entró con su novia, a quien maltrataba, y la mató de un tiro delante de todos. Acto seguido, se suicidó.

A primera vista, lo sobrellevaban con dignidad. Henry y Nicola recibieron elogios por la forma en que habían manejado la situación y evitado que los demás pacientes sufrieran un trauma. Pero en el fondo había sido una experiencia terrible: el recuerdo de la mañana en que habían visto, a escaso metro y medio de distancia, dos vidas segadas no dejaba de perseguirlos. Estaban entrenados para lidiar con la vida y la muerte, pero aquello fue demasiado brutal, demasiado cruel, demasiado insensato. Les dolió mucho. Dejaron de empeñarse tanto en encontrar el lugar perfecto donde vivir y ejercer la medicina. Comparada con la violencia de la que habían sido testigos tan de cerca, esa cuestión ya no les parecía relevante.

Un día Nicola leyó un anuncio de una empresa naviera de cruceros por el Mediterráneo que ofrecía un puesto de médico de a bordo. Se rieron al leerlo. Qué vida: tenis en cubierta, cócteles con el capitán y tratar indigestiones leves o algunas insolaciones; probablemente serían los únicos problemas. Parecido a ir de *picnic*. Y algo se despertó en ellos. Siempre habían trabajado mucho, nunca habían tenido tiempo para tomarse vacaciones en el extranjero. Quizá era esto lo que ambos necesitaban.

Un poco de sol, un descanso, un cambio. Algo que pudiera borrar el recuerdo de aquel día y el inútil remordimiento de no haber sido capaces de prever las intenciones de un drogadicto.

Solicitaron el empleo y acudieron a la entrevista.

La naviera dijo que solo podían contratar a un médico, pero que, si uno de ellos, él o ella, era capaz de hacer alguna otra cosa a bordo, les autorizarían a viajar juntos.

Nicola se ofreció a dar clases de *bridge* y a encargarse de la biblioteca del barco.

—O tú serías el médico —dijo Henry— y yo haría otra cosa.

—Lo único que querrán de ti es que bailes con las ancianas. Creo que estarás más seguro con una bata blanca en la enfermería —bromeó Nicola.

Y firmaron el contrato.

Eran la pareja más popular del barco y se acostumbraron fácilmente a esa vida. Por lo general, los pasajeros del crucero solían ser personas entusiastas e ingenuas; la mayor parte de sus problemas de salud estaban relacionados con su avanzada edad. Necesitaban a alguien que los tranquilizara y les diera ánimo. A Henry se le daban muy bien ambas cosas.

Nicola desempeñaba sus nuevas actividades divinamente. Hasta inauguró un curso de nuevas tecnologías en el que enseñaba a los pasajeros a utilizar sus móviles, *Skype*, e impartía clases de informática básica.

Visitaron lugares que de otro modo jamás habrían visto. ¿Cómo si no habrían podido pasear por los zocos y los mercados de Tánger, el casino de Montecarlo, las ruinas de Pompeya y de Éfeso? Estuvieron ante el Muro de las Lamentaciones, en Jerusalén, y nadaron en las aguas azules de Creta.

Suponían que aquello no se prolongaría más allá de seis meses, pero cuando la naviera les ofreció renovar el contrato, les costó no aceptarlo. Era la primera vez que se habían sentido totalmente relajados; habían tenido tiempo para conversar e intercambiar opiniones sobre sus experiencias. Se sentían despreocupados y de buen humor como nunca antes. El recuerdo de aquel suceso terrible ocurrido en el servicio de Accidentes y Urgencias empezaba a desdibujarse.

El destino del crucero de invierno era el Caribe. ¿Cuándo tendrían ellos otra ocasión de visitar lugares tan lejanos? ¡Qué oportunidad! Y firmaron.

Mientras paseaban por las antiguas plantaciones de Jamaica o descansaban rodeados de las flores exóticas de Barbados, se felicitaban por la buena suerte que habían tenido. A veces hablaban de la posibilidad de volver a ejercer la medicina «verdadera» y de tener hijos mediante la adopción. Pero no con frecuencia. Se sentían muy afortunados de tener tanto tiempo libre.

Tampoco llevaban solamente una vida ociosa. Hacían su trabajo. Velaban por la salud de las personas de a bordo. Henry salvó la vida de un chico al diagnosticarle una apendicitis y consiguió que lo trasladaran en helicóptero a un hospital. Nicola practicó una maniobra de Heimlich a una anciana que se había atragantado y la salvó. Henry confirmó su embarazo a una joven de dieciséis años y la ayudó a dar la noticia a sus padres. Nicola permaneció sentada horas y horas junto a una mujer deprimida que tenía pensado hacer el crucero para acabar con su vida. La mujer escribió una carta al director de la naviera diciéndole que nunca había recibido una atención tan esmerada y afectuosa en su vida y que ahora se sentía mucho mejor.

De manera que les ofrecieron otro contrato en un crucero escandinavo que zarparía la próxima primavera.

A Nicola se le ocurrió otra idea, que comunicó de inmediato al director del crucero. ¿Por qué no contar con un peluquero que enseñara a los maridos a secar el cabello de sus esposas?

El hombre la miró azorado.

Pero ella insistió. A las mujeres les gustaría que sus parejas supieran hacerlo. Y los hombres se entusiasmarían con la idea porque de esa manera ahorrarían dinero.

—¿Y qué haríamos con el salón de belleza? —preguntó el director.

—Antes tendrán que pasar por el salón para un corte y un peinado. Créame, les gustará mucho. Saldrá ganando, ya verá.

Y estaba en lo cierto: las sesiones de secado de pelo fueron una de las actividades que más éxito tuvo en el barco.

A ambos les encantó la costa de Noruega, desde Bergen hasta Tromsø. Juntos contemplaban los paisajes desde el barco y señalaban los fiordos para que el otro los viera. La luz era espectacular. Entre los pasajeros, como de costumbre, estaban los ya experimentados en materia de cruceros y también los primerizos, impresionados ante

tal despliegue de entretenimientos, comidas y bebidas.

Fue al tercer día del viaje que Beata, una de las azafatas, vino a ver a Henry. Era polaca, joven, rubia y atractiva, y le dijo que era un asunto delicado, muy embarazoso, por cierto.

Henry la instó a que le explicara el problema con calma. Esperaba que no fuera a decirle que le ocurría algo grave, pero Beata, retorciéndose las manos y mirando para otro lado, le contó una historia muy diferente.

Se trataba de Helen Morris, una mujer que ocupaba la cabina 5347. Estaba allí con su madre y su padre. Beata hizo una pausa.

Henry sacudió la cabeza.

—Bueno. Son los camarotes de la familia, ¿no? ¿Cuál es el problema?

—Los padres —dijo Beata—. El padre es ciego y la madre tiene demencia.

—No, no es posible —reaccionó Henry—. Están obligados a declarar cualquier clase de enfermedad o discapacidad preexistente antes de subir a bordo. Tienen que firmar un documento. Para el seguro.

—Encierra a su madre con llave en el camarote y lleva a su padre a tomar el aire a cubierta; luego lo encierra a él y saca a pasear a la madre. Nunca bajan a tierra para unirse a las excursiones. Y desayunan, almuerzan y cenan en el camarote.

—¿Y por qué me lo cuenta a mí? ¿No debería decírselo al capitán o al director del crucero?

Henry estaba perplejo.

—Porque la obligarían a desembarcar en el próximo puerto. No querrán correr riesgos con personas así a bordo —explicó Beata moviendo la cabeza.

—Pero ¿qué puedo hacer?

Henry estaba realmente desorientado.

—Ahora usted lo sabe, es suficiente. No podía seguir guardando el secreto. Usted y su esposa son muy buenos. Encontrará una solución.

—Esa mujer, Helen Morris, ¿qué edad tiene?

—Unos cuarenta años, creo.

—¿Y es una persona normal, una persona equilibrada?

—Sí, parece muy buena persona. Soy yo quien les lleva la comida al camarote. Ella confía en mí. Me dijo que era la única forma de ofrecerles unas vacaciones. Usted sabrá qué hacer.

Esa noche, Henry y Nicola hablaron del asunto. Sabían lo que debían hacer. Su obligación era informar que una pasajera había mentido acerca de la salud y la discapacidad de sus familiares. Sabían que las exorbitantes sumas que desembolsaba la compañía en concepto de seguros no cubrirían este engaño.

Pero ¡vaya situación!

—¿Por qué no vas a verla y hablas con ella? —sugirió Nicola.

—No me apetece que me involucre en sus intrigas.

—No. Tú harás lo que tienes que hacer, pero no permitas que se transforme en solo un nombre, parte de una estadística. Habla con ella, Henry, por favor.

Buscaron los nombres en la lista de embarque. No había mención alguna de impedimento o discapacidad de sus padres. Helen vivía con ambos al oeste de Londres.

Llamó a la puerta de la cabina 5347. Se encontró con una mujer de tez pálida, con el pelo largo y lacio y grandes ojos que lo miraban con ansiedad.

—Ah, ¿es usted, doctor? —dijo algo alarmada.

Henry llevaba un portapapeles.

—Es solo una visita de rutina. Estoy revisando a todos los pasajeros mayores de ochenta años, para comprobar que se encuentran bien de salud.

Se dio cuenta de que su voz sonaba crispada y algo fuerte.

—Se encuentran bien; gracias, doctor.

—Entonces, tal vez podría verlos, solo para...

—Mi madre duerme. Mi padre está escuchando música —repuso Helen.

—¿Me hace el favor? —pidió Henry.

—¿Por qué ha venido en realidad?

Aparecieron arrugas en su rostro.

—Porque no han bajado a comer y he pensado que podrían haberse mareado.

—¿Alguien le ha dicho algo?

Detectó miedo en su voz.

—No, no. —Henry fue categórico—. Es solo rutina. Forma parte de mi trabajo.

Le sonrió y se preparó para que ella lo hiciera pasar.

Helen lo miró durante treinta segundos escudriñando su rostro. Y al final se decidió.

—Pase, doctor —dijo y abrió completamente la puerta de la cabina.

Henry vio a un anciano en un sillón con unos cascos en la cabeza y marcando con el pie el compás de lo que fuera que estaba escuchando, y con los ojos sin vista puestos en un punto lejano. Afuera, se deslizaba lentamente el espectacular paisaje de los fiordos noruegos, pero él no lo veía. Su esposa estaba sentada en la cama con una muñeca en los brazos.

—Mi pequeña Helen, mi pequeña Helen —repetía una y otra vez acunando a la muñeca para que se durmiera.

Henry tragó saliva. Ni por asomo había pensado en encontrarse con algo semejante.

Carraspeó.

—Rutina, nada más, como le he dicho.

—¿Debe hacerlo, debe informarles? —le preguntó ella con ojos suplicantes, enrojecidos.

—Sí —contestó Henry.

—Pero ¿por qué, doctor? Todo ha ido bien durante cuatro días. Solo son nueve más.

—No es tan sencillo. Las normas son muy claras.

—No hay normas que me ayuden a proporcionarles unas vacaciones, un poco de aire fresco, un cambio de paisaje, salir de ese apartamento de Hammersmith con escaleras que hay que bajar y subir todos los días... Era mi única oportunidad, doctor.

—Pero usted no nos dijo toda la verdad.

—No podía decirle toda la verdad. Usted no nos habría permitido subir a bordo.

Henry permaneció en silencio.

—Escuche, doctor, estoy segura de que su vida es maravillosa, de que no tiene problemas graves, y me alegro por usted, pero no todos pueden decir lo mismo. Soy hija única. Mis padres no tienen a nadie más que a mí. Me permitieron estudiar y convertirme en maestra. No puedo abandonarlos ahora. —Hizo una pausa, como tratando de recomponerse. Y añadió—: Trabajo en casa corrigiendo y calificando las pruebas de un curso por correspondencia. Y ellos se conforman con tan poco... Dígame, sea honesto, ¿es acaso un crimen llevarlos unos días de vacaciones, y de paso descansar yo y disfrutar de paisajes maravillosos?

Henry se sentía abochornado.

Helen se retorció las manos en su regazo. Su padre sonreía escuchando su música; su madre acunaba a la muñeca en sus brazos, arrullándola y haciéndole arrumacos y llamándola Helen.

—La comprendo, de verdad —dijo. Se sentía vencido, inútil.

—Pero de todos modos los informaré y... ¿nos obligarán a desembarcar?

—No querrán arriesgarse a... —empezó a decirle.

—¿Y usted, doctor, podría arriesgarse? Usted que ha tenido tanta buena suerte en la vida, una gran educación, una esposa adorable. Los he visto juntos. Tiene un empleo de ensueño, como unas vacaciones permanentes. Usted no ha conocido algo parecido a esto. Ha tenido una vida fácil. ¿No podría ser compasivo y arriesgarse por nosotros? Seré muy prudente, créame.

Henry pensó en decirle que su vida no había sido fácil. No habían podido tener los hijos que ambos deseaban. Habían presenciado dos muertes violentas y todavía hoy seguían creyendo que, si hubieran sido capaces de reaccionar más rápido, habrían podido evitarlas. En cierto modo, el estilo de vida en el barco los incomodaba y se sentían un poco culpables. Pero ¿cómo podía su vida compararse con la de la mujer que tenía delante?

—¿Cómo ha podido pagar...?

—El hermano de papá murió —atajó Helen—. Le dejó diez mil libras. Me pareció que era una oportunidad que jamás volveríamos a tener. No podía desperdiciarla.

—Entiendo.

—Y hasta ahora ha ido todo muy bien, ha sido fantástico. Fantástico. Mejor de lo

que había soñado.

Había esperanza en su voz.

—No será fácil —la previno Henry.

La sonrisa de Helen fue su recompensa. Se preguntó si habría alguien en su vida capaz de compartir el peso de tantos cuidados y su inquebrantable determinación.

—Le pediré a Nicola que nos ayude —dijo Henry.

Y así quedó convenido.

A decir verdad, tampoco resultó tan complicado. Nicola acudía al camarote a diario y permanecía allí mientras Helen salía con su padre a dar un paseo, e incluso a nadar. Entonces Henry se llevaba sus papeles de trabajo y se sentaba junto al anciano mientras Helen y su madre paseaban por cubierta con la muñeca.

Helen era una experta en evitar las conversaciones con los demás pasajeros. Se la veía cada día más saludable y relajada.

Nada dijo Henry a Beata del arreglo con Helen, pero sabía que ella se había dado cuenta, y que le estaba agradecida.

Hubo algunos contratiempos. En la reunión que el director mantenía cada día con el personal del crucero, este mencionó que alguien le había informado de que un anciano había tropezado en cubierta. ¿Tenía conocimiento de ello el doctor Henry? ¿Había algún problema con ese hombre?

Henry, sin sobresaltarse, mintió. Sí, el viejo estaba algo delicado, pero al parecer su hija tenía todo bajo control.

Un día, cuando Nicola se encontraba cuidando a la anciana, la supervisora de camarotes decidió llevar a cabo inspecciones sorpresa. Se presentó en la puerta, escoltada por Beata.

Nicola tragó saliva. Debía conservar la calma.

—Estoy dando una clase individual de informática —explicó con una gran sonrisa.

Por fortuna la madre de Helen no eligió ese momento para cantarle una nana a su muñeca. Antes de seguir con la inspección, la supervisora comentó que justamente eran clases individuales de informática lo que todos los mayores de cuarenta necesitaban.

—Venga, pues, a mi oficina, y quedamos para hacer una clase —ofreció Nicola—. Le haré un hueco para que coincida con su día libre.

La siguiente ocasión fue durante el cóctel que ofreció el capitán, cuando notaron que no había nadie de la cabina 5347.

—Están cenando, ellos cenan temprano —explicó Nicola.

—Prefieren ir a su aire —añadió Henry.

Conocieron mejor a Helen en el transcurso de aquellos nueve días. Les contó cuánto añoraba dar clases; la alegría que había sentido siempre en el aula con sus alumnos

cuando al final conseguía que entendieran algo. Les agradeció de corazón y les dijo que eran muy buenas personas y que merecían la felicidad que tenían. Henry y Nicola la sondearon con discreción a fin de averiguar cómo se las arreglaría con todo aquello cuando regresara a casa.

—Igual que antes —dijo con expresión sombría—, pero al menos tendremos este viaje para recordar. Ha sido el dinero mejor gastado.

—¿Alguna otra herencia a la vista? —Nicola trató de que sonriera un poco.

—No, pero todavía me quedan mil libras. Con eso puedo permitirme algún capricho... —Y la sonrisa triste volvió a aparecer en su rostro.

Atracaron en Southampton. Nicola y Henry empezaron a respirar más tranquilos.

Helen había alquilado un coche para llevar a sus padres a Londres. Irían en taxi desde el centro de desembarque a la agencia de alquiler de automóviles.

Intercambiaron direcciones.

—Enviadme una postal desde vuestro próximo crucero —dijo Helen como si fueran personas de las que se había hecho amiga en el barco y no sus cómplices durante nueve días y nueve noches.

—Sí, y tú cuéntanos cómo te va —dijo Nicola. Su voz sonó hueca.

Sería, como lo había pronosticado Helen, lo mismo de siempre.

Los oficiales y la tripulación estaban reunidos en la cubierta para despedirse de los pasajeros. Nicola y Henry abrazaron a Helen antes de que bajara llevando a su padre y a su madre, uno de cada brazo. La vieron descender la pasarela; era baja y corpulenta, pero caminaba con paso firme y la cabeza bien alta.

El personal de limpieza se encontraba a bordo cuando Nicola y Henry se disponían a desembarcar. Irían en coche a casa donde pasarían diez días visitando a sus respectivos padres y amigos hasta el próximo crucero, esta vez con destino a Madeira y las islas Canarias.

Estaban despidiéndose del director del crucero cuando escucharon las noticias. Se había producido un terrible accidente justo a la salida de Southampton, un accidente de tráfico, tres muertos, todos ellos pasajeros que acababan de desembarcar del crucero. Henry y Nicola se miraron afligidos. Antes de que hablara el director, ya lo sabían.

—Ha sido, al parecer, un suicidio, ¿puede creerlo? Ella subió al coche alquilado y lo estrelló contra un muro. Un desastre, murieron todos en el acto. Como encontraron las etiquetas de nuestro crucero, se pusieron en contacto con nosotros. Debe de haber sido aquella mujer, Helen Morris, y sus padres, los de la cabina 5347, aparentemente...

—Tiene que haber sido un accidente. —Henry apenas podía hablar.

—No lo creo. Los testigos afirman que ella frenó, dio marcha atrás y acto seguido condujo el coche directamente contra el muro. Dios mío, ¿por qué lo habrá hecho?

—No sabemos que ella... —empezó a decir Nicola.

—Sí, Nicola, lo sabemos. La policía está aquí, están haciendo averiguaciones. Debemos hablar con ellos, declarar.

El director estaba nervioso y fue al grano:

—Estamos cubiertos, ¿verdad, Henry? No detectaste nada, ¿no?

A Henry le pareció que había tardado siglos en contestarle, pero probablemente fueron solo unos segundos.

—No, daba la impresión de estar bien. Una persona muy positiva.

El director del crucero se sintió aliviado, pero seguía preocupado.

—¿Y qué hay de sus padres? ¿Tenían buena salud?

—Eran frágiles, pero ella se ocupaba muy bien —explicó, y puso en marcha una serie de mentiras que él y Nicola dirían en las siguientes veinticuatro horas.

Antes de abandonar el barco, Henry buscó a Beata. ¿Se había enterado de la noticia? Sí, todos estaban al tanto. Beata observó a Henry con una mirada fija y penetrante.

—Es muy triste, lo siento mucho por la pobre señora y su familia, pero me alegro de que hayan podido disfrutar de unas felices vacaciones al final de sus vidas.

Le estaba rogando que no dijera nada. También ella podría tener problemas por haberlo mantenido en secreto.

Se despidió dándole un beso en la mejilla.

—Tal vez volvamos a vernos en otro crucero, doctor Henry.

—No lo creo —respondió.

Sentía que sus días como médico de a bordo habían terminado. En adelante haría lo que se había propuesto hacer desde el principio: curar a la gente, brindarles una calidad de vida mejor, no quebrantar las normas por razones sentimentales y acabar siendo responsable de la muerte de tres personas.

—Ella lo hubiera hecho igual —intentaba convencerlo Nicola en el coche, camino a Esher.

Henry miraba adelante, no hacía preguntas.

—Lo hubiera hecho en Bergen o en Tromsø, o en otra parte...

Seguía callado.

—¿Sabes? tú le diste nueve días de vacaciones. Fue lo único que hiciste. Que hicimos.

—Pasé por alto las normas. Jugué a ser Dios. Esa es la verdad.

—Te amo, Henry.

—Y yo a ti, pero eso no cambia lo ocurrido.

No se lo contaron a nadie. No dieron explicaciones acerca de los motivos por los que renunciaban a lo que parecía ser el mejor trabajo del mundo. Se ofrecieron como voluntarios en los programas dedicados a la prevención del suicidio y la detección y tratamiento de la depresión. Se distanciaron de amigos y familiares. Trabajaban como médicos interinos durante breves períodos. El sueño de practicar la medicina en un

pueblo pequeño había desaparecido. Creían que se les había escapado de las manos. No estarían a la altura. No habían aprobado el examen que la vida les había deparado.

Al final, los padres de Henry decidieron hablarles con franqueza.

Fue en casa de ellos, un domingo, al finalizar uno de esos almuerzos deprimentes en los que nadie abría la boca.

—Te noto muy cambiado desde que habéis vuelto del crucero —empezó a decir su padre.

—Creía que no aprobabas nuestros cruceros. Decías que no era verdadera medicina —repuso Henry, malhumorado.

—Es cierto, y siempre diré que debiste especializarte. Ahora serías un especialista, con muchas perspectivas por delante.

—Solo queremos que seas feliz. Nada más, cariño —explicó su madre.

—Nadie es completamente feliz —contestó Henry, y salió al jardín a lanzarle palitos al viejo perro.

Entonces los padres de Henry decidieron hablar con Nicola. Se la encontraron en la cocina sorbiendo una taza de té y con la mirada fija en el vacío.

—No queremos inmiscuirnos, querida —empezó a decirle su suegra.

—Lo sé, nunca lo hacéis, sois realmente estupendos —dijo Nicola con admiración, preguntándose si podría evitar el «pero» que adivinaba.

—Pero estamos preocupados...

El padre de Henry no deseaba que la conversación acabara antes de haber comenzado.

El rostro imperturbable de Nicola no dejaba traslucir nada.

—Claro que os preocupáis —admitió—, es lo que hacen todos los padres.

—Habéis estado dando tumbos los últimos dos años, sin hacer nada en concreto. Mira, ya sé que no es asunto nuestro, pero nos preocupa.

El tono de voz de su suegro era el de alguien que suplicaba que lo escucharan.

Nicola se volvió y lo miró de frente.

—¿Qué quieres que hagamos? Dímelo con claridad. Tal vez podamos hacerlo.

Percibió algo en el rostro de Nicola que lo asustó. Nunca la había visto tan enfadada. De inmediato se arrepintió de lo dicho y dio marcha atrás.

—Lo único que estaba diciendo... Lo que quería decir era que... tendríais que tomaros unas vacaciones, un descanso...

—Ah, sí, claro, ¡vacaciones! —exclamó Nicola, y por su voz, completamente histérica, parecía encantada con la idea. Vacaciones...—. Tiene gracia que lo menciones, porque justamente estuvimos hablando de tomarnos unas vacaciones. Hablaré con Henry y os pondremos al tanto de nuestros planes.

Y salió de la cocina antes de que ellos añadieran nada más.

En el coche, cuando regresaban a casa, le contó a Henry lo de las vacaciones.

—No creo que tenga energía suficiente como para unas vacaciones —contestó.

—Yo tampoco, pero tengo que decirles algo para que nos dejen en paz.

—Lo siento. Tus padres no dan tanto la lata como los míos.

—Claro que sí, pero no delante de ti. Le tienen un poco de miedo a su yerno, ¿sabes?

—Nicola, ¿a ti te apetecen unas vacaciones?

—No estaría mal que nos fuéramos una semana a alguna parte antes de que llegue el invierno, pero la verdad es que no sé adónde —repuso.

—Bueno, seguro que ni a ti ni a mí nos gustaría ir a las Canarias en invierno —dijo Henry.

—Y tampoco me apetece nieve en invierno. Detesto esquiar —añadió Nicola.

—Y a mí no es que me enloquezcan los viajes en autobús —apuntó Henry.

—O París. Demasiado frío y húmedo.

—Nos hemos vuelto muy gruñones y difíciles de complacer, y aún no tenemos cuarenta años —dijo de repente Henry—. Sabe Dios cómo seremos cuando seamos viejos de verdad.

Lo miró con inmenso afecto.

—Tal vez debamos superar antes esta fase de viejos quejicas para volver a ser normales.

Lo dijo en broma, pero en su voz había tristeza.

—Ya sé lo que haremos —dijo Henry—. ¡Senderismo!

—¿Caminar?

—Sí, iremos a algún lugar que no conozcamos; las Tierras Altas de Escocia o al parque nacional de Yorkshire Moors.

—O a Gales, ¿por qué no?

—Sí; cuando lleguemos a casa buscaremos sitios y elegiremos alguno.

—No dormiremos en albergues juveniles, ¿verdad, Henry?

—¡No! Estoy pensando en un hotel bonito, con una calefacción potente, abundante agua caliente y excelente comida.

Nicola apoyó su espalda contra el respaldo del asiento del acompañante y suspiró.

Por primera vez en dos años creía que serían capaces realmente de pasar página. Una semana de vacaciones en invierno no resolvería sus problemas ni pondría fin a sus aflicciones, aunque bien podría ser el comienzo de una recuperación.

Cuando llegaron a casa, en Esher, a última hora de la tarde, hacía mucho frío. Henry encendió el fuego de la pequeña chimenea; era la primera vez que lo hacía en dos años. Detectó sorpresa en la cara de Nicola.

—Bueno, si hemos de tomar la gran decisión de marcharnos de vacaciones, cambiemos también algunas de nuestras costumbres, ¿no te parece? —adujo a modo de explicación.

Nicola preparó dos tazas de chocolate caliente. Otra novedad. Por lo general, después de visitar a sus respectivos padres, regresaban a casa extenuados, pero esa noche se sentían con más energía. Colocaron el ordenador sobre la mesita, cerca de la chimenea, y comenzaron la búsqueda de un lugar adecuado.

Había varios sitios extraordinarios en oferta. Una granja en Gales, pero demasiado apartada de todo. No les apetecía estar tan aislados. ¿Una cabaña de madera en el parque nacional de New Forest, donde los ponis salvajes pastan muy cerca de tu ventana? Sí, podría ser. Pero ¿no se cansarían de ver ponis al cabo de dos días? ¿O una antigua posada cerca de la Muralla de Adriano? Desde luego que era una posibilidad, pero no estaban muy convencidos.

Entonces vieron la foto de una casa en el oeste de Irlanda. Una casona grande, de piedra, situada sobre un acantilado que dominaba el océano Atlántico. Proponían excursiones, caminatas, aves salvajes, tranquilidad y buena comida. Por algún motivo, esa casa en ese lugar despertó su interés.

—Puede que hayan exagerado con la descripción y en realidad no sea como dicen. —Nicola estaba un poco asustada, temía dejarse llevar por el entusiasmo.

—Sí, pero no podrían falsificar las olas, las extensas playas vacías, todos esos pájaros.

—¿Y si telefoneamos? ¿Cómo se llama...? Ah, sí, señora Starr.

La voz que se puso al teléfono tenía un leve acento norteamericano.

—Stone House, ¿en qué puedo ayudarle?

Nicola le explicó que eran una pareja de unos treinta años, que habían estado trabajando muchísimo y que necesitaban unas vacaciones y un cambio. ¿Podía darle más información?

Chicky Starr les explicó que era un lugar muy sencillo, pero, en su opinión, lo suficientemente tranquilo y reparador. En otra época había trabajado durante un tiempo en Nueva York y solía volver cada año de vacaciones. Caminaba y caminaba y contemplaba el océano, y cuando regresaba a Estados Unidos, se sentía capaz de afrontar cualquier cosa.

Esperaba que sus huéspedes se sintieran como ella se había sentido entonces.

Les pareció demasiado bonito para ser verdad.

—¿Y todos se pondrán a cantar, ya sabe, como en un *pub* irlandés? —preguntó Henry con cierta desconfianza.

—¡Espero que no! —repuso Chicky riéndose—. Se servirá vino durante la cena, desde luego, pero a las personas que les apetezca una vida nocturna más animada podrán ir a los *pubs* de la zona, donde hay música.

—¿Y comeremos todos juntos?

Chicky comprendió el sentido de la pregunta.

—Todas las noches se sentarán a la mesa diez o doce personas, pero no se tratará de una prueba de resistencia. Antes de este hotel, trabajé toda mi vida en una pensión. Velaré por que nadie se sienta obligado a estar alegre. Créame.

Le creyeron y reservaron de inmediato.

Los padres de Henry se mostraron complacidos.

—Nicola nos ha contado que tenéis planes —dijo su madre—. Yo temía haber sido indiscreta, pero me ha dicho que aún no habéis concretado nada.

—No, madre. Tú nunca eres indiscreta —mintió Henry.

Los padres de Nicola no salían de su asombro.

—¿Irlanda? —preguntaron casi gritando—. ¿Qué sucede con Gran Bretaña? Hay montones de sitios que no habéis visto aún.

—Lo ha decidido Henry —mintió Nicola.

Callaron. Era cierto que se sentían un poco intimidados por su yerno.

Viajaron a Dublín en avión y desde allí se dirigieron en tren hacia el oeste. Por la ventanilla veían los campos, el ganado humedecido por la lluvia y los pueblos con nombres desconocidos escritos en dos idiomas. Parecía una lengua extranjera, incluso para aquellos que hablaban inglés.

El autobús que salía a Stoneybridge esperaba, en efecto, la llegada del tren, tal como había dicho Chicky Starr, quien les prometió que los iría a buscar en su coche una vez en el pueblo.

—¿Cómo la reconoceremos? —había preguntado Henry con preocupación.

—Yo los reconoceré a ustedes —afirmó la señora Starr.

Y así fue.

Era una mujer menuda la que les hizo señas con la mano, y charló animadamente con ellos mientras conducía a Stone House.

El lugar era tal cual aparecía en la fotografía que habían visto en su página web. La casa, cuadrada y sólida, se levantaba al final de un sendero de grava. Atardecía y una suave luz iluminaba las ventanas. En una había un gato blanco y negro, ovillado de forma que semejava una bolita de pelo, zarpas y orejas.

Detrás de ellos, la espuma cremosa de las olas alcanzaba la orilla y salpicaba los acantilados austeros y sombríos, majestuosos y accesibles a la vez.

Chicky les sirvió té con *scones* y los acompañó hasta la habitación, que disponía de un pequeño balcón que daba al mar.

Era una mujer que transmitía serenidad y no les preguntó por sus vidas ni por qué habían elegido su hotel. Les aseguró que los demás huéspedes, algunos de los cuales ya habían llegado, parecían personas muy agradables.

Se acostaron en la gran cama de matrimonio y se quedaron dormidos. ¡Una siesta a las cinco de la tarde! Para Henry y Nicola se trataba de otra novedad.

Despertaron con el sonido del gong, de lo contrario habrían seguido durmiendo. Bajaron a la gran cocina con discreción y se encontraron con los demás huéspedes.

Había un norteamericano, de nombre John, cuyo rostro les resultaba familiar, pero no podían ubicarlo. Dijo que había reservado en el último momento desde el aeropuerto de Shannon, pues había perdido un vuelo. También se encontraba allí una simpática enfermera llamada Winnie, que viajaba con su amiga, Lillian, una mujer

mayor. Ambas eran irlandesas y formaban una extraña pareja, aunque por separado eran muy agradables. También estaba Nell, una mujer de cierta edad, callada y observadora, con aspecto de persona reservada, y un sueco, cuyo nombre no alcanzaron a entender.

La comida era excelente; las explicaciones sobre los puntos de interés turístico fueron minuciosas. Ninguno se presentó con un violín o un acordeón o un repertorio de canciones irlandesas. Mientras Orla, la sobrina de la señora Starr, retiraba la mesa, todo el grupo volvió a sus habitaciones sin discursos ni explicaciones. Una vez en su cuarto, apenas se atrevieron a decirse que todo les parecía estupendo. En los dos últimos años habían tenido varias veces esa misma sensación y se habían equivocado.

Por una suerte de superstición pensaron que lo mejor era ir con pies de plomo, pero volvieron a dormirse profundamente, y el ruido de las olas que golpeaban contra el acantilado, más que inquietante, resultó reconfortante.

Cuando despertaron, a la mañana siguiente, vieron cómo las nubes se deslizaban rápidamente por el cielo empujadas por un viento de tormenta, y se convencieron de que gracias a este lugar entraría una bocanada de aire fresco en sus vidas. La amistad que entablaron con los demás huéspedes fue lo bastante estrecha para ser familiar pero no tanto para resultar asfixiante. Cuando Winnie y Lillian se perdieron, esa noche Henry se ofreció para formar parte de la partida de búsqueda en caso de que fuera necesaria una asistencia médica. La señora Starr dijo que prefería que Nicola y él permanecieran en la casa por si las dos mujeres lograban volver por sus propios medios. El médico del pueblo, el doctor Dai Morgan, estaba al tanto y aguardaba en su consultorio.

—¿Dai Morgan? No parece un nombre muy irlandés —comentó Henry.

—No; de hecho, llegó aquí procedente de Gales, como interino, hace treinta años, cuando el viejo doctor Barry enfermó. Y cuando el pobre falleció, Dai se quedó. Así de simple.

—¿Y por qué se quedó? —preguntó Nicola.

—Porque todos lo apreciaban. Y aún lo quieren. Dai y Annie se han integrado muy bien. Llegaron con una hija, Bethan, y a la niña le encantaba este lugar, disfrutaba muchísimo. Hoy es doctora, imagínese.

Al día siguiente, el doctor Dai Morgan se presentó en Stone House para comprobar que las dos señoras no sufrían trastorno alguno debido al tiempo que habían pasado en la cueva. Chicky le sirvió un café en la cocina y se marchó dejándolo sentado a la mesa en compañía de Henry y Nicola.

Era un hombre alto y corpulento, de unos sesenta años, afable, sereno y muy sonriente.

—Chicky me ha contado que compartimos profesión —dijo.

Se cerraron de inmediato. No tenían ganas de contestar preguntas sobre lo que habían hecho y cómo habían encarado sus respectivas carreras. Pero tampoco podían ser descorteses con él.

—Es verdad —respondió Nicola.

—Por desgracia —añadió Henry.

—Bueno, supongo que hay otros oficios peores que el nuestro —dijo Dai Morgan.

Sonrieron con educación.

—Echaré de menos este lugar —dijo de repente.

—¿Se marcha?

Era una sorpresa. Chicky Starr no había mencionado nada al respecto.

—Sí. Lo he decidido esta semana. A Annie, mi esposa, le han diagnosticado algo feo y le gustaría volver a Swansea. Sus hermanas viven allí, y también su madre, que está como una rosa y tiene ochenta años.

—Lo siento mucho —dijo Nicola.

—¿Es tan grave como piensa? —preguntó Henry.

—Sí, cuestión de meses. Hemos consultado a otros médicos, tenemos segundas y terceras opiniones.

—¿Ella lo ha aceptado?

—Annie es una roca. Sabe perfectamente de qué se trata. No se queja, nada de dramas, solo quiere estar con su familia.

—Pero ¿después...? —preguntó Henry.

—No tendré fuerzas para volver aquí. Para mí Stoneybridge nos representa a los dos. No será igual estando solo.

—Aquí le quieren. Dicen que la gente le aprecia mucho y para ellos no será lo mismo —insistió Nicola.

—Y a mí me encanta vivir aquí. Pero no solo.

—Entonces ¿cuándo se marcha?

—Antes de Navidad —contestó.

Más tarde, sentados a la mesa de un *pub*, en la montaña, donde pastaban las ovejas de cara negra que de vez en cuando se asomaban a mirar por la puerta, conversaron sobre el doctor Morgan. Parecía mentira que un hombre hubiera tenido que marcharse con su esposa tan lejos de su país, se hubiera quedado aquí tanto tiempo y al final tuviera que dejarlo todo para volver.

Y siguieron hablando del médico galés cuando caminaban por una extensa playa desierta. ¿Por qué motivo se habría quedado en un lugar tan pequeño y solitario como ese, donde no conocía a sus pacientes ni sabía nada de sus historias clínicas?

Hablaron de él por la noche, en el cuarto, oyendo las olas que rompían contra las

rocas.

—¿Sabes de lo que estamos hablando? —preguntó Henry.

—Sí, estamos hablando de nosotros, no de él. ¿Encontraremos, como él, la paz en un lugar como este?

—Él lo consiguió. Puede que no le resulte a todos igual.

Henry estaba ansioso, pero procuraba que no se notara.

—Tiene que haber un lugar en alguna parte donde podamos involucrarnos, hacer algo en vez de tratar de adaptarnos a un sistema —reflexionó Nicola con un destello de esperanza en los ojos.

Henry se acercó a ella y tomó su rostro entre sus manos.

—Te amo, Nicola, de veras. Helen estaba en lo cierto. Soy una persona que tiene la suerte de ser feliz, porque tú eres el centro de mi vida.

Descubrieron que les interesaba cada vez más conversar con Dai Morgan. A él también parecía agraderle su compañía. No le hacían ningún comentario con respecto a su esposa que pudiera parecerse a un falso consuelo. Menos circunspectos, menos celosos que la primera vez, ahora estaban más dispuestos a hacerlo partícipe de sus esperanzas de encontrar un lugar, una comunidad a la que aportar algo, un poco como él había hecho en Stoneybridge.

—Sin embargo, es mucho lo que no he hecho —suspiró Dai Morgan—. Si pudiera volver atrás, haría algunas cosas de forma muy diferente.

—¿Cuáles, por ejemplo?

Henry no quería ser indiscreto. Hizo la pregunta como si deseara aprender.

—Un maltratador que vive en los nuevos adosados de allí. Me llamó dos veces. Decía que su esposa, Deirdre, sufría de una especie de vértigo. Una vez se había caído por la escalera y otra vez del coche. Fracturas y contusiones. Mi impresión era que él le había pegado. El tipo no me gustaba, pero ¿qué podía hacer? La mujer juraba que se había caído. La tercera vez no fue una impresión sino una certeza, pero ya era demasiado tarde: no se recuperó.

—¡Dios mío! —exclamó Nicola.

—Dios mío, sí, en efecto. ¿Dónde estaba mi Dios, o el de ella, cuando ese cabrón se le echó encima la última vez? No dije nada entonces porque no había sido más que una intuición, una corazonada. Pero no hice caso de mi instinto y Deirdre murió.

—¿Y luego hablaste? —Los ojos de Nicola estaban llenos de lágrimas.

—Lo intenté, pero no pude. Su familia, sus hermanos y hermanas, insistieron en que su nombre no debía quedar manchado de esa manera. Merecía ser sepultada como una esposa amada y una madre feliz, o su vida habría carecido de sentido. Yo no podía entenderlo. Y sigo sin entenderlo. Pero, si pudiera retroceder en el tiempo, lo habría denunciado la primera vez, sin contemplaciones.

—Y al marido, ¿qué le sucedió?

—Vertió algunas lágrimas de cocodrilo, hizo unas pocas alusiones a «mi pobre esposa Deirdre». Pero después conoció a otra mujer, una persona completamente distinta, y el primer día que le pegó, ella acudió a denunciarlo de inmediato a la policía. Lo condenaron por agresión. Estuvo seis meses en prisión y cayó en desgracia. La familia de Deirdre lo atribuyó todo a su inmenso dolor por la muerte de su esposa. Supongo que, en cierto modo, podía tratarse de una consecuencia.

Se había puesto serio y triste al recordar aquello.

—¿Y piensas en eso a menudo? —preguntó Nicola.

—Antes sí. Constantemente. Cada día paso delante del cementerio donde está enterrada Deirdre. Cada vez que veo la casa donde ellos vivían, me acuerdo de la expresión de su rostro cuando me juró que se había caído por la escalera. Pero Annie me dijo que todo eso me estaba destrozando y que si no era capaz de sobreponerme no podría ayudar a nadie más. De manera que lo he superado, hasta cierto punto, supongo.

Dai se quedó mirándolos: asentían con una compasión y una comprensión tan sinceras que parecía indudable que lo comprendían; quizá a ellos también les había ocurrido algo similar.

Habló con cautela:

—Annie me dijo que de alguna manera yo buscaba protagonismo, que lo había transformado en mi problema, mi compromiso, o mi falta de compromiso. Debía tener en cuenta otros factores: él siempre sería un cabrón, cruel y diestro con los puños, y ella una víctima. ¿Acaso me creía una especie de ángel vengador enviado para salvar al mundo? No le faltaba razón.

—¿Has podido perdonarte? —preguntó Henry.

—Sucedió otra cosa por entonces. Me encontraba en mi consultorio cuando trajeron a uno de los niños O'Hara. Su madre dijo que el pequeño tenía un virus estomacal y que había vomitado. Dijo que estaba muy soñoliento y que tenía fiebre. Había algo que no me cuadraba, de manera que lo examiné con detenimiento. Pensé que tenía meningitis y llamé al hospital. Dijeron que debían ingresarlo para hacer los análisis pertinentes. Pedir una ambulancia y esperar a que vinieran a recogerlo llevaría mucho tiempo. Entonces los acomodé a él y a su madre en el asiento trasero de mi coche y salí a toda prisa. Conduje como un loco hasta el hospital, donde nos estaban esperando, con los análisis y los antibióticos, y lo salvamos. Ahora es un grandullón, un patán borracho, que se pone ciego bebiendo. Pero es un chaval simpático. Es muy bueno con su hermano menor, Shay. Lo cuida. Cada vez que me cruzo con él, dice: «Ahí va el gran hombre que me salvó la vida», y le pido que me dé una buena razón para alegrarme de haberlo hecho. Pero sé que lo hice, que por una vez lo que hice fue importante.

—Estoy segura de que no fue la única —dijo Nicola.

—Tal vez no, pero aquella fue como una redención, muy necesaria en aquel momento, os lo aseguro.

Henry y Nicola hablaron de ello en su habitación, mientras aguardaban el tañido del gong que anunciaba la cena.

—Redención... es lo que hemos estado buscando —dijo Nicola.

—A lo mejor el ratoncito Pérez nos la trae.

Henry no lo había dicho con cinismo, todo lo contrario, sonreía y le tomaba la mano.

Fueron los primeros en bajar a cenar.

Chicky y su sobrina Orla estaban preparando las bandejas de bebidas para los huéspedes. Hablaban entre ellas, muy serias.

—¿Qué pueden hacer, Chicky? ¿Encadenarlo de una pierna a la cama?

—No, pero no pueden dejar que salga solo de noche a vagar por ahí.

—Trata de impedirselo. Saldrá de todos modos...

En cuanto vieron a Nicola y a Henry pusieron fin a la conversación en el acto. Chicky era toda una profesional. Nunca discutía asuntos personales delante de sus clientes. El hotel funcionaba de maravilla, casi sin esfuerzo, aunque todo obedecía a una rigurosa organización. Preguntaron a Henry y a Nicola qué habían hecho durante el día. Sacaron unos libros sobre aves a fin de identificar a un ganso que la pareja había visto pavoneándose por la tierra pantanosa cerca del lago. Tenía patas rosas y un gran pico color naranja.

—Yo diría que es un ánsar común. —Chicky pasaba las hojas del *Aves de Irlanda*—. Aquí está. Es este, ¿qué os parece?

Creían que sí.

—Vienen de Islandia todos los años. ¡Increíble!

Chicky hizo una pausa, maravillada.

—Sería fantástico saber tanto sobre pájaros como usted.

Nicola envidiaba la forma en que Chicky podía dejar vagar su imaginación pensando en aquella ave que llegaba volando desde Islandia.

—No soy más que una aficionada. Teníamos la esperanza de poder contar con la colaboración de un verdadero observador de aves. En el pueblo hay un chico, Shay O'Hara. Conoce cada pluma de cada uno de los pájaros que vuelan por el cielo. Pero no ha sido posible.

—Habría sido genial, sobre todo para él —dijo Orla moviendo la cabeza con tristeza.

Chicky creyó necesario explicar el comentario de Orla.

—Shay no es el mismo estos días. Está deprimido. Nadie puede hablar con él. Confiamos en que solo sea algo pasajero.

—La depresión en un muchacho es algo serio —opinó Henry.

—Lo sé; el doctor Dai se ocupa de él, pero Shay no toma las medicinas y no va a terapia ni escucha a nadie —suspiró Chicky.

Los demás huéspedes empezaron a entrar en la cocina de manera que dejaron de

hablar del asunto.

Nicola se sentó al lado de un norteamericano guapo, que insistía en llamarse John y decía que había encontrado un nuevo amigo en el pueblo, un hombre llamado Frank Hanratty. Frank lo había llevado en su furgoneta rosa a recorrer kilómetros por carreteras de montaña para que conociera a un viejo director de cine, quien muchos años atrás se había retirado en esta parte del mundo. Un caballero muy agradable que les había servido una sopa de ortigas.

—¿Y te ha reconocido? —preguntó Nicola, distraída.

Hasta ese momento nadie había admitido o al menos dicho en voz alta que sabía que John era en realidad un actor de cine, una celebridad.

John le contestó con la mayor naturalidad:

—Sí, ha sido muy amable y me ha dicho que conoce mi trabajo. Es un hombre fascinante. Tiene gallinas, colmenas y una cabra. Su casa está llena de libros: es tan feliz como cualquiera de las personas que conozco.

—Extraordinario —comentó Nicola con cierta melancolía—. Ser feliz debe de ser maravilloso.

John la miró con gravedad, pero no dijo nada.

Antes de acostarse, salieron a respirar el aire frío del mar. Orla estaba sacando su bicicleta para marcharse a su casa.

—¿Te has cansado alguna vez de contemplar este paisaje? —le preguntó Henry.

—No, lo echaba mucho de menos cuando vivía en Londres. Hay quienes lo encuentran triste. Yo no.

—¿Y el pobrecillo observador de aves del que nos has hablado? ¿A él le parece triste?

—A Shay todo le parece triste —respondió Orla y se alejó pedaleando en dirección a su casa.

Eran las tres de la mañana cuando Henry y Nicola se despertaron con el chillido de unos pájaros que parecían llamarse entre sí. Todavía no era la hora del coro de la alborada ni de la reunión de las gaviotas al amanecer. Quizá se tratara de un ave en apuros en el balcón.

Se levantaron para comprobarlo.

Iluminada por la luz de la luna sobre el mar se recortaba la delgada silueta de un adolescente que llevaba puesto un jersey liviano, mantenía los brazos alrededor de su cuerpo, la cabeza hacia atrás, y lloraba.

Debía de ser Shay. Shay, a quien todo le parecía triste.

Sin consultarse, se pusieron los abrigos y los zapatos, y bajaron. Sin pensarlo dos veces, salieron y se dejaron envolver por el aire frío de la noche.

El chico tenía los ojos cerrados, la cara desfigurada. No podían entender las palabras que decía a gritos. Temblaba y tenía los hombros encogidos de desesperación. Se encontraba peligrosamente cerca del precipicio.

Fueron hacia él con paso seguro y sin dejar de hablar entre ellos, para que el muchacho no se asustara cuando se acercaran.

Abrió los ojos y los vio.

—No haréis que cambie de idea —dijo.

—No, es verdad —contestó Henry.

—¿Qué quieres decir?

—Tienes razón. No voy a hacer que cambies de idea. Si no lo haces ahora, lo harás más tarde esta noche, o mañana. Lo sé.

—Entonces, ¿por qué tratáis de impedírmelo?

—¿Impedírtelo? No estamos tratando de impedírtelo, ¿o sí, Nicola?

—No, por Dios, no. La gente hace lo que quiere.

—Entonces, ¿qué estáis haciendo aquí?

Tenía los ojos muy abiertos y llenos de terror y su cuerpo delgado temblaba.

—Queríamos preguntarte acerca del ánsar común. Hemos visto uno hoy. Deduzco que llegó volando de Islandia.

—No tiene nada de raro ver un ánsar común. Cada vez se ven más por aquí. Pero si hubierais visto un ánsar nival, eso es otra cosa, vale la pena hablar de ello —dijo Shay.

—¿Un ánsar nival? ¿También vienen de Islandia?

Nicola se movía como para colocarse detrás de él, pero sin hacerse notar y mirando hacia el mar, como si quisiera distinguir un ánsar nival a la luz de la luna.

—No, vienen del Ártico canadiense, de Groenlandia. Es posible verlos en Wexford, en la costa este. No vienen mucho por aquí.

—¿Tú los has visto alguna vez? —preguntó Henry.

—Sí, claro, con frecuencia, pero, como he dicho, no aquí. El año pasado vi un ánsar campestre. Eso es bastante raro.

—¡Un ánsar campestre!

Henry se forzó por darle un tono de asombro y admiración a su voz.

El chico sonrió.

—¿Quieres entrar y enseñarnos el ánsar campestre en el libro de las aves? —preguntó Nicola como si se le acabara de ocurrir.

—Ah, no. Tendré a Chicky todo el tiempo encima diciéndome que vaya al médico. Odio a los médicos.

—Te entiendo. —Nicola miró al cielo como si compartiera su opinión.

—Vosotros podéis buscarlo solos. Ella tiene todos los libros.

—No es lo mismo. Tú podrías explicarnos...

—No, no me sentiría cómodo.

Iba a darse la vuelta, pero Nicola se encontraba justo detrás de él. Posó la mano

suavemente en su brazo.

—Por favor, entra con nosotros. Henry no puede dormir, ¿lo ves? y nos ayudarías mucho si lo hicieras.

—Está bien, pero solo un rato —dijo.

Y entró con ellos en la cocina de Stone House.

Encontraron una chaqueta enorme de tela escocesa y se la pusieron mientras su jersey se secaba sobre el radiador. Nicola preparó té y comieron un poco de pan y queso. Estaba todavía allí, explicándoles cómo distinguir una barnacla cariblanca de una carinegra, cuando entraron los O'Hara gritando su nombre.

Habían leído la nota que les había dejado sobre la mesa de casa, la nota en la que decía que lo sentía, pero que era la única salida. Habían salido corriendo, por los acantilados, rezando para llegar a tiempo.

El padre de Shay se sentó a la mesa de Chicky y lloró como un crío.

Telefonaron a la madre de Shay, que estaba en tal estado de nervios que no había podido ir con ellos a buscarlo. Chicky había bajado y se ocupaba de todo como si lo que sucedía fuera lo más normal en un día de trabajo.

—Necesitamos un médico —dijo la hermana de Shay.

Shay levantó la vista, molesto ante la idea.

Chicky estuvo a punto de decir que había dos médicos en la cocina, pero Henry sacudió la cabeza.

—Estoy seguro de que el doctor Dai vendrá —dijo.

—Él sabrá lo que hay que hacer —añadió Nicola.

Chicky comprendió.

A la mañana siguiente, durante el desayuno, no hablaron del asunto. Orla ya lo sabía. Todo Stoneybridge había oído cómo los dos visitantes ingleses habían hablado con el chico y lo habían salvado de la muerte que había planeado. Los miró agradecida y les sirvió la comida.

Algunos huéspedes habían creído oír gritos en medio de la noche. Nada importante, explicó Chicky, y se entretuvieron decidiendo qué harían ese día.

Esa misma mañana, Nicola y Henry hicieron una visita a Dai Morgan.

—Hoy hay un ser humano que está vivo gracias a vosotros —dijo.

—Pero ¿por cuánto tiempo? —preguntó Henry—. Volverá a intentarlo.

—Quizá no. Ha aceptado ingresar en el hospital, en observación. Dice que tomará las medicinas y que estaría dispuesto a hablar con un terapeuta. Ya es mucho comparado con la situación anterior.

Henry y Nicola se miraron.

Dai continuó:

—Estoy impaciente por marcharme lo antes posible. Empezaré a hablar hoy mismo con la gente. Me preguntaba... es un poco raro, pero me preguntaba...

Sabían lo que iba a decirles.

—Necesito un médico que me sustituya un par de meses. ¿Lo pensaréis?

—No confiarían en nosotros. Somos forasteros.

—Yo también era forastero.

—Pero es diferente. No saben absolutamente nada de nosotros.

—Saben que habéis salvado la vida de Shay O'Hara. Es una excelente tarjeta de visita, ¿no os parece?

Hablaron de muchísimas cosas mientras hacían planes.

—No tienen por qué ser treinta años, como en mi caso —les dijo Dai.

Se quedó mirándolos: allí, los dos juntos bajo el sol invernal, se veían muy relajados; no los había visto antes así.

—Bueno, también podrían ser más, desde luego —añadió.

ANDERS

Cuando Anders iba al colegio y le preguntaban qué quería ser de mayor, él siempre contestaba que contable, como su padre y su abuelo. Trabajaría en las magníficas oficinas que la prestigiosa firma familiar poseía en Estocolmo. Almkvist era una de las empresas más antiguas de Suecia, decía orgulloso a quien quisiera escucharlo.

Anders era un niño muy alegre, cuyo cabello lacio y rubio le caía sobre los ojos. Desde temprana edad dio muestras de su amor por la música y a los cinco años ya dejaba a todos admirados tocando el piano. Cuando se hizo mayor pidió una guitarra y aprendió a tocarla sin que nadie le enseñara. Noche tras noche lo oían tocar la guitarra en su cuarto después de haber hecho sus deberes. Entonces, Fru Karlsson, el ama de llaves, le dio a probar la *nyckelharpa*, la viola tradicional sueca. Había pertenecido a su abuelo, y así como su abuelo le había enseñado a tocarla, ahora Fru Karlsson hacía lo mismo con Anders. Le enseñó algunas canciones suecas tradicionales para tocar con la *nyckelharpa* y él se enamoró de su sonido etéreo.

Vivía con sus padres, Patrik y Gunilla Almkvist, Fru Karlsson y Riva, el perro, en un bonito apartamento que daba al Djurgårdskanalen. Le decía a la gente que su colegio era el mejor de Suecia y que su mascota era la mejor del mundo. Admirar la oficina de papá era tan solo un elemento más del feliz mundo en el que vivía. Dos primos suyos, Klara y Mats, hacían prácticas en la empresa familiar para adquirir experiencia en las tareas de oficina mientras cursaban sus estudios de contabilidad. Mat se daba mucha importancia, pero Klara tenía los pies en la tierra y ya conocía al dedillo el negocio. Sabían que Anders, como heredero y sucesor, dejaría atrás su piano y su *nyckelharpa* para ir a la universidad y prepararse para trabajar en la empresa que un día sería suya. Entretanto, salían con él a tomar café y le contaban historias de los clientes que habían conocido.

Toda clase de celebridades del mundo de la empresa, el deporte y el espectáculo desfilaban por las grandes puertas de doble hoja, rematadas en forma arqueada, del edificio. Las reuniones tenían lugar en el salón de conferencias, y algunos discretos almuerzos en los comedores privados de los restaurantes. En aquella oficina todo el mundo vestía de punta en blanco. Mats se ponía trajes de marca y camisas inmaculadas y Klara se las ingeniaba para estar siempre elegante. Llevaba ropa de oficina, discreta y sobria, pero lucía como una modelo a punto de salir a la pasarela. Eficiencia, estilo y discreción eran las consignas que imperaban en la firma Almkvist. Mats y Klara parecían muy a gusto, y de hecho lo estaban. Anders se preguntaba si algún día se sentiría cómodo en ese mundo.

El estilo y la elegancia eran para Anders el aspecto más difícil. Casi nunca se fijaba en lo que llevaban los demás porque a él siempre le había gustado vestir ropa

cómoda. Le traían sin cuidado los zapatos hechos a mano, los relojes suizos o las corbatas de pura seda, que desde luego no formaban parte del mundo de la música folk que tanto le atraía.

Su madre se reía con afecto de él.

—Estás mucho más guapo cuando llevas prendas bien cortadas, Anders. Tendrás muchas admiradoras si te vistes bien.

—No se fijarán en la ropa. Les gustará o no, eso es todo.

Tenía quince años, era desmañado, inseguro.

—Estás muy equivocado. Te querrán, sin duda, pero primero han de mirarte. La primera impresión es la que cuenta. Créeme, tengo experiencia.

En efecto, Gunilla Almkvist iba siempre muy elegante. Trabajaba para una cadena de televisión y en ese ambiente era esencial vestirse con estilo y a la última. Gunilla no salía nunca de casa sin antes arreglarse a conciencia, por lo que pudiera depararle la jornada. Calzaba unas zapatillas deportivas para andar los dos kilómetros que la separaban de su oficina; en su despacho, en el fondo de un estante, guardaba siete pares de elegantes zapatos de tacón.

Hacía lo posible por conseguir que Anders se preocupara por vestir mejor, y trataba de despertar su entusiasmo, aunque en vano. Pero en cuanto el chico cumplió los dieciocho, dejó de adularlo.

—Hablo en serio, Anders. Si estuvieras en el ejército, tendrías que ponerte un uniforme. Si entraras en el servicio diplomático, tendrías que respetar las normas de vestir. Vas a trabajar en Almkvist, y en Almkvist hay normas. Y expectativas.

—Voy a estudiar contabilidad, ¿no era eso?

—En parte. También tendrás que respetar las tradiciones familiares, integrarte, no desentonar.

Esta vez había algo distinto, raro, en su tono de voz.

La miró.

—No creo que sea tan importante, estoy seguro. La vida no es solamente eso.

—Si no recuerdas nada de lo que te he dicho, al menos ten presente esto. Estoy de acuerdo en que, desde una perspectiva general, no resulta importante, pero se trata de un insignificante detalle que puedes poner en práctica para que la vida sea más fácil. Eso es todo. Recuerda que te lo he dicho, nada más.

¿Por qué se lo decía en ese tono? Parecía muy extraño.

—Siempre estás hablando de ropa y de moda. No necesito recordarlo, me lo dices todo el tiempo. —Le sonrió, predispuesto a que todo fuera como siempre.

Pero no era como siempre.

—No estaré aquí para decírtelo —contestó ella; su voz sonó como si tuviera la garganta oprimida—. Por eso es importante que me escuches. Me marchó. Dejo a tu padre. Irás a la universidad este otoño. Es hora de que cambies.

—¿Sabe que tú vas...? —dijo Anders con un hilo de voz.

—Sí. Él sabía que yo esperaba a que tú acabaras el colegio. Me marchó a

Londres. Me espera un empleo y una casa.

—Pero ¿no te sentirás sola?

—No, Anders. Aquí he estado muy sola. Tu padre y yo llevamos mucho tiempo viviendo cada uno por su lado. Está casado con una empresa. No me echará de menos.

—Pero... yo sí. ¡No puede ser verdad! ¿Cómo no me he dado cuenta ni he sabido nada de esto antes?

—Porque fuimos discretos. No era necesario que tú supieras estas cosas.

—¿Te espera alguien en Londres?

Sabía que parecía un niño de siete años.

—Sí, un hombre afectuoso, atento y divertido llamado William. Nos reímos mucho juntos. Espero que con el tiempo lo conozcas y te caiga bien. Pero te lo ruego, sobre todo por tu padre, recuerda lo que te he dicho acerca de mejorar tu apariencia, vestirme mejor, con más elegancia. La vida te resultará más sencilla.

Anders apartó su cara para que ella no viera su congoja. Su madre se marchaba a Londres con un hombre llamado William que la hacía reír. ¿Y de qué estaba hablando antes de irse? De ropa. Maldita ropa. Sintió que su mundo se tambaleaba y todo se volvía borroso.

Su padre y su madre no estaban distanciados. Habían ofrecido una cena el viernes pasado. Papá había alzado su copa y había brindado por ella, en el otro extremo de la mesa. «A mi hermosa esposa», fueron sus palabras. A sabiendas de que ella se marchaba con ese tal William.

No podía ser cierto. Imposible.

Su madre seguía allí; no se atrevía a tocarlo por miedo a que él la rechazara con violencia.

—Te quiero, Anders. Puede que te cueste creerlo, pero es verdad. Y tu padre también te quiere. Muchísimo. No lo demuestra, pero es así. Siente por ti mucho orgullo y mucho amor.

—Son cosas distintas, el orgullo y el amor —repuso Anders—. ¿Estaba orgulloso de ti, o te amaba?

Anders la miró de frente por primera vez.

—Estaba orgulloso de que yo cumpliera con mi parte del trato. Administré y llevé bien la casa; lo acompañé a todas aquellas cenas interminables; fui una buena anfitriona. Le di un hijo. Creo que estaba contento conmigo, sí.

—Pero ¿te amaba?

—No lo sé, Anders. No creo que en toda su vida haya amado otra cosa que no sea su empresa y a ti.

—Nunca me ha parecido que me amara. Se muestra muy distante siempre.

—Es su forma de ser. No cambiará. Pero yo he estado presente durante lo que llevas de vida y sé que te ama. Simplemente no sabe expresarlo.

—Si él hubiera sabido expresártelo a ti, ¿te habrías quedado?

—Esa pregunta no vale. Es como desear que un cuadrado sea un círculo —contestó.

Y como la creyó, Anders le tendió las manos y ella sollozó en sus brazos largo rato.

Todo se precipitó después de eso.

Gunilla Almkvist guardó su ropa mientras Fru Karlsson, sorbiéndose la nariz, la miraba con desaprobación. Pero dejó sus joyas. Se habían puesto de acuerdo en las explicaciones que darían. A ella le habían ofrecido un puesto en Londres, en una cadena de radiodifusión. Sería un pecado dejar pasar la oportunidad. Anders iba a marcharse a la universidad; su esposo la respaldaba plenamente. No habría acusaciones a la esposa adúltera, ni se hablaría de un matrimonio fracasado. Nada de chismes, ese oxígeno tan placentero pero tan fuera de lugar en la firma Almkvist.

Patrik Almkvist se mostraba cortés y agradecido. Nunca habló del asunto con su único hijo. Le complacía que Anders se hubiera cortado el pelo y hubiera ido a tomarse las medidas para hacerse un buen traje.

Pasaba cada vez más tiempo en la oficina.

La noche antes de que la madre de Anders se marchara, salieron a cenar los tres juntos. Patrik levantó su copa: «Que encuentres todo lo que buscas en Londres», dijo.

Anders los miraba incrédulo. Veinte años compartiendo sus vidas, dos décadas de sueños y esperanzas concluidas, y sus padres seguían interpretando un papel. ¿Era esto lo que hacían todos? En aquel instante tuvo la sensación de que jamás podría enamorarse. Eso era para los poetas, las canciones de amor y los soñadores.

Al día siguiente partió a Gotemburgo, a la universidad. Su nueva vida había comenzado.

Hacía apenas una semana que había llegado cuando conoció a Erika, una estudiante de diseño textil. Ella lo abordó sin rodeos en una fiesta y lo invitó a bailar.

Más tarde él le preguntó por qué se le había acercado.

—Me pareciste elegante, no un desmañado, como los otros, nada más —contestó. Anders estaba muy decepcionado.

—¿Y te importan esas cosas? —preguntó.

—Lo que importa es que te preocupes lo suficiente por ti y por las personas con las que te relacionas como para estar presentable. Nada más. Estoy harta de la gente desaliñada —contestó.

A partir de entonces fueron pareja, o al menos eso parecía. A Erika le gustaba cocinar, pero solo cuando ella quería y lo que a ella le apetecía. Pero le encantaba recibir a

gente en su apartamento, y cuando descubrió que Anders sabía tocar la *nyckelharpa* no podía creer que no la hubiera traído consigo a la universidad. De manera que insistió para que no se la olvidara la próxima vez que fuera a su casa. Empezó a organizar *jam sessions* en su apartamento; preparaba cenas deliciosas.

Erika, una joven menuda y graciosa, pensaba que los derechos de las mujeres no eran incompatibles con la moda y la elegancia. Le gustaba vestirse muy bien y a Anders le fascinaba comprobar que era la mujer más atractiva y elegante. Se divertían mucho juntos y muy pronto se hicieron inseparables.

Fue justo antes de Semana Santa cuando le confesó que nunca se casaría con él porque, en su opinión, el matrimonio no era más que esclavitud, pero que lo amaría toda la vida. Dijo que necesitaba explicárselo para que no hubiera ninguna equivocación entre ellos.

Anders se quedó atónito. No le había pedido matrimonio. Pero no le pareció mal y aceptó.

Erika lo invitó a casa de sus padres.

Su padre estaba al frente de un pequeño restaurante y su madre era taxista. Recibieron a Anders calurosamente y él sintió envidia por la vida familiar que tenían. Su hermana y su hermano, mellizos, de doce años, intervenían en todo y discutían alegremente con sus padres toda clase de cuestiones, desde el dinero de bolsillo hasta los implantes de mama, y tampoco se olvidaban de Dios o la familia real. Jamás se había hablado sobre estos temas en el hogar de los Almkvist. Los mellizos le preguntaron a Erika cuándo iría a conocer a los padres de Anders. Antes de que él pudiera contestar, Erika se apresuró a decir que no había ninguna prisa. Yo soy un gusto adquirido, les explicó. Necesitarían tiempo para aceptarla.

—¿Qué es un gusto adquirido? —preguntó su hermano.

—Averígualo —bromeó Erika.

Algo después, Anders dijo:

—Me encantaría que vinieras a casa de mi padre.

—De ninguna manera. No quiero que a tu padre le dé un ataque. En cambio, iría contigo a casa de tu madre en Londres.

—No estoy seguro de que sea una buena idea...

—Lo que pasa es que no quieres conocer a William y pensar que está durmiendo con tu madre.

—No es cierto —dijo, y luego, como no podía seguir mintiendo, añadió—: Bueno, supongo que es un poco cierto.

—Veamos si podemos ir a Londres. Trataré de buscar un proyecto, así podremos mejorar nuestro inglés, hacer turismo y de paso ver cómo es tu nuevo padrastro.

Fue en abril cuando, finalmente, visitaron Londres. En los parques y jardines de la ciudad habían florecido los narcisos y reinaba una atmósfera festiva y llena de vida. Gunilla y William vivían en una casa elegante situada en una hermosa plaza, muy cerca del Museo Imperial de la Guerra. Desde allí se podía llegar andando en pocos minutos al río Támesis y admirar toda la majestuosidad a la cual Londres debía su fama. Era la primera vez que veían la ciudad, sus riquezas y su incesante movimiento. Desalentados al comienzo, a causa del gentío y el bullicio, se zambulleron luego con entusiasmo, decididos a aprovechar al máximo cada instante.

Gunilla se veía relajada y estaba encantada de tenerlos en casa. Si abrigaba alguna duda en cuanto a la conveniencia de Erika como pareja del futuro director de la firma Almkvist, no dejó que se notara. William era muy cordial, y se tomó tres días libres en la productora de televisión para guiarles por la verdadera Londres. La primera visita fue al London Eye, el Ojo de Londres, desde donde pudieron divisar kilómetros y kilómetros en todas direcciones. William había descubierto algunos clubes de música folk en la ciudad, a los que podrían acudir de noche por su cuenta si les apetecía. Para más regocijo, se enteró de un *pub* de Bermondsey, no muy lejos de allí, donde tocarían la *nyckelharpa* en una sesión de música escandinava. Anders estaba feliz.

Ahora le resultaba mucho más fácil hablar con su madre, quien había dejado de hacerle reproches y de criticar su apariencia. De hecho, se mostraba llena de admiración.

—Erika es encantadora —le dijo a Anders—. ¿La has llevado para que conozca a tu padre?

—Aún no. Ya sabes...

Si su madre sabía, no lo dijo.

—No tardes demasiado. Lleva a Erika y preséntasela enseguida. Es adorable.

—Pero tú sabes lo esnob que es y cómo se fija siempre en lo que hace la gente. No tienes en cuenta cómo es. Ella dice lo que piensa. Detesta el mundo de los grandes negocios. No soporta a la clase de personas que mi padre frecuenta todos los días.

—No lo dirá, es lo suficientemente educada para eso.

Ojalá fuera cierto, pensó Anders.

Gunilla deseaba que le contara un poco acerca de la oficina, si iba a menudo cuando estaba en casa.

—La verdad es que no he ido mucho a casa —reconoció Anders.

—Deberías ir y cuidar de tu territorio, no perder de vista tu herencia —le aconsejó—. A tu padre le gustaría que lo hicieras.

—No me lo ha pedido nunca, ni siquiera lo ha sugerido.

—Jamás se lo has propuesto, nunca le has hecho una visita —replicó Gunilla.

Cuando regresaron a Suecia, Anders telefoneó a su padre. Fue una conversación formal, como si Patrik Almkvist estuviera hablando con alguien al que acababa de conocer. Por lo que pudo entender, su padre parecía contento de oír que Anders volvería a casa en verano y que le hacía ilusión ir a trabajar a la oficina.

—En un departamento donde no vaya a ocasionar algún desastre —propuso Anders.

—Todos harán lo imposible por ayudarte —prometió su padre.

Y así fue. Anders notó, con cierta incomodidad, que efectivamente la gente de la empresa se desvivía por ayudarlo y lo animaba en su trabajo. Se dirigían a él con exagerado respeto tratándose de un estudiante. Era, a vista de todos, el príncipe heredero. Nadie pretendía enfadarse con él. Representaba el futuro.

Incluso sus dos primos, Mats y Klara, querían demostrarle a toda costa que trabajaban mucho y muy bien. Se preocupaban por mantenerlo al corriente de todo cuanto habían realizado hasta el momento y lo bien que se desempeñaban en sus respectivos departamentos. Hacían lo imposible por descubrir qué era lo que le interesaba al joven Anders. Al parecer, no era aficionado a las comidas caras en restaurantes de lujo; no prestaba oídos a los cotilleos, ni le importaba enterarse de los fracasos de sus rivales.

El muchacho era un misterio.

Su padre, por lo visto, también tenía problemas para adivinar cuáles eran las inquietudes de su hijo. Con delicadeza le hizo algunas preguntas acerca de su vida en la universidad. Quiso saber si los profesores tenían experiencia comercial o prestigio académico.

No le preguntó qué otras cosas le interesaban ni si había un amor en su vida; tampoco le preguntó si aún amaba la música, si seguía tocando la *nyckelharpa* o quiénes eran sus amigos. Por las noches se sentaban en el comfortable apartamento de Östermalm y conversaban sobre la oficina y los clientes que Anders había visto durante el día. A veces cenaban en el restaurante preferido de Patrik, pero casi siempre lo hacían en casa, sentados a la mesa del comedor, degustando los platos fríos y los quesos que una silenciosa y contrariada Fru Karlsson les había servido. Cuanto más hablaba su padre, menos sabía Anders acerca de él. El hombre no tenía otra vida que la que transcurría en la oficina de la firma Almkvist.

El joven le había prometido a su madre que intentaría romper la coraza de su padre, pero la tarea resultó aún más difícil de lo que había pensado. Probó a hablarle de Erika.

—Tengo novia, padre. Es una compañera de clase.

—Qué bien —asintió su padre con un movimiento de cabeza vagamente aprobador, como si Anders le hubiera dicho que se había cambiado de ordenador portátil.

—Estuve en casa de su familia. He pensado que podría invitar a Erika a pasar

aquí unos días.

—¿Aquí? —preguntó su padre, atónito.

—Bueno, sí.

—Pero ¿qué haría todo el día?

—Supongo que podría visitar la ciudad y nosotros podríamos reunirnos con ella para almorzar. Yo podría tomarme unos días libres y llevarla a conocer los alrededores.

—Sí, claro, si lo deseas... Por supuesto.

—Me acompañó a Londres cuando fui a ver a madre.

—¿Ah, sí?

—No hubo problema: encontró un montón de cosas para hacer.

—Me imagino que cualquiera podría encontrar algo que hacer en Londres. Aquí es distinto.

El tono de voz de su padre resultaba glacial.

—La quiero mucho, papá.

—Bien, bien.

Era como si su padre estuviera tratando de reprimir cualquier emoción que pudiera aflorar.

—De hecho, nos mudaremos a vivir juntos.

Lo había dicho, por fin.

—No sé cómo piensas pagar todo eso.

—Bueno, he pensado que podríamos hablarlo mientras estoy aquí. Entonces, ¿puedo invitar a Erika la semana que viene?

—Si te apetece, sí. Arréglalo con Fru Karlsson. Tendrá que preparar una habitación para tu amiga.

—Vamos a vivir juntos, padre. Pensé que aquí podríamos compartir mi habitación.

—No me gusta imponerle tu moral y tus normas a Fru Karlsson.

—Padre, no se trata de mi moral, ¡es la del siglo veintiuno!

—Lo sé, pero incluso tu madre, con la poca conciencia que tiene de la realidad, se daba cuenta de lo importante que es ser discreto y no exponer su vida privada. Fru Karlsson preparará un cuarto para tu amiga. Cómo vais a dormir, es cosa vuestra.

—¿Te he molestado, padre?

—En absoluto. En realidad, admiro tu franqueza, pero estoy seguro de que entiendes mi punto de vista.

Habló como lo hacía en la oficina, donde jamás levantaba la voz, con la certeza de quien siempre tiene razón.

Erika llegó en tren la primera semana de julio y con un montón de historias que contar acerca de los demás pasajeros del vagón. Llevaba tejanos y una chaqueta

granate, y traía una enorme mochila de libros y apuntes. Dijo que iba a estudiar por las mañanas y que luego saldría a almorzar con él cada día.

—Mi padre querrá llevarnos a sitios elegantes —empezó a explicar nervioso.

—Entonces será mejor que encuentres algo para ponerte —repuso Erika.

—No me refería a mí...

—No te preocupes, Anders. Tengo los zapatos, tengo el vestido —afirmó.

Y los tenía. Cuando fueron al restaurante preferido de su padre, Erika estaba espléndida con su vestido escotado negro, el chal rosa intenso y unos elegantes zapatos de tacón alto. Escuchó e hizo preguntas inteligentes, y charló animada acerca de su propia familia: esos demonios que eran su hermano y su hermana mellizos, las aventuras de su madre con el taxi, el restaurante de su padre, en el que servían treinta y siete variedades de arenques en vinagre.

Se refirió con naturalidad al viaje a Londres y contó que la madre de Anders había sido una anfitriona maravillosa. Incluso habló de William con la mayor desenvoltura del mundo.

—Probablemente usted no lo conozca, señor Almkvist, dadas las circunstancias y todo lo demás, pero es un hombre sorprendente. Descubrió un *pub* en Bermondsey donde tocaban la *nyckelharpa* (a Anders le encantó), y luego fuimos a cenar a un restaurante que tenía un techo de mosaico dorado increíble. Es dueño de una productora de televisión, ¿sabía usted? Totalmente capitalista, claro, y contrario a cualquier tipo de sistema de protección social; se refiere a ella como «limosnas». Pero es a la vez generoso y servicial. Lo cual demuestra que no debemos encasillar a la gente.

Anders observaba nervioso a su padre. Por lo general, la gente no hablaba de esa forma al director de la firma Almkvist. Solían evitar referirse a temas como la desigualdad o los privilegios. Pero su padre fue capaz de seguir la conversación sin sobresaltos. Como si estuviera hablando con un simple conocido. No le preguntó a Erika por sus estudios o sus esperanzas o sus planes de futuro.

Anders se preguntaba si alguna vez habría mostrado algún entusiasmo o cierta ilusión por algo que no fuera la firma en la que había trabajado toda su vida.

Erika no tenía esa clase de preocupaciones.

—Simplemente es estrecho de miras —dijo—. A muchísima gente le ocurre. Es propio de su generación. A mi padre no le importa nada más que los impuestos a las bebidas alcohólicas y los clientes que se marchan a Dinamarca en *ferry* para comprar licores baratos. Mi madre tiene la idea fija de que los taxis solo deben conducirlos las mujeres. Tu padre está obsesionado con exenciones fiscales, gestión de activos, fideicomisos y cosas parecidas. Es lo que ellos hacen en este mundo. Deja de darle tanta importancia, ¿quieres?

—Pero no es normal vivir así —insistió Anders.

Erika se encogió de hombros.

—Para él sí. Siempre ha sido así, y lo seguirá siendo. Lo importante es lo que tú

quieres.

—Bueno, no quiero acabar como él, sin que me interese nada más que la oficina. Un tipo estrecho de miras, como tú dices.

—Pues amplía tu campo de visión. ¿Por qué no vamos esta noche a algún sitio con buena música?

Erika era una mujer práctica. No veía nada malo en hacer creer a Fru Karlsson que dormía en el cuarto de huéspedes. Una cuestión de respeto, afirmó.

La semana se acabó demasiado pronto, y Anders y su padre volvieron a sentarse en la casa vacía a hablar exclusivamente de las auditorías, los nuevos negocios y las fusiones que habían constituido el orden del día en la oficina. Anders descubrió que le complacía conversar de negocios y disfrutaba con las discusiones, pero anhelaba volver a la universidad y mudarse a su nuevo apartamento con Erika. Notó que sus primos se sintieron aliviados cuando supieron que volvía a marcharse. Su padre parecía indiferente; le estrechó ceremoniosamente la mano y le dijo que esperaba que estudiara mucho y regresara para aportar a la empresa el pensamiento y las teorías económicas actuales.

De vuelta en la universidad, Anders recordaba la voz de su padre como algo de otro planeta.

Los meses pasaron volando. Como había prometido a su madre, mantuvo el contacto con su padre. Lo llamaba por teléfono cada diez días; era una conversación forzada, en la que terminaban hablando del personal de Almkvist o de nuevas actividades de la firma. En ocasiones informaba a su padre acerca de algo nuevo en materia comercial o le comentaba algún aspecto del derecho impositivo, o que se habían ido a Mallorca de fin de semana, aprovechando el puente, con los padres de Erika. Pero cuando terminaban de hablar y se disponían a colgar, era como si se hubiera quitado un peso de encima, y sentía que su padre pensaba exactamente lo mismo.

Al año siguiente, cuando llegaron las vacaciones de verano, Anders le escribió diciendo que Erika y él iban a pasar dos meses en Grecia. Si su padre se sorprendió de que no dedicara esos dos meses a familiarizarse con el trabajo de la oficina, se abstuvo de decírselo. Pero Anders sintió su muda reprobación.

—He trabajado muchísimo, padre, necesito un descanso.

—Sí, desde luego —había dicho su padre con frialdad.

Pasaron un verano mágico en las islas griegas, nadando, riendo, bebiendo *retsina* y bailando en las tabernas todas las noches al ritmo de los *buzukis*.

Erika le habló de sus planes. Cuando se graduara iba a formar parte de una nueva empresa que se dedicaría a la conservación de tejidos antiguos; ya disponían de financiación. Era fantástico y estaba muy ilusionada. ¿Y dónde tendrían su sede? Bueno, en Gotemburgo, desde luego. Estaría vinculada al Museo de la Cultura Mundial.

Anders guardó silencio. Siempre había creído que ella encontraría un trabajo en

Estocolmo. Que tendrían un pequeño apartamento en una de las islas del centro de la ciudad.

No se casarían, ya que Erika seguía pensando que el matrimonio era una forma de esclavitud, pero vivirían juntos cuando él estuviera al frente de la firma Almkvist, y tendrían dos hijos.

Esto no parecía coincidir con los planes de Erika. Pero no diría nada hasta no haberlo analizado con calma.

—No dices nada. Pensé que te alegrarías mucho por mí.

—Y me alegro, desde luego.

—¿Pero?

—Pero supongo que pensaba que estaríamos juntos. ¿Acaso soy egoísta?

—Claro que no, pero estábamos esperando a saber qué queríamos hacer, tú y yo. Como tú no te has decidido aún, yo he elaborado mi plan primero, mientras a ti se te ocurre algo —dijo Erika, en un tono que reflejaba la necesidad que tenía de que él la comprendiera.

—Pero ya sabemos lo que voy a hacer. Regresaré para dirigir la empresa de mi familia.

Erika lo miró extrañada.

—No lo dirás en serio —dijo.

—Claro que sí, hablo en serio. Tú lo sabes. Has estado allí. Has visto todo el tinglado. Tengo que hacerlo.

—¡Pero tú no quieres! —atinó a decir con la voz entrecortada.

—Tal como es ahora, no, pero tú me dijiste que dejase de ser estrecho de miras, y lo he hecho, o estoy tratando de hacerlo, lo que viene a ser lo mismo. No voy a vivir dedicado exclusivamente a la empresa, como hace mi padre.

—Parecía que te estabas liberando. ¿No es por eso por lo que estamos juntos en Grecia en lugar de pasar el verano en Suecia y tú trabajando en la empresa de tu padre?

Erika estaba desconcertada.

—Los dos sabemos que debo regresar, Erika.

—No, no sabemos que debes regresar. Tienes una sola vida y no deseas vivirla allí, en el pequeño mundo de tus primos y colegas.

—No hay alternativa. Tiene un solo hijo. Si yo tuviera hermanos que pudieran ocuparse... —Su voz era apenas audible.

—O hermanas —corrigió Erika automáticamente—. Lo más justo es decírselo ahora, para que no pierda su tiempo, que no lo pierdan los demás, y sobre todo que tú no lo pierdas.

—No puedo hacer eso. No sin haberlo intentado antes. Sería como un insulto. Tú das mucha importancia a esto del respeto. Y yo le debo a él ese respeto.

Sentados en aquella pequeña taberna junto al mar, el aire tibio del anochecer les traía risas lejanas. Veraneantes felices. Los músicos se disponían a afinar sus

instrumentos.

Anders y Erika permanecieron allí sentados, conscientes del enorme abismo que se abría entre ellos.

No podían evitarlo. El futuro que media hora antes les parecía magnífico, estaba a punto de desvanecerse.

En vano trataron de salvar lo que quedaba de las vacaciones. No podían remediarlo: Anders creía que debía pasar el resto de su vida en Almkvist y Erika estaba convencida de que él aún no sabía lo que quería hacer; ambas opiniones eran del todo inconciliables como para intentar disimularlas.

Se repartieron los discos y los libros como buenos amigos. Anders cogió una habitación en un edificio en el que vivían estudiantes. Le informó a su padre que Erika y él ya no estaban juntos.

Su reacción fue más o menos la misma que habría tenido si le hubiera dicho que el tren se había retrasado. Masculló en tono indiferente la típica frase de que estas cosas ocurren en la vida. Y cambió de tema.

Estudió con ahínco, decidido a obtener su título con la mejor nota posible. A veces, de camino a la biblioteca o cuando salía de ella, veía a Erika acompañada de un risueño grupo de gente y sentía remordimientos. Se saludaban siempre con amabilidad y algunas veces él tomaba una cerveza con ellos en los bares de estudiantes.

Sus amigos estaban desorientados; Erika y Anders se habían entendido siempre tan bien... A primera vista, nada había cambiado, solo que ya no estaban juntos.

Su madre le había enviado un e-mail diciéndole que lamentaba mucho la noticia. Erika debió decírselo. Gunilla aseguró que William y ella habían pensado que Erika era una muchacha encantadora, y por lo demás, Anders debía recordar que una puerta cerrada no quería decir que no pudiera volver a abrirse. Le aconsejó también que hiciera algo con su música, o que aprendiera a jugar al tenis, o al *bridge*, o al golf, algo que le permitiera tener un mundo fuera de la firma Almkvist. Quizá debería retomar las clases de piano; incluso había dejado de tocar la *nyckelharpa* desde que Erika y él habían roto.

Anders estaba conmovido, pero tampoco tenía mucho tiempo para perderlo en pasatiempos. Debía concentrarse en los exámenes finales; no podría ocupar su puesto en Almkvist a menos que obtuviera muy buenas notas. Había que ponerse las pilas y seguir estudiando.

Volvía a casa cada mes y trabajaba durante unos días en la oficina para ir adquiriendo experiencia. Aprendió a expresar sus opiniones y a tomar decisiones. Tenía talento para los negocios y la gente había empezado a tomarlo en serio. Ya no era el hijo y heredero del señor Almkvist: ahora lo respetaban por cómo era él. Fue capaz de hablar con su primo Mats sobre la bebida, que se había convertido en un motivo de preocupación. Como Mats era de la familia, hasta ese momento nadie había abordado el asunto. Anders se había mostrado firme, pero también justo. No

dejó traslucir excesiva reprobación, pero le hizo una advertencia en términos muy claros. Mats dejó de beber en el acto y la situación quedó resuelta.

Si su padre lo supo, nada dijo. Pero acabó delegando cada vez más en Anders. Y él, a su vez, se apoyaba en Klara. Ella estaba deseosa de compartir su experiencia con su primo, y para Anders significaba una gran ayuda puesto que faltaban pocas semanas para los exámenes finales.

Un día soleado de junio, Patrik Almkvist se sentó al lado de su esposa, Gunilla, durante la ceremonia de graduación de su hijo. William se había quedado en Londres; adujo compromisos de negocios. Anders pensó para sus adentros que se trataba, con toda seguridad, de una retirada diplomática. Podría haber sido un auténtico calvario. En cambio, comprobó Anders complacido, no era solo la buena educación lo que los hacía sonreír durante toda la tarde e incluso por la noche. Se dio cuenta de que sus padres, ahora que no vivían juntos, estaban más relajados. Y se sorprendió al descubrir que había surgido entre ellos una suerte de amistad, y que eran capaces de compartir con alegría el triunfo de su hijo.

La conversación de sobremesa versó sobre todo acerca del futuro: hacía mucho tiempo que existían planes para que, después de su graduación, Anders trabajara durante un año en una gran firma contable norteamericana, un lugar de renombre donde podría aprender mucho en poco tiempo. Ya habían hablado con los principales asociados y estaba todo arreglado. A Anders le hacía muchísima ilusión. Klara había sido muy atenta y le había facilitado sus contactos en Boston. Gunilla, por lo visto, también conocía gente allí. En Boston lo pasaría en grande. Mientras paseaban juntos por las calles de Gotemburgo, Anders sintió que todo empezaba a cobrar sentido.

A la mañana siguiente, Patrik Almkvist se desplomó en el vestíbulo del hotel.

Fue un ataque al corazón.

No era grave, les informaron en el hospital; el señor Almkvist estaba fuera de peligro, pero debía guardar reposo. Anders y Gunilla permanecieron junto al enfermo durante dos días, y después, cuando su madre se marchó a Londres, Anders acompañó a su padre de regreso a Estocolmo.

Fru Karlsson tomó el relevo de inmediato; Anders sabía que su padre quedaba en buenas manos. Organizó con ella la ayuda necesaria y la contratación de una enfermera a domicilio, pero su padre intervino y cortó por lo sano.

—No puedes marcharte a Boston, es imposible. Tienes que implicarte de lleno en el trabajo, Anders. Necesito que estés ahí y te conviertas en mis ojos y mis oídos. Ahora te toca a ti.

No podía ser que le tocara ya. Era demasiado joven. Todavía no había tenido tiempo de vivir.

Lo de Boston se canceló.

Al cabo de muy poco tiempo parecía como si Anders hubiera estado siempre al frente de la empresa; no esquivaba las dificultades, pero sabía que no habría sido capaz de afrontarlas sin la experiencia y la lealtad de Klara. Le hacía un resumen de la situación antes de cada reunión y le proporcionaba información complementaria sobre cada uno de los clientes. Y aún le quedaba tiempo para nadar cada día a la hora del almuerzo, en vez de entregarse a esas comidas pesadas en oscuros comedores de paredes recubiertas con madera a las que solía aficionarse la anterior administración. Una vez por semana acudía a escuchar música, pero las demás noches se quedaba de sobremesa con su padre y, mientras Fru Karlsson retiraba la mesa, lo ponía al corriente sobre todo lo sucedido en la empresa.

El señor Almkvist se recuperaba poco a poco. Hasta que un día pareció que lo había hecho del todo, aunque nunca se sintió como antes del infarto. Cuando retomó sus actividades, iba a la oficina de vez en cuando, especialmente para asistir a las reuniones en el salón de conferencias, en las que su presencia imponía autoridad y daba relevancia a la ocasión.

Las semanas se convirtieron en meses.

Anders a veces se sentía un poco abrumado; otras le parecía que en alguna parte existía un mundo real con personas que hacían lo que realmente querían hacer o lo que de verdad les importaba, o ambas cosas. Pero recapacitaba y se daba cuenta de que era un privilegiado por haber heredado esa prestigiosa posición. En un mundo en el que predominaba la incertidumbre en materia de economía y empleo, él tenía la fortuna de encontrarse donde estaba, haciendo un trabajo que implicaba nuevos desafíos cada día. Los privilegios suponían deberes. Él lo sabía, siempre lo supo. Su deber estaba ahí.

Fue su padre quien le sugirió que se tomara unas vacaciones.

Dijo que el muchacho trabajaba demasiado y que necesitaba recargar las baterías. Anders no sabía adónde ir. Johan, su amigo del bar de música folk, dijo que Irlanda estaba bien. Uno podía ir allí y fuera a donde fuera siempre encontraría algo bonito para ver o para hacer.

Reservó un billete a Dublín y se marchó sin planes previos. Algo inconcebible para cualquiera de los que trabajaban en la firma Almkvist, quienes acostumbraban a hacer una investigación meticulosa acerca de todo antes de emprender un viaje a cualquier parte. Una vez en el aeropuerto añoró a Erika con desesperación. Desde ese mismo aeropuerto habían viajado a Londres, a España, a Grecia. Ahora lo hacía solo.

¿Había sido un insensato al dejarla ir?

Pero no había opción. Anders no se habría podido quedar para siempre con Erika en Gotemburgo, donde había encontrado su trabajo ideal. Y Erika no se habría ido a vivir a la sombra de la firma Almkvist ni sería una esposa complaciente como había sido su madre.

Había creído que podría olvidarla. Era fácil encontrar compañía para ir a cenar o a bailar. Como heredero de Almkvist, las mujeres lo consideraban un buen partido, pero ninguna conseguía mantener su interés por mucho tiempo. Acudía a todos los eventos sociales, pero nadie le llamaba la atención lo suficiente como para buscar su compañía, y se puso contento cuando supo que Erika no había vuelto a tener otra relación. Ahora, en el aeropuerto, le apetecía mucho hablar con ella y contarle que se iba a Irlanda. Ella contestó al teléfono de inmediato y fue muy sincera cuando dijo que se alegraba de oírlo. Mostraba interés por todo lo que él le contaba, pero bien sabía que a Erika todo le interesaba. Eso no quería decir que él significara algo especial para ella.

—¿Vas con amigos? —le preguntó.

—No me apetece ir con amigos —repuso con tristeza—. Me apetece ir contigo.

—No, no conseguirás que te compadezca diciendo eso. Tienes todos los amigos que necesitas. Tienes la vida que has elegido. —Su tono era frívolo, pero hablaba en serio. Él había elegido—. Harás un montón de amigos nuevos en Irlanda. A veces voy a un *pub* irlandés, ponen una música estupenda y son muy abiertos.

—Bueno, te enviaré una postal si encuentro un *pub* irlandés al llegar.

—Creo que va a ser difícil no encontrar uno. Pero hazlo de todas formas.

¿Quería eso decir que de verdad le gustaría tener noticias de él o solo estaba haciendo su papel, el de la chica simpática, tranquila y al mismo tiempo centrada?

Embarcó en el avión triste y abatido.

A Erika le habría gustado el hotel de Dublín, que resultó ser tan caótico como encantador. Le sugirieron que cogiera un autobús turístico para recorrer la ciudad, le serviría para orientarse mejor luego, y que por la noche fuera a un *pub* irlandés tradicional que había muy cerca de allí. A la mañana siguiente, en el desayuno, conoció a un grupo de norteamericanos de origen irlandés que estaban pensando en alquilar una lancha para recorrer el río Shannon. Era más caro de lo que habían pensado y necesitaban otra persona para reducir el coste. ¿Le gustaría participar?

¿Por qué no? pensó. El folleto era atractivo: bonitos lagos y un ancho río, y puertos pequeños que se podían visitar. Antes de que pudiera darse cuenta iba rumbo a Athlone, en el corazón de Irlanda, a bordo de un yate crucero, a tomar una clase de navegación. No tardaron en surcar plácidamente las aguas dejando atrás juncos, riberas, antiguos castillos y lugares con pequeños muelles y nombres largos. Brillaba el sol y el mundo giraba más despacio.

Sus compañeros de viaje eran hombres y mujeres de trato afable, venían de Chicago y trabajaban en una compañía de seguros. Se suponía que habían venido en busca de sus antepasados y a conocer familiares, pero esto no parecía ocupar demasiado sus mentes. Se mostraban más interesados en la buena música y en beber litros de cerveza irlandesa. Anders los acompañaba entusiasmado.

Compró tres tarjetas postales en una diminuta oficina de correos y las envió a su padre, a su madre y a Erika.

Se demoró largo rato antes de poder escribir unas líneas a su padre. La verdad era que no se le ocurría nada que pudiera interesarle. Finalmente optó por decirle que la economía del país sufría una tremenda recesión. Al menos eso era algo que su padre comprendería.

Cuando el crucero hubo terminado, los norteamericanos de origen irlandés decidieron marcharse cinco días a jugar al golf. Lo invitaron, pero Anders se excusó. No había sido precisamente bueno maniobrando con un barco por el Shannon y esta vez no deseaba salir al campo para desbaratar el juego de unos verdaderos golfistas.

Optó en cambio por una excursión en autobús al oeste de Irlanda.

John Paul, el jovial y rubicundo chófer, presumía de conocer los mejores *pubs* con música de la costa y cada noche los llevaba a una sesión distinta, una más estupenda que la otra. John Paul conocía a los músicos personalmente y premiaba a los excursionistas, antes de que entraran en el *pub*, con anécdotas sobre la historia de la gente que tocaba y su repertorio.

—Pedid a Micky Moore que os cante «Mo Ghile Mear», se os pondrán los pelos de punta —les decía.

O sabía cuándo estaría de gira algún viejo gaitero retirado.

Anders se apuntaba a todo.

Resultó que John Paul tocaba la gaita, no la cornamusa. La cornamusa era un instrumento escocés. La auténtica era la *uilleann*, conocida como gaita irlandesa. No había que soplar para insuflar el aire por los tubos, como hacían los escoceses. En cambio, tenía una especie de fuelle que el intérprete colocaba entre el brazo izquierdo y la cadera y lo presionaba con el codo. De hecho, *uilleann* en irlandés quería decir «codo».

La música era sobrecogedora y Anders estaba como hipnotizado.

John Paul dijo que si un día conseguía reunir el dinero montaría su propio establecimiento, al que invitaría a toda clase de músicos.

—¿Aquí, en el oeste? —preguntó Anders.

—Quizá, aunque no deseo quitarle el pan de la boca a la gente de aquí. Son mis amigos —explicó.

John Paul y Anders conversaron sobre Dios, el destino, el mal y la imaginación. Anders le preguntó a John Paul qué edad tenía. El hombre lo miró sorprendido.

—Hablas muy buen inglés, me olvido de que no eres de por aquí. Nací en 1980, nueve meses antes de que el papa Juan Pablo visitara Irlanda. Casi todos los chavales que nacieron ese año se llaman John Paul.

—¿Y piensas pasarte la vida conduciendo el autobús? —preguntó Anders.

—No, alguna vez tendré que volver a casa con mi padre. Todos los demás se han marchado, andan desparramados por el mundo, y les ha ido bien. Yo soy el tonto de John Paul, pero la verdad es que mi padre no puede arreglarse solo con todo. Un día

de estos tendré que volver a Stoneybridge y asumir la responsabilidad.

—Es duro. —Anders lo comprendía.

—¡Eh, nada de eso! ¿Acaso no tengo ladrillos y mortero y animales en el campo, y una pequeña granja que me está esperando? La mitad de Irlanda daría un ojo y los dientes a cambio de eso. Solo que no es lo que yo quiero. No sirvo para cuidar a las ovejas, enderezarlas cuando se quedan empantanadas patas arriba. Detesto lidiar con las cuotas de leche y lo que Europa dice que puedes o no puedes sembrar. Para algunos es vital; para mí es un coñazo, pero es un medio de ganarme la vida. Y ganármela bien, no creas.

—Pero ¿tu lugar está con los músicos?

—Esperaré a la reencarnación, Anders. Lo haré la próxima vez.

La expresión de su cara redonda y curtida era de absoluta resignación.

La última noche, todos los pasajeros del autobús invitaron a John Paul a cenar. Y a modo de agradecimiento, él tocó algunas melodías con la gaita irlandesa. Se sacó una foto con todo el grupo y cada uno escribió al dorso su nombre y su dirección de correo electrónico.

Anders tomó un café con John Paul la última mañana.

—Echaré de menos tu compañía —dijo Anders—. Nadie como tú para hablar de las cosas de la vida y el mundo.

—¿Estás de broma? ¿No es Suecia el país de los pensadores y los músicos?

Anders se sintió absurdamente halagado de que pensarán que podía ser un músico o un pensador.

—Quizá. Yo no los conozco.

—Bueno, seguro que los hay. —John Paul era categórico—. He conocido a suecos extraordinarios que han venido por aquí. Son capaces de tocar música con cucharas, todos pueden cantar «Bunch of Thyme». Dime, ¿acaso Joe Hill no era sueco?

—Tal vez tengas razón. Te avisaré cuando los encuentre.

—No te pierdas, Anders. Eres un buen tipo —dijo John Paul.

Anders se preguntó si realmente era un buen tipo cuando retomó su trabajo en la firma Almkvist. Hacía una hora que estaba en la oficina y ya se había enterado de que su primo Mats había vuelto a caer en la bebida de manera espectacular. Además, uno de los más prestigiosos clientes de la firma se había fugado con una mujer muy joven y una buena cantidad de activos y valores semanas antes de una importante auditoría.

Su padre parecía más fatigado y preocupado que nunca. Apenas unas horas después de su regreso, Anders ya sentía que todo el bien que le habían hecho las vacaciones en Irlanda se había desvanecido por completo. Escuchaba en casa la

música que había traído de su viaje. Los lamentos solitarios de las gaitas irlandesas, los coros de voces que espontáneamente se unían a la música le recordaban los días transcurridos en grata compañía y sin preocupaciones, pero sabía que era por poco tiempo. Era como un niño que desea que su fiesta dure para siempre.

Su padre no mostraba el menor interés en las anécdotas de su viaje, por muchos intentos que Anders hiciera.

—¿Por qué no me dejas mostrarte algunas fotografías que he tomado? —propuso—. ¿Te apetecería escuchar un poco de música conmigo? Estuvimos disfrutando de la música tradicional irlandesa, es maravillosa...

—Sí, sí, muy interesante, pero fueron solo unas vacaciones, Anders. Eres como Fru Karlsson, que siempre quiere contarte el sueño que ha tenido la noche anterior. No es en absoluto relevante.

Decidió, entonces, que dejaría el piso de su padre y se mudaría a un apartamento pequeño para él solo, y terminaría de una vez por todas con esa manía de pasarse la vida hablando del trabajo desde la mañana hasta la noche.

Esperaba tener la energía suficiente para dar el paso. Todo el mundo pondría pegos. ¿Por qué dejar un lugar elegante y tan confortable que de todos modos un día sería suyo? ¿Por qué alterar los hábitos de Fru Karlsson? ¿Por qué dejar solo a su padre en vez de ser su compañero durante los últimos años?

Anders pensó en John Paul, quien volvería a su casa a cuidar de su padre, sacar a las ovejas del barro y ponerlas de nuevo sobre sus cuatro patas, y abandonaría su sueño de un refugio de músicos para cumplir con su deber. Pero incluso John Paul tenía un poco de tiempo libre para él. Hasta podía salir y tocar su gaita alguna noche. Seguro que no estaba obligado a hablar de la granja con su padre en cuanto la luna asomaba en el cielo.

Si un día Anders tenía un hijo, desde el principio le aconsejaría que siguiera los dictados de su corazón, que no estaba escrito de antemano que debía hacerse cargo de la empresa Almkvist. Aunque parecía improbable que algún día tuviera un hijo. No se veía viviendo con nadie que no fuera Erika. Y ambos lo habían echado a perder.

No obstante, la llamó por teléfono para contarle su viaje a Irlanda.

Erika mostró interés por todo y sabía mucho sobre la música de allí. Se había comprado un *tin whistle*, un tipo de flauta irlandesa, y practicaba sola cada día.

—Ven un fin de semana, te llevaré a The Galway. Te encantará —le propuso.

Un fin de semana lejos de Almkvist; lejos de los dramas sobre la rehabilitación de su primo, el cliente que se había fugado con la chica y el dinero, la ansiedad de su padre, las complicaciones de los negocios... Era justo lo que necesitaba.

Mientras conducía su coche en dirección a Gotemburgo, donde había sido tan feliz en su época de estudiante, Anders se preguntó si dormiría en el apartamento de Erika. Ella no le había dicho nada. A lo mejor le había reservado habitación en un hotel. Y si se quedaba en el piso de ella, ¿dormirían en la misma habitación? Sería un poco raro que ella le pusiera un colchón en el suelo. Además, Erika no tenía pareja en

ese momento, y él tampoco, de manera que no estarían engañando a nadie.

Pero, naturalmente, no podía pretender que todo volviera a ser como antes. Suspiró; sabía que tenía que ser paciente.

Erika estaba espléndida, le brillaban los ojos y tropezaba con las palabras mientras le contaba acerca del éxito que tenía el proyecto de conservación; habían obtenido gran reconocimiento y una subvención cuantiosa. Cocinó la cena para él, las albóndigas suecas que habían sido siempre el plato preferido de ambos para las celebraciones. El apartamento no había cambiado mucho, salvo por las cortinas nuevas y más estanterías.

Después de cenar fueron al bar The Galway, donde trataron a Erika como a una clienta asidua. Le presentó a las personas que se encontraban a un lado y a otro de la barra y luego se acomodaron para escuchar el concierto. De pronto se vio de nuevo en el oeste de Irlanda, con las olas rompiendo en la orilla y caras nuevas inclinadas sobre los violines, gaitas y acordeones todas las noches. Se dejó llevar por la música.

Después conversó con los músicos. En particular con el gaitero, un hombre llamado Kevin.

—¿Conoces el tema «The Brendan Voyage»? —le preguntó.

—¡Cómo no! pero no suelo tocarlo; cuando lo hacía en los *pubs* de Londres, la gente lloraba.

—A mí también me hace llorar —dijo Anders.

Erika lo miró sorprendida.

—Tú nunca lloras —observó.

—En Irlanda sí —dijo él como ensimismado.

—Tenemos la costumbre de entristecer a la gente —intervino Kevin, algo arrepentido—. Venid mañana por la noche y la tocaré para vosotros; luego lloraremos juntos y nos beberemos una pinta.

—Trato hecho —aceptó Anders con presteza.

Más tarde, en el apartamento de Erika bebieron cerveza y picaron un poco de la comida que había sobrado. Ella encendió velas, las puso sobre la mesa baja y se sentaron, uno enfrente del otro. Ella, muy seria, lo miraba.

—Has cambiado —dijo.

—No he cambiado en cuanto a que sigo queriéndote mucho —contestó Anders.

—Yo en eso tampoco, pero dormirás en el cuarto de invitados —replicó ella riendo.

—¡Qué lástima!

Anders sonrió.

—Sí —repuso ella—, no volveré a perder semanas y meses lamentándome de lo que podría haber sido.

—¿Estuviste semanas y meses lamentándolo?

—Sabes que sí, Anders.

—Pero sigues sin reconsiderar la posibilidad de venir a vivir conmigo y

conformarte con que yo trabaje en Almkvist.

—Tú no pensarías en renunciar a Almkvist y venir a vivir conmigo. Oye, ya hemos hablado de todo esto. Nos lo sabemos de memoria.

—Sabes que tenía responsabilidades. Y aún las tengo.

—Y no te gusta, Anders, amigo mío. No eres feliz. No has dicho palabra acerca de tu vida en la oficina. Es mi única queja. Si yo hubiera pensado que era lo que tú querías, entonces lo habría considerado.

—¡Me llamas amigo...!

—Lo eres. Siempre serás mi amigo, incluso cuando tú y yo estemos casados con otras personas.

—Eso no ocurrirá, Erika. He estado por ahí echando un vistazo. No hay nadie.

—Bueno, entonces tendremos que mirar mejor. Cuéntame más sobre Irlanda.

Le habló de su crucero por el Shannon con los norteamericanos de origen irlandés; también de John Paul, quien debía volver a su casa para cuidar a su padre. Luego se acostó en el cuarto de invitados pintado de un color muy luminoso. Estuvo despierto un rato largo.

En The Galway, al día siguiente, Anders y Erika tomaron asiento y escucharon a Kevin tocar la gaita. Durante el concierto, Anders volvió a oír el embate de las olas contra aquellas costas desiertas del Atlántico y lo embargó un doloroso sentimiento de infelicidad. De pronto vio su vida extenderse delante de él como una interminable línea recta: levantarse por la mañana, ponerse un traje, ir a trabajar a la oficina, volver a casa, a su apartamento de soltero, acostarse, levantarse a la mañana siguiente... Responsabilidad. Lealtad. Deber. Normas. Expectativas. Tradición familiar. Y cuando los músicos hicieron una pausa, Anders trató de explicarle a Erika por qué debía quedarse junto a su padre, pero no encontraba las palabras. Se dio cuenta de que sus frases eran incomprensibles.

—Es solo que... —empezó, le temblaba la voz—, es la tradición familiar. Quiero decir, si yo no... Están las expectativas... quién soy yo. Y puedo hacerlo. Lo estoy haciendo. Soy el próximo Almkvist. Me están esperando. Toda mi vida... Y si no soy eso, ¿qué soy?

—Anders, para, por favor. Mira, lo que no me gusta no es que estés en la empresa de tu padre. Es que tú detestas eso y así será siempre. Pero no harás ninguna otra cosa. Es tu decisión, no la de ellos. Es tu vida, no la de ellos. Al menos piensa en qué otra cosa podrías hacer. Cuando descubras esa otra cosa, entonces podrás pensar en marcharte.

Se inclinó hacia él y le acarició la mano.

—Déjalo ahora, no pienses más en ello —propuso.

—Quieres decir que lo deje para siempre —dijo Anders con tristeza.

—No; has llegado tan lejos como has podido y siempre acabas en la misma encrucijada. Un día tal vez suceda algo. Algo que desearás más que la oficina. Cuando ese día llegue, vuelve a pensar en ello.

Se moría por decir que deseaba a Erika más que la oficina, pero en rigor no era cierto. No podía marcharse, y ambos lo sabían. Se abrazaron antes de que él emprendiera el largo viaje de vuelta a casa.

Sentía una gran tristeza mientras escuchaba su música preferida en el coche. No era más que un sueño, el recuerdo de unas vacaciones. Resultaba pueril pensar que él podía llevar otra clase de vida.

Las semanas transcurrían volando. Su padre, después de que Anders anunciara que se mudaba a su propio apartamento, estaba frío y distante. Fru Karlsson estaba muy enfadada y lo mostraba continuamente. Trató de arrancarle la promesa de que vendría a ver a su padre todas las noches.

A menudo comía solo en su apartamento; calentaba un plato de comida preparada en el microondas y bebía una cerveza. Pensaba en el amplio piso de su padre; también él estaría cenando solo.

Una vez por semana Anders se presentaba a cenar con su padre, armándose antes de valor para enfrentarse a los reproches y las presiones que le esperaban nada más llegar. Su padre y Fru Karlsson le recordaban que su cuarto estaba preparado por si le apetecía quedarse a dormir. No dejaban de suspirar lamentándose de lo grande y vacío que resultaba ahora el piso de la familia. Su padre decía que era muy difícil saber lo que ocurría en la oficina últimamente, ya que él solo iba tres horas al día y Anders salía todas las noches a divertirse en vez de analizar con él lo acontecido durante la jornada.

A menudo se preguntaba cómo le habría ido a John Paul en esos meses que habían transcurrido desde que se conocieron. La vida en la granja, ¿habría resultado mejor de lo que temía, o era peor? ¿Había valido la pena el sacrificio? A lo mejor John Paul estaba arrepentido de haberle confiado algo tan íntimo como su renuencia a ocuparse de su padre. Puede que no le apeteciera mucho recordarlo.

Una noche, Anders buscó Stoneybridge, el lugar donde vivía John Paul. En la pantalla de su portátil vio que se trataba de un pueblo situado en la costa, pequeño y bonito, que evidentemente cobraba vida solo en los meses de verano, y debía de ser un lugar bastante inhóspito en invierno. Sin embargo, leyó que se había puesto en marcha una nueva empresa: una propiedad, enclavada sobre un acantilado, llamada Stone House, que ofrecía una semana en invierno sobre la costa atlántica, con paisajes espectaculares, buena comida, paseos a pie y aves salvajes. Los huéspedes podrían escuchar música en los *pubs*. Era una idea absurda, pero se conectó en la web y reservó una semana.

No le dio demasiadas informaciones a su padre acerca del viaje que tenía planeado; sería solo una semana de vacaciones en invierno. Su padre, como era de esperar, no preguntó, se limitó a hacerle notar que no aprobaba del todo su repentina decisión.

Anders tampoco se lo contó a Erika. El último encuentro entre ellos había sido, en cierto modo, decisivo. No tenía sentido decirle que se marchaba de nuevo a Irlanda;

no vendría con él. Como de costumbre, le diría que estaba desperdiciando su vida. Erika no podía entender que él, simplemente, no tenía elección. No quería que volvieran a mantener esa clase de conversación.

Cogió el avión a Dublín y luego el tren hacia el oeste de Irlanda.

Chicky Starr fue a buscarlo a la estación. No le parecía raro que un muchacho sueco, de profesión contable, pasara sus vacaciones en un lugar tan despoblado. Lo felicitó por su excelente inglés. Dijo que los escandinavos tenían una facilidad extraordinaria para aprender idiomas. Cuando vivía en Nueva York, se había quedado asombrada viendo con cuánta rapidez se adaptaban los nuevos inmigrantes de Dinamarca, Suecia y Noruega.

Anders se sintió muy cómodo y relajado mucho antes de su llegada a la hermosa casa antigua, donde le presentaron a los demás huéspedes. El norteamericano era el vivo retrato de Corry Salinas, el actor; incluso hablaba como él. Se preguntó qué demonios haría allí Corry Salinas. Intercambió una mirada con el médico inglés, que también parecía haberlo reconocido. Pero ¿qué más daba? El tipo querría descansar y cambiar de aires, algo no muy distinto de los demás, quienes probablemente estaban ahí por motivos similares. Nadie incordiaría a nadie.

Durante la cena se puso a conversar con una mujer simpática de nombre Freda, quien pareció sorprendida cuando le dijo que le interesaba mucho la música. Ella le contestó entonces que no había podido elegir un lugar más indicado, pues en esa región de Irlanda la música se respiraba en el aire. También a ella le apetecería muchísimo escuchar buena música.

—Tocas algún instrumento...

Era una afirmación más que una pregunta, y Anders empezó a hablarle de la *nyckelharpa* y de su amor por la música.

—¿Y cómo te ganas la vida? —le preguntó.

—Soy solo un aburrido contable —contestó Anders con una sonrisa irónica.

—Los contables son tan aburridos como cualquier otra persona —replicó Freda—, pero si tu corazón está en otra parte, ¿no querrías seguir tu propio destino?

Mientras ella hablaba, su mirada se perdía en la distancia.

—Ah, no —contestó Anders, abatido—, sé perfectamente cuál es mi destino. Muy pronto sustituiré a mi padre y dirigiré la empresa, que ha sido el trabajo de toda su vida. Y una o dos veces por semana iré a un pequeño club a tocar música para media docena de personas. Así será mi vida. —Luego, como para restar amargura a sus palabras, sonrió y añadió—: Pero estas son mis vacaciones y estoy dispuesto a descubrir los mejores conciertos de este condado. ¿Quieres venir conmigo?

Se pusieron de acuerdo. Al día siguiente se encontrarían después del desayuno y saldrían en busca de la mejor música del lugar.

Todo resultaba muy sencillo y Anders estaba contento de haber venido. Cuando

se acostó y vio por la ventana cómo rompían las olas a la luz de la luna, supo que esa noche dormiría muy bien. No se despertaría dos o tres veces nervioso, inquieto. Solo por eso el lugar valía la pena.

A la mañana siguiente, Anders preguntó a Chicky Starr si conocía sitios con música.

En efecto, sabía de dos *pubs*, ambos muy apreciados en la zona por sus conciertos. En uno servían un marisco sensacionales al mediodía, si le interesaba probar la comida local.

Mientras conversaban, Freda se unió a ellos, lista e impaciente por salir. El tiempo parecía bueno y los dos partieron llenos de entusiasmo en dirección al pueblo. Anders llevaba a la espalda una pequeña mochila repleta de mapas y guías turísticas. Dejaron atrás las casitas blancas, las granjas y los cobertizos anejos. Subieron andando por la carretera, que al comienzo discurría paralela a la costa, y en el punto más alto del acantilado recibieron el azote del viento y la espuma en la cara. Los vientos huracanados del Atlántico eran tan fuertes que doblaban e inclinaban incluso a los árboles. El camino los llevó hacia el interior y pronto perdieron de vista el mar. A medida que se acercaban al pueblo, desaparecieron los campos, que fueron reemplazados por nuevas viviendas: hileras de fantasmales casas vacías.

La calle principal de Stoneybridge estaba bordeada de casas de dos y tres plantas, cada una de ellas pintada de un color distinto. Los *pubs* eran fáciles de reconocer, pero los dos exploradores prefirieron parar antes en un pequeño café. Conversaron distendidamente y compararon sus primeras impresiones sobre sus nuevos compañeros, los huéspedes de Stone House.

Freda, advirtió Anders, no se explayaba sobre los motivos que la habían traído a Stone House, pero había observado muy atentamente a todos los demás. El médico y su esposa, dijo, moviendo un poco la cabeza, estaban muy tristes; por una muerte reciente, estaba segura. ¿Cómo podía afirmarlo? no lo sabía. Y la enfermera tan simpática —¿cómo se llamaba? Winnie, ¿verdad?— lo estaba pasando fatal con su amiga Lillian, pero al final todo se arreglaría.

Fueron a almorzar al más grande de los *pubs*: enormes tazones humeantes de succulentos mejillones y pan fresco y crujiente. Y después, como respuesta a una imperceptible señal, un hombre bajito y con la cara enrojecida, que estaba en un rincón, sacó un violín y se puso a tocar. La sesión había comenzado...

Al principio había más músicos que público, pero poco a poco empezó a llegar gente. Muchos se dejarían caer al anochecer, les explicaron, pero a algunos les apetecía tocar por las tardes, y todos aquellos que desearan acompañarlos eran bienvenidos. La música, al principio suave y emotiva, empezó a ir cada vez más deprisa. Una pareja se puso a bailar en un lateral del salón y Anders pidió prestada una guitarra y cantó un par de canciones suecas. Les enseñó las letras y todos las corearon con gran placer.

Había traído consigo, admitió con cierta timidez, un instrumento sueco tradicional y podría venir a tocar al día siguiente, solo si a ellos les apetecía, desde luego.

Freda lo miró extrañada cuando él regresó a la mesa.

—¿Conque una o dos veces por semana, para media docena de personas? —comentó, en voz tan baja que apenas pudo oírla en medio de los aplausos y las aclamaciones—. No, no me lo creo.

Anders empezó a sentirse como si siempre hubiera vivido en ese lugar. El norteamericano era, en efecto, Corry Salinas, y, obviamente de incógnito, se hacía llamar John. Las dos mujeres, Winnie y Lillian, casi mueren ahogadas el segundo día y tuvieron que ir a rescatarlas de una cueva. Anders, que se había quedado en el pueblo para escuchar los últimos conciertos de la tarde, se perdió la conmoción que el episodio había ocasionado. Esa vez había llevado su *nyckelharpa*. Para su sorpresa, le pidieron una y otra vez que siguiera tocando y cantando. Ni rastro de John Paul, pese a que Anders frecuentaba los dos *pubs*.

En una ocasión, por fin se decidió a preguntarle a un hombre con la cara surcada por arrugas que tocaba el *tin whistle* si conocía a un gaitero de la zona llamado John Paul.

Claro que lo conocía. Todos lo conocían, un tipo muy decente. De inmediato, cuatro músicos más se unieron a la conversación. Todos ellos conocían al pobre John Paul. Empeñado en quedarse allí, en Rocky Ridge, con ese viejo demonio de padre que tenía y al que nadie podía complacer. Un hombre insatisfecho, que hubiera querido marcharse años atrás en un barco de emigrantes, y echaba la culpa a todos, menos a él mismo, por no haberlo hecho.

—Decidme, ¿John Paul toca la gaita irlandesa en algún lugar de esta zona?

—Hace meses que no viene por aquí —informó uno de los hombres sacudiendo la cabeza con tristeza—. Un puñado de nosotros subimos allí un día en una furgoneta, pero nos dijo que no podía abandonar al viejo.

A la mañana siguiente, Anders pidió a Chicky que le indicara cómo llegar a Rocky Ridge y ella le preparó una bolsa con algo de comida.

—Estoy segura de que John Paul te dará de comer, pero mejor que lleves algo en caso de que él no esté —dijo.

La caminata fue más larga de lo que había pensado y estaba exhausto cuando llegó al vasto corral descuidado de la granja. No parecía que hubiera nadie. Cuando Anders se acercó a la puerta, ahuyentó a las gallinas, que escaparon cloqueando asustadas.

Había un anciano sentado a la mesa tratando de leer un periódico con una lupa. Un enorme perro ovejero estaba echado a sus pies. Parecía una alfombra más que un perro.

—Estoy buscando a John Paul... —empezó a decir Anders.

—Usted y medio país lo andan buscando. Se marchó de aquí hace varias horas, sabrá Dios cuántas, y no ha dado señales de vida. Por cierto, soy Matty, su padre, y ni siquiera he comido todavía, y son más de las tres de la tarde.

—Bueno, soy Anders, y he traído un *pícnic*, podríamos compartirlo —dijo Anders, y abrió el paquete envuelto en papel de parafina que Chicky había metido en una bolsita.

Trajo dos platos y dividió el pollo frío, el queso y el *chutney*. Preparó el té y se sentaron a comer tranquilamente, como si el padre de John encontrara de lo más natural que un turista sueco que pasaba por allí le sirviera la comida.

Conversaron sobre la agricultura y los cambios que se habían producido a lo largo de los años, y sobre la recesión y las casas adosadas que habían edificado los arrogantes O'Hara, y que ahora, vacías, parecían una urbanización fantasma, porque la gente había sido codiciosa y había creído que el Tigre Celta viviría para siempre. Le habló de sus otros hijos, a quienes les había ido muy bien en el extranjero. Le dijo que Shep, el perro, estaba ahora ciego e inútil, pero que siempre tendría un hogar.

Preguntó por la agricultura en Suecia y Anders le explicó lo que pudo, pero aclaró que le hubiera gustado poder contarle más cosas. En realidad, él, en el fondo, era un chico de ciudad.

—¿Y qué te trae por aquí, si eres un chico de ciudad? —quiso saber Matty.

Anders le contó que había conocido a John Paul durante la excursión en autobús.

—Le encantaba ese viejo autobús, un trabajo sin perspectivas de futuro, todo el tiempo en bares clandestinos, feliz como un pájaro volando. Incluso llegó a pensar en poner uno de esos bares ilegales, pero se lo pensó mejor y decidió volver a remar aquí y tratar de sacar de esto unos pocos chelines —dijo moviendo la cabeza con disgusto.

Anders sintió que la furia le subía por la garganta. ¿Así era como el viejo agradecía el sacrificio de su hijo? ¿Podía la vida ser más injusta?

Trató de explicarle razonablemente que tal vez John Paul había querido ayudar a su padre.

—¿No querrás tú comprar la granja, por casualidad?

Matty lo miró entrecerrando los ojos.

—No, ¿por qué? ¿La vende?

—¡Ah, si pudiéramos! Me iría de aquí esta misma noche.

—¿Y adónde iría, Matty?

—Al St. Joseph. Es una especie de residencia en el pueblo. La gente vendría a verme y estaría acompañado. No aquí, clavado en Rocky Ridge con John Paul, que trabaja de sol a sol, como Dios manda, y ¿para qué? Para casi nada.

Anders se quedó callado. Matty era un hombre acostumbrado a los silencios. Shep roncaba. Tal vez la vida estaba llena de malentendidos como este.

John Paul estaba allí afuera, en lo alto de las montañas, ocupándose de cosas que detestaba hacer, y su padre aquí, anhelando vivir en un bonito lugar, seguro y

abrigado, donde la gente podría ir a verlo y le servirían la comida a la una en punto todos los días. Cada uno creyendo que el otro estaba desesperado por mantener activa la granja.

¿Y si en Suecia la situación fuera la misma?

¿Ansiaba su padre poder ceder la firma a otros y liberar a su hijo de una vida que no le apetecía? ¿Era solo una ilusión? ¿Una falsa comparación?

Los problemas no se resuelven bien así, gracias a un conjunto de coincidencias. Los problemas se resuelven tomando decisiones. Erika lo había dicho siempre, y él había creído que ella era una doctrinaria. Pero llevaba razón. Decidir no cambiar nada también era una decisión. Antes no lo había entendido.

La luz del cielo se apagó y Shep se agitaba soñando. Anders hizo más té y encontró unas galletas. Matty le contó que Chicky se había casado con un hombre que había muerto en un accidente de tráfico en Nueva York, que ese hombre le había dejado suficiente dinero como para regresar y comprar la propiedad de las Sheedy. Matty dijo que Chicky era una verdadera superviviente; no esperaba que nadie peleara sus batallas por ella. Muchos hombres se le habían insinuado, pero Chicky fue honesta y categórica con todos. Les dijo que ella era una mujer independiente.

Pero nadie conoce los designios de Dios. Acaso un día venga un norteamericano guapo de vacaciones y le haga perder la cabeza otra vez. ¿Había alguno adecuado entre los huéspedes?

Anders creía que no. Había, en efecto, un norteamericano agradable, pero Anders no había visto nada que permitiera suponer un romance.

—¡Ah! ¿Es Corry Salinas? Oí decir que se alojaba allí —dijo Matty.

—¿De veras?

—Sí, trataba de mantenerlo en secreto, pero aquí todos lo han reconocido. Frank Hanratty anduvo contando una gilipollez, que el tipo entró al club de golf a invitarlo a beber un trago solo porque vio su furgoneta rosa aparcada afuera. Frank debería pavonearse menos.

Justo en ese momento oyeron la camioneta y John Paul entró precipitadamente en la casa.

—Pa, el ganado se escapó por una de las cercas. Estuvo desperdigado por la carretera. El doctor Dai trató de hacer que volvieran a la pradera arreándolos con uno de sus palos de golf. Lo hacía peor que yo. Y cuando conseguimos llevar a alguien a reparar la cerca...

Se interrumpió cuando vio a Anders. Su cara ancha se iluminó de alegría.

—¡Anders Almkvist! ¡Has venido a vernos! —exclamó complacido—. Pa, este es mi amigo...

—Ya sé todo sobre él. Hemos mantenido una larga conversación mientras te esperábamos, y sé todo acerca de por qué a los suecos les va mejor con sus coronas que a nosotros con el euro —dijo Matty.

John Paul los miraba con la boca abierta.

—Y también me trajo el almuerzo —alardeó su padre.

La consagración. Anders arrimó otro jarro y sirvió un té a John Paul.

No había prisa. Habría tiempo suficiente para explicarlo todo.

John Paul lo llevó en su camioneta hasta Stone House.

—¡No puedo creer que hayas regresado y hayas subido hasta Rocky Ridge para verme! —exclamó.

—Esperaba escucharte en uno de los *pubs* del pueblo, pero me dijeron que trabajas mucho. Estás muy cansado.

—Yo esperaba que tú vinieras a decirme que te habías largado de esa oficina tuya —replicó John Paul.

—No. Todavía no.

—Pero ¿podría ser que...? —John Paul parecía alegrarse por su amigo—. Entonces los milagros existen.

—Espera a que te cuente lo que tu padre me ha confesado que desea, y luego pensarás dos veces antes de hablar de milagros —dijo Anders.

Anders se deshizo en disculpas cuando se sentó discretamente a la gran mesa de la cocina de Chicky.

—Siento llegar tan tarde —dijo ocupando un asiento al lado del médico y su esposa.

—Ningún problema. Esta noche hay pato. Lo he conservado caliente para ti. ¿Todo bien con John Paul?

—Está bien. ¿Qué tal es el St. Joseph como lugar para vivir?

—Bastante bueno. Si pudieran convencer a Matty de que se mudara, le encantaría. Una tía mía está allí y cuando vamos a verla apenas tiene tiempo para conversar con nosotros.

—Pues él sí que quiere. Es John Paul el que duda.

—Podemos sacarlo de dudas. Dile a John Paul que debería viajar un poco, dejar que sus hermanos y hermanas vuelvan y hagan también su parte. Que visiten a Matty de vez en cuando en vez de ser John Paul quien cargue con todo.

—Se me ha ocurrido una idea.

—Si es para darle a John Paul una pequeña oportunidad en la vida, cuenta conmigo.

—He pensado en abrir un bar irlandés en Suecia. Pedirle que venga y se haga cargo de la música. Yo podría ocuparme de la parte empresarial.

—Vaya, así que eso es lo que estabas haciendo aquí.

Chicky parecía complacida de haberse enterado sin necesidad de preguntar.

—No, no era esa mi intención. Pero las cosas han ocurrido así.

—Las cosas suelen ocurrir así, en efecto, lo he visto infinidad de veces. Hay algo en el aire de mar, creo.

—Aún no he hablado de esto con mi padre.

—¿Y si se opone? —preguntó la hotelera con suavidad.

—Se lo explicaré. Seré claro y respetuoso, como él siempre ha sido conmigo. No diré que desprecio sus sueños, solo le aclararé que no son los míos.

El tono de su voz revelaba una mayor confianza en sí mismo.

Chicky asintió varias veces. Era como si lo estuviera viendo.

—Y cuando contrates al personal, podrías llamar a mi sobrina Orla, aunque sea por una temporada; cocinará para ti. A tu *pub* le vendría fantástico, y evitaríamos que se vuelva vieja y loca a mi lado.

—Pues hay lugares peores para envejecer y volverse loco —bromeó Anders.

Confiaba en poder explicarle todo a su padre y no decepcionarlo demasiado. Klara tomaría las riendas de la firma Almkvist. Eran de la misma sangre y la empresa le pertenecía tanto como a él. Amaba y conocía la empresa como él nunca llegaría a hacerlo. Lo único que faltaba era convencer a su padre de que una mujer podría dirigir una firma tan prestigiosa como esa. Suspiró y se recostó contra el respaldo de su asiento. Pero ¿quién podría ayudarlo a convencer a su padre? Sacó del bolsillo un lápiz y una libreta y empezó a anotar cada una de las cosas que tenía que hacer. Llamar a Erika era el primer punto de la lista.

LOS WALL

Nunca se presentaban como Ann y Charlie; siempre decían: «Somos los Wall».

Firmaban sus tarjetas de Navidad como «los Wall», y cuando contestaban al teléfono decían: «Aquí los Wall».

Tal vez fuera por solidaridad. Rara vez se veía a uno sin el otro y siempre estuvieron muy unidos. Por lo visto ninguno de los dos se cansaba de la compañía del otro, lo cual era ideal puesto que trabajaban juntos en su casa de Dublín corrigiendo y calificando los exámenes de un curso universitario por correspondencia. Ambos habían sido maestros, pero este trabajo les resultaba menos estresante y además podían hacerlo juntos. En su casa tenían un pequeño despacho, una oficina a la que entraban a las nueve de la mañana y salían a las dos de la tarde. Los Wall afirmaban que la autodisciplina es muy importante cuando trabajas en casa, de lo contrario se te va el día y no has hecho nada.

Por la tarde salían a caminar o a hacer la compra, o bien se ocupaban del jardín, y a las cinco en punto se entregaban de lleno a lo que era el momento más importante del día: participar en diversos concursos.

Habían ganado muchísimos premios. Participaban en cualquier cosa, desde escoger un nombre para un conejito de Pascua de chocolate hasta escribir un poema jocoso bajo el cobertizo del jardín. Habían ganado un viaje de vacaciones al sur de Francia por haber escrito un eslogan para una marca nueva de perfumes; obtuvieron una batería de cocina de hierro fundido gracias a haber adivinado el peso de un pavo. Habían ganado el último modelo de televisor, un horno microondas de la mejor calidad, bicicletas deportivas, una de hombre y otra de mujer, cortinas de terciopelo y una gama completa de pequeños artículos, como hervidores eléctricos y álbumes de fotos encuadrados en piel. La semana que no ganaban algo era para ellos una semana perdida. Y disfrutaban tanto con el juego en sí como con las comodidades que los premios les proporcionaban.

Al parecer, sus dos hijos no pasaban mucho tiempo con ellos. Siempre había sido así. Cuando los niños iban al colegio, solían jugar en casa de sus amiguitos; a los Wall no les gustaba mucho invitar a otros niños. Uno de ellos, Andy, fue admitido en uno de los principales clubes de fútbol de Inglaterra y se convirtió en jugador profesional. El otro, Rory, era camionero y conducía durante horas y horas por toda Europa cubriendo largas distancias.

Ambas profesiones desconcertaban a los Wall, quienes no podían explicarse por qué sus hijos no habían querido ir a la universidad, y los muchachos, por su parte, no alcanzaban a entender a unos padres que rastreaban premios en periódicos y revistas buscando ganar algo como un tostador eléctrico.

Pero los años transcurrían sin sobresaltos para los Wall. Estaban muy satisfechos con la vida que llevaban. Elegían cuidadosamente los concursos y solo participaban cuando intuían que tenían una posibilidad razonable de ganar. Aborrecían el tipo de concursos que echaban por televisión: cuestionarios que consistían en preguntar si Viena era la capital de a) Andorra; b) Austria, o c) Australia. Elija la opción a, b o c. No eran concursos de verdad, solo mecanismos para ganar dinero con las llamadas a números de pago. A ningún concursante digno de ese nombre se le ocurriría participar.

Sabían, también, que no había que componer sintonías publicitarias o cancioncillas demasiado inteligentes. Habían comprendido que lo más conveniente era el término medio. Estudiaban las propuestas de cada uno para detectar los juegos de palabras o ciertas referencias que el consumidor común pudiera no entender. Debían cuidarse mucho de no apartarse del gusto mayoritario. Y hasta ahora había funcionado de maravilla.

Un atardecer de verano, sentados en las sillas de jardín que habían conseguido gracias a haber relacionado con acierto doce flores con los meses en que estas florecían, mientras bebían en sus vasos de cristal Waterford que recibieron a cambio de una oda al cristal escrita para otro concurso, los Wall se felicitaban por sus veinticinco años de feliz matrimonio. Aquella tarde estaban exultantes: planeaban hacerse con un premio fuera de lo común para celebrar el aniversario de sus bodas de plata, dentro de pocos meses. En primer lugar dieron con un crucero a Alaska, aunque habría demasiados participantes. Concursantes de todas partes del mundo intentarían ganarlo, y ellos no estaban muy seguros de conseguirlo. También había un curso de cocina en Italia, que les hacía ilusión. Una semana en un castillo de Escocia. Las posibilidades parecían infinitas. No era cuestión de ser tacaños o cautelosos con el dinero; los Wall podían costearse perfectamente unas vacaciones en el extranjero, pero la emoción de ganárselas los recompensaba mucho más. Así pues, se pusieron a rellenar formularios y a inventar eslóganes con gran entusiasmo.

Y finalmente encontraron el premio soñado. Una semana en París, durante las vacaciones de invierno, en un hotel de lujo. Tendrían a su disposición un coche con chófer y una excursión diferente cada día: Versalles, Chartres, visitas guiadas por la ciudad, comidas en restaurantes de renombre internacional. La clase de experiencia que se da una sola vez en la vida.

Parecía una opción excelente. La habían encontrado en una revista más bien cara y de poca difusión, lo que significaba que no habría llamado la atención de millones de lectores. Se trataba de explicar, en un solo párrafo, por qué merecían ellos esas vacaciones.

Los Wall sabían cómo hacerlo. Los jueces eran el director de la revista, un agente de viajes y un par de hoteleros de Irlanda y Gran Bretaña, quienes ofrecían el segundo y el tercer premio. Esa gente se tomaba las cosas en serio, por lo que no ganarían recurriendo a la sátira o la falta de respeto. La cuestión debía abordarse con

idéntica seriedad.

Al final quedaron satisfechos con su formulario de inscripción. Los Wall explicaron con total sencillez que después de veinticinco años de unión afortunada les encantaría devolver un poco de romance a sus vidas. Su día a día no había sido nunca fastuoso, pero, como a todo el mundo, también a ellos les gustaría que un poco de magia rociara su existencia. Ya habían empleado antes palabras como «rociar» y «magia» en redacciones y algunos eslóganes, y solía dar buenos resultados. Y funcionarían otra vez.

Estaban tan seguros de que el premio les pertenecía, que apenas pudieron reponerse del *shock* al escuchar que habían ganado el segundo: unas vacaciones en un remoto lugar en la región de los acantilados que dominaban el Atlántico en el otro extremo del país. Se miraron consternados. Les sabía a una pobre recompensa en comparación con el esfuerzo que habían hecho al escribir aquel sincero y apasionado ensayo sobre la necesidad de dar un toque de ilusión a sus vidas.

La mujer que se puso al teléfono suponía que estarían contentísimos de haber ganado una semana en ese lugar llamado Stone House. Y como los Wall eran personas ante todo educadas trataron en lo posible de mostrar cierto grado de entusiasmo. Pero se sentían dolidos con solo pensar que otra persona disfrutaría de lo que había empezado a ser «su» coche con chófer en París y «su» reserva en un restaurante de cinco estrellas.

Ann Wall ya había ordenado el vestuario que se proponía llevar. Se trataba de un bolso de diseño y un pañuelo de seda Hermès ganados en concursos anteriores. Charlie, de mala gana, puso a un lado la guía que había comprado para que, cuando llegaran a París, dieran la impresión de estar bien informados sobre sus monumentos y tesoros artísticos.

Ambos echaban chispas de rabia y sentían fastidio por haber creído equivocadamente que iban a ganar el primer premio. Estaban desesperados por saber cuál había sido el ensayo ganador y se prometieron averiguarlo.

Los Wall telefonearon a Chicky Starr, la propietaria de Stone House, para concertar la reserva. Se mostró muy animada y, con sentido práctico, les proporcionó los horarios de tren y les aseguró que alguien iría a recogerlos a la estación. Era, debían reconocerlo, una mujer sumamente agradable y cordial. Si se tratara de la semana que se habían propuesto ganar, habrían estado encantados con ella, pero la señora Starr no debía enterarse nunca de cuán magro consuelo serían estas vacaciones para ellos.

Les preguntó si eran vegetarianos y les aconsejó que trajeran ropa de abrigo y alguna prenda impermeable. Los Wall se dieron cuenta de que no era ese un lugar para lucir pañuelos y bolsos de marca. Les dijo que les enviaría por correo folletos e información sobre la zona a fin de que pudieran decidir con antelación lo que les apetecería visitar. Habría bicicletas, avistamientos de aves salvajes y un grupo de personas de gustos similares con quienes cenarían todas las noches.

¿Gustos similares? Los Wall no lo creían.

Seguro que nadie estaría allí por haber ganado el segundo premio.

La señora Starr dijo que no mencionaría que eran los ganadores de un concurso: que decidieran ellos si querían comentarlo o no. Los Wall estaban desconcertados. Por lo general se complacían en contar que habían ganado un concurso y presumir de que se encontraban allí gracias a su ingenio y no a cambio de dinero. No obstante, era muy considerado por parte de la señora Starr.

Se pusieron de acuerdo con ella en cuanto a los horarios del tren y del autobús y se despidieron diciéndole, con cierta hipocresía, que todo aquello les hacía muchísima ilusión.

Sus dos hijos volvieron a Irlanda para celebrar las bodas de plata. Llevaron a sus padres a Quentins, uno de los mejores y más afamados restaurantes de Dublín.

Los Wall estaban maravillados al comprobar lo sofisticados que eran sus hijos. Andy, que ahora se daba la gran vida como jugador de fútbol en un club de la Premier League, repasaba el menú como si cenara en restaurantes como ese todas las noches; incluso Rory se sentía de lo más cómodo, a pesar de que por lo general frecuentaba las cafeterías para transportistas y los bares de carretera donde los camioneros comían de prisa para volver lo antes posible a la ruta.

Preguntaron a sus padres, simulando interés, por sus últimos éxitos en los concursos. Habían ganado un juego de maletas, unas luces de colores para el jardín y un bol de madera para ensalada con los cubiertos de servir haciendo juego.

Andy y Rory murmuraron palabras de aprobación y apoyo. Hablaron de sus vidas y los Wall escuchaban sin comprender mientras Andy se refería a los traspasos y los descensos en la Liga y Rory les hablaba de las nuevas normas que estaban asfixiando el negocio del transporte de mercancías y del dinero que les ofrecían constantemente para entrar inmigrantes ilegales camuflados entre la carga. Los dos muchachos tenían amores que contar. Andy salía con una famosa modelo y Rory se había mudado a un apartamento con una chica española llamada Pilar.

Los Wall comentaron que la semana siguiente se marcharían al oeste de Irlanda. Describieron el lugar e hicieron hincapié en todos los aspectos positivos. Dijeron que la señora Starr, la dueña, parecía encantadora.

Para su sorpresa, los dos jóvenes mostraron un interés auténtico.

—¡Qué bien que hagáis algo diferente! —exclamó Andy, admirado.

—Y algo que habéis elegido vosotros, no que lo habéis ganado —aprobó Rory.

Los Wall no los sacaron de su error. No era mentir exactamente, sino que se abstuvieron de decir que... bueno, en realidad, ¡también había sido un concurso! En parte porque todavía se sentían muy contrariados por haber perdido el viaje a París, pero sobre todo porque les halagaba que sus hijos, sin esperárselo, se mostraran tan complacidos con la decisión que habían tomado de ir a ese lugar dejado de la mano

de Dios.

Preferían disfrutar un poco de ese instante de entusiasmo y no aguarlo explicándoles el verdadero motivo del viaje al oeste.

Andy dijo que su novia, la modelo, siempre había querido viajar a lugares remotos a gozar de unas sanas vacaciones practicando senderismo, de modo que, dependiendo de sus referencias, lo tendría en cuenta. Rory les contó que Pilar había visto media docena de veces una vieja película, *El hombre tranquilo*, y que se moría por conocer esa parte del mundo. Posiblemente ese hotel era el lugar indicado.

Por primera vez en mucho tiempo, los Wall tuvieron la impresión de que estaban en la misma onda que sus hijos. Y les causó una gran satisfacción.

Una semana después, mientras cruzaban Irlanda en tren, volvieron a sentirse deprimidos. La lluvia caía constante. Contemplaron sin placer los campos húmedos y las montañas grises. En ese preciso instante otras personas estaban llegando al aeropuerto Charles de Gaulle de París. Los estaría esperando el chófer que debería haber recibido a los Wall. Habría mantas en el coche, por si hacía frío; los llevaría hasta el magnífico hotel de cinco estrellas, el Martinique, donde una botella de champán bien fría los estaría esperando en la *suite*. No era una habitación, sino una *suite*. Esa misma noche, aquellas personas cenarían en el hotel, con una carta que los Wall ya habían visto por internet, mientras ellos se dirigían a una simple casa de huéspedes con pretensiones. En el lugar abundarían las corrientes de aire y seguro que dentro ni siquiera podrían quitarse el abrigo. Comerían, todas las noches de una semana completa, en la cocina de la señora Starr.

¡En una cocina!

Deberían estar cenando en un salón de París, bajo las lámparas de araña.

Los campos parecían volverse más pequeños y húmedos a medida que se dirigían al oeste. No necesitaban intercambiar ese tipo de impresiones. Los Wall compartían todo: cada uno sabía lo que estaba pensando el otro. Sería una semana larguísima, deprimente.

En la estación reconocieron a Chicky Starr en el acto; habían visto una foto suya en el folleto de Stone House. Los saludó cordialmente y llevó sus maletas a la furgoneta mientras les hablaba de la región y sus atracciones. Chicky les explicó que, ya que estaba en el pueblo, aprovecharía para recoger algunas cosas, y los Wall se quedaron mirando cómo cargaba en el capó del coche su juego de maletas de primera calidad. Parecían fuera de lugar si comparaban sus maletas con los prácticos bolsos y mochilas de Chicky Starr.

Daba la impresión de conocer a todo el mundo. Le preguntó al chófer del autobús si había mucha gente en el mercado; saludó a los escolares de uniforme y les preguntó por el partido que habían jugado ese día. Se ofreció a llevar a un hombre muy mayor, pero él le dijo que su nuera vendría a buscarlo y que estaría muy bien allí

sentado viendo pasar gente mientras la esperaba.

Los Wall observaban todo con mucho interés. Debía de ser extraordinario conocer a cada una de las personas que vivían en ese pueblo. Sociable, desde luego, pero claustrofóbico. No habían oído mencionar a ningún señor Starr. Ann Wall decidió aclarar su duda de inmediato.

—Y su esposo, ¿colabora con usted en la empresa? —preguntó con imprudencia.

—Por desgracia murió hace unos años. Pero le habría complacido mucho ver Stone House hecho realidad —dijo Chicky con gran naturalidad.

Los Wall se sintieron abochornados. Habían sido muy indiscretos.

—Parece un lugar encantador para vivir —mintió Charlie.

—Es muy especial —admitió Chicky—. Viví mucho tiempo en Nueva York y solía venir una vez al año. Era una manera de cargar las baterías para el resto del año. Y pensé que otros podrían sentir lo mismo.

Los Wall lo pusieron en duda, pero mascullaron algunas palabras entusiastas de aprobación.

Sin embargo, Stone House les causó buena impresión cuando llegaron. Era acogedora y muy comfortable. La habitación que les habían asignado estaba amueblada y decorada con un gusto exquisito y disponía de un gran ventanal arqueado con vistas al mar. Sobre una mesita, junto a la ventana, había dos copas de cristal, una cubitera y media botella de champán.

—Es una manera de felicitaros por vuestros veinticinco años de feliz matrimonio. Sois muy afortunados, y más aún porque podéis celebrarlo —dijo Chicky.

Los Wall, por primera vez, se quedaron sin palabras.

—En efecto, hemos tenido un matrimonio muy feliz —repuso Ann Wall—. Pero ¿cómo se ha enterado?

—Leí vuestra participación al concurso. Me resultó tan conmovedora... hablabais del placer que encontrabais en las cosas simples de la vida, pero que os gustaría rociarla con un poco de magia. Espero que podamos brindaros algo de esa magia durante vuestra estancia.

En efecto, había leído el formulario.

Habían olvidado que ella era un miembro del jurado. Sin embargo, por muy emocionada y conmovida que estuviera, al final no había votado por ellos para que tuvieran las vacaciones de sus sueños.

—¿Los leyó todos, entonces? —preguntó Charlie.

—Nos entregaron una preselección. Nosotros leímos los últimos treinta —admitió Chicky.

—¿Y los que ganaron...?

—Bueno, hubo cinco ganadores en total —explicó Chicky.

—Sí, pero las personas que ganaron el primer premio. ¿Qué tipo de texto escribieron?

Ann Wall tenía que saberlo: ¿qué clase de palabras les habían arrebatado el

primer puesto?

Chicky se detuvo, como preguntándose si debía explicarlo o no.

—Es curioso, en realidad. Ellos escribieron algo totalmente distinto. No era en absoluto como vuestra historia. Parecía más una canción, como una versión de «I Love Paris In the Springtime», pero con otras palabras.

—¿Una canción? No se pedía una canción. Se pedía un ensayo.

Los Wall estaban indignados.

—Bueno, ya sabéis, la gente interpreta estas cosas a su manera.

—Pero cambiar la letra de una canción que ya existe, ¿no es vulnerar los derechos de autor?

Estaban absolutamente horrorizados.

Chicky se encogió de hombros.

—Era inteligente, pegadiza. A todos les gustó.

—Puede que la canción original fuera pegadiza e inteligente, pero ellos escribieron una parodia y consiguieron el viaje a París.

No podían disimular su dolor y su amargura.

Chicky miró primero a uno y luego al otro.

—Bueno, ahora estáis aquí, ojalá lo paséis bien —dijo Chicky, desalentada.

Hacían todo lo posible por dar una impresión de normalidad, pero a veces era demasiado esfuerzo.

Chicky pensó que lo más aconsejable era dejarlos solos. Era evidente que para los Wall estas vacaciones eran una segunda opción del todo insuficiente.

—Si os sirve de consuelo, cada uno de los jueces pensó que, aunque los Flemming se llevaran el primer premio, vuestro relato era absolutamente conmovedor. Todos envidiamos vuestra relación —les dijo para animarlos.

Inútil. No era solo que estaban decepcionados; los Wall sabían ahora que, además, habían sido engañados. Les amargaría toda la vida.

Hicieron un esfuerzo por reponerse. Un gran esfuerzo, pero no fue sencillo. Trataron de conversar con los demás huéspedes y aparentaron interés en lo que decían. Formaban un grupo insólito: un chico muy serio, de Suecia; una bibliotecaria llamada Freda; un matrimonio inglés, ambos médicos; Nell, una mujer muy crítica con la boca fruncida; un norteamericano que había perdido el avión y en el último momento había decidido venir, y dos amigas, que no debían de serlo tanto, llamadas Winnie y Lillian. ¿Qué estaban haciendo todos ellos en ese lugar?

La comida, servida por Orla, la atractiva sobrina de la dueña, era excelente. Lo cierto era que no había nada que objetar. Nada, en efecto, aparte del hecho de que los Flemming, quienesquiera que fuesen, les habían robado sus vacaciones en París.

Esa noche los Wall no durmieron bien. Se despertaron a las tres de la mañana y ya no pudieron conciliar el sueño, de manera que prepararon un té en la habitación.

Permanecieron sentados escuchando el viento y la lluvia y el ruido de las olas que retrocedían para volver a romper en la orilla. El mar sonaba triste y lastimero, como si se compadeciera de ellos.

A la mañana siguiente, los demás huéspedes estaban ya preparados y parecían muy entusiasmados con sus planes de excursión. Los Wall escogieron una dirección al azar y llegaron a una extensa playa desierta.

Les resultaba tonificante, desde luego, y saludable. No tenían más remedio que admitirlo. El paisaje era espectacular.

Pero no era París.

Entraron en uno de los *pubs* que Chicky les había recomendado y tomaron un tazón de sopa.

—No creo que pueda soportar esto seis días más.

Ann Wall dejó la cuchara.

—La mía está bien —dijo Charlie.

—No me refiero a la sopa, hablo de estar aquí, donde no queremos estar.

—Lo sé y, de algún modo, me siento igual —admitió Charlie.

—Lo peor es que no lo ganaron justa y honestamente. Hasta Chicky lo admite.

Ann se sentía ofendida.

—¿No te gustaría saber cómo lo estarán pasando? —preguntó Charlie.

—Sí. Me gustaría saberlo y al mismo tiempo no.

Se rieron como dos buenos amigos.

La mujer detrás de la barra los miraba con aprobación.

—¡Señor, es fantástico ver a una pareja que se lleva tan bien! —exclamó—. Se lo decía anoche a Paddy: entraron aquí, se quedaron con los ojos clavados en sus copas, sin decirse nada. Paddy no se había dado cuenta. Probablemente ya se han dicho todo, fue lo que pensó.

Los Wall estaban complacidos de oír decir dos veces en veinticuatro horas que los admiraban por tener una buena relación. No habían pensado antes que fuera algo inusual. Además, Chicky había dicho que los jueces habían sentido envidia de ellos. Aunque no tanta, desde luego, como para darles el primer premio...

Dijeron que estaban de vacaciones, que eran de Dublín y se hospedaban en Stone House.

—Chicky ha convertido ese lugar en algo estupendo, ¿verdad? —comentó la mujer—. Ha sido un gran ejemplo para la gente de aquí. Cuando su pobre esposo, que el Señor lo tenga en la gloria, se mató en ese terrible accidente, allá, en Nueva York, ella tomó la decisión de regresar aquí y empezar una nueva vida, y de paso traer un poco de movimiento a este lugar en invierno. Todos le deseamos lo mejor.

Lo ocurrido al marido de Chicky era muy triste, convinieron los Wall, pero no por eso iban a sentirse menos abrumados en ese remoto lugar de Irlanda cuando sus sueños estaban en otra parte.

No fue hasta la cena de la cuarta noche cuando mencionaron que habían ganado las vacaciones en un concurso. Todos parecían estar más relajados cuando a última hora de la tarde se sentaron a la mesa. A esas alturas los Wall ya se habían dado cuenta de que ninguno era realmente lo que parecía. Las dos mujeres, Winnie y Lillian, no eran viejas amigas; habían estado a punto de morir ahogadas y las habían rescatado; los médicos parecían menos preocupados, y Nicola charlaba alegremente con el norteamericano, quien había resultado ser una estrella de la gran pantalla; el chico sueco tenía pasión por la música, y, por algún misterio, las aseveraciones de Freda, la bibliotecaria, sobre las vidas de aquellas personas eran acertadas. Nell seguía siendo una crítica; eso al menos no había cambiado. Pero en realidad se sentían como si fueran personas que se conocían y no un grupo de extraños reunidos por casualidad.

Estaban todos fascinados con la idea de ganar concursos. Habían creído que solían estar amañados de antemano, o que era tanta la gente que se inscribía que uno jamás tendría la posibilidad de salir vencedor.

Los Wall hicieron una descripción de los artículos que habían ganado, satisfechos al comprobar la fascinación que despertaban en cada uno de ellos.

—¿Hace falta tener un talento especial? —quiso saber Orla, y explicó que le gustaría mucho ganar una moto y recorrer Europa.

Los Wall fueron generosos con sus consejos: no era tanto una cuestión de talento como de perseverancia y de no complicar las cosas.

Estaban entusiasmadísimos y ansiosos por participar en un concurso. Chicky y Orla corrieron a buscar periódicos y revistas, que estudiaron minuciosamente a fin de dar con alguno.

Encontraron uno que consistía en poner nombre a un animal del zoo. Los Wall explicaron que se trataba de un apartado destinado a los niños, de manera que cada uno de los colegios del país enviaría inscripciones. Las probabilidades de ganarlo eran nulas. Hablaban con la autoridad del jugador de póquer, capaz de decir cuáles son las posibilidades que uno tiene de sacar una escalera o color. Los demás los miraban con asombro y respeto.

De pronto, en un diario local, del oeste de Irlanda, descubrieron un concurso: «Invente un festival».

Los Wall leyeron atentamente el anuncio. Los concursantes debían proponer un festival, algo que pudiera incentivar el comercio en invierno en una localidad del oeste.

Este podría ser. ¿Qué clase de festival se les ocurría para Stoneybridge?

Los huéspedes del hotel se miraron escépticos. Hubieran preferido un eslogan atractivo o un epigrama inteligente. Proponer un festival era algo demasiado difícil.

Los Wall no estaban seguros. Decían que había posibilidades pero que debían analizarlas con detenimiento. Como debía ser en invierno, un concurso de belleza no tenía sentido, las pobres chicas se congelarían. Galway tenía su festival de las ostras, de manera que no tenía sentido hacer lo mismo. Otras localidades de la costa

controlaban lo relacionado con la práctica de surf y kayak.

La escalada era un deporte demasiado especializado. Estaba la música tradicional, desde luego, pero Stoneybridge no era conocido por ser un centro de ese estilo musical como lo eran Dublín o Miltown Malbay, en el condado de Clare, y no contaba con gaiteros o violinistas legendarios. Ya había un festival de senderismo, y Stoneybridge no podía presumir de figuras literarias en quienes apoyarse para crear talleres literarios de invierno.

Tampoco contaban con nada representativo de la historia de las artes visuales. No podían ofrecer un Jack Yeats o un Paul Henry.

¿Y un festival de narración oral? fue la propuesta de Henry y Nicola, los callados médicos ingleses. A todos les pareció buena idea, pero por lo visto ya existía un evento similar muy consolidado en el condado vecino.

Anders sugirió un seminario titulado «Aprenda usted mismo música irlandesa», pero los demás dijeron que el lugar se abarrotaría de turistas aprendiendo a tocar la flauta *tin whistle*, las cucharas y el tambor irlandés, el *bodhrán*.

El norteamericano, a quien a veces llamaban John y a veces Corry, dijo que pensaba que un festival enfocado en el tema de «ir al encuentro de las raíces» podría tener éxito. Habría genealogistas dispuestos a ayudar a la gente en la búsqueda de sus antepasados. La opinión general fue que en Irlanda el tema de los orígenes estaba saturado.

Winnie propuso un festival de cocina, en el que los lugareños podrían enseñar a los visitantes a hornear el pan integral tradicional y las *farls* o tortillas de patatas, y, especialmente, a usar el *carrageen* o musgo de Irlanda para preparar la deliciosa *mousse* que habían comido la noche anterior. Pero, al parecer, había demasiadas escuelas de cocina en la zona y sería muy difícil competir.

Todos convinieron en consultar el problema con su almohada y traer a la mesa nuevas ideas la noche siguiente. Había sido una velada muy entretenida y los Wall, sin quererlo, se habían divertido.

Ya en su habitación, volvieron a pensar en París. Esa noche tendrían que haber asistido a una función en la Ópera. Una limusina los habría llevado deslizándose suavemente bajo las luces de París; luego, de vuelta en el hotel Martinique, habrían sido acogidos por el personal, que a esas alturas ya los conocerían. El *maître* les ofrecería beber una copa en el piano bar antes de acostarse. En cambio, la actividad de aquella noche había consistido en explicar las reglas para ganar concursos a un grupo de extraños que ni siquiera sabían por dónde empezar.

Como de costumbre, solo de pensarlo se deprimían.

—Apuesto a que ni saben apreciarlo —dijo Charlie.

—Probablemente hayan sustituido la Ópera por un *pub* —añadió Ann con desprecio.

Y de repente se le ocurrió la idea.

—¿Por qué no los llamamos y les preguntamos cómo les va? Así al menos lo

sabremos.

—¡No podemos llamarlos a París!

Charlie estaba azorado.

—¿Por qué no? Solo una llamadita. Les decimos que les telefoneamos para desearles lo mejor.

—Pero ¿cómo los localizaremos?

Charlie no salía de su asombro.

—Sabemos el nombre del hotel; sabemos cómo se apellidan, ¿qué más necesitamos?

Para Anne era muy sencillo.

Los Wall habían anotado en su cuaderno destinado a los concursos todos los detalles relacionados con las vacaciones en París, incluido el número de teléfono del hotel Martinique. Antes de que Charlie pudiera hacer otra objeción, Ann cogió su móvil, marcó el número y habló con el hotel.

—*Monsieur et Madame Flemming d'Irlande, s'il vous plaît* —dijo con una voz clara, de hermoso timbre.

—¿Quién dirás que somos? —preguntó temeroso Charlie.

—Improvisaré.

Ann controlaba la situación.

Charlie, muy nervioso, escuchaba.

—Ah, señora Flemming, se trata de una breve llamada para preguntarle cómo les va y si están satisfechos.

—Pues, sí... quiero decir, muchas gracias. —La mujer parecía indecisa.

—¿Y están disfrutando la semana en el Martinique? —insistió Ann.

—¿Es usted alguien del hotel? —preguntó nerviosa la mujer.

—Claro que no; la llamo de Irlanda para asegurarme de que no tienen problemas.

—Bueno, es un poco incómodo. Resulta extraño decir esto, pues se trata de un hotel de lujo. Lo sabemos, pero no es como esperábamos.

—Vaya, lamento oír eso. ¿En qué sentido, exactamente?

—Bueno, en primer lugar... no es una *suite*. Es un cuarto muy pequeño cerca del ascensor, que sube y baja toda la noche. Y no podemos comer en el salón comedor, los vales sirven solo para lo que ellos llaman *Le Snack Bar*.

—¡Pero no eran las condiciones del acuerdo! —dijo Ann con cierta indignación.

—Desde luego, pero es como hablar con la pared, pues hacen oídos sordos. Se encogen de hombros y dicen que ellos no tienen nada que ver.

Por la voz notó que la señora Flemming estaba muy disgustada.

—¿Y el chófer?

—Lo vimos una sola vez. Trabaja para el hotel y por lo visto lo necesitan para los clientes VIP. Nunca está disponible. Nos entregaron vales para la excursión en autobús a Versalles; fue agotador y tuvimos que caminar kilómetros por una avenida de adoquines. Decidimos no ir a Chartres.

—No es lo que prometieron —repuso Ann con disgusto.

—No, es cierto, y no nos gusta tener que quejarnos. Quiero decir, se trata de un premio muy generoso. Es solo... solo que...

—¿Y los restaurantes de lujo? ¿Son realmente buenos?

—Sí, hasta cierto punto, pero solo cubre el *prix fixe*, ¿sabe? una carta al uso, y por lo general sirven cosas como callos o conejo, que nosotros no comemos. Es verdad que nos dijeron que podíamos elegir los platos de la carta, pero luego resultó que no teníamos derecho.

—¿Y qué van a hacer?

—Pues la verdad es que no sabíamos qué hacer, por eso nos alegramos de que usted haya llamado. ¿Es de la revista?

—No exactamente, pero estoy en contacto con ellos, en cierto modo —repuso Ann.

—No pretendemos quejarnos o lamentarnos; no queremos parecer desagradecidos. Lo que pasa es que, ya sabe, no es ni de lejos lo que esperábamos.

—Lo sé, lo sé.

Ann los compadecía de veras.

—Y el personal del hotel, cada uno de ellos son muy agradables, realmente amables y simpáticos; pero se comportan como si pensaran que ganamos un premio de consolación, no el que estaba anunciado. ¿Qué sugiere que hagamos?

Los Wall se miraron sin comprender. ¿Qué podían decirles?

—Tal vez podrían comunicarse con la empresa de relaciones públicas que lo organizó —dijo por fin Ann.

—¿Y usted lo haría por nosotros?

Era evidente que la señora Flemming no quería problemas.

—Sería más efectivo si la queja viniera de ustedes, sobre todo estando en el lugar...

Ann trataba por todos los medios de escabullir el bulto.

—Pero usted ha tenido la amabilidad de llamarnos para preguntarnos si estaba todo bien. ¿A quién representa exactamente?

—Soy una persona del público, que se preocupa.

Y acto seguido Ann Wall colgó. Estaba temblando.

¿Qué harían ahora?

Lo primero que hicieron fue dejar que esa sensación de gran placer que sentían penetrara en sus cuerpos y los recorriera por completo. Las vacaciones de ensueño en París habían resultado ser una pesadilla. Se habían librado, ¡qué bien! Estaban mucho mejor en este lugar absurdo a orillas del Atlántico, que al principio les pareció tan decepcionante.

Aquí tenían lo que les habían prometido. Después de todo, parecía que se habían hecho con el primer premio.

Decidieron que a la mañana siguiente llamarían a la empresa de relaciones

públicas para informarles de que no todo era como se prometía en el hotel Martinique.

Y por primera vez durmieron toda la noche. No se despertaron llenos de resentimiento a las tres de la mañana a beber té y rumiar acerca de lo injusta que era la vida, y especialmente los concursos.

Los Wall cogieron una bolsita con la comida y caminaron a lo largo del sendero que discurría entre acantilados y riscos hasta que se toparon con las ruinas de una iglesia antigua; Chicky les había dicho que era un sitio muy bonito para hacer un *picnic*. Estaba protegido del viento y al otro lado del mar, en línea recta, se encontraba la costa de América.

Reían felices mientras abrían sus paquetes, sacaban las deliciosas porciones de pastel de pollo y abrían sus termos de sopa. Se imaginaban a los Flemming en París, almorzando otra vez callos o conejo.

Ann Wall había dejado un mensaje críptico en la agencia de relaciones públicas, diciendo que por el bien de todos, y para evitar la mala publicidad, mejor sería que averiguaran lo que sucedía con los Flemming en el Martinique. Se sentían como dos chiquillos con un día libre en el colegio. Disfrutarían del resto de su estancia.

Esa noche, cada uno de los que se sentaban a la mesa de la cocina de Chicky tenía pensado qué clase de festival proponer y no veía la hora de que acabara la comida para compartir su idea. Lillian, mucho menos tensa en los dos últimos días, dijo que a ella le parecía que la esencia de un festival era, si disculpaban el uso de esa horrible expresión, que hubiera «buen rollo». Todos, muy serios, asintieron y dijeron que eso era justo lo que hacía falta.

Chicky afirmó que en los días que corren era cada vez más importante tener sentido de pertenencia a la comunidad. Los jóvenes al principio huían de las pequeñas sociedades cerradas, como es lógico, pero luego deseaban formar parte de ellas otra vez.

Orla preguntó si no convendría organizar una reunión familiar. Les agradó la idea pero dijeron que sería un problema calcular los asistentes. ¿Se trataría de reunir a un clan o a personas distanciadas? Lillian pensaba que un Festival de Abuelas Honorarias podría estar bien. Todo el mundo quería ser abuelo, sentenció. Winnie la miró con dureza. Era la primera vez que sacaba el tema.

Henry y Nicola se preguntaban si la salud de la comunidad no sería un punto de interés. Hoy en día la gente se preocupaba mucho por la dieta, la vida sana y hacer ejercicio. Stoneybridge podía brindar todo eso. De repente, Anders dijo que se podría hacer un festival para celebrar la amistad. Ya sabéis, viejos amigos que vuelven a reunirse, quizá un viaje con un antiguo compañero, esa clase de cosas. Estuvieron pensando en ello un rato, por cortesía. Pero cuanto más lo pensaban, mejor les parecía.

No excluía a la familia, o quien fuere. Tu amigo o amiga podía ser tu hermana o tu tía.

Mucha gente tenía que haber sentido alguna vez cuánto le gustaría ponerse al día con alguien a quien no veía con tanta frecuencia como hubiera deseado.

Imaginaron un festival capaz de ofrecer un buen número de entretenimientos, y variados, como las propuestas que cada uno acababa de exponer, pero que se celebraría en nombre de la amistad. Rebosaban de ideas: podía haber talleres de cocina, clases para mantenerse en buena forma física, excursiones a pie, turismo ornitológico, té en la granja, conciertos improvisados, teatro, clases de claqué.

Los Wall observaban el debate con creciente entusiasmo, cómo se iba gestando el plan; tomaban nota y elaboraron un programa. Tenían en sus manos uno auténticamente ganador.

Volvieron a consultar el periódico para comprobar cuál era el premio.

Mil doscientos cincuenta euros para gastarlos en una gran tienda de Dublín.

Los Wall le encontraron la vuelta: lo dividirían entre todos a partes iguales, con un extra para Anders, pues era su idea la que había ganado. ¿Conformes?

Aceptaron encantados.

¿Cómo se llamarían? ¿El Sindicato de Stone House? Sí, les parecía perfecto. Orla lo pasaría al ordenador y les daría una copia a cada uno. Estarían pendientes del resultado, que se daría a conocer una semana antes de Navidad.

Cuando se creara el festival, todos regresarían a Stone House para celebrarlo. Y, lo que era aún mejor, tenían el resto de la semana por delante en esa hermosa casa, con las olas que rompían en la orilla. Un lugar que no solo había estado a la altura de lo prometido, sino que les había dado mucho, mucho más.

Estaban disfrutando de algo más profundo que de un toque mágico de romance e ilusión; les embargaba una extraordinaria sensación de paz y de estar viviendo algo importante.

LA SEÑORITA NELL HOWE

Las niñas del colegio Wood Park creían que la señorita Howe tenía noventa años cuando se jubiló, pero en realidad cumplía sesenta. Daba igual. Era vieja. No se detuvieron a pensar cómo emplearía después sus días, semanas y meses. De todos modos, los viejos seguían mandando, refunfuñando y quejándose. Ni se imaginaban lo mucho que la señorita había temido la llegada de ese día, ni el pavor que había sentido cada primero de septiembre durante cuarenta años, en los que nunca pudo encarar un nuevo curso escolar con esperanzas, planes y proyectos.

La señorita Howe estaba allí desde siempre. Era alta y delgada, se peinaba el pelo hacia atrás, dejando la frente despejada, y lo sujetaba con un pasador de la época de Matusalén. Llevaba ropa oscura debajo de una toga académica. Había enseñado a las madres y a las tías de estas niñas en el pasado, pero en los últimos años, como directora, pasaba más tiempo en su despacho que en las aulas.

Las chicas aborrecían tener que ir al despacho de la señorita Howe. Por una razón: siempre era para recibir una reprimenda, una queja o un castigo. Pero no solo por eso. Se trataba de un lugar sin alma. La señorita Howe tenía un escritorio muy funcional y siempre vacío: parecía una persona que no toleraba el caos ni el desorden.

En una de las paredes había una modesta estantería con muchos libros sobre educación. No era un mueble biblioteca, como hubiera sido más apropiado para una mujer que durante décadas se había consagrado a la enseñanza. Otra de las paredes estaba cubierta con horarios y listas de actividades y eventos que habrían de realizarse próximamente, y diversas plantillas y planes. Destacaban en aquella habitación dos archivadores metálicos de grandes proporciones, donde probablemente se guardaban los archivos de varias generaciones de alumnas de Wood Park, y un enorme ordenador. Las cortinas de la ventana eran marrones, no había cuadros ni el menor indicio de la existencia de una vida fuera de esas paredes. No había fotografías, ni adornos ni signos de que a la señorita Howe, la directora, le interesara alguna otra cosa que no fuera el colegio Wood Park. En ese despacho entrevistaba a futuras alumnas y a sus padres, a posibles nuevas profesoras, a inspectores del Ministerio de Educación y a alguna exalumna, a quien la vida le hubiera sonreído y se presentara allí con la intención de financiar una biblioteca o una sala de juegos.

La señorita Howe tenía, desde hacía tres años, una ayudante llamada Irene O'Connor. Rolliza y alegre, en la sala de profesoras se referían a ella como «la cara más amable de la Dirección Howe». No parecía darse cuenta de que la señorita Howe, más que hablarle, le ladraba. La señorita Howe rara vez le daba las gracias por nada y siempre se mostraba un poco sorprendida e incluso fastidiada cuando Irene llevaba té y galletas a una reunión que a buen seguro iba a ser desagradable o

polémica.

Como no había plantas ni flores en el despacho de la señorita Howe, Irene había llevado un pequeño kalanchoe en un tiesto de latón. Era una planta que apenas si requería cuidados, algo necesario ya que la señorita Howe nunca la regaba y al parecer ni siquiera notaba su presencia. Irene usaba camisetas de colores vivos debajo de una chaqueta oscura y una falda. Como si tratara de poner una nota de color en aquella lóbrega oficina, sin por ello molestar a la señorita Howe. Con toda probabilidad Irene era una santa y llegaría a ser canonizada en vida.

Trabajaba en un despachito anexo, que, al igual que su conversación, era revelador de su personalidad. Había allí geranios y postales de todos sus amigos y amigas pinchadas en el tablón de anuncios; fotografías de ella enmarcadas encima de su escritorio. En los cajones guardaba *souvenires* de vacaciones en España y fotos suyas con una falda de volantes y un gran sombrero en una fiesta. Todo ello daba cuenta de una vida activa y feliz y contrastaba con la lúgubre celda vecina, que era el orgullo y la alegría de la señorita Howe.

Cada día volvía a su casa a almorzar, pues tenía una madre inválida y cuidaba de un sobrino, Kenny, que era hijo de su difunta hermana. Irene y su madre le habían dado a Kenny un hogar y una buena educación; sería un buen muchacho.

En la sala de profesoras, todas se maravillaban de la paciencia de Irene y de su constante buen humor. A veces la compadecían, pero Irene no quería oír ni una sola palabra en contra de su jefa.

—No, no, es solo su manera de ser —explicaba—. Tiene un corazón de oro y este trabajo es su pasión. Por favor, entendedlo.

Las profesoras comentaban entre sí que las personas como Irene siempre serían las víctimas de las señoritas Howe de este mundo. ¿Qué quería decir Irene con eso de «es su manera de ser»? Las personas eran como eran. ¿Cómo si no íbamos a conocerlas?

A la señorita Howe la llamaban «Su-peor-enemigo». Les parecía muy ingenioso y se reían cada vez que lo decían. En cierto modo, ese mote la tranquilizaba. Sentía menos miedo cuando la llamaban así a sus espaldas, aunque siempre lo hacían cuando estaban seguras de que las niñas no escuchaban.

Un año antes de que la señorita Howe se jubilara, se especuló mucho con respecto a su sucesora. Ninguna de las que formaban parte del cuerpo docente tenía antigüedad o autoridad suficiente para reemplazarla. Se debía a la manera como la señorita Howe había dirigido el colegio; jamás había delegado nada en nadie. Probablemente nombrarían a alguien de fuera. Pero esta idea tampoco les gustaba. Estaban acostumbradas a Su-peor-enemigo. Sabían cómo tratarla y contaban con Irene para suavizar las aristas. ¿Quién podía adivinar las intenciones de una nueva directora? Más vale malo conocido que bueno por conocer, e impuesto de fuera y del

que nadie tenía noticia.

También se preocupaban por Irene. ¿Se quedaría o serviría al nuevo zar? ¿También le excusaría alegando su manera de ser? ¿Y si la nueva no quería a Irene?

Todo aquello predecía cambios. Y a ellas los cambios les daban temor.

Entonces se planteó la cuestión del regalo de despedida en honor de la señorita Howe. Nadie tenía la más mínima idea de lo que podría gustarle. Ni siquiera las charlas habituales al comienzo del curso, a la vuelta de las vacaciones, arrojaron alguna pista. La señorita Howe nunca tenía nada que contar, ni reuniones familiares, ni una casa acabada de pintar o un jardín con nuevas flores. Al final dejaron de preguntarle.

Pero ¿qué se le podía regalar a esta mujer en conmemoración de los años que había trabajado en Wood Park? Ni pensar en un crucero o una semana en un spa o un juego de cristalería Waterford o un bello mueble de estilo. Se sabía que a la señorita Howe le gustaba todo lo utilitario: si servía, estaba bien.

Las profesoras suplicaron a Irene que les diera una pista.

—La ves a diario. Hablas con ella todo el rato. Seguro que tienes una mínima noción de lo que le gusta.

Pero Irene contestaba que tenía la mente en blanco. La señorita Howe era una persona demasiado reservada. No acostumbraba a hablar de cosas personales.

La comisión de padres también le hacía la misma pregunta. Querían homenajearla de alguna manera, pero no sabían cómo. Irene decidió ponerse las pilas y averiguar un poco más acerca de los hábitos de vida de su jefa.

Como conocía la dirección de la señorita Howe, lo primero que hizo fue ir a ver su casa. Estaba en una urbanización de adosados conocida con el nombre de St. Jarlath's Crescent. Casitas que al principio habían estado destinadas como viviendas para la clase obrera, que después habían sido repensadas como urbanizaciones, y que en la actualidad, desde luego, habían perdido valor a causa de la recesión. La mayor parte de los pequeños jardines delanteros estaban bien cuidados, con maceteros y canteros de flores de variados colores.

El jardín de la señorita Howe, sin embargo, no tenía adornos de ningún tipo. Solo dos arbustos en flor y un césped muy bien cortado. La puerta, la cancela y los postigos necesitaban una mano de pintura. No parecía un descuido, sino más bien que quizá nadie se fijaba en ello. No podía sacar nada en limpio.

Irene decidió que debía armarse de valor y echar un vistazo al interior. A la mañana siguiente deslizó las gafas de la señorita Howe en su propio bolso y fue a verla a su casa haciéndole creer que las había encontrado encima de su escritorio.

La señorita Howe la recibió en la puerta sin grandes muestras de entusiasmo.

—No era necesario, Irene —dijo con frialdad.

—Pero temía que usted no pudiera leer esta noche —farfulló ella.

—Ah, no, tengo varias de repuesto. Pero gracias de todas formas. Ha sido usted

muy amable.

—¿Puedo pasar un momento, señorita Howe?

Irene casi se desmaya por haberse atrevido a tanto.

Hubo un instante de silencio.

—¡Cómo no!

Y la señorita Howe abrió la puerta.

Apenas si había muebles: una casa fría y despojada como una clínica, como su despacho de Wood Park. No colgaban cuadros de las paredes, solo una biblioteca desvencijada y un viejo televisor. Una mesa sobre la que había una bandeja preparada con la cena: una porción de queso, dos tomates y dos rebanadas de pan. En casa de Irene estarían comiendo pasta con salsa de tomate picante. Irene le había enseñado a Kenny a cocinar y esta noche haría el postre de ruibarbo con nata. Luego jugarían todos juntos una partida de *Scrabble*, y después Irene y su madre mirarían telenovelas y Kenny, que ya había cumplido los dieciocho años, saldría con sus amigos.

¡Qué hogar más alegre comparado con esta casa fría y desangelada!

Pero, visto que había llegado hasta ahí, Irene no estaba dispuesta a renunciar.

—Señorita Howe —le dijo—, tengo un problema.

—¿De veras?

La voz de la señorita Howe era glacial.

—Sí. Las profesoras y los padres me han pedido consejo sobre qué regalo podrían hacerle cuando se jubile este verano, cuál sería el más indicado para usted. Están deseosos de obsequiarle con algo que le guste. Y como trabajo todo el día con usted, han creído equivocadamente que yo sabría. Pero no es así. Estoy desorientada, señorita Howe, ¿podría ayudarme...?

—No quiero nada, Irene.

—Pero, señorita Howe, no se trata de eso. Son ellos los que quieren regalarle algo, algo adecuado, digno de usted.

—¿Por qué?

—Porque la aprecian.

—Si realmente me apreciaran, entonces me dejarían en paz en vez de desvivirse por esas ceremonias sentimentaloides que solo les gustan a ellas.

—No, señorita Howe, no es así como lo ven.

—Y usted, Irene, ¿cómo lo ve?

—Supongo que deben de pensar que soy una mala amiga y una peor colega si no puedo decirles, después de veinte años de trabajar a su lado, cuál sería el mejor regalo de despedida.

La señorita Howe la miró un rato.

—Pero, Irene, usted no es una amiga o una colega —dijo al fin—. Se trata de una relación muy diferente. Los demás no tienen derecho a suponer que usted deba saber estas cosas.

Irene abrió la boca y la volvió a cerrar varias veces.

Cuando las profesoras despotricaban contra la señorita Howe y la llamaban Super-enemigo, ella la había defendido. Ahora se preguntaba por qué. No cabía duda de que la señorita Howe era una persona sin afecto, sin alma, sin amigos ni intereses. Que le compren una cesta de *picnic* o una aspiradora. Le daba lo mismo. A Irene le importaba un bledo.

Cogió su bolso y se encaminó a la puerta.

—Bueno, me marchó, señorita Howe. La dejó cenar tranquila y no la molesto más. Solo quería devolverle las gafas, es todo.

—No olvidé mis gafas sobre mi escritorio, Irene. Nunca me olvido nada sobre mi escritorio —dijo la señorita Howe.

Irene hizo cuanto pudo por caminar con paso firme hasta la cancela. Pero, después de andar un poco por la calle, sintió que se le aflojaban las piernas.

Tantos años trabajando para la señorita Howe, protegiéndola de padres airados, profesoras descontentas, alumnas rebeldes. Esta noche la señorita Howe le había dicho en su propia cara que no debía presumir de ser su amiga o su colega. No era más que una persona cualquiera que trabajaba para la directora.

¿Cómo pudo haber sido tan ciega y, por lo demás, tan confiada?

Se apoyó en una cancela para no caerse. Una mujer joven salió de una casa y la miró preocupada.

—¿Se encuentra bien? Está blanca como el papel.

—Creo que sí. Solo un poco mareada.

—Venga, pase y tome asiento. Soy enfermera.

—La conozco —musitó Irene—. Usted trabaja en la clínica de cardiología de St. Brigid.

—Sí; no será una paciente, ¿verdad?

—Acompaño a mi madre, Peggy O'Connor.

—Ah, claro. Soy Fiona Carroll. Peggy siempre nos habla de usted y de lo buena que es con ella.

—Me alegra que alguien piense que soy buena para algo —dijo Irene.

—Pase, señorita O'Connor, le traeré una taza de té.

Fiona la cogió del brazo e Irene entró agradecida en la casa, que era tan distinta de la casa de la señorita Howe, como si hubiera llegado a otro planeta. Entre Fiona y sus dos niños le dieron té, pastel de chocolate y mucho ánimo.

Irene empezó a sentirse mucho mejor.

Siempre discreta y leal, se resistía a la tentación de confiarse a Fiona, una mujer tan amable, quien quizá conocía a su insufrible vecina y le habría dicho algo a modo de consuelo.

Pero los viejos hábitos son duros de romper.

Irene pensaba que no se podía ser la secretaria de alguien y hablar mal de esa persona a los demás. No dijo nada acerca de su penosa conversación con la señorita Howe. Aseguró a Fiona que se sentía lo bastante fuerte como para coger el autobús a

casa, pero justo en ese momento llegó un hombre llamado Dingo que traía mantillo y cajones con pequeñas macetas de plantas ornamentales. Los Carroll dedicarían el fin de semana al jardín. Los niños se encargarían de plantar un cantero de flores cada uno.

—Dingo podrá dejarla en su casa, señorita O'Connor —insistió Fiona—, le queda de camino.

Dingo se mostró muy contento con la sugerencia.

—Son una familia encantadora —dijo Irene mientras tomaba asiento en su furgoneta—. ¿Está usted casado, Dingo?

—No, siempre he sido un convencido de que lo mejor es viajar solo —repuso—. Créame, señorita O'Connor, no todos los matrimonios son tan buenos como el de Fiona y Declan. Hay parejas infernales. Y usted, ¿se ha casado alguna vez?

—No, Dingo, nunca. Una vez tuve una oportunidad, pero se trataba de un hombre que jugaba y me dio miedo. Y luego mi madre me necesitaba, y aquí me tiene.

Se dio cuenta de que su tono de voz era triste, como desanimado. No era normal en ella. La señorita Howe tenía la culpa.

Dingo seguía conduciendo sin percatarse de nada.

—Mi tío Nasey es igual. Dice que una vez se enamoró, hace años, pero que perdió su oportunidad. Siempre me pide que le presente a alguien que ande por los cuarenta años, como él. ¿Anda usted por los cuarenta, señorita O'Connor?

—Más o menos —contestó Irene—. No me lo pida el año que viene. Tendría que decirle que no.

—De acuerdo, le hablaré de usted antes de que sea demasiado tarde —prometió Dingo.

Irene entró en su casa y preparó la cena. No comentó lo sucedido ese día ni con su madre ni con Kenny. Les habría parecido inconcebible que una sola frase cruel y desalmada echara por tierra años de trabajo para la señorita Howe.

Tampoco sabían que, justo cuando iban a sentarse a la mesa para cenar, el proyecto de encontrarle marido a Irene se había puesto en marcha. Dingo había ido a ver a su tío Nasey para anunciarle que había conocido a una mujer muy agradable de cuarenta y nueve años, que estaba disponible. Y fue tan convincente, tan persuasivo, que su tío Nasey quiso saber más acerca de Irene...

Durante las semanas que siguieron, las profesoras del colegio Wood Park se dieron cuenta de que Irene no se comportaba como de costumbre. Había algo distinto; cuando trataban de intercambiar ideas con ella acerca de la ceremonia de despedida de la señorita Howe y del regalo que debían elegir, Irene, en vez de mostrarse entusiasta, estaba indiferente.

—No creo que sea tan importante —decía, y cambiaba de tema.

Pensaron que a lo mejor estaba preocupada por su futuro en el colegio. La nueva directora tal vez preferiría elegir a su propia ayudante.

Irene siguió haciendo su trabajo con la eficiencia de costumbre, aunque sin

entusiasmo. Si la señorita Howe lo notó, no dio muestras de que hubiera visto que algo iba mal. Irene dejó de llevar té y galletas a las reuniones problemáticas. Se llevó el pequeño kalanchoe a su despachito, le puso fertilizante y lo cuidó hasta que revivió. Lejos habían quedado los días en los que una Irene feliz contaba historias divertidas del mundo en que vivía.

Sin embargo, Irene tenía ahora una vida social que la señorita Howe desconocía. Nasey la había llamado y le había dicho que el tonto de su sobrino le había hablado muy bien de ella, y le había preguntado si le gustaría ir al cine con él. Después de la película fueron a la bolera y a un *pub* con música tradicional irlandesa. Su verdadero nombre era Ignatius, explicó; al menos era mejor que lo llamaran Nasey y no Iggy, como le decían a un compañero suyo del colegio. Trabajaba en una carnicería, para el señor Malone, que era el hombre más decente sobre la tierra.

Visitaba a Irene con frecuencia y le llevaba las mejores costillas de cordero o unas estupendas chuletas de cerdo. Peggy, la madre de Irene, lo adoraba y no perdía oportunidad de decirle lo maravillosa que era su hija.

—Lo sé, señora O'Connor. No necesita hacerle propaganda. Ya estoy enganchado.

Y Peggy recobraba el color de tan complacida como estaba.

Nasey era oriundo del oeste de Irlanda y tenía familia en Dublín. Dos sobrinos: Dingo, a quien Irene ya había visto; conducía una furgoneta y hacía trabajos esporádicos para la gente. Una hermana, Nuala, y el hijo de su hermana, Rigger, quien no había sido del todo feliz y había pasado mucho tiempo en un reformatorio. Cuando salió de ahí, lo mandaron al oeste de Irlanda, y por lo visto allá se había rehabilitado. Había conocido a una bonita muchacha, cultivaba verduras y criaba gallinas. Tenía un empleo, algo parecido a encargado o gerente, en un hotel que haría su inauguración en breve, una suerte de pequeña Casa Grande, bueno, si se entendía lo que quería decir. Estaba en la cima de un acantilado y desde allí dominaba un paisaje sencillamente espectacular. Nasey prometió que un día llevaría a Irene y a su madre en coche a ver todo aquello. Estaba seguro de que les gustaría muchísimo.

A Kenny le gustaba la presencia de Nasey en la casa y siempre estaba dispuesto a quedarse con su yaya si los dos tórtolos, como los llamaba, deseaban salir a dar una vuelta por la ciudad.

Y justo antes del fin de curso, después de seis meses de noviazgo, Nasey le propuso matrimonio. Pensaron en hacer una boda íntima, y cuando Irene se lo comentó a Kenny, este se ofreció a ser quien entregara a su tía en el altar. Pero Irene estaba pensando en otra cosa. Aguardó a que Peggy se hubiera ido a dormir.

—Tengo algo que decirte, Kenny —comenzó Irene.

—Siempre lo he sabido —dijo Kenny con naturalidad—. Supe que eras mi madre cuando tenía nueve años.

—¿Y por qué no me lo dijiste? —preguntó atónita.

—No cambiaba nada. Sabía que siempre estarías a mi lado.

—¿Quieres preguntarme algo?

Le temblaba la voz y se puso a llorar.

—¿Estabas asustada y te sentías sola en esa época? —preguntó Kenny sentándose a su lado y abrazándola.

—Un poco, pero él no era libre, ¿sabes? Tu padre ya estaba casado. No hubiera sido justo malograr su vida. Entonces, Maureen murió en Inglaterra e hicimos creer que eras hijo suyo. Por mamá. Mamá tendría un nieto y yo a mi hijo; al final todo resultó bien.

Ahora Irene sonreía entre las lágrimas.

—¿Nasey lo sabe?

—Sí, se lo confesé al principio de conocernos. Me dijo que probablemente tú ya lo habías adivinado, y figúrate, ¡tenía razón!

—¿Vendrá Nasey a vivir aquí?

—Si tú quieres —contestó Irene—. Se porta muy bien con tu abuela.

—¿Crees que no lo sé? Me encanta veros a los tres jugar al *bridge* toda la noche como si os fuera la vida. Como espectáculo, es mejor que estar en Las Vegas.

Dijo que se alegraba mucho de que Nasey viviera en casa, ya que tenía pensado viajar. Se le había presentado la oportunidad de visitar Norteamérica. Y ahora se sentía liberado y podría hacer su vida.

Irene había pasado los últimos dieciocho años temiendo el momento en que tuviera que darle la noticia, y sin embargo había sido tan fácil, casi no hizo comentarios ni pidió explicaciones. La vida resultaba a veces muy extraña.

Irene se puso su anillo de compromiso para ir a trabajar. La señorita Howe no dijo nada y ella tampoco sacó el tema. Pero, desde luego, todas las profesoras se dieron cuenta. Irene les contó que su madre sería su madrina de honor y que el sobrino de Nasey, Rigger, vendría de Stoneybridge para la ocasión, y Dingo sería su padrino. Lo celebrarían en un *pub*, con bocadillos y un pastel, el último sábado de agosto, y le gustaría mucho que todas ellas asistieran. Las profesoras, excitadísimas, comenzaron a pensar en el regalo de bodas.

En el caso de Irene, sería muy sencillo: todo le gustaba. Podrían ser unas vacaciones en España, un cobertizo para el jardín, un cuadro de Connemara, un fin de semana en un castillo, un juego de maletas con ruedecitas, un juego de *croquet*, un espejo grande adornado con querubines. Cualquiera de estas cosas le gustaría y pondría el regalo por las nubes.

Pero seguían sin haber tomado una decisión con respecto al presente que le harían a la señorita Howe con motivo de su jubilación.

Insistían mucho para que Irene las ayudara a elegir algo. A ella, en cambio, le traía sin cuidado lo que decidieran, pero en el fondo sabía que, por las profesoras y las alumnas, debía darles una idea; no podía decepcionarlas. Era maravilloso poder contarle todo a Nasey al final de la jornada, cuando regresaba de trabajar.

Nasey dijo que lo pensaría. Mientras, tenía una noticia: Rigger, su sobrino, había

llamado por teléfono.

—Están aterrados en Stone House. Todavía nadie ha hecho reservas en firme para la semana de la inauguración. Chicky y él tienen miedo de que sea un fracaso, con lo mucho que han trabajado.

—Bueno —dijo Irene—, ¿por qué no le pedimos a Rigger que nos envíe algunos folletos? Yo podría distribuirlos en el colegio. Es la clase de cosas que les gustan a las profesoras.

—¿Por qué no mandáis allí a la señorita Howe? —dijo Nasey muy satisfecho con su ocurrencia.

—Pero ¿por qué castigar a los huéspedes con alguien tan insufrible?

—Puede que no lo sea tanto fuera del colegio. Entiéndeme, podría pasear, salir a caminar; no fastidiaría a mucha gente.

Nasey, con su habitual optimismo, no podía pensar tan mal de la jefa de Irene.

—Lo sugeriré. Tal vez sea la solución —aceptó Irene.

—Crucemos los dedos, no vaya a ser que se les ocurra cerrar el hotel de la noche a la mañana —dijo Nasey con una gran sonrisa.

Acto seguido, se concentraron en su boda.

Las profesoras veían a Su-peor-enemigo más taciturna que de costumbre en los últimos días, menos propensa a tolerar las gracias o la euforia reinante al término del año escolar. Más preocupada por los resultados de los exámenes que por el futuro de las niñas, e incluso más tozuda, si cabía.

Algunas afirmaban que se había visto el coche de la señorita Howe aparcado en el patio del colegio hasta muy tarde en la noche y que llegaba más temprano por las mañanas. En realidad, la señorita Howe se ausentaba de Wood Park apenas unas siete u ocho horas diarias.

No era normal.

Finalmente habló de la boda con Irene.

—Una de las madres me ha dicho que piensa usted casarse —dijo la señorita Howe con una risita—. ¿En serio?

—Sí, es cierto, señorita Howe, a finales de agosto —contestó Irene.

—¿Y no pensaba decírmelo?

Había una mezcla de reprobación y tristeza en su voz.

—Bueno, no. Como usted dijo, no soy ni su colega ni su amiga. Solo trabajo para usted. Y como se celebrará durante las vacaciones, la verdad es que no veo por qué tendría que decírselo.

No podía afirmarse que las palabras de Irene hubieran sido descorteses, pero cierta brusquedad en su tono de voz hizo que la señorita Howe la mirara directamente a los ojos. Era la ocasión de decirle que estaba muy complacida con la noticia y que deseaba que Irene fuera feliz. Era incluso la ocasión de decirle que realmente la

consideraba una colega y una amiga.

Pero no; llevaba demasiados años siendo Su-peor-enemigo, así que se rio otra vez.

—Bueno, supongo que no se le ocurrirá empezar a tener familia a estas alturas — dijo con desparpajo.

Irene la miró, pero sin sonreír.

—No, desde luego, señorita Howe. Ya he sido bendecida con un hijo, que ahora tiene dieciocho años. Nasey y yo no esperamos tener más hijos.

—¡Nasey! —La señorita Howe apenas podía controlarse—. ¿Así se llama? ¡Santo Dios!

—Sí, así se llama, y santo es una palabra muy acertada para describirlo. Es muy bueno. Conmigo, con mi hijo Kenny y con mi madre. Trabaja en una carnicería, lo digo porque a lo mejor eso también le hace gracia.

—Por favor, cálmese, Irene. Se está poniendo histérica. Es solo que acabo de descubrir dos cosas extraordinarias sobre usted. Me ha mostrado un montón de fotografías de Kenny y siempre me ha dicho que era su sobrino.

—Pensé que era más discreto, puesto que no soy una mujer casada.

—Pero este Nasey hará de usted una mujer respetable, ¿no es así?

Irene se preguntó cómo había podido trabajar para esta mujer durante veinte años, sin olvidarse de que encima la había disculpado siempre frente a los demás con la excusa de que se trataba de su manera de ser. La señorita Howe no tenía corazón, ni bondad.

—Siempre me he considerado respetable; siempre. Y todos los que me conocen piensan que lo soy. Pero, claro, usted no sabe quién soy, señorita Howe, nunca lo ha sabido.

—Es de suponer que usted querrá seguir trabajando aquí después de que yo me haya marchado y después de este... ejem... matrimonio...

Los ojos de la señorita Howe estaban llenos de furia.

—Claro que sí. Amo este colegio, al personal y a las alumnas.

—Entonces, mejor sería que cuide el tono, Irene, si quiere que escriba la carta de recomendación. Estoy segura de que a mi sucesora no le gustará heredar a una persona tan reservada y con tan malos modales.

—Escriba lo que le apetezca, señorita Howe. Eso es lo que hará, de todos modos.

—Se está comportando de forma muy imprudente, Irene.

—Gracias, señorita Howe. Ahora debo volver a mi trabajo, puesto que aún tengo uno.

Irene salió sin mirar atrás.

Se sentó a su escritorio, temblando, y apenas tuvo fuerzas para contestar al móvil.

Era su madre, con excelentes noticias. Nasey había estado en casa a la hora del almuerzo y le había enseñado a entrar en internet y buscar vestidos de madre de la novia. Iba a elegir uno blanco y azul marino con una chaqueta. ¿Le parecía bien? ¿Se

ajustaba a lo que Irene tenía pensado?

De pronto, la dulzura y el entusiasmo volvían a embargarla, y la fría, tóxica soledad de la señorita Howe retrocedía hasta desaparecer al otro lado de la puerta de aquel despacho más parecido a una cárcel.

Llegó el nombramiento de la nueva directora. Era la señora Williams, una viuda que había dirigido un colegio de niñas en Inglaterra y ahora quería regresar a Irlanda con su familia. Al parecer, decoraría el despacho con sus propios muebles y estaba contenta de mantener el actual nivel de administración. Irene trabajaría todo julio y parte de agosto y la ayudaría a instalarse. Le habían informado de que Irene se marcharía tres semanas de vacaciones, pero que estaría de vuelta en la oficina el primer día de clase.

El colegio se reunió para despedir a la señorita Howe. Estaba de pie en el estrado del vestíbulo, como cada mañana, con su toga negra y el pelo sujeto con el mismo pasador, su rostro absolutamente impassible.

Varias profesoras reconocieron los logros de la señorita Howe; la delegada del colegio pronunció un discurso y el presidente de la comisión de padres expresó su gratitud en nombre de todas las niñas que habían terminado el año en Wood Park con tan buenas notas gracias a ella. Nadie se refirió al merecido descanso ni a la certeza de que ahora comenzaba su verdadera vida. Por último, le fue entregado un sobre como muestra del aprecio de todos. Era un vale para unas vacaciones en la semana inaugural de Stone House, un hotel nuevo situado en el oeste de Irlanda. La señorita Howe no hizo tentativa alguna de agradecer a nadie y su cara no reflejó nada en absoluto cuando se anunció el regalo. Aunque lo cierto era que ninguno de los presentes esperaba otra reacción de su parte.

La señora Williams había sido invitada a la ceremonia de despedida en honor de la señorita Howe, pero la había declinado. No deseaba ocasionar molestias; era la fiesta de la señorita Howe.

De hecho, la gente se habría alegrado con la presencia de la señora Williams. Habría ayudado a hacer más llevadera esa ceremonia fastidiosa y el interminable pica pica que hubo después. La gente empezaba a mirar su reloj de pulsera; todos estaban ansiosos por marcharse. ¿No se acabaría nunca? Jamás habían escuchado un discurso más aburrido deplorando las tendencias modernas en materia de educación, subrayando la necesidad de la disciplina en los colegios y el aprendizaje basado en la memorización, con ruegos por que la tan mentada creatividad no ocupara jamás el lugar de los buenos preceptos de antes en materia de educación.

Las profesoras que habían hecho todo lo que estaba a su alcance para transformar en interesantes sus draconianos programas; los padres que se sentían culpables por saberse aliviados de que sus hijas hubieran sacado buenas notas y obtenido plazas en la universidad; las alumnas que no veían la hora de que comenzaran las vacaciones... Todos rezaban por que terminara de una vez.

Irene regresó a su despacho a recoger sus cosas. Se moría por volver a casa y contarle a Nasey lo del regalo de bodas que las maestras y profesoras de Wood Park habían elegido para ellos. No solo era una de esas fabulosas barbacoas a gas, sino que, además, una empresa especializada en jardines vendría a instalar un pequeño patio y a levantar un muro para cercarlo. Lo único que les faltaba eran muchos bonitos veranos por delante para disfrutar de comidas al aire libre.

Se sorprendió al oír un ruido que venía del despacho de la señorita Howe. Llamó a la puerta. Allí estaba la señorita Howe, sola, de pie detrás de su escritorio vacío, no había nada encima salvo las llaves del coche. A su espalda, la ventana, enmarcada con las pesadas cortinas marrones, daba al patio desierto de la escuela.

—He querido asegurarme de que no era un intruso —se excusó Irene, e iba a marcharse cuando escuchó a la señorita Howe:

—Aguarde un momento, Irene. Quiero darle su regalo de bodas.

Desde luego que aquello no estaba previsto.

—Es usted muy amable, señorita Howe. Muy amable, de verdad.

La señorita Howe le entregó una bolsa reluciente. No era precisamente lo que hubiera esperado recibir de la señorita Howe. Irene se quedó muda.

Su primera reacción fue de culpa. No había puesto ni un euro en el vale y tampoco había estampado su firma en la tarjeta que acompañaba el regalo de despedida.

—Nada importante, es solo para que tenga un recuerdo de mí.

—No olvidaré mi trabajo con usted, señorita Howe.

—Y yo espero que la señora Williams haga lo necesario para que usted pueda seguir en su puesto.

—Sí, claro. Gracias de nuevo por el regalo, señorita Howe. ¿Lo abro ahora?

—Oh, por favor, no...

La señorita Howe se apartó con una mueca de repugnancia, como si abrir ese regalo fuera a manchar la oficina vacía.

Todos los libros habían sido retirados de las estanterías de conglomerado barato, que ahora se veían desnudas, listas para ser reemplazadas en unos días, pero esto la señorita Howe no lo sabía. No quedaría el menor rastro de la persona que había trabajado allí durante tanto tiempo.

—Bueno, lo abriré esta noche, y permítame agradecerle desde ya la molestia que se ha tomado eligiendo algo para nosotros. Realmente se lo agradezco.

Irene irradiaba sinceridad.

La señorita Howe acusó un ligero temblor ante tanta expresión de camaradería

que juzgaba excesiva.

—Bueno, espero que sea apropiado. Uno no sabe lo que comprar, la verdad, sobre todo cuando se trata de un matrimonio tardío.

—¿Cómo dice?

—Quiero decir, que seguramente usted ya tiene todo lo que necesita, no como los jóvenes ilusionados ante la perspectiva de crear un hogar.

Irene no deseaba perder el buen ánimo por el regalo.

—No, claro que no, pero nosotros también lo vivimos como algo nuevo, con mucha ilusión. Ninguno de los dos ha estado casado antes.

—Ya veo.

La señorita Howe frunció los labios con desagrado.

—Bueno, señorita Howe, le deseo lo mejor. Estoy segura de que tiene un montón de planes para los próximos años.

La señorita Howe podría haberle dado las gracias por sus amables palabras. Podría haber contestado vagamente que sí, que tenía mucho que hacer. Pero a Nell Howe no le gustaban las vaguedades ni las amabilidades. En cambio, dijo:

—¡En qué mundo maravilloso de clichés vive usted, Irene! Debe de ser muy relajante no pensar en nada.

Acto seguido, cogió las llaves del coche y se marchó.

Desde la ventana, Irene observó a Nell Howe subir a su pequeño coche y salir de la única vida que había conocido durante años. Vio cómo el vehículo atravesaba la verja de Wood Park y se quedó allí un rato pensando. ¿Qué haría la señorita Howe esta noche, y durante los muchos días y noches que tenía por delante? ¿Siempre habría una bandeja en una habitación fría? ¿Había alguien para compartirla con ella?

Ni un amigo o amiga, ni un solo pariente, habían asistido al acto celebrado en su honor. ¿Qué clase de persona era la que no tenía a nadie a quien invitar a su fiesta de despedida?

Irene era muy generosa. No podía pensar lo peor de la persona que la había insultado y que encima había tratado de ponerla en ridículo. Al fin y al cabo, la señorita Howe le había comprado un regalo de bodas. Y lo que era más importante: si Irene no hubiera ido a verla ese día, no habría conocido a Dingo y no habría descubierto a su tío Nasey.

Suspiró y cogió el autobús a casa con su regalo de boda dentro del bolso reluciente.

Lo abrieron a la hora de cenar. Era un pequeño mantel de encaje, ornamentado con diminutos capullos de rosa. Irene lo contempló extasiada. No podía creer que la señorita Howe hubiera ido a una tienda y elegido eso. Sobre todo porque no era en absoluto algo práctico, sino más bien anticuado, pero le pareció un gesto muy amable.

Luego vio que en el fondo de la bolsa había un sobre con una tarjeta. Irene lo abrió y leyó: «Para la señorita Howe, gracias por conseguir que nuestra hija estudie y

salga adelante en la vida». Estaba firmada por los padres de una alumna que recientemente había obtenido una beca para estudiar en la universidad. La señorita Howe le había transferido a ella su propio regalo, sin siquiera abrirlo. Tampoco había abierto el sobre ni leído la tarjeta de agradecimiento.

Irene estrujó la tarjeta en el acto.

—¿Qué decía?

Peggy O'Connor adoraba los detalles y disfrutaba con cada instante.

—Nos deseaba felicidades —contestó Irene.

Pensó para sus adentros que nunca más volvería a pensar en la señorita Howe. La excluiría de su mente y de su vida. Esa mujer era de piedra. No merecía la pena seguir pensando en ella.

Pero una semana después, cuando la señora Williams ya había asumido su cargo, Irene se vio obligada a pensar una vez más en la señorita Howe. La señora Williams había transformado de tal manera la dirección, que ni remotamente se parecía a como era antes.

Un pequeño portátil había sustituido al enorme y aparatoso ordenador; sobre el escritorio de madera tallada descansaban unas bandejas de rafia muy bonitas, coloridos ficheros y una fotografía del difunto señor Williams. En las nuevas estanterías había espacio para poner adornos y macetitas con flores. La señora Williams tenía a mano una pequeña regadera para que a las plantas nunca les faltase agua.

Las incómodas sillas habían sido sustituidas por muebles menos abrumadores. Había instaurado una rutina más normal, menos estresante que la de su predecesora. Parecía encantada con Irene y le daba las gracias constantemente por su eficiencia y su apoyo. Se trataba de una auténtica novedad para Irene, quien no estaba acostumbrada a esperar otra cosa que el silencio desalentador de la señorita Howe.

Estaban revisando juntas la agenda del día cuando de pronto la señora Williams la miró y dijo:

—Por cierto, ¿por qué no me ha dicho que va a casarse?

—No quería aburrirla con mis asuntos. Soy propensa a enrollarme, ¿sabe? — Irene sonrió como disculpándose.

—¡Vaya! si no podemos hablar un poco del día de su boda, entonces, ¿de qué vamos a hablar? —La señora Williams parecía realmente interesada—. ¡Vamos, cuénteme!

Irene le habló de Nasey, que había trabajado en una carnicería y se había retirado, que iba a vender su apartamento y se mudaría con ella y su madre. Iban a instalar otro baño en la casa... Explicó, llena de entusiasmo, que tenía la esperanza de que el día de la boda fuera extraordinario, no como un día cualquiera.

La señora Williams le echó un vistazo a la fotografía encima de su escritorio y

dijo que recordaba el día de su boda como si fuera ayer. Todo había salido muy bien.

—¿Hizo sol? —preguntó Irene.

La señora Williams no se acordaba, el tiempo era lo de menos. Todos habían estado tan contentos, y eso era lo principal.

Fue entonces cuando sonó el teléfono de la línea directa. Irene estaba un poco desconcertada. Que ella supiera, nunca entraban llamadas por esa línea. Estaba allí para la comodidad de la directora, en caso de que deseara telefonar sin necesidad de pasar por centralita. La señora Williams hizo un gesto e Irene cogió la llamada.

Un hombre pidió hablar con Nell Howe.

—La señorita Howe se ha jubilado como directora y no trabaja más aquí. ¿Desea hablar con la señora Williams, la actual directora? y en ese caso, ¿podría decirme el motivo?

—Dígame dónde vive —dijo el hombre.

—Lo siento, no damos las direcciones de nuestro personal.

—Pero acaba de decir que ya no trabaja ahí.

—Discúlpeme, señor, pero no puedo ayudarlo. No estamos en contacto con la señorita Howe, de manera que tampoco puedo transmitirle ningún mensaje —explicó Irene, y el hombre colgó.

Irene y la señora Williams se miraron perplejas.

Una semana antes de la boda, Irene vio a la señorita Howe por la calle. No pudo contenerse, y cruzó a su encuentro.

—¡Señorita Howe, qué gusto verla!

Nell Howe la miró con frialdad y, tras un gran esfuerzo, sin apenas inmutarse, dijo:

—Irene.

—Sí, señorita Howe. ¿Cómo está? He pensado en llamarla...

—¿Ah, sí? ¿Y por qué no lo ha hecho?

—Podríamos tomar un café, ¿qué le parece? —sugirió Irene.

—¿Por qué?

La señorita Howe estaba sorprendida por ese exceso de confianza.

—Tengo algo que decirle.

—Bueno, no parece haber nada apropiado por aquí.

La señorita Howe miró a su alrededor.

—Hay un pequeño bar cerca, sirven buen café. Por favor, señorita Howe...

Y la señorita Howe aceptó, como si no tuviera más remedio. Mientras bebían sus tazas de espumoso café italiano, Irene le contó acerca de sus planes de boda y de la luna de miel que pensaban hacer. Le preguntó a la señorita Howe si le entusiasmaba la idea de pasar unos días fuera durante el invierno.

—¿Quién podría tener ganas de irse a un lugar tan remoto? —fue la única

respuesta.

Irene cambió de tema. Tenía que hablarle de la llamada de aquel hombre y su extraño comportamiento.

—¿Tiene idea de quién puede ser? —preguntó—. No dejó ningún mensaje, ni tampoco un número al que llamarlo.

—Debió de ser mi hermano —dijo la señorita Howe.

—¿Su hermano?

—Sí, mi hermano Martin. Hace mucho que no lo veo.

—Pero ¿por qué?

Irene sintió que le palpitaba el corazón. Era inquietante la naturalidad con que hablaba la señorita Howe.

—¿Por qué? Bueno, de eso hace muchos años. —La cara de la señorita Howe no dejaba traslucir emoción alguna—. Y, de todos modos, no es asunto suyo, Irene. ¿Era eso? ¿Es todo?

Y, tras despedirse fríamente con un gesto de la cabeza, la señorita Howe abandonó la cafetería.

Hizo un día hermoso para la boda. Kenny entregó a la novia en el altar y Peggy parecía que iba a explotar de tan orgullosa como estaba. Dingo, elegantísimo con su traje nuevo, fue el padrino y en su discurso dijo que se sentía muy orgulloso de haber sido el casamentero que había reunido a la feliz pareja.

Carmel y Rigger pudieron organizarse para disponer de tiempo y no perderse la oportunidad de asistir; Nuala, la madre de Rigger, la hermana de Nasey, también estaba allí. La señora Williams acudió al *pub* y se sumó a las profesoras, los empleados de la carnicería de Malone y todos los amigos y vecinos. Ni en millones de años la señorita Howe se hubiera mezclado con todos ellos.

Se fueron de luna de miel a España y, a la vuelta, a trabajar nuevamente en Wood Park, donde la vida prometía ser mucho más fácil y agradable que en el régimen anterior.

Rigger y Carmel mantenían con ellos un contacto continuo desde Stone House. El vale que habían diseñado para la señorita Howe les había dado algunas ideas, como la de ofrecer una semana en Stone House como uno de los premios de un concurso patrocinado por una revista. La lista de reservas aumentaba cada día; al parecer, Chicky tendría la casa completa durante la semana de inauguración del hotel. El entusiasmo era general. Rigger dijo que su madre les haría una visita muy pronto. Sería la primera vez que vendría a Stoneybridge desde que se había marchado cuando era una muchacha.

No quería quedarse en la casa grande, pero Rigger y Chicky insistieron. Era un

viaje muy importante para ella.

Irene trató de advertirles que la señorita Howe podría ser una persona difícil de complacer.

—Nos apañaremos —dijo Rigger con buen humor—. Será un buen entrenamiento para nosotros. Si hemos podido sacarnos de encima a Howard y Barbara, vuestra señorita Howe no será un problema, ya lo veréis.

Como la señorita Howe viajó en un tren que llegó a última hora de la tarde, Rigger fue a buscarla. Vio a una mujer alta, de mirada dura, observando con impaciencia en todas direcciones junto a su maleta pequeña. Tenía que ser ella.

Se presentó y cogió su equipaje.

—Me dijeron que vendría la señora Starr a buscarme —dijo.

—Se ha quedado en la casa, recibiendo a los demás huéspedes. Soy Rigger, su encargado. Vivo en la finca.

—Sí, ya me ha dicho antes su nombre.

Por su tono de voz parecía sumamente disgustada.

—Espero que disfrute de una semana estupenda, señorita Howe. La casa es muy confortable.

—No esperaba menos —replicó.

Rigger confiaba en tener un momento para hablar a solas con Chicky y advertirle de que había llegado la hora de ajustarse los cinturones.

Chicky no necesitó ninguna advertencia. El lenguaje corporal fue suficiente para avisarle de que la señorita Howe no sería una huésped alegre. Estaba de pie, tensa, con cara de pocos amigos, en medio del animado grupo que se había reunido en la gran cocina. No aceptó la copa de jerez ni la de vino y pidió, en cambio, un vaso de agua tónica con hielo y limón. Cuando la presentaron a los demás clientes saludó a cada uno con la cabeza, sin decir una palabra.

Dijo que no precisaba ver su habitación ni refrescarse. Como había sido una de las últimas en llegar, no deseaba que por su causa fuera a demorarse la comida. Tenía un don especial para poner punto final a las conversaciones con sus afirmaciones.

No mostraba el menor interés por los itinerarios o por las distintas opciones que Chicky les ofrecía. Uno a uno los huéspedes fueron dejándola a un lado.

El norteamericano le preguntó a qué se dedicaba y ella le contestó que, a diferencia de Estados Unidos, la gente de ahí no juzgaba a los demás por la profesión que tenían o habían desempeñado.

Un chico sueco le contó que era la primera vez que visitaba Irlanda y casi no pudo llegar a terminar la frase que ella ya le había dejado bien a las claras que se aburría.

Una enfermera llamada Winnie preguntó si la señorita Howe había estado antes en el oeste, y ella se encogió de hombros con un terminante «no, que yo recuerde». Dos educados médicos ingleses le comentaron que estaban deslumbrados por el espectacular paisaje. La señorita Howe respondió que había llegado al anochecer y que hasta el momento no había visto nada extraordinario.

Cuando Orla, que servía la mesa, le preguntó si la comida había sido de su agrado, la señorita Howe replicó que si no lo hubiera sido lo habría dicho. Flaco servicio le haría al establecimiento si ella no hablara con franqueza.

Cuando, después de cenar, Chicky Starr acompañó a la señorita Howe a su habitación, aguardó a que hiciera algún comentario agradable acerca de los bonitos muebles, las sábanas de lino en la cama, la bandeja con el juego de té de finísima porcelana... Los demás, sin excepción, habían expresado su admiración al ver todo aquello.

La señorita Howe se limitó a asentir ligeramente con la cabeza.

—Debe de estar muy cansada después del viaje —dijo Chicky, tragándose su decepción y tratando de excusar su falta de reacción.

—Apenas. He viajado sentada todo el trayecto desde Dublín.

La señorita Howe no hacía prisioneros.

Y en los días que siguieron, la señorita Howe fue, de todos los huéspedes, la única que no encontró nada que elogiar; no se deleitaba ante el paisaje ni daba muestras de apreciar la comida que Orla y Chicky servían cada noche.

Chicky se sentaba al lado de aquella mujer rara y tan poco comunicativa para ahorrar a los demás huéspedes la terrible prueba de intentar entablar con ella una conversación. Hasta para Chicky era difícil de soportar, a pesar de la experiencia que tenía después de años trabajando en una pensión de Nueva York, con un comedor lleno de hombres embrutecidos por el trabajo en el sector de la construcción.

La señorita Howe nunca hacía una pregunta o una observación. Fuera lo que fuese lo que le había ocurrido en la vida, sin duda habría sido fatal.

A la cuarta mañana, viendo que la señorita Howe aún no había mostrado interés alguno en explorar la costa, Chicky le suplicó a Rigger que la llevara al mercado con él.

—Por Dios, Chicky, ¿es necesario? Me amargaré el día.

—Por favor, Rigger, de lo contrario se quedará sentada mirándome todo el tiempo, y tengo mucho que cocinar.

Rigger comprendió y aceptó. Dejando de lado a la señorita Howe, la semana iba de maravilla. Cuando toda esa gente volviera a sus casas pondrían Stone House por las nubes. El hotel funcionaría, como siempre habían creído. Un día con la señorita Howe no acabaría con él.

Cualquier pregunta que le hiciera sobre cómo lo estaba pasando en sus vacaciones

se topaba con una pared de ladrillo, entonces se puso a charlar alegremente de su propia vida. Le contó que tenía dos niños, mellizos: Rosie y Macken, y señaló orgulloso sus fotografías adosadas al salpicadero de la furgoneta.

—Se parecen a la madre —dijo con orgullo—. ¡Espero que también hereden su inteligencia! Por la parte de su papá no hay mucho cerebro.

—Y tus padres, ¿eran estúpidos? —preguntó la señorita Howe; lo hizo con frialdad, pero se notaba que era la primera vez que estaba interesada en una conversación.

—Mi madre no. A mi padre nunca lo conocí —contestó él.

Cualquier otra persona habría dicho que lo sentía mucho, o que era una lástima, pero la señorita Howe no dijo nada.

—¿Y sus padres eran inteligentes, señorita Howe? —preguntó Rigger.

Guardó silencio, como si estuviera dudando en contestarle. Al final, dijo:

—No, en absoluto. Mi madre era una persona muy poco apta para estar con niños. Se marchó de casa cuando yo tenía once años y mi padre no pudo hacer frente a la situación. Perdió su empleo y murió por culpa de la bebida.

—Vaya, por Dios, señorita Howe, ¡sí que fue un mal comienzo! ¿Y tiene hermanas y hermanos que velen por usted?

—Un hermano menor, pero no le ha ido bien. No ha hecho nada en la vida.

—¿Tampoco tuvo quien se ocupara de él?

Otro silencio.

—No; de hecho, nadie.

—¡Qué tristeza! Y usted era demasiado pequeña para hacerse cargo de él. Yo tuve suerte. Cometí algunos errores, pero siempre tuve a mi mamá para cuidarme; cuando estuve en el reformatorio me escribía cada semana. Hizo todo lo que pudo para sacarme adelante; hasta me obligó a venir aquí. Me quedé rezagado en lectura y escritura, ¿sabe? Me costó ponerme al día. No hice exámenes ni nada; me costó un tiempo, pero al final recuperé el tiempo perdido.

—¿Por qué no te obligó a examinarte?

—¡Ah, sabía que yo nunca sería un profesor, señorita Howe! Mi mamá trabajaba todo el día para traer el pan a la mesa, y aun así yo no podía entender que los demás tuvieran dinero y yo no.

—¿Y volviste a meterte en problemas?

La señorita Howe frunció los labios, como si para ella lo lógico hubiera sido que él volviera a descarriarse.

—Me encontré con los chavales que conocía de antes. Les iba bien, pero lo que hacían no era legal, no sé si me entiende; me dijeron que era facilísimo y que no podrían pillarnos. Pero mi tío Nasey me metió mucho miedo. Pensó que debía marcharme al campo y empezar de cero. Yo no quería. Le tenía miedo a las vacas y a las ovejas, y me parecía muy aburrido comparado con Dublín. Pero mi mamá decía que había vivido aquí cuando era joven y que le había gustado mucho.

—¿Y por qué se marchó, entonces?

La señorita Howe detestaba las situaciones poco claras.

—Se metió en un problema, y el tipo no quiso casarse.

—¿Y te trajo de vuelta aquí?

—No, ella no ha venido nunca, pero vendrá. De hecho, lo hará muy pronto.

Había mucha gente en el mercado. La señorita Howe observó a Rigger vendiendo huevos y queso de cabra. Llevó las bolsas de verdura y volvió con grandes cantidades de carne lista para ser congelada que acomodó en la parte trasera de su furgoneta. Compró dos patitos, que, según dijo, no acabarían en la cocina de Chicky sino como mascotas para los niños.

Al parecer conocía a todos. La gente le preguntaba por Chicky Starr, por los niños, por Orla. Después Rigger pasó por la casa de la familia de su esposa, donde dejó huevos y queso. La señorita Howe dijo que prefería esperarlo en la furgoneta.

—Me ofrecerán un té y pastel de manzana —dijo.

—Pues, cómelo y bébelo, Rigger. Déjame, que tengo mucho que pensar.

Se dio cuenta de que aquellas personas la miraban por la ventana de la casa, pero no tenía la menor intención de entrar en una cocina pequeña y mal ventilada a charlar con extraños.

La excursión no había sido precisamente un éxito, pero Chicky estaba agradecida con él.

—¿Te has enterado de algo? ¿Te ha hablado de su vida? —preguntó.

—Un poco; la furgoneta parecía un confesonario. Tal vez se haya arrepentido de habérmelo contado.

—Déjalo estar —dijo Chicky.

A la mañana siguiente, la señorita Howe se presentó en la casa de Carmel y Rigger, situada al final del jardín. Carmel, que estaba al tanto de la situación, le dio una cálida bienvenida; si hubiera sido por ella, no se habría mostrado tan cordial. Le presentó a los bebés, que sonreían y balbuceaban muy contentos. Fueron todos juntos a ver a los conejos, la tortuga y los patitos nuevos, a quienes bautizaron Princesa y Patata.

La señorita Howe bebió té en un jarrito y no se prestó a hacer comentarios elogiosos acerca de Stone House o las vacaciones en general. Carmel se esforzó, incluso cuando la señorita Howe le echó una parrafada sobre la importancia de aprender poemas de memoria.

De repente, la señorita Howe pidió ver los libros que Carmel y Rigger tenían en su biblioteca.

—No somos la clase de personas que tienen una biblioteca —empezó a decir Carmel.

—Pues muy mal ejemplo daréis a vuestros niños —sentenció la señorita Howe.

—Lo haremos lo mejor que podamos.

—No, si no tenéis diccionarios ni atlas ni libros de poesía. ¿Cómo comprenderán

lo importante que es saber leer si en su hogar nadie lee ni hay libros?

—Irán a la escuela —se defendió Carmel.

—Sí, claro, que la escuela se ocupe de todo, y después ¡a echarle las culpas cuando las cosas salen mal!

La señorita Howe había levantado la voz y su tono resultaba amenazador. Como si estuviera en su colegio, regañando a una niña desobediente y no a una mujer que amablemente trataba de ayudarla a pasar unas agradables vacaciones.

—Nosotros no le echaríamos la culpa a la escuela; no somos así.

—Pero ¿qué oportunidades les brindáis? ¿Qué sentido tiene si la generación siguiente no cuenta con una buena base para empezar a ir por la vida como corresponde? No querrás que tus hijos acaben por ser ignorantes, o peor, en un reformatorio como tu marido.

Carmel no pudo más.

—Lo siento, señorita Howe, pero no admito que usted insulte a mi esposo de esta manera. Si ha sido él quien le ha hablado de su pasado, y ha debido de ser él, pues Chicky no se lo habría contado a usted, lo ha hecho como una confidencia y no para que venga a nuestra casa a recriminárselo a gritos.

Carmel era consciente de que chillaba, pero no podía evitarlo. ¿Qué le pasaba a esa mujer?

—Lo lamento, pero voy a pedirle que se marche. Ahora. Estoy muy disgustada y soy capaz de decir algo de lo que me arrepentiría después. No sé nada de usted ni de su vida, ni por qué es tan desagradable con todos, pero alguien tendría que haberla puesto a usted en su lugar hace mucho tiempo.

De repente, la cara de la señorita Howe se descompuso. Apoyó la cabeza contra la mesa y lloró con tanta fuerza que le temblaba todo el cuerpo.

Carmel se quedó atónita. Estuvo un momento sin saber qué hacer, pero luego trató de poner una mano sobre el hombro de la señorita Howe para consolarla.

La señorita Howe se puso rígida y la apartó con brusquedad. Había dos manchas rojas en su cara larga y pálida.

Carmel fue a preparar té y luego se sentó frente a su inesperada huésped y la miró en silencio.

Despacio, vacilante al principio, la señorita Howe empezó a hablar.

—Fue en 1963. Yo tenía once; Martin tenía ocho. Estábamos solos. El presidente Kennedy visitó Irlanda ese año y fuimos todos junto a la carretera para verlo pasar.

Todo resultaba tan irreal: la señorita Howe estaba hablando de un episodio de su vida personal de hacía cincuenta años.

—Me acordé de que no habíamos echado el cerrojo de las ventanas de abajo. De eso me encargaba yo. No había nadie en casa. Papá estaba en su trabajo y mi mamá se iba a casa de su hermana. Ellos eran muy estrictos con eso de echar el cerrojo a las ventanas. De manera que, aunque no quería, tuve que abandonar el sitio privilegiado que había conseguido y correr a casa. Cuando llegué, escuché unos ruidos, como si

estuvieran pegando a alguien. Entonces subí corriendo las escaleras y vi a mi madre y a un hombre en la cama, desnudos. Creí que la estaba matando y traté de sacarlo de allí a la fuerza... y entonces mi madre se puso de rodillas y me suplicó que no se lo contara a mi padre. Me dijo que si yo era capaz de guardar ese pequeño secreto sería buena conmigo el resto de su vida, y mientras tanto el hombre se vestía y ella le decía: «No te vayas, Larry. Nell entiende. Ya es mayor, tiene once años. Sabe lo que tiene que hacer». Y me escapé corriendo de la casa. Llamé a mi padre por teléfono al trabajo y le dije que regresara pronto porque un hombre llamado Larry estaba haciendo daño a mi madre y ella quería que yo lo guardara en secreto, y él volvió a casa y...

—Pero usted era solo una niña —dijo Carmel para tranquilizarla.

—No, yo sabía. Sabía que lo que ella hacía estaba mal y quería que la castigaran. No iba a ser cómplice de ningún secreto. Yo quería que la castigaran. Yo no sabía que Larry era el mejor amigo de papá. Pero, aunque lo hubiera sabido, se lo habría contado de todas formas. Estaba mal, ¿lo ves?

—¿Y qué hizo su padre?

—Nunca supimos, pero cuando Martin y yo volvimos de saludar al presidente Kennedy, nuestra madre se había marchado y no regresó nunca más.

—¿Adónde fue?

Carmel se esforzaba por que no se notara en su voz lo consternada que estaba.

—Nunca lo supimos. Papá se ocupó de nosotros, pero no sabía cómo hacerlo y empezó a beber. Me agradecía todo el tiempo por haber desenmascarado a la puta de su esposa, y pegaba a Martin por cualquier cosa. Y Martin se juntó con una pandilla de matones en el colegio y dejó de estudiar. Yo me tapaba los oídos con las manos y estudiaba el día entero. Conseguí becas y cuando mi padre se murió, a causa del alcohol, me las arreglé sola. Martin dijo que yo le había jodido la vida dos veces: la primera vez había echado a su madre y ahora le había quitado a su padre.

—¿Y nunca la perdonó?

—No. No hizo nada con su vida. Hace años que no lo veo. Llamó al colegio no hace mucho, no sé por qué. No quiero volver a verlo.

—¿Así que desde entonces no lo ve? —preguntó Carmel con tristeza.

Pensó que mejor sería terminar con esa situación y no seguir escuchando; por lo que ya sabía, la señorita Howe nunca se perdonaría por haber perdido el control de sí misma, ni perdonaría a Carmel. Debió de notarse que estaba ansiosa por poner fin a la conversación, pues la señorita Howe se dio cuenta.

—Está bien, quieres que me vaya. Pues me iré. ¡No me importa!

Carmel le tendió la mano.

—Bueno, quisiera despedirme de usted y desearle lo mejor en el futuro.

—Quisieras despedirte de mí, despedirte de mí, nada menos —dijo la señorita Howe con una mueca de desprecio—. Qué cantidad de clichés les enseñarás a esos desafortunados niños. ¡Lloro por ellos y por su futuro!

—Bueno, váyase y llore tranquila. Nosotros los queremos, los cuidaremos siempre y les daremos una vida feliz —dijo Carmel, apenada.

—Supongo que tu marido y tú difundiréis esta historia por todo el país antes de que acabe la noche —dijo con amargura la antigua directora.

—No, señorita Howe, nosotros no hacemos esas cosas. Rigger y yo somos personas dignas y decentes, no somos chismosos ni delatores. Lo que usted me ha contado es problema suyo y no saldrá de aquí.

Cuando la señorita Howe se hubo marchado, Carmel se sentó a la mesa de la cocina. Estaba temblando. Rigger se pondría furioso; Chicky se enfadaría. ¿No podía contenerse? ¿Por qué? La señorita Howe no le perdonaría nunca que conociera su pasado.

—No quiero que esa señorita Howe venga a casa nunca más —le espetó a Rigger en cuanto entró—. Dijo que éramos unos padres ignorantes y lloró por Rosie y Macken.

—Bueno, es la única —contestó Rigger—, los demás están encantados con ellos. ¿Y a quién le importa lo que diga la señorita Howe?

Carmel sonrió. Era verdad. Se peinaría y saldrían a dar un paseo por la playa; caminarían por la arena húmeda y cogerían conchas, y la piel de la cara les escocería por la sal del aire. Les darían a sus hijos la mejor vida que pudieran.

Ese mismo día, algo más tarde, Rigger le confesó a Chicky que Carmel y la señorita Howe habían discutido.

—No te preocupes —dijo Chicky—. No nos ocasionará más problemas. Acaba de decirme que se marcha a Dublín esta noche. Dentro de poco se habrá ido del hotel y de nuestras vidas. Dile a Carmel que no piense más en ello.

—¡Eres genial, Chicky!

—No, no lo soy. Tengo suerte. Como vosotros. La señorita Howe no tuvo suerte.

—Hay que decir que nosotros algo hicimos para tener suerte.

—Quizá, pero también escuchamos a los que trataron de ayudarnos. Ella no.

Antes de cenar, Chicky llevó la pequeña maleta de la señorita Howe a la furgoneta.

—Espero que haya habido al menos algo de su gusto, señorita Howe —dijo—. Tal vez, cuando mejore el tiempo, desee volver con nosotros.

Chicky era siempre cortés.

—No lo creo —respondió la señorita Howe—. No es la clase de vacaciones que más me gusta. He pasado demasiado tiempo charlando con la gente. Es agotador.

—Bueno, estará contenta de regresar a la paz y a la quietud de su hogar —dijo Chicky.

—Sí, en cierto modo.

La mujer era brutalmente honesta. Era su defecto.

—¿Ha descubierto algo aquí? La gente dice a menudo que sí.

—He descubierto que la vida es muy injusta y que no podemos hacer nada al respecto. ¿Está de acuerdo, señora Starr?

—No del todo, pero su idea es interesante.

La señorita Howe asintió satisfecha. Había derramado un poco de pesimismo incluso en el momento de marcharse. Se sentaría sola en el tren de regreso a Dublín y luego cogería el autobús que la llevaría a su casa vacía. Mantuvo la vista clavada en la carretera mientras Rigger la conducía a la estación.

FREDA

Cuando Freda O'Donovan tenía diez años, la señora Scully, una de las amigas de su madre, leyó la palma de la mano de cada una de las invitadas al té. La señora Scully vio en todas buena suerte, muchos hijos y largos y felices matrimonios. Descubrió viajes al extranjero y pequeñas herencias inesperadas. Estaban encantadas con ella y, como era de esperar, el té fue un éxito.

—¿Puedes leerme el futuro a mí también? —había pedido Freda.

La señora Scully examinó la manita con atención. Vio a un hombre alto, guapo, boda y tres niños monísimos. También vacaciones en el extranjero: ¿pensaba Freda que le iba a gustar esquiar?

—Y vivirás por siempre feliz —dijo sonriendo a la pequeña.

Se produjo un silencio. Después de un rato, que a todas les pareció bastante largo, Freda suspiró. Pese a que al parecer su madre estaba complacida con lo que acababa de oír, la niña estaba perpleja. Sabía a la perfección que nada de eso era cierto.

—Quiero saber lo que va a suceder —insistió, y se puso a llorar.

—¿Qué importancia tiene? Es un bonito futuro —dijo su madre, y suplicó a su hija que no hiciera tanto escándalo con eso de la adivinación, que era una bobada.

Pero Freda no escuchó y siguió llorando, aunque más fuerte. No aceptaba esa predicción. No era verdad. Sabía que no era cierto. Ella a veces creía saber lo que iba a ocurrir, pero había aprendido a mantener la boca cerrada.

No veía un marido y tres hijos. Y, desde luego, no se veía viviendo siempre feliz. Lloró todavía más.

La madre de Freda no entendía por qué su hija estaba tan contrariada. Nunca se arrepentiría lo suficiente por haber insistido en que la señora Scully leyera el futuro de una criatura. No volvería a repetirse.

Después de aquello, nunca más pidió a la señora Scully que adivinara el futuro de nadie. Y Freda nunca le contó a nadie lo que vio en su futuro.

La vida en casa era tranquila aunque un poco austera para Freda y sus dos hermanas. Su padre murió joven y no había dinero para lujos como calefacción central o vacaciones en el extranjero. Su mamá trabajaba en una tintorería y Freda no tenía problemas en el colegio, era inteligente, estudiaba mucho y obtenía becas. Lo que más anhelaba en la vida era ser bibliotecaria. Lane, su mejor amiga, quería trabajar en el teatro. Eran inseparables.

Freda no podía recordar cuándo había sido la primera vez que pensó que podría tener algunas percepciones inusuales. Resultaba difícil describirlas. La palabra

«sensaciones» no servía, puesto que eran mucho más intensas. Tampoco recordaba cuándo se había dado cuenta de que no todos tenían las mismas percepciones. Pero con el paso de los años había aprendido a no hablar de ellas con nadie. La gente solía disgustarse cada vez que decía algo al respecto, de manera que se quedaba en silencio. Ni siquiera hablaba de ello con Lane.

No tenía una vida amorosa apasionante. Freda, que era estudiante, iba a discotecas y a bares y conocía a chicos, pero ninguno que hiciera palpar su corazón. Su mamá era propensa a inmiscuirse demasiado en su vida privada, y al mismo tiempo se sentía defraudada cada vez que Freda le decía que no tenía ningún novio.

Freda adoraba los libros y sintió que tenía todo lo que siempre había deseado cuando obtuvo su diploma de bibliotecaria. Tuvo la suerte de encontrar una plaza de auxiliar en la biblioteca local. Sus hermanas, sin embargo, la subestimaban porque no salía con nadie.

—Bueno, es lógico que no encuentres novio. ¡Tú no sabes hablar más que de libros! —dijo Martha.

—Podrías haber hecho un esfuerzo, si hubieras querido —añadió Laura con desdén.

Freda se sentía abatida y sus hermanas no tenían el menor cargo de conciencia.

—Tampoco es que seas un completo desastre —dijo Martha, más alentadora.

Martha tenía una relación tormentosa con un muchacho llamado Wayne; no solía elegir bien a los hombres.

—Has conseguido una plaza de auxiliar de biblioteca y ahora puedes ganarte la vida en cualquier parte.

Laura era gruñona pero justa. Salía con un banquero muy presumido llamado Philip, para quien reputación y clase significaban todo en la vida.

Por fortuna, los consejos de sus hermanas no eran imparciales.

Fue durante los días previos a las Navidades, Freda tuvo otra de sus «sensaciones». Estaban almorzando en familia para organizar las fiestas de Navidad. Freda aseguró que vendría, pero Laura pasaría la Nochebuena con los padres de Philip. Martha estaba irritada porque Wayne no pensaba hacer nada en Navidad. ¿Qué clase de persona era que no quería celebrarla?

Su madre cambió de tema y se puso a hablar del pavo. Harían la comida de Navidad a las tres de la tarde; quien quisiera unirse a ellos, podría hacerlo sin problemas.

Laura estaba nerviosa; tenía algo que deseaba compartir con ellos. No era que estuviera absolutamente segura, pero pensaba que Philip le propondría matrimonio en Nochebuena. Había sido muy evasivo al referirse a la fiesta en casa de sus padres. Normalmente le daba mucha importancia a estos eventos y le hubiera dicho con antelación quiénes serían los invitados. No, había algo mucho más gordo. Laura

estaba loca de alegría.

Entonces, de una manera totalmente inesperada, Freda lo supo; no era una sospecha, no; ella sabía que Philip iba a romper con Laura antes de Navidad; le diría que estaba a punto de tener un hijo con otra. Lo percibía clarísimo, como si lo hubiera visto anunciado en los titulares de un periódico. Y Freda sintió que se ponía pálida.

—¡Bueno, decid algo!

Laura estaba sorprendida de que su gran noticia no suscitara ningún tipo de reacción entre los presentes.

—Sería maravilloso —dijo su madre.

—Qué suerte la tuya —dijo Martha.

—¿Estás segura? —soltó Freda.

—No, por supuesto que no estoy segura. Ahora me arrepiento de haberlo dicho. Lo dices para fastidiar, porque me atreví a mencionarte que si sigues así no encontrarás novio. Es puro rencor.

—Pero ¿ya habéis hablado tú y Philip de casaros? —preguntó Freda.

—No, pero hemos hablado de amor. Déjalo, Freda. ¿Qué sabrás tú?

—Podrías estar equivocada.

—Uf, no seas tan aguafiestas.

—¿Vas a hablar con él antes de Nochebuena?

—Sí, voy a encontrarme con él esta noche. Vendrá a mi apartamento a las siete.

Freda calló. Era eso, se lo diría esta noche. Lo tuvo atravesado en la garganta todo el día, como si hubiera comido algo que no podía tragar del todo.

A las nueve llamó a su hermana. La voz de Laura era irreconocible.

—Lo sabías, ¿verdad? Lo sabías, y te estabas riendo de mí. Bueno, ¿estás contenta ahora?

—No lo sabía, en serio —gimió Freda.

—Te odio por saberlo. ¡Nunca te perdonaré! —dijo Laura.

Durante las semanas y los meses que siguieron, Laura se mostró muy fría con Freda. Lloró cuando, en Nochebuena, Philip anunció su compromiso: su boda con una muchacha llamada Lucy tendría lugar en enero.

Martha dijo que Laura no creería jamás que Freda no sabía de antemano lo de Lucy. No había otra explicación.

—Tuve una sensación, eso es todo —admitió Freda.

—¡Una sensación! —exclamó Martha—. Si alguna vez tienes una sensación sobre Wayne y yo, por favor, avísame, ¿quieres?

—Creo que nunca volveré a decirle a nadie que he tenido una sensación.

Los Amigos de la Biblioteca de Finn Road celebrarán su primera reunión el jueves 12 de septiembre en nuestro recinto a las 18.30 horas. Estáis todos invitados y contamos con vuestras ideas y sugerencias para el futuro de la biblioteca.

Freda estaba en su oficina imprimiendo el anuncio y enseguida supo que algo no iba bien. No hacía falta ser adivina. En el rostro severo de la señorita Duffy, que asomaba por encima de su hombro, podía leer su desaprobación. «Esta biblioteca no necesita Amigos», decía esa mirada. No era una agencia de contactos. Era un lugar donde la gente acudía a pedir libros en préstamo y, lo que era más importante, a devolverlos. Esa clase de cosas no se correspondía con una biblioteca. Resultaba, para emplear la peor observación crítica posible, muy inapropiado.

Freda le sonrió, imperturbable. Momentos antes, y como preparándose para ese encuentro, se había sujetado su largo cabello ondulado hacia atrás con una cinta para parecer más seria. Era la ocasión de mostrarse eficiente. No era, en absoluto, momento de pelearse. Si perdía, entonces esperaría y volvería a intentarlo.

No debía permitir que la señorita Duffy supiera cuán decidida estaba ella a abrir la biblioteca a la comunidad, a atraer a todos aquellos que nunca habían cruzado el umbral. Freda deseaba con fervor que todas las personas que asistieran se sintieran parte de la biblioteca. La señorita Duffy pertenecía a otra época, una época en la que se creía que por el solo hecho de tener en la zona una biblioteca, la gente debía contentarse.

—Señorita Duffy, ¿recuerda que, cuando solicité mi plaza, usted me dijo que parte de su función era atraer a más gente a...?

—Como usuarios de la biblioteca, sí, pero no como Amigos.

La señorita Duffy se las arreglaba para emplear la palabra «amigo» como un insulto.

Freda se preguntaba si la señorita Duffy habría sido siempre así, o si alguna vez había abrigado esperanzas o soñado con modernizar este vetusto edificio.

—Si se consideran a sí mismos como Amigos, tal vez colaboren más —dijo Freda con ilusión—. Podrían ayudar a reunir fondos, a conseguir que los autores donen libros... Muchas cosas.

—Supongo, como usted dice, que no tiene por qué ser perjudicial. Pero si llegan a venir, ¿tendremos sillas para todos?

—Mi amiga Lane tiene un montón de sillas plegables en su teatro. Esa noche no las necesitará.

—Ah, sí, el teatro.

La pequeña sala experimental situada en la misma calle apenas si despertaba interés en la señorita Duffy.

Freda esperó; no podía colgar el aviso en el tablero sin su consentimiento. Aún no se lo había dado, pero estaba a punto.

—Me gustaría ser como una suerte de directora de la reunión, quiero decir, yo la presentaría a usted como la bibliotecaria y luego, después de que usted haya dicho unas palabras, podría declararla abierta a... los Amigos, ya sabe.

Freda contuvo la respiración.

La señorita Duffy carraspeó.

—Bueno, ya que usted está tan convencida, ¿por qué no ponemos ese anuncio y vemos qué ocurre?

Freda sintió alivio. Clavó el anuncio en la pizarra. Lo hizo con movimientos muy pausados a propósito pues no quería que se notara lo contenta que estaba por haber vencido. Después de cerciorarse de que la señorita Duffy estaba bien instalada en su escritorio, cogió su móvil y llamó a su amiga Lane.

—Lane, soy yo. Tengo que hablar bajito.

—Como debe ser. Trabajas en una biblioteca, que yo sepa —dijo Lane muy seria.

—He conseguido que la señorita Duffy apruebe mi idea de los Amigos. ¡Lo haremos!

A pocos metros de distancia, en la misma calle, Lane interrumpió una de las cartas que estaba escribiendo para pedir un donativo para su pequeño teatro.

—¡Fantástico, Freda, bien hecho! Eres una bibliotecaria genial.

—No, no tan rápido, podría ser un desastre. ¿Y si no viene nadie?

Freda estaba feliz de haber llegado hasta allí, pero aterrada de que saliera mal.

—Creo que irá bastante gente. Todo nuestro equipo está dispuesto a asistir, y podemos colocar un anuncio para atraer también a nuestro público. Oye, ¿por qué no comemos juntas para celebrarlo?

—No, Lane, no puedo, no tengo tiempo. Tengo mucho trabajo todavía con las partidas presupuestarias. —La gente creía que no había nada que hacer en una biblioteca—. Pero nos veremos esta noche, en donde tía Eva, ¿verdad?

Eva O'Donovan estaba contenta de que Freda y Lane vinieran a cenar. Tendría que ponerse las pilas, pues había mucho que hacer. En primer lugar, debía acabar «Plumas», su columna semanal sobre la observación de las aves. Eva había descubierto que si entregaba su columna al periódico a tiempo, correctamente redactada con su portátil en un documento, podía permitirse colar alguna opinión extravagante.

A continuación, debía encontrar algo en el congelador para la cena con las chicas. Nunca comían lo suficiente y siempre tenían hambre. Además, no quería que anduvieran tambaleándose por ahí después de unos cuantos Alabama Slammers. Examinó cuidadosamente el contenido de su congelador.

Había una especie de plato de pescado con tomate. Lo pondría en el horno cuando ellas llegaran, agregaría un poco de tomate fresco y albahaca. Descongeló pan francés. Le parecía tan sencillo; la gente solía complicarse tanto la vida con eso de cocinar, cuando en realidad lo único que hacía falta era anticipar un poco.

Después de enviar el e-mail con su artículo sobre las grandes bandadas de bombicílidos que habían llegado del norte de Europa, escogió un chal colorido y un sombrero y colocó todos los ingredientes sobre su mesita de cóctel. Era el mejor momento del día.

Chestnut Grove era una casa a la que nadie se habría adaptado excepto Eva: estaba en mal estado, tenía un jardín agreste y lleno de maleza, tuberías muy precarias y una instalación eléctrica poco fiable. No tenía dinero para mantenerla en condiciones. Lo más sensato hubiera sido venderla, pero ¿cuándo había hecho ella algo sensato en su vida? Por otra parte, el jardín estaba repleto de pájaros que anidaban allí periódicamente y le proporcionaban temas para su columna.

Las paredes de su estudio estaban cubiertas con fotografías de pájaros e informes sobre los diversos grupos de preservación y observación de aves existentes en el país. Había estantes repletos de revistas y publicaciones. Su portátil andaba por ahí, enterrado entre pilas de papeles. En esa habitación, como en cada una de las habitaciones de la casa, había un sofá cama listo para ser usado en cualquier momento, por si alguien quería quedarse a dormir, algo que ocurría con frecuencia.

Había ropa colgando en todos los cuartos; en casi todas las paredes se veían perchas con vestidos no muy caros, de vistosos colores, que a menudo hacían juego con un chal o un sombrero. Eva los encontraba en mercados, mercadillos ambulantes y liquidaciones. Jamás se había comprado un vestido normal en lo que podría llamarse una tienda normal. Para Eva los precios de la ropa de marca eran incomprensibles y no quería saber nada de ello.

¿Qué estaban haciendo las mujeres dejándose atrapar en un mundo de etiquetas, tendencias y exigencias artificiales de la moda? Eva no podía entenderlo. Se regía por dos criterios solamente: ropa cómoda y de colores llamativos, y siempre iba bien vestida.

Eva cogió los vasos altos y alineó el Southern Comfort, el *amaretto* y el pacharán. Tenía un bar bien surtido, pero era poco aficionada a la bebida. Para Eva, el secreto de los cócteles estaba en la preparación, la teatralidad y una pizca de decadencia.

Freda y Lane entraron por la cancela trasera de Chestnut Grove y cruzaron el vasto jardín lleno de plantas y maleza. No disponía de canteros de flores propiamente dichos, tampoco de césped ni de terrazas cultivadas. Había, en cambio, matas y arbustos espinosos de toda clase, que eran más bien trampas para los incautos que cruzaban el jardín por la noche. Aquí y allá se veía asomar alguna rosa tardía. Pero en realidad parecía ideal para un programa de televisión sobre jardinería; eso sí, con una buena limpieza previa.

—Es tan distinto del jardín de mis padres —comentó Lane, evitando algunas ramas bajas llenas de traidoras espinas—. Lo tienen tan cuidado, como si fueran a presentarlo a un concurso.

—Al menos está cuidado. No pones en peligro tu vida como aquí —dijo Freda.

—Sí, pero a papá no le permiten plantar verduras. ¿Qué dirían los vecinos si vieran plantas de patatas o de habas en el jardín?

Cuando estaban a punto de llamar a la puerta, Eva corrió a su encuentro. Llevaba

un caftán de color naranja oscuro y se había sujetado el pelo con un pañuelo de la misma tela. Parecía una de esas aves exóticas que se ven en las pajarerías o en el zoo. Iba vestida como para asistir a una boda en Marruecos, una fiesta elegante o la inauguración de una galería de arte.

—¿No se ve maravilloso el jardín en este momento? —les gritó desde lejos.

Maravilloso no era la palabra que ella y Lane habrían elegido para describir la exuberante selva que acababan de atravesar, pero era imposible no contagiarse del entusiasmo de Eva.

—Hay toques de color muy bonitos, es verdad —dijo Lane.

—Lo que más me gusta es el follaje que tapa el cielo.

Eva las guio al salón y empezó a batir el cóctel.

—¡Por la biblioteca, mi querida Freda! ¡Por los muchos, muchos Amigos que esperan celebrarlo con nosotras!

Su alegría era tan sincera que Freda casi se atraganta. Aparte de Lane y tía Eva, nadie más entendía lo importante que había sido para ella dar ese paso. Qué suerte tenerlas a su lado. La mayoría de la gente no tenía a nadie con quien compartir y celebrar sus alegrías.

El cóctel se le estaba subiendo a la cabeza. Prudente, Freda dejó la copa sobre la mesita. Se suponía que a Eva no le gustaba que se bebiera su cóctel de un trago; prefería más bien que uno apreciara los diferentes sabores. Debía de tener unos cinco ingredientes, pensó Freda, todos muy fuertes, salvo el zumo de naranja. Decidió tratarlo con respeto.

Eva estaba ansiosa por conocer todos los detalles del nuevo plan para la biblioteca. ¿Le guardaba rencor la señorita Duffy? ¿Se oponía? ¿Acaso había aceptado de mala gana? ¿Qué pretendía Freda que hicieran los Amigos, una vez reunidos?

Estaba tan ilusionada y entusiasmada que Freda y Lane se sintieron, en comparación, sosas y tontas. Si Eva estuviera a cargo de la biblioteca, habría luces de colores por todos lados y música a todo volumen. Habría instalado una coctelería en el vestíbulo. Su vida era igual que su casa: una fantasía multicolor en la que todo era posible si uno lo deseaba de veras.

La señorita Duffy estaba atendiendo a personas que querían ser Amigos de la biblioteca, aunque no lo estaba haciendo bien. Les entregó el folleto que Freda había preparado y les dijo que todos serían bienvenidos a la reunión de Amigos, pero no fue muy precisa cuando le preguntaron por los motivos de la reunión.

Algunas preguntaron con preocupación si había dinero de por medio, si había que abonar una entrada o hacer donativos para una colecta. No, nada de eso, dijo la señorita Duffy. Pero luego no estaba segura. ¿Había sugerido Freda una posible recaudación de fondos?

Un hombre preguntó si les aconsejarían qué libros leer. La señorita Duffy no lo sabía. Dos chicas preguntaron si existía algún requisito de ingreso o si podía asistir cualquiera. La señorita Duffy respondió que no había requisitos, pero sabía que había fruncido el ceño al escuchar la expresión «cualquiera».

Llegó un joven nervioso que explicó que había escrito muchos poemas y había ganado premios en el colegio, y preguntaba si existía la posibilidad de hacer una lectura. Era tímido y raro, y miraba a la señorita Duffy como si esta, azorada ante semejante propuesta, estuviera a punto de decirle que se marchara de allí inmediatamente.

La señorita Duffy empezaba a pensar que había sido una mala idea.

—¡Ah, señorita O'Donovan, menos mal! —gritó, aunque sabía que Freda terminaba media hora antes.

Nerviosa, Freda miró su reloj de pulsera.

—Hay mucha gente que se acerca a preguntar por este asunto de los Amigos; empieza a trastocar nuestra rutina.

La cara de Freda se iluminó.

—Lo siento, señorita Duffy; pero ¡son excelentes noticias! Quiere decir que la gente está interesada.

Freda colgó su abrigo y se puso a trabajar de inmediato.

La señorita Duffy se calmó. Era difícil no estar satisfecha con esa actitud. Esa chica tonta los animaba a que le hicieran más preguntas, aunque la distrajeran de sus tareas, y parecía realmente contenta, aunque tuviera que hacer el doble de trabajo.

—¿Ha pasado usted un buen fin de semana, señorita O'Donovan? —preguntó para mostrar que, aunque parecía enfadada, no lo estaba.

Freda la miró sorprendida. Sonrió y dijo que no había estado mal, pero que estaba contenta de regresar a Finn Road. Era la respuesta adecuada.

La señorita Duffy no quería detalles, solo dedicación y sentido de la responsabilidad.

Freda leyó la lista de preguntas: llamó al hombre que quería saber si les aconsejarían qué libros leer para informarle de que sí, si la gente lo pedía. Telefoneó a las chicas que preguntaban si habría requisitos de ingreso y les dijo que sería más bien una velada divertida, que lo suyo era venir con amigos. Invitó al joven poeta, que se llamaba Lionel, para que viniera a verla.

Hizo caso omiso de la inquietante sensación de que algo realmente importante estaba a punto de suceder.

La próxima reunión de los Amigos de la Biblioteca de Finn Road marcará un hito en nuestro barrio. La entrada es libre. Por favor, traed fotos y cuentos. ¡Sois todos bienvenidos!

Se habló de la velada de los Amigos durante varios días. A pesar de lo que llovió

esa noche, había sido un éxito en muchos aspectos. Hasta la señorita Duffy lo reconocía con entusiasmo.

Acudieron todos: Lionel, el joven poeta, quien leyó unos poemas hermosos sobre cisnes mudos. Se alegró mucho con la reacción del público, y más aún cuando Freda le presentó a su tía Eva. La autora de «Plumas», ¡nada menos!

La aparición de un grupito de seis chicas había suscitado la desconfianza de la señorita Duffy, pero después resultó que traían un montón de propuestas para organizar grupos de lectura.

—Debo decir que me ha sorprendido que nos valoren tanto —dijo al día siguiente.

Lane y Freda habían ordenado y limpiado la sala y habían devuelto las sillas al teatro. Como la señorita Duffy no tenía quejas, no ocultó lo contenta y satisfecha que estaba.

Desde mucho antes, Freda había decidido no aceptar felicitaciones de ninguna clase, aunque sabía que, si las cosas salían mal, sería ella sola quien tendría que asumir la culpa.

—Usted lo merece —dijo Freda, como si la idea hubiera sido de la señorita Duffy—. Usted lleva años aquí construyendo esto; ahora toca que la honren y le digan que la biblioteca significa mucho para ellos.

La señorita Duffy agradeció con cortesía, segura de merecerlo.

Estaba bien: le dejaba tiempo a Freda para ocuparse de algunas cosas. Había mucho que gestionar en un día de trabajo normal. Primero tenían que revisar el sistema de Préstamos, es decir, la lista de documentos que estaban actualmente en préstamo. Después, ocuparse de los avisos a los usuarios cuyo plazo de devolución hubiera vencido. También examinarían la lista de documentos reservados a fin de cotejar su fecha de préstamo y de devolución. Luego había una reunión del equipo de Selección de Fondos con la señorita Duffy para decidir cuáles serían los títulos nuevos que había que encargar. Echarían un vistazo a los libros que les habían enviado y seguían pendientes de aprobación, y también consultarían las revistas bibliográficas. No quedaba mucho tiempo para pensar en la reunión de Amigos, ni tampoco para organizar la próxima. Era curioso que se sintiera tan deprimida. Eso de lo que ella estaba tan segura, fuera lo que fuese, no había ocurrido.

La señorita Duffy se sorprendió al ver el gran ramo de flores carísimas que alguien había enviado. El mensaje era simple: «Ya soy Amigo de la Biblioteca, ahora quiero ser Amigo de la Bibliotecaria». La velada había sido un éxito, por supuesto, pero ¿quién podía haberle enviado un mensaje como ese para darle las gracias? La única persona que alguna vez le había enviado flores era su hermana, pero se trataba más bien del tipo de persona que regalaría violetas en una maceta. Entonces, ¿quién había podido mandarle a ella este ramo? Admiró las flores una vez más. La señorita

O'Donovan podría ponerlas en un florero, si encontraba uno bien grande.

Y Freda, por supuesto, lo encontró. Fue al almacén y salió con un enorme jarrón de cristal. Esas flores debían de haber costado una fortuna. ¿Quién demonios las habría enviado?

La señorita Duffy dijo, de una manera vaga, que eran de un amigo. Se miró en el cristal de la puerta y se retocó el peinado varias veces. Su mirada parecía ausente.

Freda no le dio mayor importancia.

Cuando estaba separando las rosas de los helechos verdes para arreglarlas mejor, descubrió la tarjeta que acompañaba a las flores.

«... ahora quiero ser Amigo de la Bibliotecaria». Eran para ella. Se dio cuenta con un sobresalto casi físico. Pero ¿quién era? ¿Y qué quería decir? ¿Y por qué no había escrito el nombre de Freda en vez de dejar que la señorita Duffy pensara que eran para ella? Sintió que todo a su alrededor se ralentizaba, como si se volviera ligeramente irreal. Quería estar sola para pensar las razones por las cuales se sentía tan inquieta y temblaba un poco.

Lane había telefoneado a Eva para preguntarle de qué color eran las piernas del frailecillo.

Eva no había titubeado ni un instante.

—Naranja —dijo—. ¿Por qué?

—¿Y el pico? Estamos pintando un decorado. Háblame del pico, conozco la forma y todo lo demás, pero ¿el color?

—Azul, amarillo y naranja. No te olvides de pintar los colores en el orden que corresponde.

—No me refiero a un frailecillo exótico, como los que hay en las pajarerías, sino a uno irlandés.

—De ese te estoy hablando, es el frailecillo del país. Ven a la biblioteca; yo estoy de camino, llegaré pronto. Te enseñaré los libros.

—Creo que será lo mejor. ¡Pájaros con pico azul, amarillo y naranja! Para ver eso en Irlanda es preciso que antes te hayas colocado con algo.

Se encontraron al pie de la escalinata.

—Estamos pintando enormes telones de fondo para la próxima representación —explicó—. Tengo que saber bien eso del pico y las piernas del frailecillo. ¿Es cierto que tienen los colores del arcoíris, o me tomas el pelo?

—El pico tiene tres colores, las piernas son de color naranja, principalmente en la época de celo. Más opaco en invierno —confirmó Eva.

—¡Dios misericordioso! ¡Y tenemos pájaros como estos en Irlanda!

—Bueno, si vinieras conmigo a la costa atlántica, los verías tú misma: colonias enteras de ellos —dijo Eva con tono de reproche—. Hay un lugar, Stoneybridge; deberías visitarlo.

Y cuando entraron, vieron a Freda en el mostrador, conversando con alguien. La mujer señalaba un folleto y Freda se reía y sacudía la cabeza. Le brillaban los ojos y se veía tan joven, animada y vital, que destacaba en el ambiente de aquel edificio viejo y gris. La señorita Duffy, recatada y muy seria, llevaba puesta su habitual chaqueta de lana azul marino con un pequeño cuello de encaje blanco. Freda, en cambio, vestía una blusa roja y pantalones negros. Llevaba el pelo oscuro y ondulado sujeto hacia atrás con una gran cinta roja. Parecía una flor en medio de todo aquello, pensó Lane. No era de extrañar que hicieran cola para hablar con ella.

El siguiente en la cola era un hombre que llevaba una bufanda de cachemira y un abrigo de buen corte. Miraba a Freda con intensidad.

De repente, Lane se detuvo. No sabía por qué, pero se sintió vagamente intranquila.

—¿Qué tienes? —preguntó Eva.

—Ese hombre, el que está en la cola, esperando para hablar con Freda —susurró Lane.

—No lo veo —repuso Eva.

—Ponte de este lado. Lo verás y no la distraerás a ella.

Las dos se fijaron en la manera como Freda miraba al hombre que se había acercado. Estaban demasiado lejos para poder oír lo que ella decía, pero observaron que la expresión de su rostro había cambiado por completo.

Quienquiera que fuese, era alguien importante.

Lane lo detestó a primera vista.

—¿Te han gustado mis flores?

—¿Las que has enviado para la señorita Duffy, la bibliotecaria? Son hermosas. ¿Le aviso de que estás aquí?

El hombre olió una de las rosas y luego dijo:

—Eran para ti, Freda.

Era muy guapo y su sonrisa resultaba cálida.

No pudo evitar sonreírle. Si Freda supo alguna vez cómo coquetear, evidentemente se había olvidado de la técnica.

—No estabas en la velada de los Amigos —dijo—. Estoy segura de que me acordaría de ti.

—Sin embargo, estaba. No sabía nada acerca de la reunión; entré cuando empezó a llover. Me quedé atrás, por allí.

Señaló una columna que había junto a la puerta trasera.

—¿No te sentaste?

—No, solo quería librarme de la tromba de agua y pensé que la charla en la biblioteca sería un tostón.

—¿Y lo fue?

Era como si lo sondeara, como en un interrogatorio.

—No, Freda; fue una velada estupenda. Se respiraba calidez, entusiasmo, esperanza. Por eso me quedé.

Era lo mismo que había sentido ella. Como si a la gente, esa noche, le hubieran arrojado un salvavidas. Ansiaban algo nuevo, algo en lo que involucrarse; todos estaban deseosos de ayudar. Lo miró sin atinar a decir nada.

—He venido para invitarte a cenar conmigo. —Freda observó una leve tensión en el cuello. De pronto parecía inseguro—. Quiero decir, no tiene por qué ser cenar, también puede ser dar un paseo, tomar un café, ir al cine, lo que prefieras. Oye, no, espera, me llamo Mark. Mark Malone. ¿Quieres salir conmigo esta noche?

—Cenar estaría bien —se oyó decir.

—Bien. ¿Reservo para esta noche?

Freda no sabía bien qué decir.

—Bueno, sí, esta noche —contestó al fin.

—¿Adónde te gustaría ir?

—No sé... cualquier sitio. Me gusta el Ennio's, en los muelles, suelo ir de vez en cuando con mis amigos.

—Bueno, no quiero forzarte a ir conmigo a un lugar donde prefieres ir con tus amigos. ¿Qué te parece Quentins? Ese sitio tampoco está mal, ¿no? ¿Te va bien a las ocho?

—Sí, a las ocho —dijo Freda.

Él sonrió y luego, teatralmente, cogió su mano y la besó.

Cuando se hubo marchado, Freda se llevó la mano a la mejilla y la mantuvo allí un rato. Su tía Eva, su amiga Lane, la señorita Duffy, el poeta Lionel y una muchacha que entró en busca de un empleo, la habían estado observando, pero ella no lo sabía.

Todos vieron la expresión en la cara de Freda cuando se llevaba lentamente la mano a los labios. La mano que el hombre había besado.

Algo de capital importancia acababa de suceder a la vista de todos.

El resto del día pasó volando. No supo cómo.

Lane dijo:

—¿Tienes algo que decirme?

Freda había contestado:

—¿Sobre los frailecillos?

—No, sobre los hombres que entran y te besan la mano.

Mañana, había prometido Freda.

Él ya había llegado cuando Freda entró en Quentins. Llevaba un traje gris oscuro y una camisa blanca impecable. Era guapísimo. Sonrió y se puso de pie para recibirla,

mientras Brenda, la elegante propietaria y gerente del establecimiento, guiaba a Freda hasta la mesa.

—He pensado que te apetecería una copa de champán, pero no he querido pedirla por ti —empezó a decirle.

—Has acertado en ambas cosas —dijo Freda—. Me apetece una copa de champán, pero gracias por no darme por hecho.

—No lo haría, eso espero —dijo. Y añadió—: Estoy encantado de verte. Estás espléndida.

—Muchas gracias —contestó.

—Gracias a ti, eres muy guapa; pero no es por lo único que te he invitado a cenar.

—¿Por qué me has invitado?

Lo preguntó con toda sinceridad, pues quería saberlo.

—Porque no puedo apartarte de mi mente. Me encantó lo que dijiste acerca de la poesía de aquel hombre, su tristeza elegante. Otro habría necesitado el doble de palabras para decir lo mismo. Y luego, tu entusiasmo con aquellas escolares y sus grupos de lectura. Contagiaste tu ánimo a todos. Tienes tanta energía e irradias tanta vida... Lo noté desde el primer momento en que te vi en la biblioteca; ahora mismo lo estoy sintiendo. Quería formar parte de eso. Es todo.

—No sé qué decir. He tenido suerte. Estoy muy feliz con mi trabajo, la vida, todo...

—¿Y te sientes a gusto de estar aquí? ¿Ahora?

—Mucho —dijo Freda.

Conversaron distendidamente.

Quería saberlo todo sobre ella. A qué colegio fue, a qué facultad, el hogar donde había vivido con sus padres y hermanas. Cómo había encontrado ese empleo en la Biblioteca de Finn Road. Su pequeño apartamento en la última planta de una enorme casa victoriana. Su tía excéntrica, que escribía la columna «Plumas» en el periódico y llevaba a Freda de excursión para observar las aves.

—Suenas como una alondra —dijo con solemnidad.

—No puedo competir —gruñó ella—. Es tu golondrina otra vez.

Y rompieron a reír.

Daba la impresión de que le interesaban todas y cada una de las cosas que Freda había hecho en su vida. La conversación derivó a las vacaciones y si realmente valía la pena tanto lío para ir en busca del sol una semana o es que había que ser un atleta para esquiar. Increíble, él había viajado a la misma isla griega que ella, ¿no era el mundo un lugar muy pequeñito? Les gustaban las mismas películas y las mismas canciones. Hasta había leído algunos de los libros preferidos de Freda.

Ella también le preguntó por su vida. Al fin y al cabo era como una cita a ciegas: nada sabían el uno del otro y sin embargo ahí estaban, sentados, cenando en uno de los mejores restaurantes de Dublín. Se había criado en Inglaterra, en el seno de una familia irlandesa. Sus padres aún vivían allá, lo mismo que su hermano. No, no los

veía a menudo, lo dijo con tristeza. Hizo como si le restara importancia, pero Freda se dio cuenta de que era algo que le hacía daño.

Había ido a la universidad en Inglaterra, había estudiado marketing y ciencias económicas, pero lo que había aprendido no había sido tan importante como la experiencia que había adquirido con la industria del ocio. Había trabajado en los sectores de alquiler de coches y de yates, servicio de catering para grandes grupos. Y en todo ese tiempo aprendió por qué esos negocios funcionaban bien. Había trabajado en Londres, en Nueva York y ahora lo estaba haciendo en Dublín. Si bien solía venir aquí de niño, durante las vacaciones, seguía siendo una ciudad nueva para él. Actualmente trabajaba para una empresa del sector del ocio, un gran grupo que iba a invertir en el hotel Holly; querían transformarlo en un importante complejo de actividades de tiempo libre.

—Estoy seguro de que te parece muy aburrido, pero en realidad resulta sumamente estimulante, y no solo por el dinero —dijo con entusiasmo—. Me encantaría saber más sobre la historia de esta zona. Y tú podrías ayudarme.

Como aún no había encontrado un lugar donde vivir, se alojaba en una habitación en el mismo hotel Holly, lo que había sido un acierto, pues así podía comprender mejor la clase de negocio que le esperaba. Era algo así como su refugio personal, el típico lugar que todos creen haber sido los primeros y los únicos en descubrir. El personal nunca olvidaba tu nombre y cada uno de ellos parecía empeñado en que disfrutaras cada momento de tu estancia en el hotel. No era de extrañar que les fuera tan bien.

El día del aguacero, salía de una reunión con los promotores, que se había prolongado más de la cuenta, y cruzó corriendo Finn Road justo cuando se puso a llover con fuerza. Por fortuna, de pura casualidad había visto que la biblioteca estaba abierta y decidió guarecerse allí un momento. Fue cuando la vio. ¿Y si en vez de cruzar hubiera seguido su camino? ¿Si la reunión hubiera terminado a la hora prevista y se hubiera marchado antes de que empezara a llover?

—Tal vez tú y yo nunca nos habríamos conocido.

Se rio y fingió que le daba escalofríos de solo pensar en que podía ser cosa del destino.

Freda sintió que la tensión en sus hombros se había aflojado. Le gustaba mucho el hotel Holly tal como era; le parecía un lugar magnífico para una fiesta y la idea de convertirlo en un «complejo de actividades de tiempo libre» le parecía espantosa. Pero no importaban las circunstancias que habían hecho que ella conociera a ese hombre sensacional, quien, por alguna razón incomprensible, se sentía muy atraído por ella. Dio un gran suspiro de placer.

Él le sonrió y su corazón se derritió.

Freda esperaba que no se le ocurriera proponerle acompañarla a su casa. Había dejado el apartamento muy desordenado, y además estaba la cuestión de que era la primera vez que salían, mejor que no pensara que era una fulana, y de todos modos

ordenarlo y limpiarlo le llevaría por lo menos una semana. ¿Y si le proponía ir al Holly?

Pero no, no lo haría, tenía demasiada clase como para insinuarle algo así.
¿O tal vez no quería llegar tan lejos?

Fueron los últimos en abandonar el restaurante. Quentins les pidió un taxi. Mark dijo que la llevaría hasta su casa. Cuando el coche se detuvo, él se bajó y la acompañó hasta la puerta.

—Un lugar precioso, tal como me lo imaginaba —dijo, y a continuación le dio un beso en cada mejilla y subió a su taxi.

Freda subió las escaleras y entró en su apartamentito; parecía como si una banda de ladrones lo hubiera puesto patas arriba, pero no, en realidad estaba tal cual lo había dejado. Se sentó en el borde de la cama, sin saber bien si se sentía aliviada o decepcionada de que él no hubiera subido.

Cuando ella le había hablado de la biblioteca, él había escuchado atentamente cada una de sus palabras, como si no existiera en el mundo nadie más que ella. Pero ¿y si era así con todos? ¿De veras ella le gustaba? Claro que no, eso no podía ser. No era más que una bibliotecaria, y él, en cambio, era tan elegante y había viajado a todas partes.

De repente se sintió sola. ¿Y si tuviera un gato con el que poder hablar?

Eva se lo había desaconsejado; decía que los gatos eran los enemigos naturales de los pájaros, y por otra parte, si te encariñas mucho con ellos, luego no puedes viajar. Sin embargo, si tuviera un gato que le ronroneara, sería como una presencia constante en ese lugar vacío, en el tejado de una casa enorme.

Se durmió y soñó toda la noche que trataba de subir a un *ferry*, pero que el barco siempre zarpaba antes de que ella pudiera subir a bordo.

—Anda, Freda, no me vengas con evasivas —dijo Lane mientras bebían un café en el teatro a la mañana siguiente.

—Pero si te lo estoy diciendo todo, te cuento hasta el último detalle de lo que comimos, incluso el postre de chocolate, que tenía la forma de una Q.

Freda estaba indignada.

—Sí, pero ¿y él? ¿Te gustó? ¿Te resultó fácil conversar con él?

—Desde luego, me pareció muy sociable y encantador. Se dedica a eso que llaman la «industria del ocio»...

Lane resopló burlona.

—Y ha venido a estudiar la posibilidad de invertir en el hotel Holly. Quieren ampliarlo, promover otras actividades.

—Holly no necesita nada de eso. Está muy bien como está. ¿Y tú...?

—No.

—Y él, ¿quiso...?

—Otra vez, no. ¿Responde esto a tu interrogatorio sobre la cuestión sexual? — preguntó Freda.

Lane parecía herida.

—Siempre nos lo contamos todo, por eso te he preguntado.

—Bueno, te lo acabo de decir. Nada, nada, *zilch*.

—De acuerdo, pero me pregunto si lo dirás cuando haya algo que contar — especuló Lane.

—No podemos saberlo, ¿no? —repuso Freda, con más alegría de la que sentía.

—Imagínate que yo te hiciera alguna advertencia en contra de este tío, Mark. — Lane se había puesto seria. No podía afirmarlo con certeza, pero había algo en él que le preocupaba—. Supón que te dijera que no confíes en él. Imagínate que te dijera que no sabes nada de él, que te está camelando. Si te lo dijera, ¿te perdería como amiga?

—No hay motivos para advertirme de nada... Un ramo de rosas que llegaron para la señorita Duffy, un cena... no es para tanto.

—Es pronto para decirlo —dijo Lane en tono sombrío—. Volverá. Estoy segura de ello.

Joe Duggan, un tipo que Freda había conocido en la facultad cinco años atrás, la llamó para invitarla a una fiesta esa noche. Freda no tenía la menor intención de ir a una fiesta de gente desconocida con un tipo de quien apenas se acordaba, pero, cortés como de costumbre, le preguntó a qué se dedicaba últimamente.

—Doy clases de tecnología, ideales para burros —dijo—. Ya sabes, la gente que tiene miedo a los artilugios, pero que no quiere prescindir de ellos. No lo hago tan mal que digamos; les digo que las máquinas son estúpidas y eso los tranquiliza.

—Joe, puede que tenga un trabajo estupendo para ti. ¿Puedes venir a verme a la biblioteca el viernes? —dijo Freda.

Eso podría resolver la cuestión de la próxima reunión de Amigos.

Perfecto.

La señorita Duffy tenía cara de pocos amigos.

—Cuando haya acabado de organizar su vida social, señorita O'Donovan, me pregunto si puedo pedirle que nos ayude con las sanciones bibliotecarias. Y, además, hay mucha gente esperando a ser atendida en el mostrador.

El primero de la cola era Mark Malone. No dijo nada, solo la miró.

—¿No tienes nada que hacer hoy? —le preguntó con ánimo de no entrar en nada personal y que dejara de mirarla de esa forma.

—Trabajo muchísimo —contestó—. Pienso en esa noche a menudo, pero me he hecho un hueco esta mañana para venir a verte.

—Muchas gracias por la cena —dijo Freda—. De hecho, iba a escribirte una notita para decirte lo bien que lo pasé.

—¿Qué habrías escrito?

—Que fue una velada muy cálida y generosa y que te daba las gracias.

Lo dijo como si estuviera segura de que no iba a haber más cenas y que ella se lo agradecía lo mismo, sin más.

—Dijiste que mañana era tu día libre —fue la respuesta.

Por lo general, en su día libre, Freda hacía lo que ella y Lane llamaban las actividades domésticas: llevaba las sábanas y las toallas a la lavandería, hacía la compra en el supermercado, o convencía a Lane de tomarse más tiempo para comer. A veces iba a ver una exposición de arte o simplemente a mirar escaparates. Attendía sus maceteros de la ventana y sembraba bulbos para la primavera, y por la noche se reunía con amigos en una bodega.

Pero al día siguiente no. Sería un día muy diferente.

Mark había preguntado a Freda si le gustaría acompañarlo al condado de Wicklow. Tenía una reunión con la señorita Holly y, después, ellos podrían almorzar juntos allí mismo. Mientras se duchaba, Freda hacía planes para ese día. Podrían dar un paseo por la tarde, luego volverían a casa y ella prepararía la cena. Quizá podrían quedarse en el hotel Holly. En cualquier caso, él le diría que estaba guapísima y la abrazaría.

«No tenemos necesidad de esperar más», le diría él; o quizá: «No habría sido capaz de pasar la noche sin ti». Algo. Cualquier cosa. No importaba.

Se preguntaba cómo sería. Esperaba lucir atractiva para él. Agradarle y complacerlo. No tenía mucha experiencia, y por cierto, ninguna reciente.

La última vez debió de haber sido hacía un par de años, cuando ella, en las vacaciones, había mantenido un romance con un chico encantador llamado Andy, de Escocia, que había prometido seguir en contacto con ella y venir a Irlanda a visitarla. Pero ni llamó ni apareció por Dublín. No había sido nada del otro mundo. Andy ya tenía su vida planeada: trabajar en un banco, vivir cerca de sus padres y sus hermanos, todos ya casados, y jugar mucho al golf.

Freda no entendía por qué recordaba a Andy justo ahora, a menos que fuera porque le preocupaba pensar que a lo mejor Andy no la había vuelto a llamar porque ella no había estado a la altura, es decir, que como amante había sido una calamidad. En cambio, ella sí que se lo había pasado bomba en aquellas mágicas vacaciones de verano, y había creído que Andy también. Pero nunca se sabe.

No estaría mal tener alguna certeza al respecto. Freda sonrió para sus adentros al

ocurrírsele la idea de telefonar a Andy a su banco, años después de aquella aventura, y preguntarle si le había gustado acostarse con ella.

Pero Mark no buscaba una especie de atleta sexual. ¿O sí? Debía de tener a todas las mujeres rendidas a sus pies desde la adolescencia. Le hubiera gustado saber más de él. Y qué cosas quería.

Y entonces, cuando menos se lo esperaba, Freda tuvo una de sus sensaciones. Vio con mucha claridad, como si se tratara de un anuncio en el catálogo de un agente inmobiliario, un apartamento lleno de libros, con un salón y cocina americana, dos grandes dormitorios y un estudio con un escritorio repleto de cosas. Por la ventana se veía el mar. En la puerta había una mujer menuda, rubia, de pelo corto, con una cadena al cuello de la que colgaban unas gafas de leer y una sonrisa vaga y preocupada.

Estaba diciendo: «Has llegado, cariño. ¡Qué alegría tenerte en casa!», a quien fuese que entraba por la puerta. Pero ¿quién era la mujer? ¿Y con quién hablaba? Se quedó sin respiración y sintió un mareo, como si sus piernas fueran de papel. ¿Era Mark?

No podía ser. Era un error, una sensación equivocada. No había visto a ese hombre, no había visto quién entraba por la puerta. No podía ser Mark. No podía ser él.

Se vistió temblando, y las manos aún lo hacían cuando se puso rímel y se pintó los labios. Se recogió el pelo y se puso sus mejores botas. Estaba lista. Sintió un escalofrío. Estaba contenta de no haber hablado con nadie de esta cita.

Sonó estridente el timbre del portero automático. Mark estaba en el portal.

—Bajo enseguida —dijo por el telefonillo.

La contemplaba con admiración mientras ella bajaba por la escalera al vestíbulo.

—Estás guapísima —le dijo.

Freda aún temblaba. Quiso hacer una broma para restarle intensidad al momento. No estaba acostumbrada a decir gracias y a aceptar un cumplido semejante como si fuera lo más natural del mundo. Dijo lo primero que se le pasó por la cabeza:

—Y tú muy atractivo, espectacular, desde luego.

Echó hacia atrás la cabeza y rio.

—¡Anda, no exageres, eres muy generosa! Pero basta de echarnos flores y vayamos al coche, que hace frío.

Abrió la puerta de un Mercedes verde oscuro para que ella subiera.

El viaje hasta Wicklow pasó volando. Freda apenas podía acordarse de cómo habían hecho para llegar hasta allí o de qué habían hablado. Lo único que podía ver era la cara de Mark, concentrado en la carretera, que de vez en cuando le sonreía.

Cuando Mark se marchó a su reunión con la señorita Holly y los directivos, Freda se sentó en el salón, junto a la chimenea, en un gran sillón tapizado en cretona, con una revista, que apoyó en su regazo sin leerla, y una taza de café que dejó sin tocar

sobre la mesita que tenía a su lado. En cambio, contemplaba las llamas y pensaba en todo lo que había sucedido hasta ese momento. Y mientras tanto, surgieron imágenes de la nada que empezaron a formarse en su mente. Intentó que desaparecieran cerrando y abriendo los ojos, pero las imágenes seguían allí. Mark se hallaba en una habitación con gente que gritaba. La señorita Holly estaba sentada en un rincón, llorando. Mark, con calma y desprecio, le estaba diciendo algo muy desagradable y aterrador. Fuera lo que fuese, estaba mal, estaba todo mal.

Temblando, apartó la visión. Era una tontería; no significaba nada. Se había quedado dormida un instante y había tenido un sueño estúpido. Suspiró y de nuevo intentó desembarazarse de aquellas imágenes. Pero se sintió todavía más mareada y confundida.

Él regresó pronto.

—¿Cómo ha ido? —dijo Freda.

—Ni preguntes. Te lo contaré cuando estemos bien lejos. Vamos. Tú y yo vamos por libre, nadie nos está esperando; no tenemos que estar en ninguna parte si no queremos.

—Debo regresar. Abro la biblioteca mañana y tengo que estar allí antes de las ocho.

Le sonrió.

—De acuerdo. Vayamos a comer algo, y no hablemos de trabajo ninguno de los dos, ¿trato hecho?

—Trato hecho.

En el coche estuvieron en silencio; Freda estudiaba su cara, pero Mark parecía despreocupado y feliz. Freda empezó a creer que se había tratado de un mal sueño. Cuando la ayudó a bajar del coche, la besó, y durante toda la cena no pudo pensar en otra cosa.

Esa noche hicieron el amor por primera vez.

A la noche siguiente fueron al cine. A la salida, apenas si se acordaba de la película que acababan de ver, solo de la sensación de estar sentada con su hombro pegado al de él. Después fueron al apartamento de Freda.

El viernes la invitó a un concierto, pero ella tenía prevista la reunión con Joe Duggan, el experto en informática, y le dijo que no sabía si podría ir. La cara de Mark se nubló, parecía decepcionado, entonces ella se dio cuenta de que debía hacer algo.

Llamó a Lane.

—Haré cualquier cosa por ti el resto de mi vida. Cualquiera: fregar suelos en tu teatro...

—¿A quién tengo que matar? —preguntó Lane.

—No, es este tío, Joe Duggan, que vendrá a dar una charla la semana que viene. No puedo encontrarme con él esta noche en la biblioteca. ¿Podrías venir tú, decirle

algo, lo que se te ocurra?

—Freda. No.

—Te lo pido de rodillas.

—No puedo, dirijo un teatro. Tú eres la bibliotecaria.

—No es nada del otro mundo, lo de costumbre; tú sabes lo que ellos necesitan.

Silencio.

—¿Lane?

—No pareces tú, y no es nada del otro mundo. Es algo que tú has organizado y un montón de gente depende de ti.

—¡No volverá a pasar nunca más, te lo pido por esta vez! Le diré a Joe que lo llamaré el lunes por la mañana.

—¿Y si no lo hago?

—No sé lo que haré.

A Freda se le había quebrado la voz.

—Creo que es lo más manido que he escuchado en mi vida —dijo Lane.

—Pero me ayudarás.

—Sí.

—Gracias, Lane, de todo corazón...

—Adiós, Freda.

Freda llamó a Mark.

—¿Y? —preguntó.

—Estoy libre esta noche —contestó Freda.

—Deseaba tanto que lo estuvieras... —dijo Mark.

El concierto fue celestial y, después, mientras cenaban, él le dijo que no había nadie como ella. Habló de lo mucho que admiraba su trabajo e incluso le dio ideas para una noche de Amigos; quería pasar cada hora con ella, recuperar el tiempo perdido. No podía evitarlo; él era tan dulce, tan atento... y ella se derretía con sus caricias.

Era demasiado repentino, demasiado rápido, se dijo a sí misma. Pero al final todo el mundo se encontraba alguna vez en alguna parte. ¿Habría sido distinto si se hubieran conocido en un baile, en una discoteca o en un bar lleno de gente? No obstante, eso de dejarse llevar por la corriente la ponía nerviosa. Pero, cuando él la llamaba o estaban juntos, ella se olvidaba de todos sus resquemores.

Los Amigos de la Biblioteca dan la bienvenida a todos aquellos que nada saben sobre ordenadores, pero que quieren aprender. Joe Duggan estará aquí el viernes por la noche para ayudar a las personas de todas las edades que deseen entrar en el mundo de las nuevas tecnologías.

Cuando Mark sugirió una escapada de fin de semana juntos, ella dudó en aceptar. Si estuviera casado no podría marcharse con ella, imposible. Pero el sueño se repitió. El rostro de la mujer rubia de pelo corto no desaparecía. Sabía que era Mark el hombre al que esa mujer recibía, y en el sueño pudo ver el anillo de boda.

Si estuviera casado, ¿qué le iba a decir a su esposa cuando regresara de su viaje a las montañas de Dublín con ella? Freda estaba muy confundida. Pero no iba a renunciar a esa oportunidad de ser feliz.

Cuando llamó a Lane para que la sustituyera otra vez con John, esta no tuvo mucho que decir. Escuchó a su amiga y aceptó.

—Lo hago por Joe, no por ti —acotó con frialdad.

Freda se sintió mal por su amiga, pero luego pensó en el fin de semana con Mark. Él la necesitaba de diferentes maneras, era evidente. La quería como compañía, como amistad y como apoyo, y también por el sexo. La amaba; así se lo dijo. El suyo tenía que ser un matrimonio de conveniencia, estaba segura.

Eva esperaba que ese romance se formalizara pronto, así Freda podría concentrarse en otras cosas aparte de Mark Malone. Parecía realmente subyugada por ese tipo y su tía podía entender por qué. Era encantador y entusiasta. En muchos aspectos, le convenía. Pero Eva pensaba que también parecían muy distintos. Mark era más duro, y conseguiría lo que se propusiera, sin hacer la menor concesión. Freda, en cambio, era feliz con la vida que llevaba hasta ese momento.

De entrada, no le había caído bien a Lane, pero eso se arreglaría con el tiempo. Lane detestaba a Mark. Se quejaba de que Freda había perdido interés por todo: su trabajo, sus amigos, su vida. «Es como si le hubiera caído encima una especie de bruma o niebla», había dicho. «Controla cada uno de sus movimientos».

Lo habían visto varias veces, pero Lane seguía sin confiar en él.

Tonta, estúpida consejera sentimental, se dijo Eva. Es inútil tratar de resolver estas cuestiones con la lógica o la razón. No obstante, resultaba preocupante, sin duda. Posiblemente se avecinaba una tormenta. A Lane no le gustaba y no confiaba en él. Era el primer hombre que había amenazado una amistad tan sólida. Por lo general se alentaban una a la otra con respecto a sus novios y se daban mutuamente consejos y apoyo.

Freda decía que Lane tenía un ejército de empollones que estaban locos por ella. Lane se reía y decía que eran todos actores en el paro; estaban locos por trabajar dos semanas en su teatro. Lane decía que sabía que había por lo menos tres personas que entraban en la biblioteca nada más que para hablar con Freda, no para abrir un libro. Siempre querían invitar a Freda a salir, pero ella no parecía entenderlo y seguía buscando títulos para ellos...

Esta reacción tan violenta de las dos frente a Mark Malone, una a favor y la otra en contra, no era propia de ninguna de las dos muchachas.

Debido al éxito de la conferencia de Joe Duggan «No temáis la tecnología», de la semana pasada, los Amigos de la Biblioteca Finn Road han decidido que habrá dos sesiones semanales sobre este tema.

Freda llamó a Eva para pedirle prestada una casaca negra con incrustaciones de cristal. La habían invitado a una fiesta en el hotel Holly, que tendría lugar dentro de unos quince días. Mark había invitado a periodistas y agentes de viaje a lo que él llamaba «unas copas con amigos». De hecho, formaba parte de su plan poner a la prensa al corriente de los proyectos que tenía para el hotel.

Eva había creído que Freda se quedaría a comer.

—Lo siento, Eva —dijo Freda sintiéndose culpable—. Realmente no tengo tiempo... Tengo muchas cosas que hacer.

Eva la miró de frente.

—¿Qué, exactamente?

—Bueno, ya sabes, todo el trabajo de la biblioteca; estas reuniones de Amigos cada vez van mejor gracias a Joe y están encantados con él.

—No ha sido gracias a ti, que yo sepa.

—¿Qué quieres decir? —inquirió Freda muy sorprendida.

—Bueno, no estabas allí para mostrarle la biblioteca. Lane y yo lo hicimos por ti. Y te fuiste de fin de semana con Mark precisamente la noche de su charla.

—Sí —dijo Freda mirando al suelo.

—De manera que solo ha podido contar con una observadora de aves vieja y una directora de teatro experimental para ayudarlo a montar todo. Sabe Dios lo que habría sido capaz de hacer si hubiera tenido una verdadera bibliotecaria a su lado.

—Estuvisteis fantásticas, Lane y tú, y os lo agradezco, habéis estado brillantes.

—No estuviste allí —dijo Eva con dureza.

—Mira, ya sabes... cómo son estas cosas.

—No, no lo sé. ¿Por qué no vienes conmigo a buscar pájaros carpinteros? ¿Y de paso te traes a Mark?

—Muchas gracias, Eva, pero cuando te digo que estoy muy ocupada, es que lo estoy. Tengo algunas cosillas que arreglar, si entiendes lo que quiero decir.

—Entiendo.

Freda sabía que su tía Eva tenía razón. En cuanto a Lane, era como si un telón hubiera caído sobre su amistad. Ponía su cara educada y cortés, lo cual era más perturbador para Freda que su cara enfadada. Abría entre ellas un abismo de hielo.

Lane no había perdonado a Freda por haber desaparecido la noche que Joe dio su conferencia.

Freda pensaba que la actitud de Lane era mezquina e injusta. Lo de Joe había sido

un éxito; en adelante daría un buen número de charlas. Desde que trabajaba en la biblioteca, y de eso hacía muchos años, nunca antes se había tomado días libres. Además, las reuniones ni siquiera tenían lugar dentro del horario de trabajo de la biblioteca; y las había organizado ella, sí, ¡pero como voluntaria!

Joe lo había entendido. Le dijo que había sido muy amable al haber previsto que una persona tan agradable estuviera allí para recibirlo. No se sentía como si ella lo hubiera abandonado ni nada de eso.

Tanto lío por tan poca cosa.

Mark debía marcharse a Londres unos días, de manera que podría invitar a Lane y a Eva a cenar al Ennio's. Confiaba en que ellas entenderían cómo se sentía. Todo se solucionaría.

Estaban muy contentas esa noche, cuando Freda, Lane y Eva se sentaron en el restaurante Ennio's a comer pasta y a charlar para ponerse al día.

Eva estaba organizando su próximo viaje de turismo ornitológico. Hacía un par de semanas se había inaugurado un hotel nuevo en los acantilados que dominaban Stoneybridge. Perfecto para los observadores de aves. Eva ya estaba proyectando su visita.

Se interrumpió y con gesto teatral propuso un brindis.

—Vosotras dos no os volveréis a pelear —anunció—, no lo permitiré. Especialmente por algo tan absurdo como un hombre.

Tanto Freda como Lane se echaron a reír.

—Qué lianta eres, Eva; si no hemos reñido —dijo Freda.

—Yo nunca me pelearía con Freda —afirmó Lane.

—Estupendo. Está aclarado, pues.

Lane y Freda se miraron impotentes.

—¡Mi tía, qué teatrera es! —dijo Freda.

—¿Qué le ha hecho creer que íbamos a reñir? —preguntó Lane.

—Que yo diga que amo a Mark Malone, que tú digas que es una mierda... eso debió de darle tela para pensar.

—Nunca más volveré a decir algo así sobre él. Yo pensaba que tú querías estar presente, por Joe y su charla. Pero el caso es que todo salió de maravilla; me ha invitado a salir, así que te perdono —dijo Lane.

Freda se arrimó a ella y le acarició la muñeca con suavidad. Y de repente, en medio de la comida, avisaron a Freda de que tenía una llamada de teléfono. El camarero la guio hasta el pequeño mostrador donde estaba el libro de reservas y le alcanzó el auricular.

—Dígame.

Freda no tenía idea de quién podía saber que se encontraba allí.

—*Ciao, bella* —dijo la voz por teléfono.

—¡Mark!

—Solo quería que supieras que te echo de menos, y es muy ridículo que yo esté en una cena aburrida y tú en otra cuando podríamos estar juntos.

—La mía no es una cena aburrida, te lo he dicho, son amigas —dijo Freda—. Pero, de todas formas, tú regresas mañana, ¿verdad?

—No, es una lástima. Debo quedarme aquí. Más reuniones. No tardaré mucho. Conseguiré escabullirme lo antes posible.

La sonrisa se borró de su cara.

—Oh, no, ¡pero si ya me he reservado para pasar unos días contigo!

—Bueno, intentaré no estar muy ocupado en el futuro. ¿De acuerdo? ¿Quieres que cancele mis reuniones de negocios? —Por la voz parecía enfadado.

—Lo siento. No he querido decir eso.

Freda estaba perpleja.

Hubo un silencio.

—Bien —dijo él por fin—. Disculpa, estoy muy presionado aquí. Hablaremos mañana. Lo tendré un poco más claro.

—Mañana, pues —aceptó desconcertada. Y, como si de repente se le hubiera ocurrido algo, preguntó—: Mark, ¿por qué no me has llamado al móvil?

—No me he traído el mío, por eso no tengo el número —dijo en un tono más suave—. Recuerdo que dijiste Ennio's y lo busqué en el listín.

—Hasta mañana, entonces —dijo Freda.

Cuando volvió a la mesa, Lane preguntó:

—¿Era él?

—Pues sí, era él.

—¿Por qué no ha llamado a tu móvil? ¿Quería controlar si era verdad que estabas donde le habías dicho?

Eva la miró con severidad.

Lane no lo había dicho en mal tono, pero Freda sintió que se ponía muy tensa. Después de todo, ella le había hecho a Mark la misma pregunta. Pero no lo admitiría delante de Lane.

—Sí, seguro, eso es, una víctima de los celos —dijo con una risita muy poco sincera.

—¿Te preocupa algo? —inquirió Eva.

—Nada —contestó Freda—. Tiene que quedarse en Londres.

Por primera vez, desde que trabajaba allí, a Freda no le apetecía entrar en la biblioteca. Había demasiadas llamadas. Lane seguía sin comprender a Mark; incluso Eva había perdido la paciencia. Lo cierto era que ellas no entendían nada. La señorita Duffy se había puesto muy exigente con la cuestión de la catalogación. «Un libro mal catalogado es un libro perdido», era su mantra preferido.

Y esa mujer mandona que se había quejado diciendo que ciertos libros eran pura pornografía tan mal catalogada que ella los había recomendado por equivocación a su club de lectores de Chestnut Court. Y la otra que se había enfurecido porque no estaban las novelas de Zane Gray. Necesitaba dar con Joe Duggan y disculparse otra vez por no haber podido estar en la biblioteca cuando dio sus charlas.

Podría atender a todo si no se sintiera tan intranquila después de la conversación que había tenido con Mark la noche anterior. Había vuelto a soñar con la rubia y ahora tenía la certeza de que estaba casado. Pero no le importaba. Él la amaba. Se lo había dicho muchas veces.

Enderezó los hombros y empezó a subir lentamente las escaleras que acostumbraba a subir de dos en dos para llegar cuanto antes a su trabajo.

Pocos días después, Eva invitó a Lane a comer con ella.

—Me han informado de la presencia de una bandada de negrones comunes al otro lado de Howe. Puede que haya algunos ejemplares raros.

—¿Negrones comunes? —preguntó, incrédula, Lane.

—Bueno, en realidad se trata del negrón especulado.

—¿Especulado? Suena bonito.

—Son patos acuáticos; el macho es completamente negro con el pico amarillo y la hembra tiene una mancha blanca y el pico gris. Nos visitan en invierno. Ven conmigo en coche y comeremos un bocadillo en un *pub* de la carretera —propuso Eva.

—¿Y qué ropa me pongo?

—Nada con demasiado colorido para no asustarlos. No sé qué tiempo hará, pero, ya sabes, anoraks impermeables, bufandas, jerséis, y tal vez una mochila o algo con muchos bolsillos.

Era lo mejor que le habían propuesto. Freda se escabullía constantemente, siempre pretextando planes con Mark que luego cancelaba en el último momento; cuando no estaban juntos, se quedaba sentada en su apartamento mirando el teléfono por si llamaba. Lane contestó que le encantaría dar ese paseo en coche.

Una vez que salieron de las carreteras principales y se desviaron en dirección al mar, Eva le explicó cuáles eran las aves migratorias recién llegadas: bandadas de ánsares caretos, y también patos, cisnes y zancudas provenientes del Ártico. Habría montones para ver.

Eva se concentró en el tráfico congestionado.

—¿Te parece que busquemos un sitio con aparcamiento? —sugirió. Y por eso se detuvieron cerca de una oscura taberna junto al mar.

Fue donde vieron a Mark Malone, quien se suponía que se encontraba en Inglaterra en una conferencia.

Estaba sentado a una mesa junto a la ventana, frente a una mujer rubia, que vestía

tejanos y un jersey de cuello alto. Entre ambos había una niña. Parecía muy joven y feliz. Tenían todo el aspecto de la familia perfecta, como si no hubiera nadie en ese lugar más que ellos tres.

Mark y la mujer se ofrecían uno a otro tenedores llenos de pasta y se reían mucho después de cada bocado. La niña los miraba y se moría de risa. Se veía que había entre ellos una relación bastante afectuosa, incluso íntima; era evidente que estaban hechos el uno para el otro.

Eva y Lane los miraron atónitas.

Se sentían incapaces de salir del restaurante después de haberlos visto. Cuando Mark levantó la vista y las vio, su expresión se congeló y se transformó en furia.

Eva y Lane se miraron y, justo al mismo tiempo, dijeron:

—¡Qué cabrón!

Y se marcharon. Subieron al coche de Eva y emprendieron el camino de regreso a la ciudad.

En el trayecto, Lane preguntó:

—¿Los pájaros también lo hacen, ya sabes, engañar y mentir a todo el mundo?

—Es complicado.

—Ya lo creo.

—¿Se lo decimos? —se preguntó Eva en voz alta.

—Claro que sí. La pregunta es: ¿a quién de los dos? ¿A Freda o a Mark?

—Si no hubiéramos entrado allí... —empezó Eva.

—Tonterías; entramos. Y lo vimos. No le puede tomar el pelo de esta manera.

—Pero se sentirá humillada si nosotras decimos... —Eva era muy protectora.

—Creo que se sentirá peor si no se lo decimos —replicó Lane, irritada.

—En realidad, no sabemos...

—Por supuesto que sabemos. Esa no era una compañera del trabajo o su hermana. La niña era suya. Déjame decirte que si vieras a mi amante con su esposa y su hija y no me lo contaras, pensaría que eres una mala amiga.

—Eso dices ahora, pero, si fuera tu caso, tal vez no dirías lo mismo.

—Bueno, me alegro de que lo hayamos aclarado; puedes estar segura de que yo sí querría que me lo dijeran. Y esto me da derecho a tomar una decisión.

—Pero no podemos decírselo, Lane; vamos, piensa un poco.

—Para él es muy importante, tanto como para mentirle, decirle que se encuentra en Londres, y esconderse en una taberna donde no hay peligro de que se cruce con alguien.

—O es lo que creyó —dijo Eva—. No se lo digas, Lane; la destruirías.

—Hay que decírselo. Que ella lo perdone si quiere, pero tiene que saberlo.

—Espera un poco, solo un poco, ¿quieres?

Al final ninguna de las dos tuvo que contárselo a Freda. Mark se les adelantó.

Fue la noche de la fiesta en el hotel Holly. Ella no había tenido noticias suyas en todo el día, pero sabía que estaba muy atareado. Esperaba deslumbrarlo esa noche, que él se sintiera orgulloso. La chaqueta negra de Eva le sentaba muy bien; se pondría una falda de seda roja y los zapatos negros y rojos. Sabía que Mark debía ocuparse de sus invitados y que ella tendría que arreglárselas por su cuenta, pero después estarían juntos.

Cuando Freda llegó al hotel, la recepción estaba en pleno apogeo. Se oía el rumor de las conversaciones y circulaban bandejas de exquisitos canapés.

Al entrar en el salón, trató de pasar desapercibida y no saludó a Mark. Lo divisó en medio de un grupo risueño, cerca de la ventana. Freda se dirigió al lado opuesto y desde allí lo observó mientras conversaba. Charlaba animadamente y se las arreglaba para no dejar fuera de la conversación a ninguna de las personas que formaban un círculo a su alrededor. Dedicaba a cada uno su fácil sonrisa. Y luego, sin que nadie se diera cuenta, se desplazó hacia otro grupo.

No debía permanecer ahí como un mueble, mirándolo. Ella era una invitada.

Reconoció algunas caras. El presentador de un programa de entrevistas, una columnista, un conocido periodista de televisión. Desde luego que era la clase de personas que él necesitaba. Después estaría de buen humor.

Despreocupada, charlaba con la gente y apenas bebía un poco de su copa, lo suficiente para que no volvieran a llenársela. Conoció a un hombre que se encargaba del servicio informático de una gran empresa. Coincidió con Freda en que la obligada actualización periódica de la tecnología no era otra cosa más que un tremendo derroche, con novedades todas las semanas y sistemas que en uno o dos años quedaban obsoletos. Freda le preguntó qué hacían con los equipos viejos y le habló de la biblioteca de Finn Road, en un intento por llevárselo a su terreno. Se mostró muy interesado en su explicación acerca de las clases de informática. Entonces vio que Mark la miraba de un modo extraño y rápidamente cambió de tema y se puso a hablar de lo magnífico que le parecía el hotel. Era una verdadera joya y la gente lo consideraba como su pequeño secreto.

—Por eso mismo sería una locura transformarlo —dijo el hombre.

—Pero, para que sobreviva, para garantizar la afluencia constante de turistas...

Estaba repitiendo las palabras de Mark.

—Hay decenas de hoteles preparados para acoger convenciones o congresos, con una amplia oferta para toda clase de turistas. Holly es diferente, y debe seguir siéndolo —afirmó.

—¿Y si se ve obligado a cerrar, aplastado por los otros porque ha tenido miedo de expandirse?

—Usted se ha tragado el rollo —dijo—. Está bien adoctrinada, no necesita quedarse a escuchar los discursos.

—No sé a qué se refiere, no entiendo.

—Ah, el cuento de siempre, disfrazado de amable recibimiento: «Nos complace

recibirlos a todos ustedes en este lugar pasado de moda, ya que tenemos pensado transformarlo y, de paso, echarlo abajo».

—¿Es lo que harán? —Freda apenas podía respirar.

—Aún no se sabe —dijo—. Algunos de los miembros de la junta queremos que todo siga como está, los demás se ilusionan con un futuro de fábula cuando se abran franquicias de la marca Holly en el extranjero. Lo van a derribar, naturalmente, y todo este pequeño circo es para que sus amigos de la prensa y los medios los ayuden a obtener el permiso de obra. En fin, la estoy aburriendo. ¿Cómo se llama su biblioteca, en caso de que le hagamos llegar unos cuantos ordenadores viejos?

Intercambiaron datos. Justo en ese momento, por detrás de ellos apareció Mark.

—¿Recorriendo el salón en busca de ayuda para su biblioteca, señorita O'Donovan? —dijo.

—Fue sugerencia mía, Mark. Esta joven está haciendo algo muy valioso en su vida, y eso es muy raro en nuestros días.

Mark la apartó de allí con firmeza.

—¿Quién era? —susurró Freda.

—Eso no importa. ¿Qué coño te pasa? —la increpó Mark—. ¿Qué pretendes, sabotear mi fiesta? ¿Quién te ha dicho que lo hicieras? No, no me lo digas, tú y esas brujas...

—¿Mark?

Freda estaba perpleja. Su mirada la asustó. ¿Qué había pasado?

—¿Qué pensabas hacer? —Mantén los ojos fijos en ella, escudriñándola—. ¿Quedarte ahí parada y hacerme reproches? ¿Arruinar mis oportunidades?

Su tono de voz era cortante, parecía furioso, pero la sonrisa forzada no desaparecía de su rostro mientras la iba guiando hacia la puerta.

—No sé de qué estás hablando —dijo ella enérgicamente mientras trataba de soltarse de su mano que la agarraba con fuerza del codo—. No sé lo que ha ocurrido, pero ¿por qué no te llamo mañana y quedamos por la noche, para pasar juntos esa velada tranquila y agradable que nos habíamos prometido? ¿Sí? —Oyó el sonido de su propia voz, falsa y cargada de presagios, dentro de su cabeza—. O podrías darte una vuelta por casa después y explicarme de qué se trata.

Esperaba que su voz no hubiera sonado como un ruego.

—No lo creo —dijo Mark con sorna—. Es demasiado tarde para eso. ¡Mandar a tus amigas a que me espíen! ¿Por qué no pudiste dejar las cosas como estaban? ¡Tonta! Eres una estúpida... —Apenas le salían las palabras—. ¿Cómo has podido ser tan idiota? Lo has arruinado todo. Cuando pienso cuánto te he amado y los riesgos que he corrido por ti...

Ahora estaba asustada de veras.

—Dime, ¿qué ha pasado? ¿Qué he hecho? Lo que haya sido, ha debido de ser un horrible malentendido. Y si he hecho algo malo, lo siento...

Ya habían llegado a la puerta principal del hotel. Freda estaba consternada, pero

la expresión en el rostro de Mark era fría, como si quisiera empujarla afuera.

—No vuelvas a ponerte en contacto conmigo. Ni llamadas, ni mensajes, ni *e-mails*. Sal de mi vida. Y no se te ocurra, ni a ti ni a tus amigas, volver a acercarte a mi mujer o a mi hija...

Freda se quedó mirándolo, muda y desesperada, mientras él daba media vuelta y se alejaba de ella, de regreso al hotel. La puerta se cerró.

Pasó junto a la fila de taxis sin verlos. Tenía los ojos nublados por las lágrimas. Cuando hubo perdido de vista el hotel, se detuvo, se apoyó contra una verja y se puso a llorar. Ahí, de pie, con la casaca negra con incrustaciones de Eva, se deshizo en llanto.

Los transeúntes la miraban preocupados. Algunos incluso se detuvieron a preguntarle si podían ayudarla, pero Freda lloraba más todavía. Luego sintió un brazo sobre su hombro y se dio cuenta de que era el informático con quien había estado hablado poco antes.

—¿Tiene adónde ir? —le preguntó con amabilidad.

Estaba bien; había sido una tontería, un asunto personal, lo superaría, le aseguró entre sollozos.

¿Quería que llamara a alguien?

Y aunque siempre se había considerado una persona rodeada de amigos, esa noche no tenía a nadie a quien llamar.

Detuvo a un taxi y la ayudó a subir; más tarde se dio cuenta de que había sido él quien había pagado la carrera. Sentada en el asiento trasero del coche mantuvo la vista clavada hacia delante durante los veinte minutos que duró el trayecto. En su pequeño apartamento todo parecía perfecto: velas dispuestas sobre las mesas y en la chimenea, que apenas tardaría unos minutos en encender; la comida y el vino en la nevera, un gran cuenco de azucenas olorosas en la repisa de la ventana.

Un ambiente cálido y acogedor; se burlaba de ella, de sus esperanzas, de su confianza.

De repente, las paredes parecieron echársele encima; fue como si no pudiera respirar.

A veces, cuando se despertaba en medio de la noche, se preguntaba si no lo había imaginado. Quizá todo lo de esa noche en el hotel Holly no era más que un sueño, una fantasía. Creyó que lo conocía muy bien. Era dulce, gracioso, tierno. No podría haber estado todo ese tiempo con ella si no la amara como juró que lo hacía.

Acabó enterándose de la historia por Eva y por Lane. La excursión, el almuerzo, Mark, la rubia, la niña. La niña. Tenía una hija. Repasó en su mente todas las visiones que había tratado de reprimir; en ningún momento había visto la imagen de una hija. Pero a su esposa la había visto, ¿no? Desde luego que la rubia de su visión era su esposa. La había visto y no había hecho nada.

Durante los días siguientes, Freda perdió peso, estaba demacrada y con arrugas en la cara.

Eva estaba muy preocupada. Su compasión y perplejidad de los primeros días se convirtieron en auténtica inquietud.

—Me siento tan incapaz de ayudarte... —dijo con tristeza.

—No tengo idea de lo que debo hacer —sollozaba Freda—. Lo amaba tanto. Y creía que él me amaba. ¿Cómo quieres que sepa qué hacer?

—Te sientes culpable —dijo Eva—. Probablemente no tienes por qué, pero así te sientes. Estas tratando de compensar, de enderezar las cosas, pero no puedes. Tienes que mirar al futuro.

Eva tomó una decisión. Freda necesitaba salir de allí, cambiar de aires. Le hacía falta estar en alguna parte que no le recordara a Mark cada día, donde pudiera volver a pensar con claridad. Hizo dos llamadas: una a la señora Starr, a Stone House, en el oeste de Irlanda, para cambiar su reserva, y la otra a la señorita Duffy. Freda no se encontraba muy bien. Iba a necesitar unos días para recuperarse...

A medida que se aproximaba a la casa, Freda se preguntaba si no había cometido un gran error. Este lugar no le haría ningún bien. No conocía a nadie. Lo único que conseguiría sería pensar en la época en que había sido tan feliz y al poco tan desdichada. ¿Por qué estaba ahí? No había fantasmas que conjurar. Solo los recuerdos, muy reales, de su gran amor.

La señora Starr era una mujer muy cordial. Condujo a Freda a una habitación muy bonita en un ala de la casa y dijo que Eva le había encomendado que no olvidara mencionarle todas las ocasiones que se presentaran para salir a observar las aves. Freda miró por la ventana sin entusiasmo y vio cómo el viento sacudía las ramas de un árbol que había ahí fuera. Una encina, pensó con tristeza, y sin saber por qué, aquel árbol le trajo a la memoria el recuerdo de su humillación.

Le pareció que el viento, por extraño que pareciera, sacudía una sola de las ramas. Freda se quedó petrificada cuando vio aparecer una cara blanca que la miró socarrona un instante antes de desaparecer nuevamente en el follaje. Contuvo la respiración al ver esas manchas intermitentes de negro y blanco entre las hojas; era un gatito que trepaba a la copa del árbol.

—No te preocupes —dijo Chicky Starr siguiendo su mirada ansiosa—. Es Gloria. Estará bien. No le teme a nada. Lo que sea que esté cazando ya se habrá escapado, y ella bajará enseguida. Si lo deseas, te la presento. Baja conmigo a la cocina y te daré tres de las golosinas que a ella le gustan. Y han de ser tres, ojo, ni una más.

Bajaron a la cocina, Chicky abrió la puerta y silbó. En segundos apareció Gloria, ilusionada. Se restregó en las piernas de Chicky y de pronto se sentó y empezó a limpiarse las patas.

—Solo tres —le recordó Chicky a Freda alcanzándole la caja de golosinas—. No

la creas cuando ella te diga que tiene derecho a comer más.

Freda se sentó junto a la chimenea y de inmediato Gloria saltó a su regazo ronroneado con fuerza, como relamiéndose de antemano. Freda empezó a darle en la boca, de uno en uno, los pedacitos de comida seca, que Gloria aceptaba con delicadeza. Después se acurrucó formando un ovillo muy compacto y se quedó dormida.

Si pudiera... pensaba Freda con melancolía mientras acariciaba la cabeza de Gloria; si pudiera quedarse ahí, junto a la lumbre, toda la semana con esa mota de pelo en su regazo. Si no tuviera que levantarse, saludar, charlar con los demás. Le daba pavor encontrarse con los otros clientes del hotel.

Su pesadumbre se agudizó cuando todos los huéspedes se reunieron en la cocina de Chicky Starr para tomar el aperitivo antes de la cena. Eran personas muy agradables. Freda miró a cada uno de los huéspedes e intuyó que todos tenían un secreto bien guardado. Si esquivaba su compañía tal vez la dejarían en paz.

Por supuesto, al final no fue así. Chicky Starr les dio una calurosa bienvenida y todos se arrimaron a la gran chimenea de leña. Reinaba una atmósfera cordial y distendida. De pronto Freda descubrió que no le resultaba difícil hablar con esas personas totalmente desconocidas y por un rato recobró su antigua vivacidad.

Conversó con un muchacho sueco muy simpático, interesado, según le dijo, en la música irlandesa. Antes de que pudiera darse cuenta de lo que había hecho, ya había quedado con él para ir juntos al pueblo a la mañana siguiente a buscar un *pub* donde tocaran música. Además, discutió enérgicamente con una maestra retirada sobre el nivel de conocimientos básicos de los jóvenes de hoy. Para su sorpresa, Freda sintió que recobraba el ánimo mientras le refería a la señorita Howe la reunión de Amigos de la Biblioteca Finn Road y el taller de lectura que habían propuesto las jóvenes estudiantes.

Esa noche, en la cama, pensó en los acontecimientos del día. Llevada por un impulso, se levantó y abrió la puerta con sigilo. Gracias a la luz de una pequeña lámpara sobre la mesa del vestíbulo comprobó que no había nadie. Silbó con suavidad. Al principio no hubo respuesta, pero un rato después oyó un suave ruido sordo y luego las pisadas decididas de unos pies diminutos.

Freda durmió esa noche con Gloria acurrucada a su lado. A la mañana siguiente salió con Anders y se dejó llevar por el entusiasmo del muchacho. Se oyó a sí misma reírse a carcajadas con sus historias durante la comida. Y luego se emocionaron hasta llorar con los lastimeros sonidos de la música que escucharon por la tarde.

Freda empezaba a sentirse mejor. Esa noche la cena le resultó aún más fácil que la noche anterior. No dijo nada cuando soñó con borrascas y apartó de su mente la idea de querer prevenir a alguien. Se sintió aliviada cuando Winnie y Lillian volvieron sanas y salvas al hotel.

Fue al cuarto día cuando Chicky encontró a Freda y a Gloria en el Salón Miss Sheedy, ambas acurrucadas junto a la chimenea. Gloria estaba soñando; sus pequeñas garras rosadas se crispaban y hacía ruiditos con el hocico. Freda, ensimismada en sus pensamientos, la acariciaba.

Chicky llevaba una bandeja con una tetera y dos tazas. Cuando la apoyó sobre la mesita, Freda la miró sorprendida. Gloria, ofendida, bajó al suelo de un salto, se tumbó de espaldas con las patitas en el aire y observó lo que sucedía en la habitación.

—He pensado que te apetecería una taza de té —empezó a decir Chicky—. Gloria sabe que no debe estar aquí, pero es evidente que vosotras dos estáis muy unidas.

Era cierto; Freda y Gloria se habían vuelto inseparables. La gatita blanca y negra seguía a Freda por toda la casa y la acompañaba cuando salía a pasear por el jardín. La dos habían ido a ver, fascinadas, a los mellizos de Carmel, y habían sido formalmente presentadas a Patata y Princesa, los dos patos nuevos. Gloria los había observado desde cierta distancia; luego había trepado a un poste de un salto y se había puesto a lamerse la cara con aire pensativo.

Chicky le habló a Freda de la señorita Queenie, le contó cómo había rescatado a Gloria y la había traído a su casa en el bolsillo de su abrigo. En aquel momento Rigger había pensado que la anciana estaba loca, pero luego, como todos, le cobró gran afecto a las dos. Esa habitación, dijo, llevaba el nombre de la señorita Queenie.

—No sé si es verdad o no —dijo—, y nunca se lo pregunté, pero por lo visto una mujer de los nómadas les había predicho a las tres hermanas, muchos años atrás, que veía tres matrimonios desdichados en el futuro, de manera que todas rechazaron las propuestas que les hicieron.

Entonces Freda le habló a Chicky de sus experiencias en materia de clarividencia, de las veces que las había comunicado y luego se había arrepentido de haberlo hecho, y que desde entonces hacía todo lo posible por reprimirlas. Aunque tuviera una de esas sensaciones, había aprendido a mantener la boca cerrada. No porque pudiera cambiar las cosas si dijera lo que había visto. Lo único que conseguía era que la gente la rechazara o se enfadara con ella por sus visiones. Lo dijera o no, era lo mismo, no podría hacer nada.

Y le contó a Chicky lo ocurrido con Mark Malone, y que ella había apartado de su mente la posibilidad de que estuviera casado.

Chicky la escuchó con atención. No emitió juicios; parecía entender que Freda hubiera podido amar a Mark y por eso mismo dejar a un lado sus temores.

—¿Por qué tienes problemas para contar que has visto esas cosas? —preguntó.

Freda sintió que quería a aquella mujer por aceptar sin más el hecho de que ella pudiera verlas. En ningún momento trató de persuadirla de que eran producto de su imaginación, sueños, coincidencias.

—Porque no han acarreado más que dolor.

—Supón que tienes una percepción sobre mí ahora mismo. ¿Me la dirías?

—No creo, no.

—¿Me dejarías meter la pata? Incluso si es algo que puede evitarse, ¿tendrías miedo de decírmelo?

—Lo cierto es que ni yo misma quiero admitir que las tengo. Si no se las digo a nadie, entonces no tengo que afrontar las consecuencias. Nunca sé cuándo van a surgir, por eso resultan tan desconcertantes.

Chicky escuchó a Freda y sacudió la cabeza. Tenía algo más que decir, pero había alboroto en la cocina. Rigger acababa de entrar con las verduras para la cena y ella tenía mucho que hacer. Le dio a Freda una palmadita en el brazo y abandonó la habitación seguida por Gloria, que había decidido que los flecos de la alfombra junto a la chimenea hacía tiempo que necesitaban un buen escarmiento.

La noche siguiente, todos los comensales dieron vítores cuando Henry y Nicola anunciaron que se quedarían en Stoneybridge a trabajar como médicos. Freda estaba muy contenta de formar parte de un grupo tan alegre y se acostó sintiéndose tranquila y satisfecha.

Hubo un poco de bulla más temprano, cuando, de buenas a primeras, la señorita Howe había decidido marcharse. Llamaron a Rigger para que la llevara a la estación, y la exdirectora se había marchado sin despedirse de nadie. Había algo triste en la manera en que se encorvó para subir a la furgoneta. Era un poco inquietante.

De todas formas, las vacaciones le parecían magníficas, y cada día hacía algo distinto. El paisaje agreste y cambiante, los viajes al pueblo con Anders a escuchar música, la excelente comida y la animada conversación por la noche, y las, por lo menos, ocho horas de sueño... Freda se sentía más fuerte y mejor cada día.

Y el último día, justo antes de cenar, Chicky le hizo una seña a Freda para que entrara en la cocina.

—Quería hablar contigo, pues he pensado en lo que deberías hacer con... ya sabes, tu problema.

—¿En serio?

—Creo que debes cambiar de táctica —dijo Chicky mientras ponía la mesa—. Dices que tienes miedo de que la gente sepa que tienes esa facultad, y por eso la has mantenido en secreto.

—No quiero admitir, ni siquiera a mí misma, que lo que digo puede hacerse realidad.

—Ese es el problema, Freda. Creo que deberías decir a todas las personas que conoces que eres una vidente, que puedes ver el futuro y sabes lo que va a suceder. Ofrécete a leer la palma de sus manos, las hojas de té, las cartas. Así todo el mundo lo sabrá.

—¿Y qué utilidad tendría?

—Le restaría magia al asunto, secretismo, poder. La gente puede pensar que eres rarilla, pero esto le quita importancia a todo el tema, que es lo que tú quieres, ¿no?

—Sí, en cierto sentido.

—Pues esta es la forma. Le quita valor, de manera que nadie pensará que es algo serio, no importa lo que digas o veas.

—¿Quieres que yo le diga a la gente que soy clarividente?

—Llámalo como quieras. Diles cosas vagas, alentadoras, acerca del futuro, para levantarles el ánimo; de cualquier modo, es lo que buscan cuando leen el horóscopo. Y tú aceptarás esta facultad que tienes, la habrás convertido en algo inofensivo. Así es como lo veo: tú te sientes culpable por tus visiones. Debes tratar de restarles importancia, volverlas insignificantes. Eran solo pensamientos, como los tiene cualquiera; eso es todo.

Ahí, en la cocina de Stone House, sintió que se producía un pequeño cambio. Una enorme sensación de alivio y también una sensación de pérdida. Siempre había creído que Mark la había amado. Pero ¿por qué lo creía si no había absolutamente ninguna prueba, salvo el hecho de que había sido para él un grato pasatiempo? Se sentía liberada y triste a la vez.

—Se lo diré durante la cena —dijo—. Les contaré lo que hago.

—¡Adelante, Freda! —dijo Chicky—. Causarás sensación.

Cuando los huéspedes de Chicky Starr se sentaron a la mesa para compartir la última cena de su semana de invierno, Freda se escuchó a sí misma confesar ante ese grupo de desconocidos que ella era una vidente. Cada uno reaccionó de una manera distinta.

John, el norteamericano, dijo que en Estados Unidos muchos amigos suyos los consultaban a menudo. Los dos médicos se mostraron menos entusiastas. Winnie dijo que con mucho gusto reservaría una sesión con ella, mientras que Lillian afirmó que era una lástima que muchos que se decían videntes, excepto la presente, desde luego, fueran unos charlatanes. Anders contó que en la empresa de su padre tenían un cliente que jamás hacía una inversión sin antes consultar con los astrólogos.

Pasó a ser un tema más de conversación. Mucho más abierto a la discusión que cuando les había dicho que era bibliotecaria. La sensación de pavor empezaba a alejarse.

La velada resultó muy animada. Todos estaban ocupados con la cuestión del concurso para organizar un gran festival irlandés. Y entonces alguien le pidió a Freda si podía leerle el futuro. Se puso muy nerviosa. Eso no era parte del plan. Chicky Starr acudió en su ayuda.

—Es posible que Freda se haya tomado estas vacaciones para descansar de su trabajo. No deberíamos abusar de ella.

Todos parecían decepcionados. Entonces Freda recordó que Chicky había dicho que lo que la gente esperaba de las videntes eran buenas noticias y vagas promesas

sobre el futuro. Sería inofensivo e incluso facilísimo decirles que lo que la vida les deparaba estaba lleno de cosas buenas.

Cogió sus manos y vio solo éxito, grandes desafíos, paz y largas relaciones.

Para Winnie vio una boda en un futuro próximo y mucha felicidad. Lillian conocería a alguien el día de la boda, posiblemente un amor, o por lo menos una amistad. Lillian se sonrojó de placer.

De momento, todo bien.

En las manos de Henry vio un nuevo comienzo y una vida feliz.

En la de Nicola había una criatura. ¿De veras? preguntó Nicola. ¿Un hijo? Freda estaba segura. Y de repente Freda dijo: «Estás embarazada. Una niña. Puedo verla. ¡Es preciosa!». Podía ver a la niña echando sus brazos al cuello de Nicola. Y cuando vio que la tensión desaparecía de la frente de Nicola y que una gran sonrisa asomaba a su rostro, Freda comprendió por primera vez que podía colmar de felicidad la vida de la gente.

A John, o Corry, como indistintamente lo llamaban, le predijo un cambio total, un trabajo y un lugar para vivir completamente distintos. Un estilo de vida mucho menos complicado, un nieto que sería parte de su vida. Se emocionó cuando percibió las lágrimas en sus ojos.

Anders tenía un gran amor; debía volver a casa y pedirle que se casara con él lo antes posible. Solo entonces tendría éxito en su negocio.

Para los Wall vio un crucero. En un sitio cálido; podía ver el sol brillando en el agua.

Por último, se ocupó de Chicky Starr. Cogió la mano de Chicky y se concentró. Nada. Hizo una pausa y luego dijo, con voz entrecortada, que Stone House sería un gran éxito, y que había un hombre, tal vez alguien a quien ella ya conocía.

Freda lo supo entonces. No existía ese accidente de tráfico. Tampoco ninguna boda. Pero no tenía importancia; Chicky estaría bien. Sonrió. Todo saldría bien.

Estaban encantados con ella. La semana finalizaba de maravilla para todos.

Se intercambiaron números de teléfono y direcciones de correo electrónico. Brindaron por Chicky, Rigger y su familia, Orla y Stone House.

Todos firmaron en el libro de visitas y escribieron elogiosos comentarios. Para los que regresaban a sus casas en tren, Chicky y Rigger habían previsto un taxi que los llevaría a la estación. Carmel había preparado un frasco de mermelada de Stone House para cada uno de ellos.

Y esa noche, mientras desde su ventana contemplaba los dibujos que formaban las nubes en el cielo a la luz de la luna y acariciaba suavemente el pelo de Gloria, que ronroneaba, Freda pensó en Lane y en Eva. Las llamaría al llegar. A tiempo para cenar en Ennio's. Tenía muchas cosas que contarles.

La mañana fue caótica con tantas despedidas. Por fin Chicky se despidió de cada uno

de sus huéspedes, pero reservó un abrazo muy especial para Freda, quien estaba mucho más alegre ahora que cuando había llegado.

Era el momento de preparar todo para darles la bienvenida a los nuevos clientes, que estarían allí en pocas horas. Carmel vino para echarles una mano con la limpieza de las habitaciones, cambiar las sábanas y dejar todo a punto. Chicky hizo un estofado, que cocería lentamente y estaría listo para cuando hiciera falta. Habría pan recién horneado y *mousse* de chocolate de postre.

Chicky sabía que echaría de menos a las personas que habían hecho posible el éxito de la primera semana de Stone House, pero no veía la hora de recibir a los recién llegados, lo cual suponía nuevos retos, nuevas exigencias. Respiró hondo el aire de mar. Estaba preparada para recibirlos.

Gloria se enroscó entre sus pies. Chicky la alzó y le rascó las orejas. Y juntas entraron en Stone House.

MAEVE BINCHY. UNA SEMANA EN VERANO

¿Sabéis lo que creo que habría que prohibir? Los anuncios publicitarios de cruceros para mayores. Nos venden la imagen de un hombre muy refinado y elegante vestido de esmoquin, con el cabello ligeramente entrecano, mirando intensamente a los ojos de una mujer que lleva una *pashmina* sobre los hombros delgados y firmes para protegerse de la brisa nocturna mientras se hallan juntos en la cubierta del barco. La imagen sugiere que han estado haciendo el amor apasionadamente toda la tarde y no ven la hora de que termine el cóctel y la cena de gala del capitán para irse a la cama de nuevo.

¿Existe gente así o es solo una fantasía ideada por una agencia de publicidad para vendernos, a los estadounidenses de mediana edad, unas vacaciones? Algo que nos dejará a los demás incómodos y tristes. En cualquier caso, no es importante, pues no nos concierne. Nosotros nunca hemos ido de vacaciones. Ni siquiera cuando las chicas, Mel y Margy, eran pequeñas.

En la época en que se dedicaba a la agricultura, Brian solía decir: «Tráeme una vaca que no necesite que la ordeñen durante tres semanas y entonces nos iremos de vacaciones». Y cuando cayeron en picado los precios de las vacas lecheras, como realmente ocurrió... —en todo caso para Brian—, entonces él estaba metido en el cultivo de maíz en Illinois y de lino en Dakota del Norte, y en aquella época tampoco podíamos irnos de vacaciones porque siempre había algo que plantar, regar, cosechar o salvar. Y cuando cayeron en picado los precios del lino y el maíz... —en todo caso para Brian—, entonces estudió Matemáticas y se convirtió en profesor de matemáticas.

Los demás profesores tenían vacaciones. De hecho, la gente nos decía que se encontraban con profesores que estaban de vacaciones. Pero no en el caso de Brian, porque siempre había exámenes que corregir, cursos que preparar o niños rezagados a los que ayudar. Para colmo, le gustaba encerrarse en el ático para escribir algo de poesía que nunca mostraba a nadie. En fin, que con todo esto, las vacaciones se habían terminado en un santiamén.

¿Y yo? Ah, siempre me he dedicado a lo mismo. Al igual que mi madre antes que yo, hago pasteles y cosas al horno. Trabajaba como repostera en un gran hotel, pero cuando conocí a Brian tuve que pensar en algo más flexible. Algo que resultara fácil de realizar en cualquier lugar. Así que hacía pasteles, estofados y tartas, y los entregaba a domicilio. Tenía que estar lista para levantar el campamento y marcharnos en cualquier momento, de manera que era práctico tener un oficio, negocio o habilidad, como queráis llamarlo, fácil de trasladar con nosotros.

En todas partes la gente quería comer, y eran muchas las mujeres jóvenes que no

sabían cocinar. Os sorprendería la cantidad de tartas de manzana que hice en sus propios platos de cerámica. Llegaban incluso a decir a sus maridos que las habían preparado ellas. Yo debía tener sumo cuidado en cómo y cuándo las entregaba.

Podría haberme ido de vacaciones por mi cuenta, lo reconozco. Nada me impedía ir a Europa o al Gran Cañón. Aunque no se trataba de eso. Yo quería viajar con Brian, pero él no deseaba ir absolutamente a ningún sitio. No era solo por decir que yo había estado en este o aquel lugar. Soy demasiado mayor para eso. Mis clientas, las que me compraban la tarta de manzana o el estofado de cordero, no tendrían una mejor opinión de mí si les contara que había hecho un crucero a Alaska o que había recorrido Europa en tren.

No, lo que yo deseaba eran unas vacaciones con Brian. Algo que recordar. Algo de que hablar en las largas veladas que compartíamos en soledad.

Mel y Margy estaban fuera a menudo; siempre tenían algo que hacer durante las vacaciones de verano, cuando terminaban las clases. A las niñas les encantaba acampar y siempre se iban de campamento. Y como nos habíamos mudado tantas veces y con tanta frecuencia, pensamos que lo mejor era que nuestras hijas fueran a un internado, para darles mayor estabilidad y la oportunidad de tener amigos. ¡Y vaya si tenían amigos!

Los padres de muchos de ellos eran bastante más jóvenes que nosotros. Somos conscientes de ser padres mayores. Quiero decir, Brian tenía cuarenta cuando nos casamos y yo treinta y ocho. No deseábamos parecer unos vejestorios. En general, todos los padres viven en otro planeta respecto de sus hijos, y, por Dios, me he cansado de verlo en las casas donde entrego comida. Pero ¿padres mayores? Eso es vivir en otro sistema solar. De todas formas, ¿por qué iban las niñas a estar siempre en casa, con Brian constantemente preocupado por todo, profundas arrugas de preocupación grabadas en su frente, y yo siempre metida hasta los codos en la masa de repostería? No se divertían mucho con nosotros. Y yo recordaba mi propia infancia. Cuando yo era joven tampoco quería quedarme en casa.

Podría haberme ido con mis amigas. (Vale, todas rondábamos los cincuenta, pero siempre nos veremos a nosotras mismas como unas chiquillas). Sin embargo, yo no quería gastar el dinero que habíamos ganado con tanto esfuerzo en unas vacaciones con ellas. Yo deseaba estar con Brian. Amo a Brian. Desde siempre, desde el día que lo conocí, con sus sueños y su poesía y sus esperanzas de cambiar el mundo. No me importaba que no ganara mucho para vivir o que nadie lo valorara demasiado. Era el hombre que yo quería; siempre lo ha sido. Puedo verlo vestido con un esmoquin, como los hombres de los anuncios. Puedo vernos pasando largas tardes en un dormitorio, un camarote, en el compartimento de un coche cama. Donde sea. Puedo vernos intercambiando una mirada cómplice que dice que tendremos más de lo mismo más tarde. No estoy segura de por qué puedo verlo con tanta claridad, pero, por alguna razón, puedo. Y Brian necesita vacaciones, ahora más que nunca, pues acaban de despedirlo del colegio. Estamos en agosto, y todavía no tiene una plaza

para cuando empiecen las clases en septiembre. Un hombre de cincuenta y siete años sin empleo. Y todo porque tenía que ser franco y decir lo que pensaba. Y encima decirlo ante la asociación de padres de alumnos y los profesores.

Fue cuando la asociación felicitó al colegio por hacer las cosas tan bien y concentrarse en su lado positivo. Pero mi Brian tuvo que elegir esa ocasión para decirle a esa gente que él pensaba que la guerra en Irak no era una guerra justa. Se trataba de una comunidad que ya había perdido a dos de sus hombres en servicio activo en el Golfo. Ni siquiera aguardaron al día siguiente para comunicarle que en adelante prescindían de sus servicios. El director vino a nuestra casa y dijo que lo lamentaba, pero que los ánimos estaban muy exaltados.

—En el futuro solo me dedicaré a enseñar matemáticas —prometió el pobre Brian.

—Demasiado tarde —dijo el director.

Fue un golpe duro para Brian. No quiso que se lo contara a las niñas.

—Que tú sepas que soy un fracasado de primer orden, no me importa —adujo—, pero no deseo que se enteren mis hijas. Todavía no.

Le dije que Mel y Margy necesariamente se enterarían en septiembre, cuando él no se reincorporase a la escuela.

—Oye, cariño —me contestó—, a ellas realmente no les interesa demasiado lo que hago o dejo de hacer. Dame tiempo, nada más, Kathleen, dame solo un poco de tiempo. Sé que no lo merezco, pero me falta el aire, y esto me dará un respiro.

No sé por qué lo dije, pero lo dije:

—Está bien. Lo haré, pero a cambio de algo: nos iremos juntos de vacaciones, por una vez, y entonces te daré tu tiempo.

Esbozó una sonrisa horrible, vacía, como si fuera un estúpido. El color y la vida habían desaparecido de su rostro.

—Y sería bueno que también fueras al médico a hacerte una revisión —propuse.

—No cambies las reglas del juego, Kathleen. Una semana en verano. Lo organizas tú misma. Trato hecho.

Parecía desdichado, no deseaba en absoluto unas vacaciones. Yo lo quería con locura. Una persona más generosa tal vez le hubiera dicho «olvidemos las vacaciones». Pero, de alguna manera, yo pensaba que nos sentarían muy bien, que sería fantástico para nosotros.

—Una semana en verano; trato hecho —dije, y nos enganchamos los meñiques como hacen los niños.

Nunca me preguntó adónde íbamos a ir, ni me hizo la menor propuesta. Tenía el semblante gris y la mente a kilómetros de distancia.

Cuando llegó el día, hizo las maletas obedientemente y fue conmigo al aeropuerto como quien va al supermercado. Sin entusiasmo ni esperanza, solo como un trato acordado, una promesa que había hecho y tenía que cumplir. Les había comunicado a mis clientas que estaría fuera una semana. «Una semana en pleno verano». Lo dije

como si fuera la cosa más normal del mundo. «¿Irlanda? Es bonito», comentaron no muy convencidas. Hubieran preferido que yo me quedara donde estaba, haciendo *pavlovas* de fruta de la pasión que ellas servirían, sobre la porcelana de sus familias, en las fiestas que darían ese verano.

En el avión, Brian estaba muy callado. Fingía que leía la revista de la compañía aérea, pero no pasó ni una página. Y de repente llegamos al aeropuerto de Shannon. Era un día de sol radiante. Los prados eran pequeños y verdes; las señales de la carretera estaban en dos idiomas; el coche alquilado era pequeño.

Como Brian no escuchaba cuando nos preguntaron quién quería conducir, contesté que lo haría yo. Me dijeron que debía tener cuidado de no conducir por el lado equivocado de la carretera y vigilar antes de salir de una gasolinera y en las rotondas. Y por fin nos pusimos en marcha. En la carretera, los demás conductores eran, cómo lo diría, interesantes. Nunca indicaban, ni nada que se le pareciera, sus intenciones. Simplemente salían de su carril sin previo aviso. Pero una vez que uno se habituaba a ello...

Le entregué a Brian los mapas y los folletos, pero se quedaron allí donde él los había dejado, sobre sus rodillas. Era nuestro primer día de vacaciones y, en medio de aquel bonito paisaje de la campiña a primera hora de la mañana, la verdad es que no me sentía dichosa. No sentía nada por haber llegado al país de mis ancestros. No tenía el menor indicio de que aquellas vacaciones fueran a marcar un nuevo comienzo en nuestras vidas. La larga noche en el avión, encogidos en nuestros asientos, sin poder dormir, y aquellas carreteras estrechas y ventosas, me estaban pasando factura.

—Dime algo sobre Lisdoonvarna —dije, con esa misma falsa alegría que detesto en los demás.

Pude oír el sonido metálico de la inseguridad en mi voz. He debido de escuchar miles de estas no conversaciones entre marido y mujer. Aquellas que suelen terminar con un «sí, cariño, sí, cariño», o «¿qué sabes tú de eso?».

Brian y yo nunca seríamos así. Yo estaba segura de ello. Tuvimos que pelear para poder casarnos. Mi familia pensaba que él era un holgazán con la cabeza en las nubes. Su familia pensaba que yo era algo incisiva e inflexible para su gusto. Les tenía sin cuidado que fuera yo quien lo mantenía y quien costeaba la escuela de las niñas. Les habría gustado más que fuera poeta, obrera textil o cualquier otra maldita cosa.

Sin embargo a Brian y a mí nunca nos importó. Lo superamos. Nos habíamos apoyado durante años. Pero, mientras viajábamos a través de la hermosa campiña del condado de Clare, pensé que pudiera ser que todas las cosas que nos habían ido bien estuvieran desapareciendo de nuestras vidas.

Él abrió un folleto y leyó, obediente como un buen chico en la escuela, acerca del Spa Wells, las aguas curativas y los baños reconstituyentes, y que en septiembre había un festival para buscar pareja.

—Nos lo perderemos, qué pena —dije en broma—. Podríamos haber encontrado

el amor de nuestra vida.

—Nadie te lo reprocharía si me abandonas, Kathy —dijo—, absolutamente nadie.

Yo estaba ocupada tratando de adelantar los traseros enfundados en mallas de lycra de unos ciclistas que acaparaban la carretera; no era momento para decirle que nunca había amado a nadie más en mi vida y que jamás lo haría.

En el hotel de Lisdoonvarna eran muy simpáticos y cordiales. Tazas de té y felicitaciones por haber llegado sanos y salvos el primer día en un país desconocido.

—Pasarán una semana estupenda —anunció la recepcionista—. Pero ahora deben descansar bien, después de un viaje tan largo, y así luego estarán en forma para el *fáiltiú*.

El *fáiltiú*. ¿Y qué demonios era eso? Nos explicó que era un término irlandés que significaba «bienvenida». La palabra me sonaba familiar, aunque me parecía increíble que aquella gente nos fuera a dar una bienvenida.

Pero resultó que no se trataba de nosotros. Era el inicio de una especie de escuela de verano. Todo el mundo iba al *fáiltiú*, nos dijo la recepcionista en tono reprobatorio. No queríamos crear problemas, pero ¿en qué consistía exactamente? Lo más probable era que nos ofrecieran un par de copas de vino y canapés, dijo, y que lo pasaríamos de maravilla. Al mirar a Brian y ver que su rostro gris no reflejaba emoción alguna, tuve mis dudas, pero le di igualmente las gracias.

Subimos, deshicimos las maletas y nos acostamos, uno al lado del otro, en una cama grande y agradablemente fresca. La pareja más infeliz del mundo occidental, aunque en realidad la culpa no era de nadie. Eso era lo terrible. Creo que dormí. Seguro que sí, porque soñé con Margy y Mel cuando eran pequeñas. Me preguntaban qué iba a suceder en la vida y yo les decía que todo sería estupendo. Me desperté y vi a Brian sentado en una silla. Tenía los ojos abiertos, pero no miraba nada en particular.

Eran las seis de la tarde. Por la ventana vi a personas caminando por la carretera bajo el sol de media tarde. Había jóvenes y gente mayor, hombres y mujeres; iban de dos en dos y de tres en tres, solos o en alegres grupos. Se dirigían al Spa Wells en una tarde de verano a beber un par de copas de vino y comer canapés.

—Date prisa —dije— o llegaremos tarde.

—¿Tarde? —preguntó, atónito.

Cualquier cosa era mejor que una larga noche mirándonos sin nada que decirnos. Me duché en un periquete y escogí un vestido para ponerme. Entre los hombres que marchaban por la carretera había algunos que llevaban camisa y corbata y otros solo camisa con el cuello desabrochado. Algunas mujeres se habían puesto una chaqueta de punto; otras, trajes elegantes, vestidos floreados o tejanos. Parecía que se trataba de algo bastante informal y relajado.

—No sé si debemos ir, Kathy. No nos han invitado.

—Vamos, Brian —dije—. ¿No has oído lo que ha dicho la recepcionista? Todos estamos invitados.

—Puede que tengamos que pagar —dijo, y me pareció algo nervioso.

—Pues pagaremos —contesté.

Descubrimos que nos iba a costar ciento veinte libras por cabeza apuntarnos para toda la semana. Un poco caro para una recepción de bienvenida, de acuerdo, pero leí el folleto. Habría de todo: conferencias, recitales de poesía, excursiones en autobús, clases de baile, seminarios y debates. Y, lo más importante de todo: sería una distracción. No estaríamos ni un minuto solos, sin nada que decirnos y obligados a reconocer el vacío de nuestras vidas.

No era como estar con esmoquin y reclinados en la barandilla de un barco, pero muchas de aquellas personas tenían miradas bastante atrevidas. Daba la sensación de que ese grupo se había dedicado a copular incansablemente. Si no ahora, en algún momento del pasado. Aparentemente, todos venían aquí desde hacía años para bailar cuadrillas y recorrer la campiña. Les gustaba tanto que regresaban al año siguiente. Todo giraba en torno a Brian Merriman, un poeta muerto hacía siglos, pero la gente lo resucitaba cada verano.

Todo el mundo era muy simpático. Nos explicaron un montón de cosas, como dónde ir a nadar, dónde encontrar langosta barata, qué traducción del poema *Cúirt an Mheán Oíche* leer. El poema ni siquiera estaba en inglés, pero al parecer existían millones de traducciones y cada uno nos recomendó una distinta. Nos proporcionaron infinidad de consejos: debíamos ir en coche a ver el paisaje de Burren —pero no coger flores—, o a Doolin, y de allí en barco a las islas de Aran, o visitar lugares de los que nunca habíamos oído hablar. Ballyvaughan, Ennistymon, Lahinch, Corofin: todos muy fáciles de pronunciar. Había personas que hablaban irlandés. Nos dijeron que bastaba con unas pocas clases por las mañanas para aprenderlo enseguida.

Así que asistimos a la inauguración de la escuela y a una conferencia, y entonces descubrimos que el tema del encuentro de ese año era el matrimonio. Podría haber sido algo que estuviera menos directamente relacionado con nosotros, pensé, pero mantuve mi radiante sonrisa, como si no abrigara la más mínima preocupación acerca de nuestro matrimonio ni de cómo parecía estar escurriéndose de nuestras vidas.

Después hubo un baile. Pero nosotros prácticamente no pudimos participar, pues los pasos eran mucho más complicados y más intrincados que nuestras populares cuadrillas. Secciones de Caledonia, secciones de Ballyvourney, constantemente, demasiado para nosotros. Aunque al parecer también podíamos aprenderlas tomando clases de baile cada día. Antes de que finalizara la semana estaríamos girando vertiginosamente como los demás. Hubo algunos valeses y Brian y yo pudimos salir a la pista a bailar igual que ellos. En el salón todos coreaban: «La primavera pasada murió mi madre, cuando los prados irlandeses verdecían. Los vecinos dijeron que su funeral fue el más hermoso que habían visto». Brian escuchaba atónito.

—¡Bonito tema para bailar! —dijo.

Pero al menos sonrió, y yo hacía mucho rato que no lo veía sonreír.

Y así siguió el resto de la semana. Acudimos a recitales de poesía y a

conferencias. Asistimos a un seminario sobre la construcción del idioma irlandés y a otro sobre los tribunales de poesía de Munster. Tratamos de seguir el ritmo de los diestros profesores de baile y no tardamos en aprendernos los pasos y bailar con gran estilo. Nos quedábamos conversando hasta muy tarde por la noche con poetas, políticos y bailarines de polka.

Si nos preguntaban a qué nos dedicábamos, algo que casi nunca sucedía, yo les decía que cocinaba tartas y pasteles al horno para la gente, en sus propias fuentes, y Brian contestaba que escribía poesía, y que también había dado clases. Al parecer todos pensaban que era una actividad muy razonable. Nadie le preguntó si ganaba dinero con eso o si había publicado algo últimamente, o cuál era su verdadero empleo o sus planes para los próximos diez años. Puede que estuviera imaginándomelo, pero a medida que pasaban los días yo notaba que en el rostro de Brian había menos arrugas y que sus ojos brillaban más.

La gente insistía en asegurarnos que estaba aflojando el ritmo. Nos instaban a que nosotros hiciéramos lo mismo. Creo que tenía que ver con no quedarnos cantando hasta las seis de la mañana, lo cual era un peligro. Y con no empezar a beber inmediatamente después de la clase de baile y luego olvidarnos de dejar de beber durante el resto del día, lo cual era otro peligro. Escuchamos una cantidad impresionante de chismes. Cosas que habían sucedido muchos años atrás, cuando ciertas personas no habían sido tan sensatas como lo eran ahora o tenían más energía.

Nos contaron la historia de un hombre que en la escuela de verano había perdido su dentadura postiza y, algo avergonzado, había preguntado en la recepción si alguno la había devuelto. Le entregaron discretamente una dentadura en un sobre. Tras comprobar que no le encajaba, le dijeron que todas las que se habían perdido y habían encontrado ya habían sido reclamadas y entregadas a sus dueños. En otra ocasión, hacía muchísimo tiempo, un caballero visitaba a tantas damas distintas en sus habitaciones cada noche que nunca sabía cuál era la suya propia, y cuando fue a pagar la factura, le dijeron que no había nada que abonar, pues como el hotel había supuesto que se trataba de la habitación de un cliente que no se había presentado, se la habían alquilado a otro.

Una maravillosa mujer nos contó que hasta noviembre no solía recuperarse de todas las imprudencias que cometía cada año durante la tercera semana de agosto. Otra se lamentó de que ahora todos eran muy mayores, serios y sensatos, y que era una pena que no los hubiéramos conocido en sus épocas de esplendor. A nosotros nos pareció que estaban en su esplendor. Eran una extraordinaria banda de errabundos, viejos y jóvenes, grandes bebedores y abstemios, con una salud de hierro o caminando con bastón, jubilados desde hacía tiempo o con su primer empleo. Algunos acudían a todas las conferencias, tomaban apuntes y hacían preguntas. Otros preferían dirigirse a los bares, a las clases de golf o a las comidas en las tiendas de artesanía.

Conversaban sobre temas diversos: la naturaleza del mal, los beneficios y los

problemas de formar parte de una Europa unida, la sabiduría, o la falta de sabiduría, de tener un clero célibe. Ese tema nos llevó a hablar del matrimonio: si era posible tener una relación de pareja basada en la igualdad, qué significaba igualdad, si podía durar para siempre y si debía durar para siempre. La cabeza me daba vueltas.

En cuanto a Brian Merriman, todos hablaban de él como si lo conocieran personalmente, hasta tal punto que no me hubiera sorprendido enterarme de que se hallaba en el Roadside Inn cantando y que debíamos darnos prisa si no queríamos perdernos su actuación. Para mí aquello era todo un misterio. En nuestro país no había reuniones de este tipo. O tal vez sí, y Brian y yo no lo sabíamos. Estas personas habían llegado desde todos los rincones del país, y de más lejos aún, para participar en esta celebración. Sus conversaciones estaban permanentemente puntuadas de «¿te acuerdas?» u «¡oye, qué aspecto tienes, pareces una jovencita!». Me olvidé por completo de que venía en busca de mis raíces. De todas formas, no teníamos tiempo para eso. El árbol genealógico de la familia Collins tendría que esperar hasta otro viaje.

De hecho, el hombre que dirigía la escuela de verano se apellidaba Collins —Bob Collins—, un tipo muy simpático y accesible cuando estaba libre. Pero siempre estaba hablando con alguien muy importante, como un ex primer ministro de Irlanda o un ex presidente que tenía una casa no muy lejos de allí.

Si alguna de las ambiciosas mujeres para quienes yo hago pasteles de zanahoria supiera con qué gente de la alta sociedad nos estábamos codeando se habrían puesto verdes de envidia. Al final conseguí hablar con él. Le dije que yo también era una Collins y que deseaba saber por dónde debía empezar a investigar sobre el clan. Me indicó un montón de sitios, pero, desde luego, no tenía un solo momento libre para dedicarme a ello.

—¿Kathleen Collins? Te llamas como la esposa de Brian Merriman —dijo.

La verdad es que yo no creía en esas cuestiones como el destino o las coincidencias, aunque os sorprendería la cantidad de clientas mías que consultan a los videntes. Siempre están hablando de ello. Esa tarde Brian me propuso que saliéramos a pasear una hora para contemplar la puesta de sol. Ojalá pudiera explicaros cuán insólito era eso en nuestras vidas. Cuando yo proponía contemplar una puesta de sol, me contestaba invariablemente, en tono lúgubre: «El sol siempre se pone y vuelve a salir. Eso es lo que pasa».

—Pareces muy tranquila y descansada, Kathy —dijo—. Siento que puedo contarte cualquier cosa, incluso algo tan disparatado que no podrías creer.

—Dime —contesté, sin tener la menor idea de lo que iba a decirme.

—Creo que, en cierto sentido, hemos sido conducidos a este lugar —explicó—. Creo que soy la reencarnación de Brian Merriman.

Se me cayó el alma a los pies. Yo creía que estaba mejorando, que la depresión remitía y las nubes se alejaban, pero en lugar de ello resulta que estaba loco de atar.

—¿Qué dices? —pregunté.

—Ya sabes, Kathy, como ellos dicen, que en realidad las cosas no mueren, que siempre regresan. Yo he regresado. Así de simple.

Me sonrió muy satisfecho, como un completo chiflado.

—¿A qué te refieres, exactamente, con reencarnación? —pregunté con la esperanza de no parecerme demasiado a la enfermera Ratched en *Alguien voló sobre el nido del cuco*.

—¿No lo ves? —dijo—, y sus ojos brillaron de felicidad bajo la luz del crepúsculo. Me llamo Brian Merman; la esposa de Merriman era Kathleen Collins; hemos hecho exactamente la misma carrera, nos hemos casado a la misma edad; ellos tenían dos hijas, como nosotros; él cultivó lino y obtuvo premios por ello; yo también, en Dakota, ¿recuerdas? Y, por supuesto, él fue profesor, igual que yo. Pero, por encima de todo, lo más importante, escribió poesía.

Asentí sin atinar a abrir la boca. ¿Era el momento de decirle que cuando su abuelo llegó a Estados Unidos, desde Rusia, Merman fue como mejor pudieron los estadounidenses pronunciar el apellido de su familia? No, probablemente no era el mejor momento. De todos modos, no habría podido intercalar una sola palabra. Brian seguía hablando sin parar: habían nacido con una diferencia de doscientos años exactamente, pero su trayectoria era idéntica. El primer Brian Merriman perdía la paciencia con el clero y la clase dirigente, igual que mi Brian. Tenía que significar algo. Algo extraordinario. Algo muy importante.

Hacía mucho que no recordaba haberlo visto tan rejuvenecido y esperanzado. Dijo que iba a mostrar su poesía a esas personas, que no iba a ocultarla más. Era la señal que necesitaba, algo que demostrara que él no era un tipo insignificante. Me pasó el brazo por encima del hombro y arrimó la cara a mi mejilla como no lo había hecho en muchísimo tiempo. En sus ojos vi la mirada atrevida de un Merriman. ¡Qué más da! pensé. Sé qué es lo que lo ha transformado: conoció a una pandilla maravillosa de gente simpática y llena de vida. Si cree que es la reencarnación de un tipo que anduvo por estos caminos hace doscientos años, dejaré que lo crea. Y regresaremos aquí el año próximo. Ya lo creo.

Sé solo cuatro figuras de una sección de uno de los bailes del condado de Clare. Queda aún mucho por aprender. Brian ha leído solo una traducción de *Cúirt an Mheán Oíche*. Conocemos muy superficialmente la música de Clare y apenas lo indispensable en materia de dólmenes y pozos sagrados, y hemos visto muy por encima el paisaje lunar de Burren. No podríamos separarnos de todas estas personas y no saber qué será de sus vidas. Es más de lo que humanamente podríamos soportar.

De cualquier modo, esto de regresar a la vida como una mariposa o cualquier otra cosa es una teoría perfectamente razonable. Los budistas creen en ella y son personas muy amables. Y aquí he conocido a muchas mujeres de gran fortaleza, como las que aparecen en el famoso poema. Seguro que alguna de ellas creará una escuela de verano sobre la señora Merriman, sobre Kathleen Collins, muy probablemente antepasada mía. Podría ser que también yo fuera su reencarnación. Y si ella me hace

tan feliz como su esposo ha hecho feliz a Brian, entonces no nos irá tan mal.



MAEVE BINCHY nació en el condado de Dublín donde vivió y completó sus estudios en el University College. Trabajó de maestra y de periodista y posteriormente se dedicó a la literatura. Antes de fallecer en 2012, había escrito más de veinte novelas, todas de gran éxito. La mayoría de sus historias están ambientadas en Irlanda y tratan de las relaciones entre parejas, familias y amigos.

Fue galardonada con numerosos premios, entre ellos el Lifetime Achievement Award, por su trayectoria completa, otorgado por la Romantic Novelist Association, los British Book Awards y los Irish Book Awards. Las ventas de sus libros superan los cuarenta millones de ejemplares. *Una semana en invierno* es su novela póstuma.